



LAS TÁCTICAS DEL HABITAR

Prácticas de recuerdos y (re)significación de lugares en contextos de retorno de población

María Angélica Garzón Martínez





UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Las tácticas del habitar

Prácticas de recuerdos y (re)significación de lugares en contextos de
retorno de población

María Angélica Garzón Martínez

Universidad Nacional de Colombia
Doctorado en Ciencias Humanas y Sociales
Centro de Estudios Sociales CES
Bogotá, Colombia
2017

Las tácticas del habitar

Prácticas de recuerdos y (re)significación de lugares en contextos de
retorno de población

María Angélica Garzón Martínez

Tesis o trabajo de investigación presentada(o) como requisito parcial para optar al
título de:

Doctora en Ciencias Humanas y Sociales

Director:

Ph.D., Andrés Salcedo Fidalgo

Docente Asociado Departamento de Antropología

Línea de Investigación:

Movimientos sociales, identidades y nuevas subjetividades

Grupo de Investigación:

Conflicto social y violencia

Universidad Nacional de Colombia

Doctorado en Ciencias Humanas y Sociales

Centro de Estudios Sociales CES

Bogotá, Colombia

2017

Para Inti, Amélie, Jacobo y Selva: una
generación montemariana que se extrañará con
el contenido de este texto pues encontrará en
mis palabras un pasado difícil de imaginar.
Inocentes preguntarán: ¿eso pasó? y con poca
atención escucharán parte de la narración pues
estarán pendientes de los juegos y las
complicidades que desde el vientre han venido
tejiendo.

Agradecimientos

En primera instancia agradezco a los y las pobladoras de la región de Montes de María que me recibieron con afecto y solidaridad. Particularmente, agradezco a las poblaciones retornadas de El Salado, Macayepo y San José del Peñón quienes abrieron sus puertas para que esta investigación fuera posible. A Soraya Bayuelo, Beatriz Ochoa y Carmen Cárdenas quienes con su voluntad acérrima me mostraron una región diferente a la imaginada por mí, me invitaron a vivir en ella y me permitieron elaborar diversas preguntas de investigación. Al combo del colectivo, sus espíritus emprendedores y aventureros. Gracias por las risas y los aprendizajes.

En segundo término, quiero agradecer a mi director Andrés Salcedo Fidalgo quien acogió esta propuesta de investigación, la orientó, la animó y en muchos términos la hizo factible. Sin su apoyo invaluable, interlocución y, especialmente, comprensión, estas letras no se hubieran escrito. A la Vicedecanatura de Investigación y Extensión de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia por concederme la Beca Fals Borda de investigación (2012) con la cual pude desarrollar parte de este trabajo. A Pilar Riaño que inspiró gran parte de mi investigación, supo escucharme y enseñarme la importancia de reconstruir memorias. A Myriam Jimeno y al grupo de investigación Conflicto Social y Violencia quienes con sus preguntas, aportes y comentarios ayudaron a enredar o desenredar las ideas de mi cabeza. Al seminario de tesis de Andrés Salcedo por sus lecturas cuidadosas. Un agradecimiento especial a Andrés Cancimance, Oscar Iván Salazar, Sandra Jimena Gallego, Patricia Rodríguez, Omar Garzón, Andrés Castiblanco, Mónica Moreno y Alejandra Gaviria, compañeros y compañeras de rutas y andares. A Juliana Borrero por mostrarme las posibilidades de la escritura.

Finalmente, quiero agradecer a Adrián Farid Freja De La Hoz: cimiento, soporte, compañero y tranquilidad. Sin su apoyo no hubiera podido adelantar mi proceso doctoral y mucho menos culminarlo. A Inti, quien a su corta edad supo comprender mi trabajo de escritura y por momentos se convirtió en mi escucha más crítico. A José, Nyria y Leo por las complicidades. A Laiza por su compañía y, en general, a todas las personas que de una u otra forma colaboraron para el desarrollo de esta investigación.

Resumen

El Salado, Macayepo y San José del Peñón (Montes de María) son tres corregimientos que retornaron después de ser desplazados forzosamente por fuerzas paramilitares entre los años 2000 y 2002. Su regreso se produjo en medio del conflicto armado y cuando aún no existían garantías para permanecer. A pesar de esto, las poblaciones regresaron, se quedaron y constituyeron un proyecto de retorno que apunta a lograr una vida digna. En la actualidad, las luchas adelantadas por estas poblaciones para retornar continúan vigentes pues las estructuras económicas, políticas y sociales que produjeron el desplazamiento forzado se mantienen en la región constituyéndose en una amenaza para estos procesos. ¿Por qué retornar? ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo reconstruir biogragías, paisajes y tejidos sociales en el lugar de la expulsión forzada? ¿Para qué permanecer? y ¿Qué papel cumplen los recuerdos en esta apuesta por volver? son algunas de las preguntas que intenta responder esta investigación. Ubicándose en el intercrisis de los estudios de la movilidad forzada, los trabajos de la memoria y la sociología de la vida cotidiana y, a través de un trabajo etnográfico y de reconstrucción de memorias, la tesis indaga de forma general por: ¿Cómo habitar de nuevo lugares marcados por el miedo y la muerte? Para responder a esta pregunta acudo a las prácticas del recuerdo que utilizan las poblaciones retornadas para (re)significar sus lugares y al concepto de tácticas del habitar que describe las formas cotidianas que desarrolla dicha población con el fin de permanecer.

Palabras Clave: migración de retorno, retorno, El Salado, Macayepo, San José del Peñón, Montes de María, memorias, recuerdos, prácticas del recuerdo, tácticas, habitar, desplazamiento forzado.

Contenido

EL CAMINO DE RETORNO	1
Del retorno al retornar	11
Habitar mediante el recuerdo	17
Del lugar y mi lugar	21
El Itinerario	27
Notas finales	29
 EL RETORNO DE POBLACIÓN: LA SOLUCIÓN NATURAL	 30
1.1. Delineando el objeto.....	32
1.1.1. El retorno como fórmula de movilidad	33
1.1.2. Objeto de política pública: entre deberes y derechos.....	39
1.1.3. Proyecto de desarrollo Social.....	42
1.2. El lugar de origen	48
1.2.1. Primer supuesto: la poca movilidad de las poblaciones.....	52
1.2.2. Segundo supuesto: la promesa de un lugar mejor.....	54
1.2.3. Tercer supuesto: un lugar inalterable.....	59
1.2.4. ¿De qué trata el lugar de origen?	62
1.3. EL sujeto retornado: el más pobre de los pobres	63
1.4. La solución natural	72
 MONTES DE MARÍA: EL CONTEXTO DEL RETORNO	 74
2.1. Los Montes de María y el conflicto armado	76
2.2. La expulsión	81

2.2.1. Los hechos	82
2.2.1.1. El Salado	82
2.2.1.2 San José del Peñón.....	84
2.2.1.3. Macayepo.....	85
2.3. El desplazamiento forzado en los Montes de María	87
2.4. El contexto del retorno	90
2.4.1. El regreso	92
2.4.1.1. El Salado	92
2.4.1.2. San José del Peñón.....	95
2.4.1.3. Macayepo.....	97
2.4.2. Retornos en los Montes de María	100
2.5. Posibilidades de retornar en los Montes de María	101
NARRATIVAS DEL RETORNO	110
3.1. Decires del retorno	114
3.1.1. Ubicarme en contexto.....	114
3.1.2. Inicio y fin: el ayer y el ahora.....	118
3.1.3. La decisión del retorno	124
3.1.4. El primer día: la lucha con la naturaleza	130
3.1.5. Organización, liderazgos y amenazas al retorno	136
3.1.6. Aquí no estamos retornados	142
3.2. La doble ruptura y la reconstrucción.....	145
CARTOGRAFÍAS DEL RETORNO.....	151
4.1. El viaje de ida.....	153
4.2. Quisoco interior de la casa de fachada azul	154
4.3. Los lugares del retorno	165
4.3.1. Un recorrido.....	165
4.3.2. La casa enmontada.....	176
4.3.3. Cuerpos, sabores y objetos del retorno	182
4.4. El lugar biográfico.....	194

4.4.1. Dulce, cocina y embarazos	194
4.4.2. De la noche y sus recuerdos	198
4.4.3. Retornar	198
4.4.4. Cotidianidad.....	199
4.4.5. La vida continúa	199
4.4.6. La despedida	199
4.5. Entonces camino... ..	203
LAS TÁCTICAS DEL HABITAR	207
5.1. La cotidianidad del retorno	209
5.2. las tácticas del habitar	217
5.2.1. Primera táctica: recordar	218
5.2.2. Segunda táctica: ser más grande que el otro	222
5.2.3. Tercera táctica: organizar(se)	227
5.2.4. Cuarta táctica: habitar mediante el recuerdo	232
5.3. Hacer habitable la cotidianidad	240
PRÁCTICAS DE RECUERDO Y (RE)SIGNIFICACIÓN DE LUGARES	242
BIBLIOGRAFÍA.....	248
Mapa 1: Ubicación geográfica de la región de Montes de María.....	77

EL CAMINO DE RETORNO

Introducción

Tenía miedo de lo que iba a ver; más bien, inquietud por no saber cómo comportarme, cómo mirar, qué decir, qué sentir. Era la primera vez que visitaba a una comunidad retornada y en mi cabeza solo rondaban imágenes de destrucción y abandono. El camino favorecía mis pensamientos; una trocha de difícil acceso que remontábamos ágilmente gracias a un jeep viejo. Un camino rojizo se escondía y aparecía jugueteón entre las montañas. Colores verdes, amarillos y tonos terracota adornaban el paisaje. El cuadro me hacía pensar en la vida, en el aire de libertad que respiraba, en la crueldad y el dolor soportado por la comunidad a la que esperaba llegar. Todo tan bien conjugado en un escenario de difícil interpretación.

Este paisaje que producía en mí diversas sensaciones tenía otro efecto en mis compañeras y compañeros de viaje. El camino imponía el recuerdo:

-En esta curva, aquí mismo fue donde la dejaron.

-Por esta montaña, un poco más adelante los encontramos.

-Allí, en la cuneta, apareció dos días después.

Lo que para mí era un recorrido pintoresco, para otras personas era encontrarse una vez más con el dolor. A medida que avanzábamos en el trayecto, se nos presentaban las imágenes de lo que allí había sucedido. Los fantasmas hacían su incursión, sus recuerdos brotaban del camino. Mientras tanto, yo me preguntaba: ¿Quiénes eran? ¿Cuáles eran sus historias? ¿Cómo eran sus rostros? ¿Quién los mato? ¿Por qué los mataron? Todo esto alimentaba mis temores iniciales, pero, sobre todo, me hacía sentir ajena a la situación, una simple espectadora que no podía hacer otra cosa más que guardar silencio, escuchar y seguir

construyendo interrogantes: ¿Para qué recorrer el camino de vuelta? ¿Qué sentido tiene este volver? ¿Cómo regresar al lugar del miedo y del dolor?

Mis preguntas, sensaciones y temores no son propios. Son las encrucijadas a las que se enfrentan miles de hombres y mujeres quienes en situación de desplazamiento forzado conciben la posibilidad del retorno, del volver. Regresar al lugar del cual fueron expulsados violentamente es una decisión difícil de tomar. Más difícil aún si se tiene en cuenta que, aunque el panorama de la violencia en Colombia se ha transformado durante las últimas décadas bajo el manto aparente de la pacificación, seguimos viviendo en un país de guerras sin fin, de territorios abandonados, de masacres, atentados, asesinatos, secuestros, militares, paramilitares, guerrilleros, narcotráfico y más de cuatro generaciones de ciudadanos y ciudadanas que “han vivido en un estado permanente de guerra y zozobra” (Caicedo, Manrique, Delma, & Pulido, 2006, p. 11).

Yo misma a mis treinta y tantos años de edad no he conocido un país diferente al de la guerra, de las viudas, de los huérfanos, de las fosas comunes y de los cuerpos desmembrados que bajan por los ríos. Un país de mujeres como Oceana Cayón que no logran enterrar a sus muertos y sólo obtienen pistas de su fallecimiento:

-¿Por qué no me llamaron? Preguntó con apremio.

-Porque no había necesidad, yo traje lo que encontré. Contestó Arbeláez con delicadeza.

Allí, sobre una bolsa de plástico negro estaba un trozo de brazo humano; de él manaba un líquido rosado (...) Tomó la mano tumefacta y fijó la vista en el anillo (...) Oceana Cayón comprobó que dentro del aro estaban su nombre y la fecha de su matrimonio grabados artísticamente (...) se inclinó y comenzó a llorar inconsolable (Daza, 1991, p.48).

La violencia en este país se ha constiuido en una realidad que se presenta con distintos ropajes (Camacho Guizado, 1996): guerrillas, paramilitares, bandas emergentes, corrupción política, imposición de intereses privados sobre beneficios colectivos, son algunas de las caras de dicha violencia. En medio de todo esto, la población civil y uno de los efectos más devastadores del conflicto armado interno: el desplazamiento forzado. Sobre el desplazamiento se ha dicho que es consecuencia del conflicto armado, que responde a unas

lógicas de despojo y acumulación de tierras asociadas a la economía capitalista y a las disputas de poder entre diversos sectores. Que en nuestro país más que una excepción es una constante histórica (Bello, 2004; Machado, 2004; Osorio F. , 2009; 2004; Bjorn, 2000; Partidgre, 2000; GMH, 2010; CNMH, 2012; CNMH, 2013; GMH, 2013a; CNMH, 2016).

Yo recuerdo a Jesús, un niño de ocho años de edad que durante su vida ha sufrido tres desplazamientos forzados en el municipio de María la Baja (Bolívar). Un día Jesús me habló de su desplazamiento más dramático. El niño de forma calmada narró cómo durante la noche sintió acercarse un helicóptero a su casa: “un ruido fuerte”, me dijo. Su madre lo sacó de la cama, le puso una olla en la cabeza y echaron a correr. Jesús recordaba la noche y la imposibilidad de ver. También la forma en que su madre corrió con él y las heridas que en la piel le produjeron las matas de monte: “yo iba sin ropa pero con la olla en la cabeza, mi mamá iba con su camisa de dormir”. Lo que más me impresionó del relato de Jesús es que se centraba en la imagen de la olla en la cabeza, hacía esfuerzos para explicarme que, aunque desnudo, iba protegido. ¿De qué? De las balas que rozaban su cuerpo. Junto a su madre, Jesús caminó toda la noche sin descansar hasta que al amanecer llegaron a la carretera, allí anunciaron de lo sucedido. Pobladores de la región los llevaron a la iglesia, después al refugio y meses después a una pieza arrendada.

Ahora, Jesús estudia en una pequeña escuela del municipio de María la Baja (Bolívar). Es un niño retraído, poco sociable, al que tuve que acercarme una y otra vez para intentar descifrar su historia y explicarme el por qué de su silencio. Su madre se trasladó a Bogotá para conseguir empleo, lo dejó viviendo con una tía. El padre de Jesús murió en la emboscada y desde allí la vida le cambió. La historia de Jesús hace parte de la historia de aproximadamente 7 millones de personas que han sido víctimas del desplazamiento forzado en nuestro país. Según el Registro Único de Víctimas –RUV-, Colombia contabiliza un número de 8.022.919 de personas que han sido víctimas del conflicto armado entre los años 1985 al primero de enero 01 de 2017. De ellas, 7.083.118 han sufrido desplazamiento forzado. Esto significa que casi el 85% de las víctimas de este país han sido desterradas de los lugares en que vivían. Colombia fue considerada a mediados de la década del 2000 como uno de los países que generaba mayor desplazamiento en el mundo junto al Congo y Sudán

(CODHES, 2010; Caicedo, Manrique, Delma, & Pulido, 2006) produciendo, a su vez, una crisis humanitaria de grandes proporciones (Comisión Colombiana de Juristas, 2012).

El desplazamiento forzado ha transformado a la población, el paisaje y el tejido social del país. Es la consecuencia de una violencia que se ha extendido por décadas y de condiciones sociales, históricas y económicas que propician su presencia de forma constante, irresuelta y dramática (Comisión de Seguimiento, 2010; Comisión Colombiana de Juristas, 2012; CODHES, 2010). Ahora bien, en un contexto político que reconoce la existencia del conflicto armado interno, intenta solucionarlo por medio de diálogos de paz y ubica en un lugar central a las víctimas, aparece la idea del retorno como fórmula para reparar a las poblaciones en situación de desplazamiento forzado y propiciar escenarios para la superación del conflicto armado (Caicedo, Manrique, Delma, & Pulido, 2006).

Después de un par de horas viajando en el jeep viejo llegué a mi destino. Tan pronto puse un pie en tierra mis temores se desvanecieron rápidamente. Era el efecto del olor de un sancocho de gallina cocinado por manos campesinas, de la combinación de colores rojizos que se fundían en el paisaje, de niños y niñas corriendo por las calles y del sonido alegre de un vallenato que se dejaba escuchar por todo el pueblo. Por fin había llegado a Villa del Rosario o como se conoce ahora a esta población: El Salado (Bolívar). De este corregimiento sabía que había sufrido dos masacres: una en 1997 y la otra en el año 2000¹. Esta última fue la que dejó al pueblo desolado.

El panorama con el que me encontré era diferente al que me imaginaba. Sólo había un par de casas destruidas. El Salado no era el pueblo fantasma que imaginé. Por el contrario, parecía un poblado vigoroso: varios jóvenes departían en una taberna, se escuchaba la música y el torneo de fútbol estaba por comenzar. La gente me recibió con amabilidad, sonriente y esmerándose para que yo me sintiera como en casa. ¡Parece que aquí no hubiera

¹ Según informe de la Defensoría del Pueblo (2012) el primer desplazamiento de la comunidad de El Salado, se presentó en marzo de 1997 tras la masacre de 5 personas por parte de grupos paramilitares. Se desplazaron 7000 personas. El segundo desplazamiento tuvo lugar en febrero del año 2000 a raíz de la masacre de 61 personas (60 homicidios y 1 desaparecido) perpetrada también por grupos de paramilitares. En esta ocasión se desplazaron 600 familias.

pasado nada! Toda esta gente que vivió la masacre y que se desplazó ahora está en su hogar, reconstruyendo sus vidas, me dije.

Pasadas un par de horas y cuando el efecto del primer encuentro comenzó a desvanecerse mi entusiasmo inicial frente al proceso de retorno perdió fuerza. Me di cuenta de que la vida de esta población no era como antes ¡y cómo podía serlo! Ahora contaban con una base militar en su territorio que prácticamente se ubicaba en el patio de sus casas. Los soldados rondaban día y noche, eran una sombra siempre presente. La calidad de vida había desmejorado; del pueblo próspero que era gracias a la producción de tabaco quedaba bien poco. Del retorno entendido como una apuesta por el arraigo sólo encontré vestigios. Era el cansancio de la vida en la ciudad y la imposibilidad de involucrarse de forma efectiva en circuitos económicos y laborales lo que movilizaba este retorno: “pa’ no perder lo poco que nos queda, por nada más”, era el tipo de respuesta que escuchaba frente a mi pregunta del por qué volver. El retorno se revelaba ya no como una solución al desplazamiento forzado sino como una estrategia más de supervivencia de la población golpeada por la violencia.

En Colombia contamos con una reciente “voluntad” política para apoyar procesos de retorno, una legislación consolidada frente a este tema y experiencias de retorno con éxitos relativos². Como proyecto político el retorno cobró relevancia durante los dos periodos presidenciales de Álvaro Uribe (2002-2006-2010) pues dicho proceso era muestra de la estabilización del país y de la mitigación de las situaciones del conflicto armado que producían el desplazamiento forzado: “El retorno de población desplazada significa el triunfo de la seguridad democrática, de la presencia permanente del Estado, del desarrollo rural, y, así mismo, demuestra que la reconciliación no está por venir sino que ya la estamos presenciando” (Molano, 2010, p.4).

² Según el informe de la Defensoría del Pueblo: “A lo largo de los últimos años, el Gobierno Nacional ha venido construyendo la política pública de retornos y reubicaciones, cuyos documentos constituyen en sí un avance, en la medida en que han venido incorporando el enfoque de derechos, al menos como elemento discursivo. Así mismo, la estrategia Retornar es Vivir ha posibilitado aprendizajes en el plano de la implementación de la política pública, con resultados positivos, aunque insuficientes, en algunos casos” (Defensoría del Pueblo, 2012, p.11).

En este marco, el gobierno Uribe promovió el proyecto piloto Retornar es vivir que buscaba el retorno de 30.000 familias y su acompañamiento a través de proyectos productivos, mejoramientos de vivienda, atención psicosocial, ingreso al sistema de seguridad en salud y acceso a la educación. Se focalizaron en una primera parte de este piloto seis municipios del Oriente Antioqueño y ocho municipios de los Montes de María. Los resultados demostraron la capacidad del Estado para afrontar en la práctica el tema del retorno de población:

Al Oriente Antioqueño han regresado voluntariamente 78.000 personas, de las cuales 36.000 se han incluido en los listados oficiales de retornados, lo que significaría que las otras 42.000 personas no regresaron bajo las mejores condiciones de seguridad y dignidad que establece el protocolo de retorno (...) En algunos lugares la gente volvió, pero está aguantando hambre; en sus parcelas no hay oportunidad de empleo ni tiene capacidad para generar ingresos. La capacidad de atención está copada (Organizaciones Sociales Oriente Antioqueño, 2010, p.7).

Para las elecciones presidenciales de 2010 las banderas del gobierno Uribe fueron retomadas por su Ministro de Defensa Juan Manuel Santos quien bajo el lema “Para seguir avanzando” ganó dichas elecciones. La propuesta de Santos fue clara: “seguir construyendo sobre los logros del Presidente Uribe para alcanzar la prosperidad democrática” (Semana, 2010). Esto significó el intento de virar de un régimen con un programa de “seguridad democrática” a otro en el que se hablaría de “prosperidad democrática”, es decir, lograr no solo la consolidación de la seguridad sino el disfrute de los derechos humanos y el acceso a la justicia (DNP, en red, 2010). Se planteaba de esta forma la transición de una política que presumía devolverle la seguridad a los colombianos a una de prosperidad basada principalmente en la generación de riqueza a partir de las llamadas “locomotoras del desarrollo”: infraestructura, agricultura, vivienda, minería e innovación.

En el marco económico del neoliberalismo y bajo el supuesto de que un territorio pacificado es la base para la inversión extranjera y ésta, a su vez, sustento del desarrollo, el gobierno Santos demostró su intención de lograr la paz mediante el reconocimiento de la existencia del conflicto armado interno (lo que en el gobierno anterior había sido negado considerando a las guerrillas como bandas de narco-terroristas), la reparación de víctimas de dicho conflicto y a través de un acuerdo para la desmovilización, el desarme y la reincorporación

a la vida civil y política de los miembros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas –FARC-. Este acuerdo firmado el lunes 26 de septiembre en la ciudad de Cartagena no logró ser avalado ampliamente por la ciudadanía en la votación de un plebiscito que buscaba refrendar los puntos pactados. Sectores tradicionalistas y religiosos se opusieron al acuerdo mientras que poblaciones víctimas de esta guerrilla como Bojayá (Chocó) y Miraflores (Guaviare) votaron a favor del mismo. Finalmente, un acuerdo re-negociado con el sector opositor fue firmado el 24 de noviembre de 2016 y refrendado por el Congreso de la República el 30 de noviembre del mismo año.

A pesar de estos traspiés, el gobierno Santos insiste en que las condiciones para la construcción de paz en Colombia y el paso al post-conflicto están dadas: se han comenzado a implementar los acuerdos con las FARC, se están adelantando conversaciones con el Ejército Nacional de Liberación ELN, se cuenta con una Ley que reconoce y repara a las víctimas del conflicto armado interno (Ley 1448 de 2011), un Centro Nacional de Memoria Histórica que aboga por la reconstrucción y entendimiento de las causas y efectos de la violencia del conflicto armado, la implementación de mecanismos legales asociados a la justicia transicional y un proceso de restitución de tierras que con corte a 20 de enero de 2017 cuenta con 4.839 solicitudes resueltas en sentencias y 26.802 beneficiarios (URT, en red, 2017). Como efecto de todo lo anterior, el retorno de poblaciones en situación de desplazamiento forzado.

En el gobierno Santos, el retorno es considerado como escenario para la implementación de la política de reparación de las víctimas (Defensoría del Pueblo, 2012) y el resultado de la paz. Durante su primer periodo de gobierno el retorno fue meta del plan de desarrollo “Prosperidad para todos”. Según las palabras del presidente: “hemos decidido darle prelación al retorno y la reubicación, porque necesitamos a nuestros campesinos trabajando en la tierra” (El Tiempo, 2010). En su segundo periodo presidencial (2014-2018), el retorno quedó inscrito como parte del segundo objetivo del plan de desarrollo: “Todos por un nuevo país”. Dicho objetivo se denominó “Integrar el territorio y sus comunidades, para contribuir al cierre de brechas poblacionales y sociales” y se propuso lograr el retorno de 230.000 hogares para 2018 (DNP, 2014).

Como ya lo ha documentado De Wal (1984), Adelman (1998), Blitz (1999), Casasfranco (1999) y Bradley (2005) los escenarios de post-conflicto incentivan el retorno de población a partir de acuerdos políticos, iniciativas humanitarias o como un proceso que reclama la población en situación de desplazamiento forzado. En Colombia, por ejemplo, el retorno de población en situación de desplazamiento forzado fue punto cardinal del acuerdo de paz logrado con la guerrilla de las FARC. En el texto final de dicho acuerdo, el retorno aparece relacionado al acceso y uso de tierras productivas. En el capítulo 5 dedicado al tema de víctimas, el retorno se enuncia como “medida de reparación integral para la construcción de paz” (De La Calle & al., 2016).

Ahora bien, el cese de hostilidades no es garantía única para avalar procesos de retorno. Como lo señala Casasfranco (1999): “una vez superada la fase armada del conflicto, el conjunto de la región se enfrenta a la difícil tarea de la reconciliación política y la reconstrucción económica y social” (p.98). Aspectos relacionados con la protección de la población, la aplicación de la ley, la restauración de los medios de vida, el fortalecimiento de la capacidad institucional e, incluso, la reconciliación, resultan claves para pensar en términos de retorno (Davies, 2005). Para el caso de Colombia, no basta con transitar hacia una etapa de post-conflicto. Es necesario garantizar una serie de condiciones para que estos procesos se den y se consoliden. Tener en cuenta, también, el gran número de personas dispersas por toda Colombia que no tienen intenciones de regresar.

En mi primera visita a El Salado conocí a una mujer que lideró parte del proceso de retorno. Me habían hablado de ella como una gran lideresa, una mujer luchadora que demostró no tenerle miedo a nada durante las arduas tareas de reconstrucción del poblado. Cuando me la presentaron me encontré con una mujer mayor que parecía cansada. Estaba sentada en una silla de su casa y poco se interesó por mi visita; siempre se mostró apática a mis preguntas respondiendo con monosílabos (sí o no). Me extrañé con ella pues me la imaginaba diferente. Ante su desinterés hice pocas preguntas, entre ellas: ¿Ahora están mejor que en la ciudad? La mujer se quedó callada. Su cara me demostraba desconcierto. “Qué va”, contestó. No dijo nada más. Allí terminó nuestra conversación. Cuando salí de su casa encontré sentido a su respuesta. Esta población no vivía mejor con el retorno: no contaba con tierras,

cultivos o una carretera en buen estado para movilizar personas y productos, como se dice en la región: “pa’ sacar algún enfermo”. Se habían recibido visitas de representantes del gobierno, pero las promesas aún no se materializaban. Algunos de sus líderes habían sido exiliados –de nuevo- o asesinados –de nuevo-. Los “grupos” andaban por ahí y la presencia militar tensionaba el ambiente. ¿Ahora están mejor que en la ciudad? “Qué va”, contestó ella.

Pese a la voluntad gubernamental por promover procesos de retorno, los recursos invertidos y los planes para llevarlos a cabo, la puesta en práctica de estos procesos no ha dejado un saldo exitoso: los retornos se están dando con poca o ninguna ayuda institucional, las personas retornan a lugares donde la seguridad no está garantizada, la amenaza del recrudecimiento del conflicto es permanente y la posibilidad de un nuevo desplazamiento muy alta. Esta situación ha llevado a que la Corte Constitucional en diferentes ocasiones se pronuncie frente al tema del retorno y la falta de seguridad para las poblaciones retornadas. Los pronunciamientos de la Corte han coincidido con otros pronunciamientos que señalan las falencias de la aplicación de la política de retorno en el país. David Cantor (2010) comenta que aunque Colombia cuenta con un marco jurídico importante en materia de retornos, el Estado falla en la aplicación de dicho marco pues todavía carece de claridad frente a sus obligaciones³.

En esta misma lógica, Bello (2004) sugiere que la brecha existente entre la política de reasentamiento de las poblaciones desplazadas y su implementación resulta casi insalvable si se tiene cuenta el contexto histórico que ha producido el desplazamiento forzado y la coyuntura actual en la que se pretende realizar reubicaciones y retornos. Por su parte, la Comisión Colombiana de Juristas (2012) advierte que la presencia de Fuerza Pública como parte del acompañamiento a los procesos de retorno desconoce el principio de distinción entre civiles y combatientes lo que pone en riesgo a la población civil al aumentar las

³ Según lo documenta el Informe de la Defensoría del Pueblo (2012) son diversos los obstáculos que afronta la implementación de procesos de retorno en el país. Entre ellos, la poca capacidad de atención de las entidades a cargo, los tiempos de implementación que resultan muy largos y a veces tienden a dilatar los procesos, rutas confusas para acceder al acompañamiento institucional, incumplimiento de compromisos por parte del Estado, la falta de continuidad entre las estrategias, planes y programas del Gobierno Nacional y de los programas y proyectos de los entes territoriales y presupuestos insuficientes, entre otros.

posibilidades de involucrar a dicha población en el conflicto armado.

A todo esto, se le suma el incumplimiento del principio de voluntariedad. Los procesos de retorno deben adelantarse siempre y cuando se cuente con la voluntad explícita de retornar. Sin embargo, el retorno en Colombia se está dando como una posible solución a los graves problemas que enfrenta la población en situación de desplazamiento en el lugar de recepción: falta de empleo, la imposibilidad de pagar arriendo, una ayuda estatal insuficiente, el peso que tienen las pérdidas de diversos patrimonios, etc. De esta forma, el retorno resulta ser la única salida que encuentran estas las poblaciones -cuando no logran integrarse y recomponer sus vidas en contextos que por lo general son ciudades grandes e intermedias- a sus problemas económicos, de vivienda, de subsistencia y de reconocimiento social (Caicedo, Manrique, Delma, & Pulido, 2006, Econometría, 2008).

En este sentido, los retornos han pasado de ser una opción de reparación de la población desplazada a una de las posibilidades que dicha población tiene frente al difícil contexto que enfrenta en su desplazamiento. Sin embargo, con el retorno este panorama no varía puesto que la población no encuentra mejores condiciones de vida y de seguridad al volver. Para Ibáñez (2010) el retorno sin una ayuda estatal constante resulta poco efectivo. Esta autora propone que para adelantar procesos de retorno efectivos es necesario recuperar la capacidad productiva, mejorar la infraestructura, fortalecer los gobiernos locales y restablecer la confianza de la población. Poco de esto viene dándose en los procesos de retorno en Colombia. Al respecto, Caicedo (2006) señala que el retorno en el país se ha reducido a un problema de “pobres que pueden sobrevivir con algún ingreso, habitar alguna vivienda y acceder a servicios públicos” (p.97).

El retorno, entonces, resulta una opción poco viable para las poblaciones en situación de desplazamiento forzado: se regresa sin las condiciones mínimas de seguridad, sin garantizar los principios de voluntariedad y dignidad, sin acompañamiento del Estado y sin las posibilidades de una estabilización socio-económica (Defensoría del Pueblo, 2012). Entonces,

- ¿Por qué regresar?
- Porque esta es nuestra tierra, aquí nacimos y queremos morir (Testimonio hombre retornado)

Del retorno al retornar

El retorno de población usualmente es entendido desde el campo de las movilidades forzadas (Riaño & Villa, 2008) como parte del trayecto del desplazamiento forzado, es decir, el último capítulo de la migración o “el punto final de la historia del desplazamiento” (Alfaro & Izaguirre, s.a). En este sentido, el retorno no es considerado como un proceso en sí mismo sino como el final de la movilidad forzada; un tramo ya incluido en el estudio de dicha movilidad (De Sans, 1982; Adelman, 1998; Lima & Reed, 2000; Hovey, 2000; Bello, 2004; Caicedo, Manrique, Delma, & Pulido, 2006; Herrera, 2006; Amnistía Internacional, 2012; Salcedo, Medina, & Silva, 2013). La anterior perspectiva supone el retorno como un proceso de trasladarse de un lugar a otro, el efecto natural de la pacificación de un territorio y la solución al desplazamiento forzado.

Para mí, entender el retorno como punto final es reducir su complejidad y limitar las opciones para interpretarlo. De acuerdo a los resultados obtenidos en esta investigación puedo decir que el retorno no es necesariamente un recorrido inverso al realizado durante la expulsión forzada, un último recorrido o una opción reparadora para las víctimas del conflicto armado. Por el contrario, el retorno se presenta como un trayecto diferente al del desplazamiento forzado pues el abandono y la violencia han modificado referentes sociales y espaciales que hacen que no se retorne ni al mismo lugar ni por el mismo camino. No es un recorrido final pues las precarias condiciones a las que se retorna y la falta de garantías de seguridad proponen escenarios de vulnerabilidad en los que se producen nuevos desplazamientos. Finalmente, no es una opción reparadora pues en algunas ocasiones la decisión de retornar se toma bajo la presión de un medio que poco brinda medios de subsistencia de la población en situación de desplazamiento forzado.

Así, por ejemplo, varios de los hombres adultos a quienes pude entrevistar en la región de Montes de María me explicaron que su decisión de retorno se había dado porque no encontraban trabajo en la ciudad y porque no querían perder lo poco que les quedaba en el lugar de expulsión: usualmente una casa, unos enseres y las posibilidades de cultivar. Por su parte, las mujeres entrevistadas respondieron a la pregunta del por qué regresar argumentando que sus esposos habían determinado el regreso y que ellas no tenían mayor incidencia en dicha decisión. Aunque encontré casos en los que las mujeres fueron quienes asumieron el liderazgo del regreso (San José del Peñón, Bolívar), éstos no fueron comunes. Lo anterior no es característica particular de los retornos en Colombia. En países como Perú y Guatemala la decisión de regresar fue tomada principalmente por hombres que no tuvieron en cuenta la posición que mujeres y jóvenes expresaban al respecto (Econometría, Acción-Social, PNUD, & ACNUR, 2008).

Otro dato que me permitió dimensionar lo que significa el retorno fue encontrarme con hombres y mujeres que daban cuenta de su proceso desde la paradoja del saberse retornados, pero sentirse en situación de desplazamiento forzado. En mi indagación encontré que este sentimiento era común tanto para hombres como para mujeres quienes me expresaban que sus condiciones de vida no se habían transformado de forma importante con el retorno. Una mujer retornada de Macayepo (Bolívar) me dijo que dichas condiciones habían desmejorado. Parte de las personas entrevistadas aludieron a un sentimiento de abandono, desprotección y olvido que les suscitaba su situación de retorno, en especial, el incumplimiento del gobierno frente a todo tipo de apoyos prometidos.

Lo anterior controvierte de manera directa la idea del retorno como capítulo final de la movilidad forzosa, solución o cierre. Por ello consideré que plegarme a las perspectivas tradicionalmente usadas en el estudio del retorno (De Wal, 1984; Stain, 1997; Adelman, 1998; Blitz, 1999; Stolen, 2001; Bradley, 2005; Lora, 2006; Cantor, 2010; Celis, 2010; Giammatteo, 2010; Hernández, 2010; Ibañez, 2010; Defensoría del Pueblo, 2012) poco me ayudarían a entender el proceso social del que trata este regreso. Decidí tomar distancia de las propuestas de los estudios de movilidad para entender el retorno ya no desde la idea de trayecto recorrido sino como un proceso que implica la reconstrucción de lugares,

subjetividades y redes sociales; esto es, concebir el retorno no como final sino como comienzo. Entenderlo como un proceso de dos aristas: por un lado, como la respuesta a los ofrecimientos estatales en términos de políticas de restitución y reparación a víctimas y, por otro lado, como un proceso de resistencia política en el que el volver se convierte en defensa de la tierra, la economía y la vida propia.

Entiendo que en el retorno -y pese al esfuerzo que realiza la población retornada por volver a la vida de “antes”- las cosas no son iguales. Existe el dolor, el miedo y los recuerdos de la violencia sufrida. Los lugares han sido inscritos tanto por el paso del tiempo como por el abandono. Un paisaje de ruinas se encarga de recordar lo que era la vida, los episodios de horror padecidos, la expulsión y los retos que impone el regresar. En este contexto aparece también la oferta institucional, el acompañamiento de diversas organizaciones y la presencia de unidades del ejército o la policía.

Se inicia una serie de visitas de representantes del Estado, de miembros de ong’s, de fundaciones, universidades, medios de comunicación, etc. Jeeps adornados con logos, teléfonos satelitales y equipos de trabajo conformados por extranjeros y nacionales comienzan a integrar los paisajes de estos territorios (Aparicio, 2009). Su presencia se convierte en parte constitutiva de la cotidianidad del retorno. En Montes de María, al igual que en el Urabá Antioqueño que describe Aparicio (2009): “la presencia de estos “monos” caminando por las calles llevando sus banderas y portando camiseta blanca se ha normalizado en la ciudad” (p. 92); de la misma forma los talleres, las entrevistas, las reuniones, el apoyo sico-social, productivo, de fortalecimiento organizacional, etc. se hacen comunes. Incluso, Carlos Vives y Claudia Helena pasan a saludar.

Aquel día la música sonaba alegremente, al igual que el grito de emoción de las personas, sus coros, la emoción. Ella mientras tanto permanecía en su casa, sentada, entristecida. No escuchaba la celebración, sino el llanto. La música la transportaba inmediatamente a la masacre. No imaginaba al samario con sus shorts cortos cantando en la tarima sino a los guerreros uniformados matando uno a uno a sus familiares. Fue el día de la inauguración de la casa de la cultura en El Salado (Bolívar), un acontecimiento que se celebró con un

concierto de Carlos Vives. En la tarima ubicada a pocos metros de donde sucedió la masacre, el cantante compartió un repertorio que entusiasmó a la población, a Claudia Helena -su esposa- quien no dejó de sonreír, saludar y bailar, a los miembros de la Fundación Semana quienes uniformados con sus camisetas blancas tipo polo se enorgullecían del logro obtenido, a los representantes del gobierno que insistían en tomarse una foto con el cantante y, en general, a todo aquel y aquella que pudo llegar al concierto.

Ella, en su casa, escuchaba el sonar de las gaitas y los tambores:

En 2012, cuando la Fundación Semana inauguró la nueva Casa de la Cultura, yo le envié una carta a la directora, Claudia García, pidiéndole que por favor no hicieran el concierto con Carlos Vives al lado de la cancha: ahí se había cometido la masacre. La doctora Claudia me respondió que no había otro lugar para hacerlo. La idea de escuchar gaitas y tambores en el lugar donde los paramilitares tocaron gaitas y tambores mientras mataban a mi familia, a mis amigos, a mis vecinos... era demasiado difícil para nosotros. En el concierto intenté entregarle una copia de la carta a Carlos Vives, me la recibió un guardaespaldas y yo vi cuando él (Vives) se la echó en un bolsillo. No sé si la leyó... (Durán, 2015).

Carlos Vives nunca leyó la carta, pero sí la contestó:

Nunca se me ocurrió comparar la música que produjo tanto dolor, tanta ignominia con el espíritu que nos motivaba para cantar en El Salado, en el mismo lugar donde ocurrieron los hechos o un poco al lado no importaba, ante la fuerza del amor con que fuimos a cantar a El Salado (...) Lamento profundamente que nuestra música (no por coincidencia, es la música de sus ancestros), te haya hecho recordar esos momentos dolorosos e inhumanos (...) Quiero que sepas también que compartir con ustedes esos días cambió para siempre mi vida y la de mi familia. Espero verlos pronto, todavía tenemos mucho por hacer (Durán, 2015).

Aunque recuerdan con cariño a los habitantes de El Salado, ni Carlos, ni Claudia Helena, han regresado al corregimiento. No son los únicos que han incumplido la promesa de volver. Muchos otros visitantes también han faltado a su palabra y a los compromisos establecidos con estas poblaciones: gobernadores, alcaldes, diversos funcionarios. Y no solamente en El

Salado, sino en otros procesos de retorno que aún están esperando la realización de aquellas promesas. Entonces, a pesar del retorno, las vidas de estas poblaciones siguen estando marcadas por las necesidades, el incumplimiento del gobierno, el paso lento del restablecimiento económico y unas promesas de reparación que no se materializan.

El retorno ha sido descrito como la idea que ronda de forma casi obsesiva durante el exilio (Pujadas, 2004). Autores como Levi (1987) y De Sá Rego (Pujadas, 2004) realizaron descripciones del cómo en sus situaciones de destierro el único anhelo que mantenían era el de regresar. Dicho anhelo se alimentaba por imágenes de sus lugares de origen que los remitían, a su vez, al recuerdo del hogar. En esta situación, volver resultaba sinónimo de familiaridad. Sin embargo, con el regreso no se restablece la vida anterior sino que se genera una nueva ruptura: los referentes familiares, sociales, territoriales, políticos, entre otros, han cambiado. La idea de hogar desaparece dando paso a una nueva situación de extrañeza. De allí que Levi haya hablado del retorno como “la angustia violenta del volver” (1987, p.109), De Sá Rego lo haya caracterizado como un “miedo real” (Lastra, 2013, p.331) o Rodríguez (2010) lo haya propuesto como un doble exilio. Por ello, considero que el retorno no marca un punto final sino uno inicial en el que las poblaciones deben desarrollar procesos de reconstrucción personales y colectivos para hacer viable este proceso.

Ahora bien, entender el retorno como inicio requiere un cambio de términos: pensar ya no desde el retorno sino desde el retornar, es decir, considerar el retorno como la acción de regresar a un lugar marcado por la violencia para reconstruirlo y desarrollar la vida en él y no solamente como trayecto de regreso. Pensar en términos del retornar, implica entonces, preguntarse tanto por las razones que motivan el retorno como por los procedimientos que utilizan las personas para volver, quedarse y apostarle a la permanencia en el lugar de expulsión.

Por ello, propongo entender el retorno como el proceso de reconstrucción que se realiza en un lugar marcado por la violencia, la expulsión y el abandono. Un lugar que, permeado por promesas de reparación y estabilidad socio-económica, configura las reclamaciones que sobre el presente realiza la población retornada y moldea sus deseos por acceder a una vida

mejor. Como lo expresó una mujer retornada de San José del Peñón: “Ojalá el pueblo cambie porque las casas se están cayendo y no tenemos recursos para arreglarlas”. En este sentido, transitar del retorno hacia el retornar me permite enunciar este volver como un proceso en sí mismo y no simplemente como resultado, efecto o solución: ubicar como eje principal de indagación las prácticas mediante las cuales las personas retornadas construyen el retorno, es decir, la forma en que habitan de nuevo el territorio de la expulsión forzada.

Lo anterior constituye un aporte innovador para el campo de las migraciones forzadas y en particular para la línea de estudios de retorno de población porque abre un espectro nuevo de indagación. Como detallaré en el primer capítulo de este trabajo, los estudios dedicados al tema del retorno de población han estado concentrados en el diagnóstico de dichos procesos, su evaluación a la luz de los principios del retorno (voluntariedad, seguridad y dignidad) y en la elaboración de recomendaciones a la política pública que los orienta (Amnistía Internacional, 1996; Álvarez M. , 1999; Refugee Studie Centre, 2000; Zapater, 2003; Bello, 2005; Econometría, Acción-Social, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD y Agencia de la ONU para los refugiados ACNUR, 2008; Defensoría del Pueblo, 2012).

En Colombia, sobresalen los diagnósticos, el análisis de la implementación de planes y procesos de acompañamiento y la evaluación de la garantía de derechos en estos procesos. Se destacan los trabajos elaborados por Martha Nubia Bello (2004; 2005; 2006) que indaga por las posibilidades de restablecimiento de la población retornada, Ana María Ibáñez Londoño (2003, 2009, 2010) que se pregunta por las formas en que la política pública debe generar condiciones económicas para un proceso de retorno viable, el trabajo doctoral de David James Cantor (2010) que analiza las relaciones entre seguridad de la población y procesos de retorno en Colombia a la luz de las disposiciones y el cumplimiento del derecho internacional humanitario (DIH) y, finalmente, el seguimiento que realizó la Defensoría del Pueblo (2012) a treinta y tres casos de retornos incluidos en la estrategia retornar es vivir.

Estas miradas, aunque importantes, usualmente condicionan los estudios de retorno a las variables de seguridad, voluntariedad, dignidad y estabilidad socio-económica dejando de

lado aspectos personales, familiares, culturales y políticos que también configuran e inciden en el retorno. Encuentro que hace falta preguntarse por las formas en que en el marco del retorno se construyen subjetividades, lugares y proyectos colectivos, tratar de entender la reconstrucción social que implica este proceso, los elementos que lo condicionan, los discursos que los cruzan y las apuestas que se hacen con el volver. Interrogar el regreso no solamente desde la pregunta del ¿por qué? sino desde el ¿Cómo? Es decir, no desde los motivos para retornar sino desde las formas que utiliza la población para permanecer. Mi propuesta consiste en investigar el retorno en su cotidianidad y mediante las prácticas que utiliza la población para reconstruir y reconstruirse. En pocas palabras, me intereso por el habitar del retorno.

Habitar mediante el recuerdo

Entiendo el habitar -en el marco del retorno- como el proceso de reconstrucción del lugar en el escenario de la muerte y la expulsión. Encuentro que este habitar está determinado en gran medida por el recuerdo: es la rememoración de lo que se era, se vivía y se soñaba lo que le permite a la población retornada construir imaginativamente el nuevo mundo en el que viven (Gupta y Ferguson, 2008), cohesionar a la población en torno al proyecto de retorno y, siguiendo a Millán (2009), re-habitar el mundo horrorizado.

En mi investigación hallé la misma relación de reconstrucción de memorias y significación de lugares que previamente había encontrado Millán para el caso del retorno en Bojayá, Chocó (Caicedo, Manrique, Millán, & Pulido, 2006a; Millán, 2009). Para Millán, el retorno de esta población implicó necesariamente: “resignificar el pasado y construir con otros el restablecimiento del tejido social” (2006a, p.44). Por esto, la población acudió a la memoria narrada en cantos para reorganizar el territorio: establecer lugares para los vivos y otros para los muertos que por no tener un entierro digno seguían deambulando por la población. De esta forma, fue la reconstrucción de memorias a través de los cantos lo que le permitió a la población de Bojayá re-habitar el lugar del que fueron expulsados violentamente (Millán, 2009).

En el caso de los retornos con los que trabajé, las relaciones entre recuerdos y habitar también aparecieron como constituyentes de este proceso. Cuando hombres y mujeres retornadas me propusieron recorrer sus poblados, entrar a sus casas, compartir sus alimentos y contarme sus historias, me hallé con una población que recordaba constantemente los hechos de violencia que produjeron la expulsión forzada, los trasegares (Salcedo-Fidalgo, 2015) que los llevaron a otras ciudades y poblados y los motivos que los llevaron a retornar. De todo esto, hacían especial énfasis en la vida que llevaban antes del desplazamiento forzado. Un pasado narrado desde la tranquilidad y el reconocimiento social en el que el conflicto armado se silenciaba o pocas veces aparecía. Creí estar ante una memoria literal (Todorov, 2000) que poco le aportaba al proceso de retorno y que mantenía a la población viviendo bajo la ficción del todo tiempo pasado es mejor. Sin embargo, al examinar con detalle este recordar ubiqué unas memorias en la que el pasado le daba herramientas a la población retornada para quedarse a pesar de las difíciles circunstancias que muchas veces enfrentaban y en las que debieron muchas veces callar y hacer de cuenta que no veían a los actores armados como estrategia de sobrevivencia.

Me encontré así con una serie de memorias que inscritas en paisajes, objetos, tránsitos y narrativas no constituían un proyecto explícito de rememoración, pero sí actuaban en la cotidianidad agregando capas de sentidos a los lugares del retorno (Jelin, 2001; Jelin & Langland, 2003; Riaño, 2006). El constante recordar de esta población se tradujo en procesos de apropiación y significación de lugares, en la disputa por ganarle terreno a las geografías del terror (Oslender 2004; 2006; 2009) y en las formas mediante las cuales se hacen habitables los mundos del horror (Millán, 2009).

Las relaciones entre construcción de memorias y procesos de retorno han sido poco exploradas por el campo de las migraciones forzadas. Aquí, se han privilegiado dos concepciones de memoria. La primera como un no olvido frente a los hechos de violencia vividos que funge como obstáculo para que las poblaciones se decidan a retornar (De Waal, 1984). La segunda refiere a la añoranza, el recuerdo incesante del pasado idealizado o la rememoración nostálgica del lugar (Autoría-Colectiva, 2002; Levi, 2005; Hernández, 2010). Solamente los estudios de Millán (2009) se aproximan a la memoria otorgándole un sentido

activo en el desarrollo del proceso de retorno más allá de la concepción de la memoria como fuente que alimenta la idea del regreso (Pujadas, 2004; Levi, 2005; Rodríguez, 2010; Lastra, 2013).

Mi investigación se inscribe en esta última perspectiva. Considero que la reconstrucción de memorias por parte de la población retornada desborda el simple rememorar nostálgico de un pasado mejor (Pujadas, 2004; Levi, 2005; Rodríguez, 2010; Lastra, 2013). Los recuerdos son ejes constituyentes del proceso de retorno, es decir, son uno de los motores que movilizan estos procesos no sólo al activar el deseo de volver sino al darle sustento al permanecer. Cuando interrogué a una mujer de San José del Peñón por aquello que la motivaba a quedarse, ella respondió “El pueblo era chévere, chévere. Es que el pueblo es pueblo, ¿verdad?” Sus palabras hacían alusión a lo que este poblado era en el pasado y este era su argumento para apostarle al retorno. En ese sentido, entiendo que son las prácticas de recuerdo (Riaño, 2006) las que permiten la recreación y puesta en práctica de una cotidianidad en el retorno y con ello la posibilidad de consolidar estos procesos.

En esa medida, no encuentro diferencias entre las memorias narrativas -aquellas que según Jelin (2001) significan los eventos del pasado- y las memorias habituales (las que no tienen nada de memorable, que hacen parte de una vida normal). En el retorno, tanto memorias narrativas como habituales emergen para operar en la cotidianidad y transformarla. En charlas, entrevistas y talleres realizados con personas retornadas de la región de Montes de María me encontré con recuerdos alusivos tanto a las memorias de la represión (Jelin, 2001) como a otro tipo de memorias que narraban episodios de la vida no necesariamente relacionados con la violencia. Los recuerdos de situaciones familiares, anécdotas de la niñez y los primeros amores se conjugaban constantemente con las narraciones de asesinatos, masacres y expulsiones forzadas. Por ello orienté mi interés hacia las prácticas de recuerdos (Riaño, 2006) y su incidencia en la construcción de la cotidianidad del retorno y no en distinguir o clasificar las memorias que emergen en el retorno. Interrogar la construcción de memorias desde y con efectos en la cotidianidad es otro aporte que realizo en términos de investigación.

Así, parto de la hipótesis de que las prácticas del recuerdo son las que permiten el habitar en el retorno contravirtiendo significados de lugar inscritos por la guerra. Entiendo las prácticas del recuerdo, siguiendo a Riaño (2006), como formas de acción que involucran un locus de experiencia y un dominio de conocimiento, es decir, acciones que devienen de la experiencia y pueden transformarla. Dichas prácticas emergen en la cotidianidad, operan desde allí y le proponen transformaciones. Por ello, inspirada en De Certeau (1999), las denominé tácticas del habitar. Mi pregunta de investigación indaga por el habitar del retorno, las prácticas del recuerdo que allí se desarrollan y las relaciones entre habitar y recordar. El objetivo que me tracé fue el de acercarme a los procesos de retorno desde la mirada de la subjetividad, la narración de la experiencia vivida y la cotidianidad. Así, indagué por las narrativas que se construyen en el marco del retorno, los significados de pasado, presente y futuro que se hilan a partir de dichas narrativas y la forma en que las prácticas de recuerdo (re)significan lugares en el retorno.

Ahora bien, cuando hablo de los lugares del retorno hago referencia a tres lugares diferentes pero estrechamente vinculados entre sí: primero, el lugar geográfico o el paisaje en el que se asienta la población y que ha sido producido históricamente (casas, calles, parques, patios, veredas, etc.); segundo, el lugar biográfico o la historia personal que se construye a partir del retorno y que da cuenta de las transformaciones subjetivas que se han tenido como individuos, integrantes de familias y de colectivos. Tercero, lo que he denominado el lugar organizativo, es decir, las formas mediante las cuales la población comienza a tejer sus lazos sociales a partir de experiencias organizativas. Estos lugares son, ante todo, escenarios metodológicos que emergieron de la exploración del retorno y de la pregunta ¿cómo observar este proceso? La idea la retomé de Riaño (2006) quien plantea que en las referencias al lugar se hace tangible la presencia de la violencia en las vidas, que los recuerdos se alojan en lugares y que las historias habitan en “parques, bares y tiendas de esquina; circulan por calles y avenidas, y se organizan de acuerdo con hitos mnemónicos” (p.52). Los lugares del retorno también son lugares analíticos en la medida en que me permitieron organizar la información, relacionarla y tratar de entenderla. Finalmente, son lugares expositivos pues a partir de ellos construyo el presente texto.

Del lugar y mi lugar

La investigación la desarrollé en la región de Montes de María⁴. Elegí esta región porque ya había realizado un trabajo previo en ella que me permitió acercarme a sus dinámicas y explorar la reconstrucción de memorias en contextos de desplazamiento forzado y retorno, construir lazos de confianza con sus pobladores y gracias a esto comprometerme personal, académica y políticamente. Allí, trabajé con los retornos de El Salado (El Carmen de Bolívar, Bolívar), Macayepo (El Carmen de Bolívar, Bolívar) y San José del Peñón (San Juan Nepomuceno, Bolívar), retornos que conocí entre los años 2008 y 2015 gracias a diversos trabajos que me permitieron estar en contacto con la región. Otros retornos que conocí durante estos años fueron los de Villa Colombia (Ovejas, Sucre), Borracheras (Ovejas, Sucre) y La Sierra (San Jacinto, Bolívar). Durante la investigación pude contactarme, además, con líderes del retorno de Las Palmas (San Jacinto, Bolívar) y Las Brisas (María La Baja, Bolívar) aunque no pude visitar estas veredas.

En primera medida me interesé por estudiar esta región por ser una de las zonas más violentas del país⁵. El actuar de guerrillas, paramilitares y fuerza pública la configuraron como una zona con niveles dramáticos de expulsión de población. En la actualidad, se habla de su pacificación y se invita a retornar a pesar de que nuevos grupos al margen de la ley actúan en la región (Bandas criminales emergentes) y que no garantizan la seguridad de estos procesos. Segundo, a pesar de que los procesos de retorno comenzaron a darse en la

⁴ Ubicada entre los departamentos de Bolívar y Sucre. Conformada por los municipios de: El Guamo, San Juan Nepomuceno, San Jacinto, Zambrano, El Carmen de Bolívar, Córdoba, María la Baja, Ovejas, San Antonio de Palmito, Morroa, Colosó, Chalán, San Onofre, Tolviejo y Los Palmitos.

⁵ Históricamente, el conflicto en la región de los Montes de María se remonta a la década del sesenta (S. XX) con la confrontación entre pequeños propietarios y grandes latifundistas que originó la reforma agraria. Posteriormente, en la década del setenta, las recién conformadas guerrillas eligieron esta zona como área de refugio y obtención de recursos. En la década del ochenta otro actor entra en juego: el narcotráfico, que por medio de la adquisición de tierras en la región, garantizó la movilización de mercancía hacia el Golfo de Morrosquillo, la salida al mar. Aquí es importante señalar que la presencia del narcotráfico en los Montes de María se da básicamente por la comercialización de la coca y no por cultivos ilícitos. El último actor en confrontación entra en escena en la década del noventa con la decidida intervención de fuerzas paramilitares en alianzas con el ejército para controlar el territorio. La disputa por el control territorial se agudiza entre los años 1999 y 2002 en los que grupos paramilitares incursionan decididamente a disputarle los Montes de María a las Farc logrando un control extenso de esta región. Posteriormente, con la ley de Justicia y paz (Ley 975 de 2005) se produce la aparente desmovilización del Bloque Montes de María, bloque constituido por tres unidades paramilitares (frente canal del Dique, frente central Bolívar y frente Golfo de Morrosquillo) que mantenían control total de esta región.

región casi de forma inmediata a la expulsión, hacia el año 2000, aún hoy existen procesos que no son conocidos por el gobierno, no cuentan con apoyo de ninguna institución y se mantienen a la sombra. Esto contrasta con otros procesos que se producen en la misma región y que han focalizado gran atención mediática, de la academia, ong's y entidades del Estado. Esta diferencia entre retornos visibles e invisibles llamó poderosamente mi atención. La tercera razón es la actividad organizativa que se da en los Montes de María, región conocida, precisamente, por esta tradición. Para el caso del retorno, encuentro un auge organizativo importante: de mujeres, poblaciones desplazadas, poblaciones retornadas, jóvenes, campesinos, etc. Gracias a esta organización social y política la población retornada ha logrado reclamar varios de sus derechos al Estado. Sin embargo, la tarea no ha sido fácil puesto que algunos de sus líderes y lideresas han sido amenazados, asesinados o exiliados, particularmente, reclamantes de tierras, aspecto que demuestra que la tenencia y goce de la tierra sigue siendo epicentro del conflicto en esta región.

Ahora bien, la elección por trabajar con los retornos de El Salado, Macayepo y San José del Peñón no obedeció a una elección estrictamente metodológica sino a las condiciones de mi propio trabajo de investigación. Conocí El Salado y Macayepo entre los años 2008 y 2009 cuando colaboré con el Colectivo de Comunicaciones Montes de María, una organización dedicada a la comunicación para el cambio social que tiene sede en El Carmen de Bolívar y cuyo objetivo es trabajar con niños, niñas, jóvenes y adultos en la transformación social. Allí, me vinculé con un proyecto de reconstrucción de memorias de población en situación de desplazamiento forzado que me acercó al tema y a la población. En el año y medio que estuve viviendo en la región pude visitar el retorno de El Salado en diversas ocasiones y junto al Colectivo de Comunicaciones desarrollar entrevistas, talleres y cine-foros con su población. Esta experiencia me permitió recolectar información que me resultó muy valiosa para este proyecto. Por ello, considero que el trabajo de campo del que doy cuenta aquí inició desde el año 2008.

En este mismo periodo y también junto al Colectivo de Comunicaciones conocí los retornos de Macayepo, Borracheras y Villa Colombia. A Macayepo y Borracheras los visité un par de veces puesto que las condiciones de sus carreteras impedían el acceso a estos lugares gran

parte del año lo que dificultaba enormemente llegar a ellos. Con Villa Colombia la situación fue diferente pues al ser parte del proyecto en el que trabajaba debía ir a esta vereda de forma más o menos seguida. Pese a este contacto, Villa Colombia no me resultó un caso interesante de retorno pues en esta época estaba deslumbrada con El Salado que se me presentaba como El (con mayúscula) caso de estudio. Debí pasar un tiempo para que me diera cuenta de lo valioso de cada retorno en su singularidad. En estos años también tuve la oportunidad de trabajar con mujeres que habitaban un barrio en San Juan Nepomuceno llamado Porqueritas. Estas mujeres habían sido desplazadas forzosamente de San José del Peñón, corregimiento comúnmente conocido como Porqueras. En los talleres de reconstrucción de memoria siempre se hacía referencia a este corregimiento y se le recordaba como un lugar maravilloso.

Por un buen tiempo pensé que Porqueras se encontraba totalmente abandonado, hasta que un día en una actividad con las mujeres de Porqueritas me fue narrada la historia de Sequielita: la mujer que de madrugada tomó sus cosas y se devolvió caminando para San José del Peñón. ¿Entonces las personas retornaron a San José del Peñón? Pregunté entusiasmada. “No muchas”, fue la respuesta que me dieron. Desde allí me propuse como meta personal conocer este retorno. Debía ver al maravilloso Porqueras que me había sido narrado, pero sobre todo conocer a Sequielita. Aunque durante el 2008 y 2009 permanecí un buen tiempo trabajando en San Juan Nepomuceno la oportunidad de llegar hasta San José del Peñón no se presentó. Tuvieron que transcurrir un par de años para que finalmente pudiera cumplir mi meta.

Durante este periodo de trabajo mi contacto con las personas de la región se facilitó pues al estar vinculada con una organización del territorio se me representaba como una persona cercana, es decir, una persona de confianza con la que se podía intimar. De hecho, establecí relaciones de amistad con varias de las personas con las que trabajé que perduran hasta el día de hoy. En términos de investigación esta cercanía me permitió obtener información muy detallada, preguntar una y otra vez e incluso salirme del papel de investigadora para construir diálogos más horizontales, particularmente con las mujeres quienes se mostraron mucho más dispuestas que los hombres a compartirme aspectos dolorosos de sus vidas. Así,

el rol de investigadora con el que inicié mi vida en los Montes de María se transformó rápidamente en un rol que todavía no logro describir pero que implicó cambios importantes en mi propia subjetividad; las personas con las que trabajé no me nombraron más como María Angélica, sino que me rebautizaron como Mayito, lo que podría ser un diminutivo pero que, en realidad, resultó muestra de afecto.

Durante el periodo 2010-2011 seguí colaborando con experiencias sociales de la región desde Bogotá, particularmente con la Corporación de Desarrollo Solidario –CDS-, que para la época adelantaba una investigación de carácter participativo con población en situación de desplazamiento forzado en el municipio de María la Baja sobre economía campesina. Apoyé esta iniciativa mediante ejercicios de cartografía social, asesorando la aplicación de encuestas y su sistematización. Gracias a este acompañamiento pude enterarme de la situación del retorno en las Brisas (San Cayetano) y conversar con uno de sus líderes. Aproveché cada viaje para actualizarme sobre el ambiente de seguridad vivida en la zona, enterarme de las inquietudes que sobre la tenencia de tierra, los monocultivos y la economía propia expresaban campesinos y campesinas y acercarme a sus dinámicas organizativas. Pero al ser este un trabajo voluntario resultaba bastante limitado en sus recursos por lo que en esta época no pude visitar ningún retorno.

El 2012 llegó con buenas noticias para el desarrollo de mi investigación. Obtuve la beca de investigación Orlando Fals Borda de la Vicedecanatura de Investigación y Extensión de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia la cual me permitió adelantar buena parte de mi trabajo de campo. Con estos recursos regresé a El Salado para realizar una serie de talleres con su población y algunas entrevistas a hombres y mujeres, permanecer por algunos días en El Carmen de Bolívar en búsqueda de contactos y volver a Macayepo. Había conocido a una persona de este corregimiento que me invitó de nuevo a él y gestionó los contactos necesarios para que yo pudiera realizar entrevistas. El trabajo no fue como me lo esperaba. Aunque ya había visitado a Macayepo, las personas no me recordaban y se mostraron esquivas. Frente al interrogante: ¿quién es usted? Solo me podía mostrar como una estudiante universitaria que estaba interesada en el retorno. Aquí Mayito no existía, volvía a ser una cachaca que llegaba a preguntar y dependía de la voluntad de

quien quisiera contestar. Me encontré en una situación incómoda replicando aquello que siempre he criticado: llegar, preguntar y marcharse. Me sentía extraña y frustrada. Pese a esto, pude desarrollar algunas entrevistas y recorrer parte del corregimiento para reconocer sus lugares.

A mediados del año 2013 y cuando ya había cumplido con los compromisos de la beca encontré un trabajo que debía desarrollar en Bogotá pero que me permitía viajar a los Montes de María. Me encargaron realizar un monitoreo sobre la situación de la restitución de tierras en el Caribe y de ser el caso, acompañar a una comunidad que quisiera adelantar este proceso y retornar. Aunque parecía el escenario ideal para concluir mi trabajo de campo, las condiciones fueron adversas. El tema de restitución de tierras era uno sobre el cual pocas comunidades querían hablar por temor. En la región se rumoraba sobre la aparición de ejércitos que operando al margen de la ley amenazaban y asesinaban a reclamantes de tierras. No fue fácil ubicar a personas que quisieran reclamar sobre el despojo y mucho menos una comunidad que quisiera retornar. De hecho, no la encontré. En cuanto a las posibilidades de conocer nuevos retornos, no las tuve.

Pese a esto, pude conocer al líder del retorno de las Palmas en San Jacinto quien me advirtió que las condiciones de seguridad no eran adecuadas para ir a este retorno ni al de las Brisas en San Cayetano. A cambio de la visita me ofreció una entrevista muy detallada en la que dio cuenta cómo se estaba gestionando el retorno de las Palmas bajo el aparente acompañamiento institucional que resultaba en un par de visitas, de un par de funcionarios, un par de veces al año. En el desarrollo de este trabajo tuve la oportunidad de visitar de nuevo a Macayepo y aproveché para hacer entrevistas tanto a hombres como a mujeres. Esta vez el trabajo en Macayepo fluyó, no porque las personas me recordaran de la última vez que los visité sino porque yo iba uniformada con un chaleco de la institución en la que trabajaba. Aunque no soy amiga de los uniformes, mi contrato estipulaba que debía portar esta prenda siempre que estuviera trabajando con comunidades. Recuerdo que hacía calor, el chaleco era de una tela pesada y me quedaba grande. Me resultaba absolutamente incómodo. No me lo quité porque iba con otros compañeros y compañeras del trabajo que podían reportar mi falta al protocolo y generarme problemas con la institución con la que

trabajaba. Entonces, me resigné al chaleco e inicié la indagación.

Para mi sorpresa me encontré con personas interesadas en responder a mis preguntas y no esquivas frente a ellas como en mi visita anterior. ¿Qué había hecho cambiar la actitud de las personas si yo era la misma cachaca que llegaba a preguntar? La respuesta fue fácil de inferir: el chaleco de tela pesada que me quedaba grande. Dicho atuendo me transformó en doctora (así me llamaban a pesar de mi solicitud de que me dijeran por mi nombre) y en referente de oferta institucional, es decir, ya no era la estudiante universitaria con los brazos vacíos sino una funcionaria con la cual se podían tramitar ciertos reclamos. De hecho, una mujer insistió en regalarme una gallina a cambio de que la ubicara en alguna lista de vivienda gratuita para víctimas. Dimensioné entonces, las expectativas que se hacía esta población respecto a mi visita, la responsabilidad de hacer claridad frente a los alcances del proyecto que yo representaba y la carga de poder que se obtiene cuando se usa un chaleco con un logotipo institucional (así quede grande).

Cuando regresé a mi oficina en Bogotá, me encontré con un llamado de atención acerca de mis viajes: eran muy frecuentes. Como la idea de un monitoreo de la región del Caribe realizado desde un escritorio ubicado en la capital del país me parecía centralizada y absurda, renuncié. Hice un balance de la información recogida y concluí que era suficiente y que podía terminar mi ciclo de trabajo de campo para dedicarme a sistematizar y analizar. Pase buena parte del 2014 en esta labor, pero siempre manteniendo la inquietud por una meta que no había podido cumplir: visitar a San José del Peñón. Iniciando 2015 y con todo listo para sentarme a escribir, decidí no dar más espera. Alisté mi maleta, tomé mis pocos ahorros y volví a los Montes de María. Contacté a un par de amigos para que me acompañaran a San José del Peñón y me embarqué en este último viaje. Finalmente, pude llegar a Porqueras, pasar unos días en esta población y sentarme a charlar con Sequielita. La experiencia fue muy gratificante: las personas se mostraron amables conmigo, me colaboraron en todo y se entusiasmaron con las entrevistas. De nuevo, me sentí como Mayito. A pesar de haber visitado una sola vez a San José del Peñón, lo incluí como parte de esta investigación pues los pocos días que pasé en este corregimiento fueron suficientes para recoger información detallada y pertinente para mi trabajo.

La trayectoria anteriormente expuesta fue la que me permitió acercarme a la realidad del retorno, conocerla y tratar de comprenderla. También, la que me propuso transformar mis preguntas de investigación, consolidarlas, hacer claridad frente a ellas y finalmente darme cuenta de lo difícil de su respuesta. Metodológicamente, retomé los principios de los trabajos de la memoria en los que se priorizan las voces, sentires y significados del pasado elaborados por las poblaciones víctimas del conflicto (Jelin, 200; Riaño, 2000; 2006). Entender que “conocer con empatía no significa ponerse en el lugar del doliente sino al lado del doliente, establecer una relación de solidaridad” (Nussbaum, en Ortega, 2008, p. 62). Por ello, privilegié un acercamiento de carácter etnográfico basado en la observación, las entrevistas y las charlas con personas retornadas, principalmente, con hombres y mujeres entre los 26 y los 60 años de edad.

Políticamente aposté por evidenciar las formas mediante las cuales las poblaciones retornadas adelantan este proceso en medio de unos contextos complejos de violencia, discursos de post-conflicto y demandas de verdad, justicia y reparación. Por ello me interesó exponer las representaciones que sobre la región de Montes de María diversas fuentes construyen como un territorio pacificado, las narrativas que elaboran las personas retornadas sobre su pasado, presente y futuro y la vivencia del retorno en su cotidianidad.

En general, entender el retorno como un proceso de reconstrucción personal y colectiva, definirlo como un habitar mediante el recuerdo y analizarlo desde una mirada que integra representaciones del retorno, narrativas y cotidianidades son los aportes que realizo desde esta investigación. De esta forma respondo a la demanda realizada por De Sans frente a los estudios de retorno: “se requiere de una mirada compleja, esto es, entender el retorno como un segundo movimiento y la vuelta al lugar de partida en sentido amplio” (1982, p.67).

El Itinerario

El capítulo primero: “La solución natural”, es un estado del arte en el que doy cuenta de la forma en que el retorno se ha nombrado desde diferentes escenarios y por diferentes actores constituyéndolo en objeto de conocimiento, intervención y reflexión social. Me interesa en

este capítulo explorar los supuestos a partir de los cuales se construye el objeto retorno y a partir de éstos el cómo se imagina un sujeto retornado con ciertas necesidades, expectativas y condiciones de vida.

El capítulo segundo “Montes de María: el contexto del retorno”, presenta el contexto regional en que se produjeron los retornos de El Salado, San José del Peñón y Macayepo. A partir de la reseña de los hechos de violencia que produjeron el desplazamiento forzado en esta región y una explicación de los mismos, introduzco los discursos de pacificación de los Montes de María, las políticas derivadas de ellos y el aval a los procesos de retorno. Señalo aquí varias de las problemáticas que se presentan actualmente en esta región y que se convierten en obstáculos de importancia para el fortalecimiento de estos procesos.

El capítulo tercero “Las narrativas del retorno”. Desde las voces de las personas retornadas que colaboraron con esta investigación doy cuenta de la forma en que se recuerda y se narra el proceso de retorno, los énfasis, las pausas y los posibles silencios. A partir de este ejercicio, respondo a las preguntas: ¿Cómo se construyen las narrativas del retorno? ¿Cómo se significa este proceso? ¿Con qué fines se recuerda el retorno?

El capítulo cuarto “Cartografías del retorno”, es una apuesta por el ver y vivenciar recuerdos y retornos. Privilegio en este capítulo las palabras, charlas, recuerdos, rostros, olores, sabores, cuerpos, lugares y objetos que quedaron registrados en mis diarios de campo. Ilustro el capítulo con una serie de fotografías que recolecté durante mis trayectos con el fin de mostrar aspectos de la relación retorno-prácticas de recuerdos y (re)significación de lugares que se le escapan a la escritura.

El capítulo quinto “Las tácticas del habitar”, es un capítulo de corte analítico en el que examino las cuatro tácticas utilizadas por la población retornada para (re)significar el lugar, hacerlo vivible e incidir en su cotidianidad. Aquí presento la forma en que el recuerdo, su narración y materialización en recorridos, objetos y lugares permite la reconstrucción personal, colectiva y organizativa que demanda el permanecer en el retorno.

Notas finales

En los Montes de María aprendí la importancia de las historias y de los rostros. Del escuchar, del narrar, del decir. Por esto, quería que el resultado de mi trabajo de investigación fuera el recuento de historias, nombres y rostros de las personas que colaboraron en su realización. Sin embargo, el contexto en el que escribo es un contexto difícil para varios líderes y lideresas retornadas y reclamantes de tierra quienes han recibido amenazas contra sus vidas, las de sus familiares o de sus procesos organizativos. Debido a lo anterior y siguiendo la petición que algunas de las personas entrevistadas me hicieron de mantener su identidad de forma anónima utilizaré a lo largo del solamente el descriptor: hombre o mujer retornada.

La valiosa colaboración de las personas retornadas de San José del Peñón permitió que este texto fuera acompañado de un clip audiovisual titulado: *San José del Peñón: la tierra donde uno vive*, que recoge parte de los resultados de esta investigación. El clip se encuentra disponible en: <https://youtu.be/tBbNcWdTmUs>

EL RETORNO DE POBLACIÓN: LA SOLUCIÓN NATURAL

Capítulo primero

“Ellos hacen parte del embellecimiento de nuestro municipio (...) deben estar en el lugar que les corresponde (...) deben estar en su hábitat natural”. Las anteriores son palabras que transcribo del discurso de un alcalde que se refiere al retorno de una comunidad indígena a su municipio. No es realismo mágico. Son las expresiones de un representante del Estado Colombiano frente a lo que parece ser la solución al desplazamiento forzado: el retorno de población. En un evento sobre soluciones duraderas al conflicto armado en el que el alcalde de este municipio habló del retorno indígena, investigadores, activistas, funcionarios y representantes de víctimas coincidieron en la idea del retorno como la solución deseable al problema del desplazamiento forzado. Y es que el retorno de población, al ser la cara opuesta del desplazamiento forzado, se presenta como la solución natural al mismo. Ahora bien, ¿es el retorno de población la cara opuesta del desplazamiento forzado?, ¿es la solución a este problema?, ¿deben los indígenas desplazados volver a su hábitat natural y embellecer un municipio?, ¿qué suponen las palabras de este alcalde y los aplausos recibidos por decirlos?

Este primer capítulo tiene por objetivo explorar cómo se nombra el retorno de población en tanto formación discursiva, objeto de conocimiento e intervención social identificando a su vez los supuestos de lugar de origen y sujeto retornado que se derivan de allí. Para esto, acudo a la construcción de un estado del arte que interroga a la literatura experta⁶ (academia,

⁶ Por literatura experta entiendo la serie de informes, artículos y reseñas académicas producidas desde centros de investigación, universidades e instituciones dedicadas al tema del refugio y el desplazamiento forzado;

ong's, legislación, entre otras) sobre su definición de retorno, las concepciones que maneja respecto al sujeto retornado (quién es, qué necesita, con qué mínimos puede vivir, qué lugar le corresponde) y las recomendaciones o estrategias para implementar y llevar a buen término estos procesos.

Me interesa encarar la construcción del estado del arte de la literatura dedicada al tema del retorno desde estos parámetros pues considero que desde allí se está construyendo un campo de conocimiento que determina acciones y tecnologías que hacen parte de todo un aparato técnico y burocrático que se pone en marcha con el fin de normalizar y administrar a la población retornada (Foucault, 1972; Suárez, 2004; Aparicio, 2005). De esta forma, categorías de retorno, sujeto retornado y lugar de origen usadas por la academia, el humanitarismo internacional y la política pública resultan en una serie de actos discursivos revestidos de autoridad que cuando siguen unas reglas de formación propias del contexto histórico en el que circulan se vuelven verdades (Foucault, 1987; 1998; 2006).

Manejo la hipótesis de que el retorno de población se ha venido significando a la sombra del desplazamiento forzado, como su “otra” cara, su opuesto y su solución⁷. Si el desplazamiento forzado implica violencia, desarraigo y extrañeza frente a un nuevo contexto o lugar de recepción (usualmente enunciado como la ciudad), el retorno significa voluntariedad, regreso al origen (usualmente enunciado como lugar de autoctonía y ruralidad), la promesa de volver a lo añorado y reparar las raíces fracturadas. Así,

literatura inscrita en el campo de las migraciones forzadas (Riaño & Villa, Ponieno tierra de por medio. Migración forzada de colombianos en Colombia, Ecuador y Panamá, 2008). Así, examino documentos elaborados desde centros de investigación, academia y ong's que recopilé desde el año 2011 hasta el año 2013 sin otro criterio más allá de que hablaran del retorno de población en situación de desplazamiento forzado. Al respecto, me he encontrado con poca literatura, dispersa y enfocada a realizar recomendaciones a la política pública. En el campo internacional, esta literatura está centrada casi siempre a analizar procesos de retorno sucedidos en los Balcanes, mientras que, en Colombia, se trabajan retornos puntuales sin elaborar una mirada regional o nacional de los mismos.

⁷ El retorno comienza a ser un asunto importante hacia la década del noventa del siglo XX cuando el panorama de la movilidad forzosa comienza a integrar problemas referidos a la repatriación, la reubicación y el restablecimiento de poblaciones que han permanecido por largos periodos en situación de migración forzado (Alfaro & Izaguirre, s.a). A esto se le suma un contexto mundial marcado por la transformación de las estrategias del desarrollo y la división internacional del trabajo que produce una amplia movilidad de las poblaciones y, con ello, el reconocimiento de diversas formas de desplazamientos que distan de los que hasta hace poco eran considerados dominantes (De Sans, 1982, pág. 65).

desplazamiento y retorno son concebidos como inicio y fin de la historia de movilidad forzada (Alfaro & Izaguirre, s.a).

Para desarrollar la discusión comienzo con una indagación respecto al cómo se ha definido el objeto retorno mostrando las multiplicidades de fuentes desde las cuales se ha entendido. De allí, continúo con una reflexión sobre los supuestos que la literatura consultada maneja respecto al lugar de origen y el sujeto retornado. Concluyo el estado del arte comentando por qué considero que el retorno es concebido como la solución natural al desplazamiento forzado.

1.1. Delineando el objeto

Contrario a lo sucedido con las categorías de refugio, refugiados, desplazamiento interno y desplazados, con el retorno no ha existido mayor controversia respecto a lo que éste significa. Cuando Aparicio (2010) rastrea el origen del término población internamente desplazada –PID- se encuentra con varias discusiones que se dieron desde entidades como la Cruz Roja, colectivos de abogados pro defensa de los derechos humanos, delegados de gobiernos, etc. en torno a la definición del término. Estas controversias tenían que ver con la descripción de las circunstancias en las que se daban los desplazamientos, la discusión en torno a si los desplazamientos individuales encajaban dentro de la definición dada, las relaciones entre desplazamiento y subdesarrollo e incluso propuestas para modificar el término y hablar mejor de personas desposeídas (Aparicio, 2010). En mi exploración sobre el significado del retorno no encontré algo similar.

Los documentos dedicados a las evaluaciones de procesos de retorno, los ensayos académicos y los textos de política pública revisados poco se preocupan por exponer una definición de retorno: la dan por sentada o cuando la presentan describen este proceso como el trayecto a través del cual se regresa al lugar de origen con el fin de permanecer en él posterior al desplazamiento forzado (Salcedo, Medina, & Silva, 2013). Esta literatura entiende el retorno como sinónimo de regreso, suponiendo, además, una idea de solución. Basta con revisar algunas definiciones de retorno para ilustrar lo anterior: “acto o proceso

de regresar” (OIM, 2006), “el regreso de los refugiados, especialmente las minorías” (Blitz, 1999), “la solución duradera al problema del desplazamiento interno” (Giammatteo, 2010). Comienzan a dibujarse curvas de enunciación (Deleuze, 2007) que hacen ver el retorno desde la oposición que fundamenta su idea más común: ser la contracara del desplazamiento forzado.

De esta forma, si el desplazamiento es nombrado en términos de problema (Álvarez, 1999; Saiz, 2001; Zapater, 2003) el retorno es nombrado como solución (Stain, 1997; Rojas & Sánchez, 2000; Lima & Reed, 2000). Si el desplazamiento supone desarraigo (Bjorn, 2000; Ibañez, 2010), el retorno representa conectarse nuevamente con la tierra (Álvarez M., 1999) o el territorio (Hernández L., 2010). Si el desplazamiento forzado significa pobreza (Agerbak, 1996; Blitz, 1999) el retorno corresponderá a la estabilización económica (Bradley, 2005; Celis, 2010). De esta forma, el retorno comienza a constituirse en tanto objeto de conocimiento desde la relación dialéctica con su opuesto: el desplazamiento forzado⁸.

Se le conceptualiza como un proceso de reasentamiento en el mismo lugar de la expulsión (Chavez & Falla, 2005), como una acción voluntaria que contrarresta la obligatoriedad de la violencia (Econometría, Acción-Social, PNUD, & ACNUR, 2008) y como un derecho que restituye aquellos que fueron vulnerados (Caicedo, Manrique, & Millán). De aquí se derivan tres significados que entienden el retorno de población como una fórmula de movilidad deseable, objeto de política pública y proyecto social.

1.1.1. El retorno como fórmula de movilidad

El primer significado de retorno que encuentro enunciado desde organizaciones internacionales como la Agencia de la Organización de las Naciones Unidas –ONU- para los refugiados (en adelante ACNUR) o Amnistía Internacional y en parte de la literatura

⁸ Lo anterior es una tendencia y no un acuerdo general. De hecho, Osorio (s/a) señala que la cara opuesta al desplazamiento forzado es la sedentarización forzada o el confinamiento puesto que esta práctica restringe de manera obligada la movilidad de la población. Respecto al retorno, Osorio lo denomina “una cara un tanto oculta” (pág. 21) refiriéndose al poco estudio que sobre este tema se ha desarrollado.

académica revisada (De Sans, 1982; Adelman, 1998; Lima & Reed, 2000; Hovey, 2000; Bello, 2004; Caicedo, Manrique, Millán, & Pulido, 2006; Herrera, 2006; Salcedo, Medina, & Silva, 2013) es el retorno como la acción de moverse de un lugar a otro, es decir, un problema de movilidad que debe caracterizarse y delimitarse en esos términos:

El retorno puede ser dentro de los límites territoriales de un país como, por ejemplo, los desplazados internos que regresan y los combatientes desmovilizados; o, desde el país receptor (tránsito o destino) al país de origen, como por ejemplo los refugiados, los solicitantes de asilo y nacionales calificados (OIT, 2006).

Así, el retorno es concebido como un tránsito que se configura con un lugar inicial de partida, uno de exilio y otro de regreso que corresponde al mismo lugar de partida. En este sentido, el tránsito se dibuja de manera lineal con inicio, intermedio y fin, siendo inicio y fin el mismo lugar. El anterior no es un juego retórico que combina palabras para en últimas hablar de lo mismo. Es importante tener en cuenta que cuando hablo de retorno me refiero a poblaciones que históricamente han vivido en situaciones de exclusión, pobreza y marginalidad (Bello M. , Restablecimiento. Entre retornos forzados y reinserciones precarias., 2005). Dichas poblaciones son las que han sentido con mayor fuerza los rigores del desplazamiento forzado y las que se piensa, desde la política pública, desean volver.

Estas poblaciones, por lo general, han realizado diversos recorridos para salvaguardar la vida y buscar estabilidad. En este sentido, no realizan un trayecto necesariamente lineal sino varios; lo que Salcedo-Fidalgo denomina trasegares (2015) o el Centro Nacional de Memoria Histórica, errancias: “a la salida forzada le siguen numerosos movimientos entre uno y otro lugar” (CNMH, 2011, p.150). En efecto, las investigaciones del Centro de Memoria Histórica (2011) sobre la comuna 13 en Medellín, de Salcedo, Medina y Silva (2013) sobre poblaciones retornadas en Turbo (Antioquia) y Salcedo-Fidalgo (2015) sobre poblaciones en situación de desplazamiento forzado que llegan a la ciudad de Bogotá entre los años 2002 y 2005 demuestran que las poblaciones en situación de desplazamiento forzado se trasladan a diversos lugares buscando estabilidad económica, seguridad y redes de apoyo (CNMH, 2011).

Así, los trayectos realizados por poblaciones en situación de desplazamiento forzado no tienen un inicio y un fin claramente establecidos. Al respecto, es interesante pensar en la historia de movilidad forzada de familias en las que varias de las generaciones que las conforman (abuelas/abuelos, padre/madre, hijos/hijas) han tenido que huir de sus lugares de origen en momentos diferentes. De esta forma, lo que para unos es el lugar de recepción o llegada para otros es el lugar de expulsión o de origen (Lora, 2006). Lo anterior tiene incidencia en el proceso de retorno puesto que los referentes de arraigo territorial, de identidad y hasta las memorias del lugar que se abandonó forzosamente varían de acuerdo a una perspectiva generacional (Osorio, s.f.; Caicedo, Manrique, & Millán, 2006):

Habían transcurrido para la mayoría de los potenciales retornantes más de 15 años de errancia, los niños se habían hecho jóvenes, los jóvenes adultos y los adultos mayores. Ello hizo que la decisión familiar de regresar se dificultara especialmente para los jóvenes que casi sin memoria del desplazamiento tenían un mínimo deseo por regresar y, para los adultos mayores, para quienes imaginarse volver a empezar en avanzada edad resultaba complejo (Salcedo, Medina, & Silva, 2013, p.167).

La Encuesta Nacional de Verificación 2010 indaga por el deseo de retorno de jóvenes entre 15 y 25 años de edad. De ellos solo el 8,8% desea retornar versus a un 89% que no desea hacerlo (CSPPDF C. d., 2010). Frente al retorno de jóvenes en Colombia señala que: “la preocupación tiene que ver con la perspectiva de retorno de personas que han pasado buena parte de su vida en el lugar de destino; qué tan dispuestos estarían a abandonar un lugar en el cual se han vinculado a la educación, han establecido amistades y han tejido redes sociales. El retorno entonces podría convertirse en una nueva fuente de desarraigo” (pág. 44).

El regreso a las raíces o al terruño se supone como proceso voluntario y planificado dentro un contexto adecuado en el que se pueda propiciar, avalar y efectuar. De esta forma, otro de los componentes que desde la literatura académica y la política pública se enuncian como parte del significado de movilidad del retorno es el escenario en el que debe darse: un territorio pacificado en el que se garantice la protección de las personas retornantes, el cumplimiento de la ley, la garantía de derechos y el acceso a medios de vida y subsistencia

(Agerbak, 1996; Blitz, 1999; Bjorn, 2000; Davies, 2005; Caicedo, Manrique, & Millán, 2006; Giammatteo, 2010).

De hecho, los principios rectores del retorno (voluntariedad, seguridad y dignidad) aluden a un contexto “normalizado” en el que sea posible decidir el regreso, hacerlo sin colocar en riesgo la vida y con la garantía de poder llevar una vida digna. De esta forma, el objeto retorno comienza a delinearse como un proceso dirigido siguiendo una fórmula en la que deben converger varios componentes: el cruce de fronteras nacionales, departamentales o municipales, la cantidad de personas o familias que retornan, el tiempo transcurrido posterior al desplazamiento forzado, el escenario al que se retorna y el cumplimiento de unos principios estipulados por una organización internacional: Organización de las Naciones Unidas –ONU-⁹.

Hablo de fórmula acudiendo a la primera acepción que la Real Academia Española le asigna al término formular: “reducir a términos claros y precisos un mandato” (RAE, Real Academia Española, s.f.). El retorno entendido como el curso natural que se cree sigue después de la expulsión se transforma en mandato –regresar- y este último en fórmula:

El retorno puede ser espontáneo u organizado y asistido por la comunidad internacional; voluntario o inducido; individual o familiar, en grupos pequeños o masivo; tras desaparecer las causas que motivaron el éxodo o no; tras un acuerdo de paz o antes del fin del conflicto (Lora, 2006, p.55)

Ahora bien, la fórmula a través de la cual se nombra el retorno cuenta con un último componente: la evaluación. Varios de los estudios consultados que fueron elaborados desde organismos humanitarios, la academia y el gobierno, trabajan el tema de la evaluación de este proceso, la mejor forma de hacerlo, los parámetros a tener en cuenta, etc. En este punto resulta interesante que las evaluaciones más detalladas provienen de la ACNUR y son el resultado del balance institucional del acompañamiento realizado en la península de los

⁹ Hago referencia a los Principios Rectores de los Desplazamientos Internos, normativa emitida por las Naciones Unidas con el fin de regular los procesos de retorno y garantizar el cumplimiento de derechos en este marco.

Balcanes sureste de Europa, particularmente en Bosnia y Herzegovina, Rumanía, Serbia y Kosovo (Hovey, 2000; Pineda, 2009; ACNUR, , 2010; 2013). Para el caso de Colombia, esta entidad ha estado elaborado recomendaciones a la política pública de retorno desde el diagnóstico del desplazamiento forzado y los retos de atención que éste implica (Celis, 2010). En general, este tipo de literatura se orienta al estudio del retorno intentando evidenciar su especificidad con el fin de determinar la mejor forma de administrarlo (Foucault, 1987; 2006).

Así, por ejemplo, Rojas y Sánchez (2000) reflexionan sobre la posibilidad de reasentamiento de poblaciones retornadas con el fin de plantear elementos “que contribuyan a identificar debilidades y fortalezas, proponer el reasentamiento voluntario como una solución y finalmente, discutir opciones para el diseño de una política de reasentamiento voluntario” (p.1). Todo esto a través del estudio de caso de la población que se encuentra reubicada en la hacienda La Miel en el departamento de Tolima. Por su parte, el informe de pasantía de la trabajadora social Maria Isabel Saiz (2001) quien mediante una encuesta aplicada a 449 familias en situación de desplazamiento forzado pertenecientes a la Red de Solidaridad del Chocó caracteriza a esta población junto a su situación de desplazamiento forzado e intenciones de retorno concluyendo que la desarticulación organizativa de esta población, los intereses particulares y las condiciones precarias de vida que enfrentan en el día a día son componentes que impiden la consolidación de una propuesta de retorno que pueda efectuarse en el mediano plazo.

El estudio de Caicedo, Manrique y Millán (2006) en el que se evalúa la implementación y resultados de la política de retorno del gobierno Álvaro Uribe Vélez entre los años 2002 a 2003 a la luz de los principios rectores del retorno y a partir del seguimiento de los retornos de Bojayá (Chocó), Alto Naya (Cauca) y San Carlos (Antioquia). Algunas de las conclusiones más interesantes de este estudio son: 1. La decisión de retorno de muchas comunidades se adoptó como reacción frente a la adversidad vivida en los lugares de recepción. 2. Los retornos (o las reubicaciones) han sido tan improvisados que ni siquiera las instancias locales tienen conocimiento de ellos. 3. La población retornada siente temor a que sobre los territorios de expulsión persistan las pugnas por intereses económicos que

explican la focalización del conflicto armado y de determinados actores expulsores. 4. Los daños morales producidos por la desaparición de seres queridos y por las pérdidas de bienes inmateriales (oportunidades, esperanzas) acarrearán una carga emocional insoportable que mina los deseos de un retorno (p.89).

Finalmente, Econometría, Acción-Social, PNUD, & ACNUR en 2008 plantean una serie de recomendaciones que deben ser seguidas para implementar procesos de retorno, entre ellas, garantizar la seguridad de la zona, consultar con la población retornada y posibilitar contextos para la estabilización socio-económica de la población. Estas recomendaciones surgen de la evaluación econométrica de treinta retornos en Colombia efectuados entre los años 1996 y 2007, desarrollada por estas entidades.

Ahora bien, la evaluación positiva o negativa de los procesos de retorno no es clara en los textos consultados. Econometría, Acción-Social, PNUD y ACNUR (2008) señalan que el éxito del retorno tiene que ver con la estabilización de la población, sus condiciones mínimas de seguridad, la consulta y concertación con la comunidad retornada y la garantía del retorno como derecho. Otros estudios como el de Amnistía Internacional (1996), Bradley (2005) y Auerbach (2010), coinciden en afirmar que las condiciones de seguridad para adelantar procesos de retorno resultan fundamentales en dichos procesos, al igual que el mejoramiento de la infraestructura, la oferta de servicios, el acceso a tierras y medios de subsistencia, la consolidación de la economía local y el reconocimiento de las personas retornantes como sujetos de derecho.

En términos de fracaso, Baillet (2000) identifica para el caso de Guatemala, la inoperancia del Estado para restituir tierras a las poblaciones retornadas lo que ha generado nuevos desplazamientos de estas poblaciones. Entidades como Amnistía Internacional (1996), Internacional Crisis Group (2002) y ACNUR (2010; 2013) nombran la falta de seguridad en la zona del retorno como determinante del fracaso de estos procesos. Lo anterior coincide con planteamientos realizados por Stain (1997), Adelman (1998), Blitz (1999) y Bradley (2005) respecto a la seguridad en el retorno. Finalmente, Lima y Reed (2000), Negrete (2002), Caicedo, Manrique y Millán (2006) y Celis (2010) hacen un llamado de atención

frente al paso lento de la estabilidad socio-económica o su imposibilidad como factor de re-victimización y de ocurrencia de nuevos desplazamientos.

El retorno como formula de movilidad se significa como problemática susceptible de manejo a partir de protocolos, toma de decisiones y la implementación de acciones que tienen que ver con la organización de la población, el acompañamiento militar, el desarrollo económico, la adecuación de infraestructura, etc. Así, el retorno termina traducéndose en una tecnología de gobierno con la que se busca administrar la conducta de las personas con vistas a ciertos principios u objetivos determinados (Cadirola & Mc Donnell, s.a.). En este caso una tecnología de gobierno que bajo el discurso de derechos humanos opera en el horizonte de la política pública.

1.1.2. Objeto de política pública: entre deberes y derechos

La política pública de retorno está orientada a la cesación de la condición de desplazamiento forzado, es decir, el momento a partir del cual se logra la consolidación y estabilización socioeconómica de una población (Sentencia C-278/07 de la Corte Constitucional de Colombia). En este sentido, la política pública de retorno se propone: “Lograr el restablecimiento de la población en situación de desplazamiento a través de la generación de oportunidades y alternativas de retorno al lugar de donde se vio forzada a salir, bajo la garantía de los principios de Voluntariedad, Seguridad y Dignidad” (SNAIPD S. N., 2009).

Entiendo el Estado como un producto histórico y cultural que organiza y regula el orden social a partir de unos actores-entidades que mediante el reconocimiento del “derecho, los monopolios, la estadística y el ejercicio burocrático adelantan proyectos morales para producir sociedad” (Bolívar, 1999; 2006, p.41). En este sentido, el Estado es presentado por la literatura examinada como el garante de los derechos de las poblaciones retornadas, responsable del cumplimiento del marco normativo que cobija a las poblaciones en situación de desplazamiento forzado y como el actor que gestiona las relaciones interinstitucionales para que todo lo anterior se cumpla (Rojas & Sánchez, 2000; Lima & Reed, 2000; Bello M., 2005; Salcedo, Medina, & Silva, 2013). El retorno se significa como deber del Estado o la

responsabilidad de, a través de su institucionalidad, adelantar acciones orientadas a garantizar condiciones de vida de la población retornada: seguridad, acceso a servicios básicos, consolidación de economías, etc.

En cuanto a las víctimas, el retorno se concibe como derecho. Así, se presenta como el escenario propicio para reparar los daños causados por la violencia (Salcedo, Medina, & Silva, 2013). Su significado se asocia con la posibilidad de superar traumas y daños dejados por el desplazamiento forzado con el fin de lograr la reconstrucción personal y social. La oposición desplazamiento forzado-retorno vuelve a surgir aquí, pero esta vez no relacionado con un tipo de movilidad sino con un problema de vulneración de derechos y las posibilidades de reparación:

(...) la Corte Constitucional conceptúa que los procesos de retorno van más allá del proceso de estabilización socioeconómica y que deben estar enmarcados en un enfoque de reparación integral del daño. Ello significa que los retornos deben estar acompañados de medidas encaminadas a alcanzar la verdad, la justicia y la reparación. Los procesos de reparación deben, además, reconocer las condiciones de vulnerabilidad de la población desplazada y garantizar unas condiciones “dignas, seguras y tranquilas de vida” (Ibañez, 2010, p.24).

De esta forma, si el desplazamiento forzado implica la violación de derechos fundamentales a la vida, a la libre circulación, a tener fuentes de sostenimiento y a gozar de referentes espaciales e identitarios, el retorno debe proponer todo lo contrario: el goce de dichos derechos (Saiz, 2001; Zapater, 2003). Así, como lo señala Bradley (2005) el retorno significa un doble reto: garantizar derechos en el presente y restituir los violados en el pasado.

Ahora bien, cuando el retorno es nombrado desde la literatura académica como objeto de política pública, deber y derecho, se hace especial referencia a dos actores: la población retornante y el Estado (Adelman, 1998; Bradley, 2005; Auerbach, 2010). El primer actor se nombra como sujeto de derechos, ejemplo de ciudadanía (haciendo referencia a la reclamación de derechos) y del cómo la población resiste a la guerra (Autoría-Colectiva, 2002). El segundo actor, el Estado, se define desde la responsabilidad que tiene como garante de derechos y como contraparte del pacto social: “los retornos deben estar ligados a

un programa gerenciado y planificado y éste no puede lograrse por parte del Estado si éste no garantizar salud, educación, carreteras y apoyo agropecuario” (Álvarez, Restrepo, & Castro, 2004, p.202).

La presencia de estos dos actores y su relación bajo la lógica derechos-deberes aparece claramente establecida en el ordenamiento jurídico colombiano relacionado con el desplazamiento forzado y la reparación de víctimas del conflicto armado. En la Ley 387 de 1997 el retorno aparece como un deber del Estado en el que debe apoyar a la población que quiera retornar a sus lugares de origen. Posteriormente, en la Ley 975 de 2005 (Ley de Justicia y Paz) el retorno se inscribe en la parte de restitución de la población víctima entendiéndose la restitución como “la realización de los actos que propendan por la devolución a la víctima a la situación anterior a la violación de sus derechos” (Ley 975 de 2005, en red). Más recientemente, en la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras (Ley 1448 de 2011) el retorno se enuncia como un derecho de las víctimas relacionado con la estabilización de las mismas y su derecho fundamental a la tierra y el territorio (Ley 1448 de 2011, en red).

Resulta interesante anotar que en la literatura revisada (Amnistía Internacional, 1996; Adelman, 1998; Baillet, 2000; Bjorn, 2000; Bradley, 2005; Chavez & Falla, 2005; Econometría, Acción-Social, PNUD, & ACNUR, 2008; Auerbach, 2010) el Estado se nombra como el responsable de la implementación de los retornos sin tener en cuenta las posiciones que algunas comunidades han tomado frente a éste: “no necesitamos nada del Estado, solo que nos respete la vida” (Autoría-Colectiva, 2002, p.20). Al papel que cumplen los victimarios en los procesos de retorno también se le dedican pocas páginas. En la literatura examinada aparecen nombrados como un factor que posibilita o hace imposible un proceso de retorno (Adelman, 1998; Giammatteo, 2010).

En este sentido, dichos actores son presentados como una variable a tener en cuenta para avalar procesos de retorno diluyendo de esta forma su responsabilidad histórica, política y jurídica frente al problema del desplazamiento forzado y haciendo invisible su posible participación en procesos de retorno. Al respecto, Caicedo, Manrique, & Millán (2006)

señalan que los victimarios siguen estando presentes en zonas de retorno donde se encargan de regular la vida cotidiana de las poblaciones retornantes imponiendo su autoridad y control sobre la población civil.

En contraste, son varias las páginas dedicadas a las víctimas como ejemplo de ciudadanía y de resistencia. Usualmente, desde la literatura académica, se les nombra para ejemplificar las formas en que estas poblaciones se han organizado con el fin de gestionar su retorno, reclamar sus derechos y como ejemplo de población resistente al decidirse por el regreso y negarse a vivir en el exilio impuesto por la violencia (Autoría-Colectiva, 2002; Álvarez, Restrepo, & Castro, 2004). El retorno de población es leído entonces como un proceso de resistencia de la población en situación de desplazamiento forzado que al negarse a vivir lejos de su territorio regresa a pesar de las condiciones de seguridad y estabilidad económica (Hernández L., 2010). En este sentido, la resistencia se traduce en acciones de participación ciudadana en la que se busca reivindicar formas de organización social (Álvarez, 1999; Caicedo, Manrique, & Millán, 2006), la construcción de alternativas para la reparación (Rojas & Sánchez, 2000) y la toma de decisiones mediante procesos de participación política (Zapater, 2003; Lima & Reed, 2000).

En general, las víctimas aparecen en esta literatura como gestoras de sus procesos y quiénes –a través de la reclamación de derechos- ejercen su ciudadanía. El Estado es nombrado como interlocutor y los victimarios como amenazas o dificultades. El retorno ya no es solamente un proceso administrable sino la plataforma para que la población retornada ejerza ciudadanía y reclame la “deuda” que tiene el Estado y sus promesas de reparación. Todo lo anterior supone un último significado del retorno: ser un proyecto de desarrollo social.

1.1.3. Proyecto de desarrollo Social

El desarrollo es un relato que cruza gran parte de la literatura dedicada al retorno de población. En especial, la producida desde entidades como ACNUR, Amnistía Internacional, International Crisis Group o el Instituto de Paz de Estados Unidos. Estas organizaciones coinciden en la idea del desarrollo como parte importante de la labor de

reconstrucción de sociedades que han vivido conflictos armados y como una oportunidad para el fortalecimiento comunitario que se da y debe darse en medio del conflicto armado o posterior a este (Commins, 1996). Se maneja aquí lo que Escobar (1998) denominó la certeza del desarrollo o la creencia de que las sociedades deben insertarse en él. Así, por ejemplo, Partidgre (2010) plantea:

Todo proyecto de reasentamiento tiene que ser un proyecto de desarrollo social. Es decir, un proyecto que no sólo abarque la construcción de estructuras físicas, como viviendas o infraestructuras, sino también un proceso que involucre a los afectados en la reconstrucción del tejido social y sus organizaciones sociales; que los involucre en el diseño y desarrollo de nuevos sistemas de producción y fuentes de empleo; en la provisión de servicios públicos, como educación y salud; en la capacitación de líderes sociales en autogestión y autodeterminación; y en la incorporación de la próxima generación en el proceso de construcción de la comunidad (p.10).

Tanto reasentamientos como retornos implican ciertos estándares de bienestar representados en diversos niveles: infraestructura adecuada, acceso a servicios públicos, economías rentables, organización política, liderazgos, etc. Cuando se provee a la población de los anteriores recursos no sólo se da cumplimiento al mandato de dignidad de los procesos de retorno¹⁰ sino que a la vez se les plantea como deseables. Es decir, al proporcionar servicios básicos, oportunidades económicas y garantías frente a un contexto seguro es posible “jalonar” procesos de retorno y generar “condiciones” para que las poblaciones se queden y no se vuelvan a desplazar (Varios-Autores, 2005). La viabilidad del retorno resulta cifrada en cuatro elementos fundamentales: vivienda, salud, educación y recursos productivos (Auerbach, 2010).

¹⁰ Para Bradley (2007) a pesar de que la noción de dignidad tiene profundas raíces en el derecho internacional, todavía no es claro a qué refiere en términos de retorno. Al respecto, la autora señala que no existe una definición común de dignidad tanto en instrumentos internacionales como en leyes nacionales de diversos países. En general, para Bradley la dignidad resulta opuesta a los tratos degradantes y se relaciona a un ideal del bienestar social. Por su parte, Caicedo (2006) propone una definición de dignidad en el marco del retorno relacionada con el reconocimiento de la identidad, de la propiedad, de la ciudadanía y la obtención de justicia. Así: “la dignidad se relaciona con múltiples aspectos que tienen que ver con el reconocimiento de la identidad étnica y cultural y de la propiedad sobre la tierra, el trabajo y la generación de bienes y recursos, el reconocimiento como sujetos de derechos sociales y culturales a través de la inversión de recursos por parte del Estado, y el establecimiento de la verdad de lo ocurrido y la obtención de justicia” (pág.115).

Ahora bien, es importante resaltar que la literatura que refiere al retorno como proyecto de desarrollo, particularmente la elaborada desde organismos internacionales de cooperación, coloca un especial énfasis en el tema del uso, tenencia y propiedad de la tierra como problema central de este proceso (Baillet, 2000). Así, se ilustra la forma en que este tema resultó en punto neurálgico de negociación en los procesos de paz y retorno de países como Guatemala donde el campesinado exiliado en México reclamó el acceso a tierras como su principal reivindicación (Lora, 2006) o en Bosnia donde gran parte del conflicto giró en torno a la relación tierras-minorías étnicas (Davies, 2005). Otra expresión frente al uso y tenencia de la tierra es la relacionada con la vivienda. En este sentido, por ejemplo, en Srpska¹¹ fue necesario negociar a qué minoría étnica le correspondían viviendas que habían sido ocupadas por minorías opositoras y sobre las cuales reclamaban propiedad (Blitz, 1999).

Para el caso de Colombia la relación entre la propiedad de la tierra y los procesos de retorno también ha sido examinada, esta vez por una literatura académica que parte de la idea de que buena parte del conflicto armado se presenta por la serie de conflictos que se han tejido en torno a la tierra, su propiedad, uso y usufructo (Rojas & Sánchez, 2000; Meertens, 2004; Bello M. , 2004, 2005; Celis, 2010; GMH, 2010, 2013; Ibañez, 2010; Salcedo, Medina, & Silva, 2013; Salcedo-Fidalgo, 2015):

El desplazamiento forzoso a gran escala en Colombia es consecuencia de más de treinta años de conflicto armado, búsqueda violenta de intereses económicos y puesta en práctica de proyectos de infraestructuras. La competencia por el control de la tierra fértil ha sido y sigue siendo intensa (Bjorn, 2000).

La lucha por el control de la tenencia de la tierra es una de las piezas primordiales sobre las cuales se configura el conflicto armado colombiano. Históricamente a las intenciones de distribuir más equitativamente la tenencia de tierra se le han opuesto acciones de violencia, desplazamiento y despojo adelantadas por sectores cuyo poder económico y político se basa

¹¹ Hace parte de la federación de Bosnia-Herzegovina y fue reconocida como república gracias a los acuerdos de paz de Dayton en 1995.

en la propiedad de ésta (Lima & Reed, 2000; Zapater, 2003; GMH, 2010; CNMH, 2012; De Los Ríos, 2012). Así, guerra y problema agrario convergen de acuerdo a un doble interés. Por un lado, lograr el control político-militar de las poblaciones y, por otro, obtener el control económico desde la tenencia de la tierra (Osorio F. , 2001; Grupo de Memoria Histórica, 2013).

Ahora bien, a pesar de que la literatura elaborada desde entidades internacionales coloca en un primer plano el problema de la tierra en relación con el conflicto armado y el retorno de población no se desarrolla una discusión a fondo de cómo en Colombia el desplazamiento forzado y el despojo de tierras se convirtió en estrategia de guerra, de configuración territorial y apropiación de recursos económicos y poder (Bello M. , 2005; Osorio, s.f.). La literatura consultada se limita a señalar la necesidad de garantizar la tenencia de la tierra a las poblaciones retornadas, de revisar los modelos de configuración territorial dejados por la violencia y de implementar políticas destinadas al desarrollo rural (Baillet, 2000; Econometría, Acción-Social, PNUD, & ACNUR, 2008; ACNUR, 2010, 2013).

Frente a temas importantes para entender la relación territorio-tierra-conflicto armado como la explotación de recursos naturales, el valor político del territorio y su uso para el tránsito de armas, ejércitos o insumos para el procesamiento de coca no se hacen mayores reflexiones (Bello M., 2005). En consecuencia, la literatura producida desde entidades de cooperación internacional describe el conflicto armado simplemente como un obstáculo para lograr el desarrollo económico y social de un territorio y un reto para la sociedad colombiana: “el desafío que las sociedades en permanentes crisis económicas y políticas deben superar para poder garantizar un desarrollo humano sostenible” (Ibañez, 2010, p.20) y no como una estrategia útil para administrar tierras, territorios y poblaciones.

En este sentido, el retorno de población queda inscrito en planes de desarrollo mediante la pregunta por la sostenibilidad de este proceso que, a su vez, implica interrogar el enfoque territorial, el modelo de desarrollo rural, el acceso a la cadena productiva y la tenencia de la tierra (Econometría, Acción-Social, PNUD, & ACNUR, 2008). Así, el retorno vuelve a leerse desde el derecho a la reparación incluyendo esta vez el acceso a tierra y la posibilidad

de que la población retornada pueda recobrar el patrimonio perdido con el desplazamiento interno (Zapater, 2003)¹².

La restitución del patrimonio material y financiero de poblaciones en situación de desplazamiento forzado ha sido tema central en la discusión de los acuerdos de paz en países como Ruanda, Bosnia o Irak (PNUD, 2011). El retorno de población adquiere una dimensión material en la que el acceso a la tierra y a otros patrimonios cobran importancia ya no desde una perspectiva de reparación sino como posibles detonantes de nuevos conflictos. Aquí, el llamado de atención respecto a la forma en que la inequidad en la distribución de tierras y el poco acceso a recursos económicos de la población rural pueden resultar en la emergencia de nuevos conflictos, es una constante (ACNUR, 2010, 2013). De esta forma, aparece una nueva premisa relacionada al tema del retorno: la carencia de patrimonio como fuente de conflicto versus la tenencia de patrimonio como fuente de estabilización social.

Al respecto, Davies (2005) señala que el retorno requiere no solo de un marco institucional fuerte y de unas estrategias de reconciliación de la población sino de la renovación de medios productivos, del acceso al patrimonio perdido y a otro que pueda generarse con el regreso. Si falta uno de estos elementos, es posible que el conflicto no se resuelva y vuelva a presentarse amenazando los retornos ya producidos. Así, el retorno se significa como un proyecto de desarrollo que se cimienta en enfoques territoriales, patrimoniales y de lucha contra la pobreza. El desarrollo como la contracara del empobrecimiento (Osorio, s.f., pág. 23).

El retorno entendido como un proyecto de desarrollo social implica la presencia de una institucionalidad con la cual las comunidades deben gestionar sus demandas (Varios-Autores, 2005). Es decir, el retorno como proyecto que promueve la participación y la gestión:

¹² De acuerdo a lo señalado por Salcedo, Medina & Silva (2013) la definición del retorno ha comenzado a involucrar el tema de restitución de las propiedades abandonadas por refugiados y desplazados internos. De hecho, siguiendo a la ONU, un retorno sin restitución es apenas una solución parcial. En esa medida: “la definición del lugar de retorno ha ganado en precisión al involucrar el regreso no sólo al país, ciudad, región o localidad donde se habitaba y trabajaba, sino también a las antiguas viviendas y tierras que se tenían” (pág. 13).

Sin embargo, se considera que estos procesos de reasentamiento e integración de población serán sostenibles en la medida en que su tratamiento contribuya al desarrollo de una institucionalidad democrática (instancias, relaciones y mecanismos) y a una gestión participativa y equitativa a nivel del territorio (procesamiento de demandas); garantizando así, no sólo la inclusión de las comunidades como sujetos y protagonistas de su desarrollo, sino la sostenibilidad de las respuestas locales (Ibañez, 2010, p.20).

En estas líneas la población retornada no es sólo protagonista del desarrollo sino gestora y garante del mismo. Es decir, es responsable por la viabilidad y sostenibilidad de su proceso. Por ello la construcción de planes de vida, planes de retorno o planes de desarrollo se vuelve un paso obligado cuando una comunidad ha retornado o piensa en retornar. Estos planes son cartas de navegación que les permite a las comunidades retornadas ubicar objetivos a largo, mediano y corto plazo, identificar estrategias, responsables, indicadores de gestión, etc. (Negrete, 2002). Y con esto, convertirse en “sujetos modernos y emprendedores a través de proyectos productivos y programas de restablecimiento” (Salcedo-Fidalgo, 2015, p.374).

Ahora bien, que el tema del retorno se plantee desde una perspectiva de desarrollo no implica que dicha perspectiva sea compartida por todos los actores que están involucrados en el retorno de población. Según lo documenta Hernández (2010) para las comunidades retornadas de la región de Montes de María en Colombia, aunque comunidades y gobierno coinciden en la necesidad del desarrollo no coinciden en la forma de entenderlo:

Campesinos, instituciones del Estado y otras instituciones civiles que hacen presencia en esta área comparten la idea de buscar el desarrollo de la población. Sin embargo, la idea de desarrollo de los actores presenta variaciones. Mientras que los campesinos hablan de progresar y del desarrollo como la existencia de vías para poder comercializar las cosechas, de escuelas, de puestos de salud, de crédito para el campesinado, el estado concibe el desarrollo con base en la competitividad y el aumento de la producción con base en la explotación de las ventajas comparativas del país para insertarse en los mercados globales, lo cual se materializa principalmente en el desarrollo de grandes proyectos de cultivo de materias prima para exportación y producción de biocombustibles, explotación de hidrocarburos y de recursos forestales (Hernández, 2010, p.72).

En general, la significación del retorno como un proyecto de desarrollo social nos deja ante una aproximación de corte economicista que retoma –de nuevo– la oposición entre desplazamiento forzado-retorno para plantearla como un asunto de pobreza/marginalidad vs. inserción exitosa a circuitos económicos y sociales. Así, el desplazamiento forzado propone “pérdida económica, ruptura brusca de redes sociales y riesgos de mayor empobrecimiento y marginalidad” (Partidgre, 2000, p.23); el retorno propicia integración social, reactivación de redes económicas y bienestar para la población. Entonces, el retorno es construido como un proyecto de estabilización económica en el que las poblaciones son responsables y gestoras de sus procesos (Agerbak, 1996).

Hasta este momento he expuesto varios significados que, desde la literatura académica, la producida por entidades que acompañan procesos de retorno y la política pública se le asignan al objeto retorno de población. Destaco el retorno como objeto de movilidad, como componente de política pública y como proyecto de desarrollo social. En general, el retorno es nombrado como el trayecto final de la movilidad forzada en el que las poblaciones que fueron expulsadas a causa del conflicto armado regresan para establecerse de nuevo en el lugar de expulsión. Aquí, el retorno aparece como el escenario en el que es posible reparar las afectaciones causadas por la violencia, lograr la estabilización de una población y propender por la garantía de derechos. El retorno se significa entonces como la mejor opción o el mejor recorrido que puede hacer la población en situación de desplazamiento forzado (Agerbak, 1996; Adelman, 1998; Blitz, 1999; Defensoría del Pueblo, 2003; Baillet, 2000; Bello M. , 2005; Chavez & Falla, 2005; Celis, 2010).

1.2. El lugar de origen

Desde la política pública, planes de desarrollo y diversos informes elaborados por entidades que acompañan procesos de retorno, éste es entendido como el trayecto de vuelta o el regreso al lugar de origen (Álvarez M., 1999; Saiz, 2001; Álvarez, Restrepo, & Castro, 2004; UARIV U, 2014). Para Álvarez, por ejemplo: “El retorno se hace al lugar de origen y consiste en que la persona regresa a ocupar la posición que había abandonado a consecuencia del conflicto” (1999, p. 97). Este tipo de definiciones me resultan problemáticas pues

reducen el problema del retorno a un proceso de movilidad de vuelta a casa que no toma en cuenta la complejidad del proceso y que parte de una serie de supuestos sobre las relaciones entre el lugar, la población y la cultura que han sido ampliamente debatidos y refutados (Massey, 1994; Escobar, 1998; Malkki, 1992, 1995, 1996; Erickson, 2007; Gupta & Ferguson, 2008; Agnew, 2011; Salcedo-Fidalgo, 2015).

Lo anterior se desprende de la lógica sedentarista con que los estudios de las migraciones forzadas han leído dicho fenómeno. De acuerdo a los planteamientos de Malkki (1992, 1995, 1996) y Salcedo-Fidalgo (2008, 2015) desplazados y refugiados han sido representados desde una supuesta anomalía al estar desconectados de su lugar. Se parte aquí del presunto “isomorfismo entre espacio, lugar y cultura” (Gupta & Ferguson, 2008, pág. 235) que señala que a cada población le corresponde un lugar y que cuando dicha relación se rompe se producen alteraciones en el orden social. Entonces, el desplazamiento forzado se presenta como anomalía y no como una consecuencia de un evento violento y un proceso histórico, social y político (Malkki, 1992, 1995, 1996).

Este tipo de definiciones imaginan que las poblaciones desplazadas no han recorrido trayectos diferentes a los del desplazamiento forzado. Por ello, pueden establecer claramente un lugar de origen. Sin embargo, al examinar las trayectorias recorridas por personas retornadas entrevistadas por mí en la región de Montes de María resultó fácil inferir que sus trayectos no solo fueron a causa del conflicto armado sino buscando empleos, acceso a tierras o mejores condiciones de vida. En este sentido, no resultó claro si estas poblaciones retornaban al lugar de origen o simplemente al lugar en el que se presentaron los hechos que obligaron al desplazamiento forzado o el lugar de previa residencia (Salcedo, Medina, & Silva, 2013).

Otro supuesto que conlleva la definición del retorno como el regreso al lugar de origen es que este lugar permanece casi intacto y no ha sido modificado a causa de la violencia y la expulsión. El lugar se presenta como el depositario de la experiencia social y no como producto de ésta: “una especie de plano neutro sobre el cual se escriben las diferencias culturales” (Gupta & Ferguson, 2008, p.235). Se niegan así los diferentes procesos que

producen y son productores del lugar y las diversas escalas en las que interactúan espacios y lugares (Lefebvre, 1991; Massey, 1994). Se propone, entonces, una relación naturalizada entre población y lugar en la que a cada población le corresponde un lugar, su lugar (Malkki, 1992, 1995, 1996; Salcedo-Fidalgo, 2006a, 2008, 2015). Por ello, el retorno termina concibiéndose como solución: si con el desplazamiento forzado se pierden las raíces, la identidad, la cultura e incluso, la humanidad, con el retorno se vuelven a encontrar (Malkki, 1995; Salcedo-Fidalgo, 2015).

De esta forma y como lo señala Salcedo-Fidalgo (2015) para el caso del desplazamiento forzado, el retorno resulta interpretado desde una serie de categorías duales, simples y jerárquicas que clasifican a las personas de acuerdo a sus zonas de procedencia, generan unas lecturas que niegan los diversos procesos de movilidad de las poblaciones y enuncian a las personas desplazadas como desprovistas de cultura, de raíces e identidad y demás carencias (p. 114). La designación de lugar de origen viene acompañada usualmente de expresiones que lo asocian al hogar, la casa o el territorio (De Wal, 1984; Amnistía Internacional, 1996; Hernández, 2010). En general, a la metáfora de “echar raíces de nuevo” (Malkki, 1992; 1995), lo que supone la existencia de una comunidad localizada mediante arraigos territoriales que al ser expulsada de su lugar pierde su identidad y sus referentes sociales (Gupta & Ferguson, 2008).

Nada de esto encontré en los retornos estudiados por mí. Las personas retornadas a las que tuve la oportunidad de entrevistar entre los años 2008 y 2015 narraron su retorno como parte de los trasegares (Salcedo-Fidalgo, 2015) impuestos por el desplazamiento forzado dando cuenta del retorno como el regreso a un lugar familiar pero desconocido a causa de las modificaciones que propuso la violencia y el abandono. A través de estas entrevistas pude constatar lo que plantea Hernández (2010) sobre el contacto permanente que comunidades en situación de desplazamiento forzado de los Montes de María sostuvieron con el lugar de previa residencia visitándolos de vez en cuando para cerciorarse del estado de cultivos, las condiciones de seguridad, el deterioro de la infraestructura, etc. Aunque no fue la regla general, algunos hombres retornados me contaron que durante su permanencia en la ciudad se organizaban para volver, darle una “vuelta” a la tierra y regresar.

Salcedo-Fidalgo (2015) encuentra que población en situación de desplazamiento forzado llegada a Bogotá en el periodo 2002- 2005 tuvo que multiplicar lazos sociales, económicos y culturales, manteniendo contacto, entre otros, con familiares que seguían viviendo en los lugares de previa residencia o cerca a éstos. Para el caso de las poblaciones retornadas con las que trabajé encontré que también durante su desplazamiento forzado mantenían contacto permanente con familiares que se trasladaron a vivir en cabeceras municipales y quienes informaban, particularmente, cómo se encontraba la seguridad en la zona y si existían opciones para el retorno.

En cuanto a la hipotética desconexión que las personas con “su” cultura luego de un desplazamiento forzado, no encontré rastros de dicha ruptura. En ningún momento hombres y mujeres retornados se mostraron como personas sin identidad, desconectadas de los referentes sociales o incapaces de reconstruirse en medio de circunstancias sociales difíciles. Por el contrario, se nombraron como luchadores/as, aguerridos/as, líderes/as sociales. En este sentido, llamó mi atención la manera como muchos se autodenominaban como retornados o retornadas, construcción de identidad que les permite, particularmente, insertarse en la oferta institucional derivada de las políticas de retorno.

Ahora bien, para el caso de Colombia:

El contenido de lo que significa el sitio de origen de las personas desplazadas al que se retorna ha variado en los documentos institucionales. Inicialmente era considerado como el ámbito al que se vuelve bajo una connotación centrada en unidades político-administrativas como veredas y municipios (Acción Social, 2006). Posteriormente se hace referencia a la localidad (Acción Social, 2009) o el lugar de residencia o actividades económicas habituales (Presidencia de la República, 2011; Unidad de Atención a Víctimas, 2012) (Salcedo, Medina, & Silva, 2013, p.12).

Para adelantar procesos de retorno resulta necesario precisar de qué trata el lugar de origen y delimitarlo en su mínima unidad ya que esto propicia la garantía de derechos: “generar precisión permite visibilizar derechos a la restitución de tierras y viviendas, mientras que diluirlo en categorías amplias puede llevar a desconocerlos” (Salcedo, Medina, & Silva,

2013, p.16). Este tipo de definiciones, aunque útiles resultan problemáticas: ¿(el lugar de origen) es el municipio donde nace un individuo, donde crece, donde pasa la mayor parte de su vida, o aquél donde ha residido antes del último traslado? (De Sans, 1982). El lugar de origen para múltiples poblaciones en situación de desplazamiento forzado significa no solo una geografía o un paisaje, sino una posición de respetabilidad en un lugar social (Salcedo, 2015). Entonces, ¿de qué trata dicho lugar?

Con el fin de responder a la anterior pregunta elaboro desde los supuestos de lugar de origen que encuentro en la literatura que he venido revisando. Describo tres supuestos que fundamentan esta idea de lugar de origen para posteriormente plantear una respuesta a la pregunta que guía el presente apartado.

1.2.1. Primer supuesto: la poca movilidad de las poblaciones

Cuando De Sans (1982) pregunta si el lugar de origen hace referencia al lugar donde se nació, se pasó la mayor parte de la vida o el último lugar de residencia antes del desplazamiento forzado lo que está haciendo es cuestionar la idea de que las poblaciones poco se trasladan durante sus vidas y permanecen fijas en los mismos municipios, regiones o ciudades. En este sentido, la pregunta de De Sans (1982) se realiza con la intención de mostrar el cómo la noción de retorno contiene una fuerte connotación sedentarista y con esto el planteamiento de una relación unívoca entre individuos y lugares: a cada persona corresponde un lugar, ciudad, región y país. Gran parte de la literatura dedicada a las migraciones forzadas supone la existencia de una relación esencial entre tierra-identidad-arraigo, la da por sentada, la naturaliza y desconoce los procesos mediante los cuales las poblaciones construyen una idea de hogar, territorio o nación (Malkki, 1992, 1995, 1996). Así, al dejar de cuestionar la relación espacio-cultura esta literatura refuerza las ideas de que cruzar las fronteras significa abandonar el hogar y dejar atrás la identidad (Gupta & Ferguson, 2008; Salcedo-Fidalgo, 2015).

Pensar el desplazamiento forzado desde la esencialización de estas relaciones ha producido la construcción de una serie de representaciones del espacio como un escenario que a causa

de la violencia resulta “vacío” y la imagen de un migrante que al perder su cultura y su identidad se convierte en un sujeto que “requiere ayuda” (Malkki, 1992, 1995, 1996; Salcedo-Fidalgo, 2015). De esta forma, se invisibilizan las causas que producen el desplazamiento forzado y se niega el papel que históricamente han tenido las migraciones forzadas en la configuración de un orden social (Malkki, 1992; 1995; 1996; Gupta & Ferguson, 2008; Herrera, 2006; Osorio, s.f.).

En Colombia, los motivos que han provocado la movilidad de las poblaciones rurales son diversos. El conflicto armado es uno de ellos. En general, la distribución de la población en nuestro país ha sido fruto de la lucha por la tierra y de la imposición de un modelo agrario latifundista (Autoría-Colectiva, 2002; Machado, 2009; CNMH, 2013). Entonces, las poblaciones se han movilizad a lo largo de sus vidas no solamente por cuenta del conflicto armado sino de acuerdo a unos modelos económicos que proponen dinámicas productivas y configuraciones rurales. De acuerdo a mi experiencia de investigación en Montes de María puedo decir que la población de esta región no solo se ha movido a causa del desplazamiento forzado sino motivada también por dinámicas económicas.

En las diversas charlas que sostuve con pobladores de esta región pude constatar la presencia de este tipo de movilidad. Por los menos dos de los hombres adultos entrevistados por mí (55 años y 60 años respectivamente) dieron cuenta de movi lidades económicas efectuadas entre veredas, corregimientos, municipios e incluso departamentos (Bolívar-Sucre). Explicaron que sus migraciones se dieron a propósito de la búsqueda de empleos, porque se movían de acuerdo al itinerario de las cosechas o tratando de acceder a los beneficios de la reforma agraria. También, porque la búsqueda de tierra para sus cultivos les implicaba acceder a tierras prestadas y esto muchas veces los llevaba fuera del lugar en el que nacieron.

En su investigación con población en situación de desplazamiento forzado que llega a Bogotá desde diferentes partes del país, Salcedo-Fidalgo (2015) evidencia que parte de esta población ya era migrante económica antes del desplazamiento forzado. Por ello, para este autor el concepto de lugar de origen resulta problemático pues éste se limita a la referencia de un lugar geográfico ignorando los diferentes tipos de movilidad que ha vivido la

población rural colombiana y la dimensión simbólica-política que dicha población le asigna al lugar de origen (2006 A, 2008, 2015).

Otra crítica que se desprende de aquí es el desconocimiento del lugar de origen como una construcción simbólica. Tanto para Malkki (1992, 1995, 1996) como para Salcedo-Fidalgo (2015) cuando las personas en situación de desplazamiento forzado hablan de su lugar de origen están haciendo referencia a una representación que condensa luchas pasadas y trayectorias de vida. Salcedo-Fidalgo (2008, 2015) concluye que el lugar de origen hace parte de un trabajo de rememorización que funciona como estrategia política que le permite a la población en situación de desplazamiento forzado reclamar derechos en tanto personas con dignidad que tuvieron posesiones, trabajo y reconocimiento social. En este sentido, el lugar de origen corresponde al intento por rehacer la vida en lugares donde se ha restablecido la población migrante.

1.2.2. Segundo supuesto: la promesa de un lugar mejor

Un segundo supuesto que maneja la literatura revisada, especialmente la política pública dedicada al retorno de población, es que el lugar de origen brinda mejores condiciones de vida que el lugar de recepción. En este sentido, el lugar de origen se presenta como la “mejor opción” para las personas en situación de desplazamiento forzado: “para una persona desplazada por la violencia su mejor alternativa debería ser el retorno a su lugar de origen” (Econometría, Acción-Social, PNUD, & ACNUR, 2008, p.45). Ahora bien, al contrastar las condiciones que presentan los lugares de origen frente a las condiciones encontradas en los lugares de recepción resulta que no necesariamente los primeros son “mejores” que los segundos.

Como lo demuestra Hovey (2000) para el caso de Bosnia, la población rural que se asentó en la ciudad de Zenica encontró en dicha ciudad oportunidades de empleo y de educación para sus hijos. Al preguntarle a esta población por su deseo de retorno era común escuchar respuestas del tipo: “¿Por qué voy a querer regresar a un lugar en el que para obtener leche debo ordeñar la vaca que ya no tengo? Aquí en Zenica solo debo bajar las escaleras y

comprar un litro de leche en la tienda de al lado” (p.29). Para esta población las condiciones de vida encontradas en la ciudad resultaban mucho más favorables a las que les proponía su lugar de origen. A esto se le sumaba la pérdida patrimonial y las pocas opciones para recuperar los bienes perdidos. De allí que resulte fácil explicarse su deseo de no retorno.

En Colombia ocurren situaciones similares. Según diversos informes elaborados por la Comisión de Seguimiento a la Política Pública sobre el Desplazamiento Forzado el deseo de retorno es inferior al deseo de no retornar. Así, por ejemplo, los resultados de la Encuesta Nacional de Verificación aplicada en el año 2007 arrojaron que:

Sólo el 3,1% desea regresar a su sitio de origen, mientras que el 76,4% desea permanecer en su lugar de asentamiento actual, el 6,7% reubicarse en otro municipio y el 2,7% salir del país. Cabe señalar que un porcentaje relativamente elevado 11,2% de los grupos en referencia aún no cuenta con claridad sobre la decisión que tomará en el futuro en esta materia (CSPPDF C. d., 2008).

Los argumentos asociados al deseo de no retorno tienen que ver con la percepción de que las causas que originaron el desplazamiento forzado aún persisten en el lugar de origen. Otras explicaciones dadas por la población encuestada para justificar su deseo de no retorno se refieren a cierta estabilidad económica alcanzada en el lugar de destino y la posibilidad de lograr mejores condiciones de vida a las que se tenían antes del desplazamiento forzado. El panorama presentado en la encuesta del 2007 se mantiene para el 2010 cuando la encuesta se aplica nuevamente. Así, de un 78,7% de intención de no retorno registrada para 2007 se pasa a un 72,4% en el año 2010. Frente a la reubicación, el 10,4% la prefiere mientras que el 9,4% no ha definido una opción frente a su situación y el 2,1% optaría por ubicarse fuera del país.

Ahora bien, en 2010 a la población que expresó su deseo de no retorno se le preguntó las razones de este deseo y se encontró qué:

Para el 58% de la población desplazada inscrita en el RUPD¹³ la violencia, la inseguridad y las pérdidas sufridas con el desplazamiento son causa de su reticencia a volver. De cambiar estas condiciones, con una política adecuada de restitución y garantía de seguridad y no repetición, casi tres de cada cinco familias desplazadas podrían retornar. Entre las demás causas un 8,3% señala algunas relacionadas con el atraso tradicional del campo colombiano en materia de servicios sociales y oportunidades de progreso social, como son las malas condiciones de vida en el lugar o la falta de condiciones de empleo, trabajo o educación para los hijos (CSPPDF C. d., 2010, p.45).

En efecto, al indagar por la percepción de la población encuestada en términos del “aquí” y del “allá” lo que se encuentra es que el lugar de destino representa para estas poblaciones las ventajas de vivir en la ciudad, esto es, acceso a educación, salud y mejores condiciones de seguridad mientras que el “allá” resulta asociado a unas condiciones favorables en términos de medio ambiente y de vida familiar. Sin embargo, el “allá” sigue siendo representado como un lugar peligroso. En general, las percepciones registradas respecto al municipio donde se vive actualmente (aquí) y el municipio de expulsión (allá) expresan los problemas tradicionales del campo colombiano y la falta de presencia del Estado (CSPPDF C. d., 2010).

Estos resultados no varían a la luz de los grupos étnicos. De acuerdo a los informes elaborados por la Comisión y dedicados a pueblos indígenas y población afrodescendiente el deseo de no retorno de estas poblaciones está asociado a las condiciones de seguridad y pocas posibilidades para el restablecimiento económico que se presentan en el lugar de origen. Resulta interesante resaltar que: “en cuanto a las intenciones de retorno, la preferencia de los grupos afrocolombianos por permanecer en el lugar donde se encontraban en el momento de la encuesta es más alta que la del conjunto de la población desplazada” (CSPPDF C. d., 2009, pág. 66; CSPPDF C. S., 2009b).

Mi experiencia de trabajo con población retornada en la región de Montes de María reafirma las anteriores percepciones puesto que las razones que me fueron argumentadas para

¹³ Registro Único de Población Desplazada RUPD.

regresar por parte de las mujeres y los hombres retornados con quienes hablé tenían que ver con el aburrimiento frente a la situación de desplazamiento forzado, especialmente, la falta de ayuda institucional y la inoperancia de la misma, las pocas posibilidades laborales encontradas en ciudades como Cartagena o Barranquilla y, finalmente, el tema de pagar arriendo que resultaba una novedad y una carga para estas poblaciones. “Pa’ morirse uno de hambre, mejor se muere uno acá”, me explicó un campesino retornado aludiendo a las malas condiciones de vida que enfrentaba con el retorno y como respuesta a mi pregunta del por qué regresar a un contexto que no le permitía llevar una vida diferente a la que llevaba durante el desplazamiento forzado.

En todos los tres casos estudiados por mí (El Salado, Macayepo y San José del Peñón) las difíciles condiciones económicas que parte de esta población vivió en la ciudad fueron las que motivaron su retorno. En las entrevistas recogidas pude inferir que las personas que retornaron a estas poblaciones contaban con pocas redes familiares, vecinales u otras que les permitiera contar con el apoyo necesario para restablecerse en la ciudad. Los trabajos que encontraron no se correspondían con las expectativas laborales de hombres que se nombraban como agricultores y que debieron asumir roles laborales como vendedores, ayudantes de construcción o voceadores de prensa. El aspecto de pagar arriendo, cuando había una vivienda propia abandonada –aunque fuera en mal estado–, tampoco ayudaba. Solo quedaba, entonces, la opción de retornar.

Ahora bien, retornar bajo estas condiciones no significa que el lugar de origen resulte mejor al lugar que se habitaba en el desplazamiento forzado. En una entrevista realizada a un hombre adulto en El Salado este hombre me comentó: “Si hubiera tenido con que pagar el arriendo yo no me hubiera venido por aquí”. Se refería a las pocas condiciones que en ese momento (año 2009) tenía para cultivar y vender sus productos. También a la inseguridad que rondaba en la zona y, en general, a las condiciones de vulnerabilidad en las que la población se encontraba. Como eco de las palabras de este hombre aparecieron las de una mujer en Macayepo que me habló de que había regresado con su esposo pero que sus hijos los había dejado al cuidado de la abuela en la ciudad de Sincelejo: “Yo no quiero que mis hijos regresen, mejor que se queden en la ciudad”, fueron sus palabras. Para ella, la ciudad

representaba mejores condiciones de seguridad para sus hijos y mayores oportunidades de estudio. Otra mujer de este corregimiento señaló: “aquí no, pa’ que mi hijo vuelva, no” haciendo referencia al peligro de incorporación obligada a grupos paramilitares que podía vivir su hijo varón joven.

Entonces, como lo señala la Defensoría del Pueblo (2012):

A pesar de que la población desplazada se siente en riesgo en su lugar de origen, deciden iniciar un proceso paulatino de retorno, dado que en la cabecera municipal o corregimental no han recibido la atención que les permita llevar una vida digna: el hambre y la falta de oportunidades laborales ha empujado a muchas familias y personas desplazadas a regresar a sus territorios a sabiendas de que el riesgo se mantiene. (p. 55)

El regreso, como lo plantea Osorio (s.f.) es un proceso “lleno de incertidumbres” en el que resulta decisivo el tiempo transcurrido posterior al desplazamiento, los vínculos que aún se mantengan con el lugar de origen y que hayan cesado los motivos que propiciaron la huida. Otros factores como la escasez de servicios públicos, acceso a salud, educación, vivienda y la idea de “volver a empezar” también son considerados al momento de decidirse por la opción del retorno (Salcedo, Medina, & Silva, 2013). Entonces, el deseo del retorno, los argumentos para no regresar y las percepciones acerca del lugar de origen demuestran que la promesa del mejor lugar es sólo eso, una promesa.

En este sentido es importante recordar que gran parte de la población que se encuentra en situación de desplazamiento forzado proviene de territorios donde no se cuenta con acceso a educación, salud, seguridad alimentaria y agua potable, la presencia del Estado es precaria y por causa de la guerra, posiblemente estos territorios estén minados (Álvarez M. , 1999; Varios-Autores, 2005). Así, un lugar asociado a la pobreza, la violencia y la falta de garantías de presencia institucional no representa una mejoría para la población en situación de desplazamiento forzado. El lugar de origen no es aquel lugar al que se desea retornar y si en efecto se regresa, lo que se encuentra y se vive no responde a las expectativas de mejorar las condiciones de vida.

En conclusión, el lugar de origen no provee condiciones de vida diferentes a las que se tenían previas al desplazamiento forzado y, en múltiples casos, representa violencia, olvido estatal y precariedad. Pese a esto, la política pública del retorno insiste en reafirmar la promesa del lugar de origen como el mejor lugar en el que puede estar la población en situación de desplazamiento forzado. Esto lleva a pensar en un tercer supuesto: el lugar de origen se ha construido como un lugar que yace allí, esperando, sin haber sufrido ninguna modificación.

1.2.3. Tercer supuesto: un lugar inalterable.

Es poca la literatura del retorno que se pronuncia sobre la modificación que ha sufrido el lugar de origen debido al paso del tiempo, la violencia y la implementación de nuevos modelos productivos en los territorios (De Wal, 1984; Autoría-Colectiva, 2002; Bello M., 2005; Hernández, 2010). La mirada que sobre el lugar de origen hace en estos términos la política pública y los diagnósticos de seguimiento (Stain, 1997; Partidgre, 2000; Refugee Studie Centre, 2000; Negrete, 2002; Internacional Crisis Group, 2002; UARIV, 2014) está centrada en una infraestructura que al ser abandonada posiblemente se encuentre deteriorada y unos cultivos que a razón de lo anterior ya no existen. Lo que se plantea entonces, es que la población retornada debe ser apoyada con construcción de vías, acueductos, casas, colegios, etc. y con herramientas e insumos para que vuelvan a establecer sus cultivos y a criar su ganado (Acción-Social, 2006; Ley 975, 2005; Bradley, 2005; Apargatero, 2011; Ley 1448 de 2011). Esta literatura olvida las drásticas modificaciones que sufrieron los lugares a causa del conflicto armado que incluyen transformaciones en referentes del paisaje, sociales y simbólicos (Osorio F. E., 2009).

Recuerdo un recorrido que tuve la oportunidad de hacer en el año 2012 en una vereda retornada. Mi guía, un hombre mayor que tenía su casa a un kilómetro de la vereda, me llevó por un camino vecinal para mostrarme como en muy poco tiempo los monocultivos de palma se habían extendido en su municipio. En medio del recorrido, el hombre se detuvo para mostrarme el lugar del que fue expulsado por los violentos: “La entrada a mi casa, por allí, por la ceiba y mi tierra llegaba hasta más allá del arroyo que pasa por ahí. Ya eso no existe porque ahora todo esto es palma”. El lugar de origen no es solamente un lugar deteriorado

por el paso del tiempo y el abandono, es un lugar modificado por por parte de los últimos actores violentos que allí dominaron y la introducción y consolidación de nuevas economías como monocultivos.

El lugar de origen ya no es el mismo lugar que se habitó o el que se abandonó. Ahora es un lugar que resulta ajeno e, incluso, peligroso. Para el caso de El Salado, por ejemplo, las razones para no retornar o retornar esporádicamente, residían en tener que enfrentar la imagen de un pueblo desolado donde cada lugar resultaba inscrito por las huellas de la masacre: “los que se han reafirmado en su decisión de no regresar, arguyen el choque emocional profundo que les ha dejado la imagen de un pueblo que no ha podido recuperar su prosperidad, e insisten en que la sola visita les ha revivido el miedo y el pánico generalizado que experimentaron en la masacre, algo que nunca quieren repetir” (GMH, 2009, p.193).

En los testimonios recogidos a través de esta investigación identifiqué que el regreso no generaba alegría sino más bien desconcierto. Así me lo hicieron saber dos mujeres que en un taller de cartografía social respondieron a mi interrogante sobre cómo recordaban el primer día de retorno. Una mujer mayor me dijo: “Cuando yo llegué aquí no se conocía nada de esto, no sabía uno donde era esto, la entrada, cuando yo entré a esta casa, tuvo el hijo mío que mochar a palo pa’ poder ingresar, no se veía el techo ni nada”. Otra mujer, mucho más joven que la primera, comentó: “El pueblo perdido, no había por donde entrar, todas las calles tupidas, yo le decía ay Dios mío ¿Dónde estamos? Ay que soledad, dios mío, yo si lloraba. Mi esposo me decía que teníamos que ser firmes”. Retornar al lugar de origen es un encuentro con geografías y paisajes que han sido modificados por la guerra y con una serie de relaciones que resultaron rotas por la violencia, desestructuradas e imposibles de ordenar con el retorno.

Es el caso de la población de Bojayá (Chocó), población afrodescendiente retornada, que no pudo enterrar a las personas que fallecieron en el enfrentamiento del 12 de mayo de 2002 entre guerrilleros y militares puesto que los restos de estas personas quedaron dispersos en varias fosas comunes. Fue imposible realizar los ritos funerarios correspondientes para que

los muertos descansaran en paz (Millán, 2009). Entonces, el territorio de los vivos quedó mezclado con el de los muertos lo que generó un desequilibrio. Al retornar, la población de Bojayá no encontró tranquilidad en su antiguo territorio puesto que: “La alteración de los lugares simbólicos, míticos y sagrados no se ha resuelto. Afecta y preocupa gravemente a toda la población, porque los muertos de la masacre no han podido "descansar en paz" y deambulan incesantemente” (Caicedo, Manrique, & Millán, 2006, p.78).

Los testimonios respecto a la presencia de muertos que no han logrado descansar en paz es elemento común en las narrativas del retorno asociadas al lugar de origen. Las personas retornadas con las que hablé, especialmente las de El Salado y Macayepo quienes fueron testigos de masacres, me comentaron historias relacionadas a presencias, ruidos y sucesos extraños que suceden en sus casas o calles producidos por aquellos que tuvieron una muerte violenta o no fueron enterrados con los ritos necesarios. En el lugar de origen la presencia de la muerte ronda y la amenaza de su llegada es constante. En una de mis visitas a Macayepo una mujer me invitó a su casa a almorzar. Le dije que con mucho gusto aceptaba la invitación pero que después debía prestarme una hamaca para hacer la siesta. A la mujer le llamó la atención mi pedido y me preguntó si siempre dormía después del almuerzo. Le dije que no, solamente cuando hacía mucho calor. Entonces, la mujer me comentó que a ella le costaba dormir. Que durante las noches se desvelaba escuchando el ruido de motos acercándose y el murmullo de los victimarios. Ella sabía que esto hacía parte del trauma sufrido por la guerra que se vivió en su pueblo y que gran parte de estos ruidos eran producto de su imaginación. Pese a esto, no lograba dormir.

Entonces, el lugar de origen no es el lugar inalterable imaginado desde la política pública. Es la materialización de la violencia sufrida, reflejo de la pérdida, la muerte y el miedo. Regresar al lugar de origen significa volver a un entorno familiar que ha sido alterado y modificado; regresar a un lugar que ya no es sinónimo de hogar, de cercanía y de familiaridad; regresar a un lugar que resultó marcado definitivamente por la violencia.

1.2.4. ¿De qué trata el lugar de origen?

Son diversos los supuestos de los que parte la idea del lugar de origen manejados por la literatura que revisé para la construcción del presente estado del arte. Estos supuestos imaginan el lugar de origen como un punto de llegada que puede ser identificado en una trayectoria que se dibuja desde la ciudad hacia el campo, desconociendo otro tipo de recorridos realizados por las poblaciones en situación de desplazamiento forzado. El lugar de origen aparece como la zona natural de repliegue de dicha población (De Sans, 1982). Aquí la lectura del retorno se realiza desde una lógica bipolar (ciudad-lugar de origen) omitiendo la red de trayectorias que implica este proceso.

Ejemplo de lo anterior son las definiciones que la política pública ha ensayado del retorno; usualmente miradas que buscan administrar dicho lugar a partir del establecimiento de sus límites. Este tipo de definiciones se sustentan en ideas de la migración (de expulsión o retorno) como el cruce de fronteras, postulando a su vez, una mirada enraizada del lugar en la que se naturaliza la relación población-lugar (Gupta & Ferguson, 2008). Para el caso de las personas con las que trabajé el desplazamiento forzado no significó el cruce de fronteras pues se realizó hacia ciudades o cabeceras municipales que hacían parte de una geografía conocida y transitada. Es el caso de la población de San José del Peñón que se desplazó hacia San Juan Nepomuceno, municipio que frecuentaban pues allí accedían al comercio y servicios médicos. La misma situación vivieron personas de Macayepo al desplazarse hacia Sincelejo o de El Salado al desplazarse hacia El Carmen de Bolívar. Entonces, para estas personas el desplazamiento no implicó cruzar fronteras sino transitar forzosamente por territorios ya conocidos.

Ahora bien, esta necesidad de establecer claramente hasta dónde llega el lugar de origen y donde comienza el lugar de la migración (De Sans, 1982) corresponde a la tendencia de caracterizar a las sociedades a partir de la división del espacio (Gupta & Ferguson, 2008). De allí la correspondencia unívoca que debe existir entre población retornada y lugar de origen. Cualquier ruptura de esta relación significa el desbalance del orden social y la pérdida de la cultura (Malkki, 1992, 1995). Se desconoce de esta forma las diferentes

relaciones que se construyen entre lugar e identidad en una era de altos flujos y movilidades globales (Massey, 1994). En este contexto tanto la identidad como el lugar se entienden como experiencias que no necesariamente se encuentran localizadas sino que son el producto de la yuxtaposición de diferentes relaciones sociales. En este sentido, la identidad no resulta del lugar sino de las diferentes interacciones con el “afuera” (Massey, 1994, p.169).

Pese a esto, en términos de retorno, el lugar de origen se sigue imaginando como el lugar que le corresponde a una población que por ser rural no logra incorporarse a la ciudad y no quiere establecerse en ella (Stain, 1997; Hovey, 2000; Internacional Crisis Group, 2002; Celis, 2010; Giammatteo, 2010) omitiendo la creación o activación de redes y tramas urbanas de las que hacen parte y la recomposición de relaciones sociales con parientes y vecinos (Salcedo-Fidalgo, 2015).

Como efecto, el lugar de origen termina siendo enunciado como el mejor escenario para reparar a poblaciones desplazadas (Agerbak, 1996; Baillet, 2000; Bradley, 2005; ACNUR, 2010; 2013) suponiendo que con el retorno la población vuelve a una situación “anterior” y que no debe restablecer de nuevo su actividad económica, sus relaciones sociales y sus cotidianidades. De allí que, como lo comenta De Sans (1982), pensar el lugar de origen como el lugar evidente al que regresan los migrantes es simplificar las rutas de regreso y lo que esto implica en tanto proceso de reparación y reconstrucción social. Imaginar este lugar desde metáforas asociadas al hogar, las raíces y la familiaridad es reducir su concepción a una geografía estática que invisibiliza la red de relaciones que lo cruzan, las asignaciones se sentido con el que se le dotan, las prácticas que lo constituyen y las representaciones que se hacen de él. En general, el lugar de origen no es un plano neutro sino una experiencia social.

1.3. EL sujeto retornado: el más pobre de los pobres

- ¿Quién retorna? Es decir, ¿Qué personas son las que retornan, las que deciden volver?
- Pues los más pobres de los pobres, me contestó. Me miró y me explicó: los que retornaron fueron los que no tenían casas a las cuales llegar en otra ciudad, no tenían familias que los

recibieran o amigos. No les quedó otra alternativa que regresarse. Los que volvieron fueron los que aquí eran los más pobres, los que salieron sin ningún capital, sin ganado, sin nada. Y claro, en la ciudad, fueron los más pobres de los pobres.

La anterior fue la explicación que me dio una antropóloga que había seguido y acompañado muy de cerca un proceso de retorno en la región de Montes de María y a quien entrevisté porque me interesaba compartir sus perspectivas frente al retorno en esta región. Era el año 2008 y yo apenas comenzaba a acercarme al tema. Cada una de sus respuestas me pareció un hallazgo, pero la que más llamó mi atención fue su caracterización de la población retornante. Sus palabras me invitaron a pensar sobre el retorno de población desde la perspectiva de la subjetividad y la forma en que es representado el sujeto retornante. Así, en mi ejercicio de revisión de literatura académica, de informes de seguimiento y política pública, me di cuenta que dicha literatura no sólo define un lugar de origen y lo que debe ser el proceso de retorno, sino que a la vez imagina a un sujeto particular al que deben dirigirse las políticas, protocolos y diversas estrategias para promover dichos procesos. Esto es, un sujeto retornante.

Ahora bien, a través del análisis preliminar que he comenzado a desarrollar a propósito del sujeto retornante he obtenido pistas para plantear la forma en que éste se imagina. Hablo de análisis preliminar y de pistas porque lo que me propongo exponer en este apartado es precisamente eso: una aproximación al tema. Mi propósito es modesto y se orienta hacia el inicio de la exploración, es decir, ubicar una serie de derroteros que en su profundización pueden formular una reflexión interesante acerca de la configuración de un sujeto retornante. La identificación de estos derroteros sigue la pauta con la que he venido trabajando a lo largo de este capítulo, la revisión de una serie de textos dedicados al retorno de población a la luz del interrogante: ¿quién retorna?

Por lo general, la literatura revisada plantea el regreso de unas “víctimas” que son nombradas sin diferenciar sexo, raza, edad, procedencia, tiempo transcurrido en el exilio y otras características que influyen en la forma en que se vive la experiencia del desplazamiento forzado y redundan en la decisión de retorno, por ejemplo, niñas y niños nacidos durante

dicha experiencia (Adelman, 1998; Bjorn, 2000;). Estas víctimas han perdido su posición social a causa del desplazamiento forzado y en la ciudad suelen ser estigmatizados por la precariedad y la escasez, enfrentados a una serie de condiciones adversas (Álvarez M. , 1999; Ibañez, 2010). Han sido sometidas a la impotencia y el desamparo de la ciudad (Partidgre, 2000) constituyéndose en el “otro” que añora regresar al campo en búsqueda de sus raíces puesto que en la ciudad su capacidad de agencia se ve reducida y terminan dependiendo de la ayuda institucional (Lima & Reed, 2000; Varios-Autores, 2005).

De esta forma, la población que retorna es imaginada como una población víctima que, a pesar del tiempo transcurrido en la ciudad, no ha logrado su integración a ésta, conserva intacto su deseo de retorno y la voluntad de re-cobrar el proyecto de vida abandonado a causa de la violencia. Sin embargo, no toda la población en situación de desplazamiento forzado evidencia deseos de retornar. Así lo demuestra las respuestas encontradas por Saiz (2001) respecto a la intención de retorno de aproximadamente cuatrocientas familias en situación de desplazamiento forzado pertenecientes a la Red de Solidaridad Social del Chocó:

A pesar de que la población desplazada perdió todo cuanto le era suficiente para vivir libre y sanamente en sus lugares de origen, el miedo a volver a sus tierras y de encontrarse de nuevo con la violencia es algo que prima en sus vidas. No existe una perspectiva de volver a sus lugares de origen a pesar de la añoranza con que se expresan ellos. Muchos afirman que no hay garantías para volver y vivir seguros; los recuerdos que dejó la violencia que presenciaron y sintieron impiden un retorno sano. No se trata solo de la existencia de las condiciones reales de la violencia sino de los imaginarios y sentimientos que circulan sobre ella en los individuos, los cuales impiden mucho más cualquier proceso de retorno (s.p).

Respecto a la pregunta: ¿cuáles son sus expectativas frente al retorno y la reubicación? Saiz encontró que:

Resultó sorprendente el hecho de que muchas de las cabezas de familia no poseen mayores aspiraciones sobre el futuro. Algunos dicen que laboralmente desearían reubicarse como coterros, lavanderas o empleadas domésticas. Es también sorprendente que la mayoría de los

individuos deseen ocuparse en el futuro como comerciantes, no existiendo una tendencia marcada a retornar a sus labores habituales (s.p.).

Ahora bien, al caracterizar las dinámicas de retorno que se han dado en diversas poblaciones del país se encuentra que dichos procesos por lo general son individuales o familiares y se dan con el propósito de cuidar los bienes que aún se conservan en el lugar de origen como la tierra y los cultivos (Caicedo, Manrique, & Millán, 2006; Hernández L. , 2010). Las razones para retornar son tan diversas como las personas que emprenden este proceso. Por ello, no se puede realizar una caracterización en genérico del sujeto retornante como universal sino localizar su experiencia de subjetivación teniendo en cuenta los múltiples aspectos que han incidido en el trayecto de su vida. De esta forma, como lo señala Hernández (2010), se evita la homogeneización de experiencias personales y de procesos históricos que determinan el retorno al enunciar un sujeto retornante universal.

Otra de las reiteraciones que se encuentran en esta literatura respecto al sujeto retornante es que dicho sujeto ha perdido no solo tierra, propiedades y patrimonios sino referentes culturales y capacidades para solucionar los problemas a los que enfrenta. Al encontrarse en el exilio ha perdido, además, la conexión con su territorio (Rojas & Sánchez, 2000; Autoría- Colectiva, 2002; Álvarez, Restrepo, & Castro, 2004). En esta medida, el sujeto retornante requiere de la ayuda del Estado representada en acompañamiento militar, sico-social e institucional (Amnistía Internacional, 1996; Bradley, 2005; Acción-Social, 2006; ACNUR, 2010, 2013). De ahí que la literatura revisada, en especial aquella producida desde entidades encargadas de realizar acompañamiento a estos procesos como la Unidad de Víctimas (UARIV U. p., 2014) haga énfasis en la forma en que la población retornada debe ser asistida para adelantar sus procesos y fomentar mecanismos para lograr su estabilidad socio-económica.

Se olvida que en múltiples ocasiones las familias adelantan retornos silenciosos y esporádicos con el fin de “darle vueltica” a la tierra y los cultivos. La víctima retornante conoce su territorio y sus dinámicas y gestiona su proceso. Con la experiencia que han tenido durante el desplazamiento han aprendido que el Estado es ineficaz, inoperante y pocas veces

cumple con los acuerdos pactados, decide prescindir de él y adelantar retornos sin ningún tipo de ayuda institucional (Rojas & Sánchez, 2000; Autoría-Colectiva, 2002; Álvarez, Restrepo, & Castro, 2004; Bello M. , 2005; Caicedo, Manrique, & Millán, 2006; CSPPDF C. d., 2008; Cantor, 2010).

Entonces, el sujeto retornante no es aquella persona despojada de iniciativa y de acción a causa del trauma que vivió. Como lo señala Salcedo Fidalgo (2006, 2015), la experiencia del desplazamiento forzado es una experiencia marcada por espacios de sufrimiento, muerte y violencias, pero también de nuevas formas políticas que pueden resultar emancipadoras. En este sentido, tanto el sujeto que ha sufrido desplazamiento forzado como el sujeto retornado no carecen de capacidad de agencia. De acuerdo a mi experiencia de trabajo con poblaciones en situación de desplazamiento forzado y poblaciones retornantes puedo decir que estas personas se muestran críticas frente a la labor del Estado y comprenden que su situación es fruto de la violencia a la que la población colombiana ha sido sometida.

Reconocen que existen temores y traumas dejados por la violencia. Pese a esto, han sabido adaptarse a las circunstancias de su errancia, han logrado organizarse políticamente y han comenzado a reclamar la garantía de derechos. Por ejemplo, la organización social es percibida por la población retornante como una forma para buscar el bienestar. Así me lo hizo saber una mujer de San José del Peñón a quien le pregunte por qué las mujeres del corregimiento decidieron organizarse: “por nuestro bienestar”, fue su respuesta.

Por ello, me llama la atención el énfasis que hace la literatura asociada a agencias como ACNUR o Amnistía Internacional respecto a la necesidad de ayuda psico-social en el marco de retorno. Aunque no es el único componente que nombran, si lo enuncian como ineludible, lo que refuerza la idea del retorno como un proceso de restablecimiento mental y anímico (Adelman, 1998; Saiz, 2001). La subjetividad retornante aparece relacionada con la idea de humanidad desnuda que plantea Malkki (1995) o la víctima por excelencia que también puede ubicarse en los trabajos de Levi (1995). Representaciones de personas migrantes como necesitadas y carentes de cultura e identidad. El desarraigo se asocia a efectos morales y emocionales que deben ser atendidos. De allí la insistencia de la ayuda sicosocial. Para el

caso del retorno se imagina un sujeto retornado que requiere todo tipo de ayuda para que sus demandas prosperen (Beristain, s.a.; Saiz, 2001).

El retorno como proceso de reconstrucción no necesariamente se da gracias al acompañamiento institucional sino porque la población entiende que el retorno implica la toma de decisiones, la organización de la población y la gestión de recursos. Así se evidencia en el texto *Somos tierra de esta tierra* (Autoría-Colectiva, 2002) el cual recoge la sistematización del proceso de retorno de comunidades de la cuenca del Carica (norte del departamento del Chocó) y en el que se señala:

Estamos decididos a retornar, dijimos. Decidimos retornar en la guerra porque sabemos que la guerra está y que quizás, si continúa, va a ser más cruel de lo que ha sido (...) Pero para retornar en medio de esa guerra teníamos que fortalecernos más, tener más conocimiento de lo que era la guerra, cómo debíamos nosotros vivir en la guerra, cómo sabernos nosotros comportar en todo ese conflicto (p.256)

La organización de la población retornada resulta relevante pues varios procesos de retorno en el mundo se han dado gracias a la conformación de organizaciones políticas que lograron exigir derechos ante el retorno y la implementación de políticas y protocolos relacionados al mismo. Son ejemplo de lo anterior las experiencias organizativas de mujeres guatemaltecas quienes en los campos de refugiados en México lideraron las gestiones para lograr el regreso a su país y ya en él la implementación de cambios políticos y sociales (Lora, 2006). En Bosnia, los retornos que lograron consolidarse no fueron los impulsados por la comunidad internacional sino los liderados por organizaciones locales (Zapater, 2003).

En Colombia, la experiencia organizativa frente a los procesos de retorno también ha sido importante. Asociaciones como La Asociación de Desplazados de Bolívar ASODESBOL, Mujeres Unidas del Salado (El Salado, Bolívar) o la Unión Territorial Interétnica del Naya UTINAYA (Cauca) son ejemplos de asociaciones que surgen durante el retorno, lo gestionan y lo hacen viable. Este tipo de organizaciones visibilizan a las poblaciones que desean retornar o los procesos de retorno ya existentes, construyen diálogos con el Estado y exigen el cumplimiento de protocolos y derechos asociados a este tipo de procesos. Son, por

lo general, plataformas de participación ciudadana. Ahora bien, en el retorno existen otras experiencias organizativas que también son de importancia, por ejemplo, la organización de San José del Peñón (Bolívar) para celebrar el festival del dulce y la chicha o la colaboración que se produce entre familias de la vereda de Villa Colombia (Sucre) para la re-construcción de sus casas. Entonces, estamos ante poblaciones que lejos de sufrir una parálisis por el trauma sufrido “evalúan las diferentes alternativas, sopesan los beneficios y costos de cada una y escogen estratégicamente la mejor alternativa para consolidar sus condiciones de bienestar” (Ibañez, 2010, p.23).

Ahora bien, otro punto interesante frente al sujeto retornado es que dicho sujeto suele ser nombrado en masculino, es decir, el sujeto retornado es un varón. Así, el retorno es un “asunto” de hombres. La anterior fue la conclusión de una funcionaria que acompañaba procesos de retorno en la región de Montes de María y a quién le pregunté por quiénes retornaban. Los hombres, fue su respuesta. En la literatura examinada también es posible ubicar la tendencia de señalar a los hombres como los protagonistas y gestores del retorno y a las mujeres como quienes acompañan estos procesos sin tener mayor injerencia en ellos (Blitz, 1999). Creo que esta idea del retorno como un asunto de hombres tiene que ver con la fuerte asociación que se hace entre el proceso de retornar y la “domesticación de la naturaleza”. En los relatos recogidos durante mi trabajo de campo, el retorno es nombrado a través de la lucha con la naturaleza para volverla habitable.

En este sentido, son las labores de “desmonte” las que predominan en los retornos –especialmente en sus primeras fases- y éstas requieren –desde los prejuicios de género- de la fuerza masculina. Por lo tanto, el retorno es leído como una tarea de hombres quienes preparan el terreno para que posteriormente lleguen las mujeres y sus hijos a habitar un territorio domesticado. Lo anterior, invisibiliza el trabajo que las mujeres desarrollan en el marco del retorno. Ellas no sólo cocinan, buscan agua, hacen rendir la poca comida y espantan a mosquitos y otros animales, sino que también ayudan con el desmonte: “tiramos machete como macho”, me dijo una mujer retornada de San José del Peñón. De hecho, según las entrevistas que realicé las mujeres resultan protagonistas de los retornos al asumir papeles de liderazgo. La “Cachaca” y María Cabrera son dos mujeres que los pobladores

retornados de El Saldo recuerdan por su papel de liderazgo en este proceso. Por su parte, en San José del Peñón (Bolívar) es Ecequiela Cardona “Sequielita” a quien varias de las personas retornadas de este municipio le atribuyen iniciar y promover el proceso de retorno de esta comunidad.

Entonces, el retorno no es un asunto sólo de hombres. Las mujeres tienen un papel protagónico, de gestión y liderazgo (Baillet, 2000). No obstante, la literatura revisada insiste en hablar en masculino despolitizando las labores y los aportes realizados desde el rol del cuidado¹⁴. A pesar de esto, el retorno sigue entendiéndose como asunto de hombres y de hombres adultos. Cuando la literatura dedicada al retorno de población indaga por los deseos de retorno o hace evaluaciones de los mismos usualmente se concentra en la perspectiva adulta, esto es, en personas que han pasado la mayor parte de su vida en el lugar de origen (Amnistía Internacional, 1996; Blitz, 1999; Adelman, 1998; Celis, 2010; ACNUR, 2013). Pocas veces se indaga por el retorno de niños o niñas nacidas en el exilio y del cómo los jóvenes toman parte de este proceso¹⁵.

Ahora bien, este hombre adulto es un hombre que ha vivido casi toda su vida en el campo, sus raíces se encuentran allí y desea volver porque no ha logrado adaptarse a la ciudad. La subjetividad retornante se asocia fuertemente a la imagen estereotipada de un campesino atrasado, incapaz de representarse a sí mismo y que vive en un mundo rural con pocas transformaciones (Salgado, 2002). Este estereotipo responde a las ideas movilizadas desde teorías desarrollistas que proponen la dicotomía ciudad/campo leyéndola desde aspectos de atraso/desarrollo. Así, resulta posible caracterizar lo rural desde atributos como la

¹⁴ El trabajo doméstico es el pilar de otras formas de trabajo y por lo tanto pilar del capital. Así lo describe Silvia Federici quien desenmascara las diversas formas en que el trabajo doméstico se ha naturalizado y sexualizado atribuyéndoselo a la mujer como el rol que debe desempeñar en tanto mujer. De esta forma, el trabajo doméstico resulta cubierto de un manto que invisibiliza su carga, su jornada y el reconocimiento económico que como todo trabajo debe asignársele. Para una discusión más amplia de este tema se puede consultar la recopilación de esta autora titulada: *Revolución en punto cero* (2013).

¹⁵ En la literatura revisada solamente encontré un texto que trabaja de forma explícita el problema de los jóvenes en el retorno preguntándose por las relaciones de ciudadanía que éstos pueden construir en el escenario del retorno. Me refiero al texto: *Flowing into the state: Returning refugee youth and citizenship in Angola* de Jess Auerbach. Disponible en: <http://www.rsc.ox.ac.uk/publications/flowing-into-the-state-returning-refugee-youth-and-citizenship-in-angola>

homogeneidad, el inmovilismo o como “un residuo de la conquista de la modernidad” (Roseman, Prado, & Pereiro, 2013) atribuyéndole estas mismas características al sujeto rural o campesino.

En este sentido, las lecturas que se realizan sobre la población en situación de desplazamiento como “los nuevos reclutas de la pobreza”, desposeídos, inferiores y atrasados, indeseables (Osorio, 2004, 180) o como un problema que debe ser atendido (Malkki, 1995; Castillejo, 2000), se traslada hacia la población retornante:

Los desplazados (posibles retornantes) esperan que el gobierno les de todo y no gestionan comunitariamente, les falta organización real para colaborar en la salida a la situación, sino que pareciera que están a la espera de los proyectos gestionados por las instituciones para ver cual favorece a quién (Saiz, 2001, s.p).

La participación de la población se plantea como condición para el retorno y esto se traduce en un “plan de vida” que requiere de la intervención del Estado y de la cooperación internacional. Esto nos coloca ante un interrogante: ¿se está pensando aquí en una subjetividad a la espera de una mano? (Escobar, 1998). Frente a esto, es necesario señalar que la población en situación de desplazamiento forzado que opta por el retorno usualmente realiza su proceso sin ningún tipo de ayuda institucional y gracias a un ejercicio de organización gestado desde las mismas comunidades. En las visitas de campo que realicé en el marco de esta investigación pude constatar que la ayuda estatal representada especialmente en apoyo sico-social y militarización de los territorios (con el fin de proveer seguridad) llega tarde a las comunidades y surte poco efecto. Así, y aunque las comunidades retornadas requieren atención del Estado y de la cooperación internacional, no son comunidades que retornan y se quedan suspendidas, esperando. Por el contrario, realizan ejercicios de autogestión, organización e incidencia política.

1.4. La solución natural

El hecho de que cuatro de cada cinco refugiados y personas desplazadas sean mujeres y niños —tal vez más de cuarenta millones de personas en todo el mundo— se menciona tan frecuentemente que ya casi no nos detenemos a pensar en lo que ello significa.

Deborah Eade

Detenerme a pensar lo que el retorno significa. Es lo que pretendo con esta investigación. Por ello he dedicado este primer capítulo a analizar las formas en que literatura académica, de evaluación, acompañamiento y política pública piensa el retorno, se le define y con ello propone una serie de ideas sobre el lugar de origen y el sujeto retornante. En general, el retorno es nombrado por parte de la literatura académica y la política pública a partir de formaciones binarias: inicio/fin, imposición/voluntariedad, vulneración derechos/reparación, crisis/estabilidad social, familiaridad/extrañeza. Esto propone una mirada lineal de la migración forzada que poco deja que pensar acerca del retorno: solución, reconstrucción, reparación y capítulo final. Con el retorno, todo queda en su lugar.

Al explorar la forma en que el retorno es construido desde la literatura académica, de evaluación, acompañamiento y política pública, encuentro que se le entiende como una fórmula de movilidad de población, como un componente de política pública y como un proyecto de desarrollo social. Tres significados que se encuentran vinculados entre sí y resultan parte de una misma fórmula: las personas retornan (movilidad de población), se les apoya, alienta y acompaña desde el deber del Estado (componente de política pública) y se les brinda condiciones de estabilización socio-económica para que se arraiguen de nuevo en sus territorios, logrando a la vez, el desarrollo de los mismos (proyecto de desarrollo social). La fórmula inicia con el desplazamiento forzado y termina con el restablecimiento de la población. Así, el retorno se concibe como el momento “natural” que le sigue al desplazamiento forzado.

Ahora bien, la fórmula de la movilidad forzada tiene por inicio y fin el mismo punto: el lugar de expulsión, de previa residencia o de origen. Un espacio abandonado que la literatura examinada representa como a la espera de sus habitantes. Así, el lugar de origen supone una vinculación naturalizada entre personas y lugares: “la zona de repliegue para los individuos que partieron” (De Sans, 1982, p.64). Desde esta perspectiva el sujeto retornante se imagina

como un sujeto que con el desplazamiento forzado ha perdido su identidad, sus raíces y sus referentes culturales; su humanidad se deshace ante la victimización (Malkki, 1992, 1995, 1996). Por ello, resulta urgente restaurar la relación sujeto-cultura-territorio mediante el retorno. De esta forma el lugar de origen se representa como el “mejor” lugar al que se debe retornar.

El volver aparece como un imperativo que no se pone en duda ante la presencia de un sujeto rural que no logra insertarse en las ciudades. Se imagina así un sujeto que pertenece a un solo lugar y que resulta incapaz de construir relaciones de pertenencia con otros territorios desconociendo que para las poblaciones en situación de desplazamiento forzado las narrativas sobre el lugar de origen forman parte de posturas políticas desde las cuales se reclaman y contrarrestan discursos que los ve como personas desposeídas que carecen de identidad y pasado (Salcedo-Fidalgo, 2008, 2015). Son los supuestos que naturalizan las relaciones de las personas con los lugares, que poco piensan las implicaciones subjetivas de la violencia y la transformación de los lugares a causa de la misma los que permiten afirmar que cuando una comunidad retorna: “regresa al lugar que le corresponde (...) a su hábitat natural”.

MONTES DE MARÍA: EL CONTEXTO DEL RETORNO

Capítulo Segundo

Antes de iniciar el trabajo que me llevaría por primera vez a la región de Montes de María fui advertida que debía trasladarme a una “zona roja”, es decir, una zona de conflicto armado generalizado e intenso. Este fue el primer acercamiento que tuve con la región: un lugar peligroso. Pese a la advertencia, mi interés por el trabajo que comenzaba era más fuerte y por eso decidí dejar la capital del país para trasladarme al encuentro con los Montes de María. Corría el año 2007.

Cuando llegué, después de dieciséis horas de viaje en bus, me sorprendió encontrarme con un territorio diferente a la trinchera que nos representábamos desde el centro del país. Aunque la militarización de sus calles era evidente, estaba prohibido transitar en las noches por sus carreteras y se mantenían las acciones armadas de grupos al margen de la ley, en la plaza principal de El Carmen de Bolívar primaba el encuentro entre vecinos, las mujeres charlando en el parque, niños y niñas corriendo por sus calles y la música de gaitas y tambores que era interpretada por un grupo de jóvenes. Incluso, me encontré con una función de cine al aire libre. El conflicto armado se mantenía vigente y la vida seguía su curso.

El panorama que advertía era uno que vinculaba violencias y resistencias. A las tomas guerrilleras, secuestros, masacres, desplazamiento forzado, violación sistemática de los derechos humanos y un saldo de víctimas “que aún no es posible calcular” (Ospina, 2013, pág. 99) se le oponían las organizaciones sociales, los liderazgos, las ganas de narrar y rehacerse en medio de este conflicto. Conocí a personas que en situación de desplazamiento forzado anhelaban regresar a sus lugares de previa residencia y otras que habían decidido retornar a pesar de la inseguridad y las advertencias. Personas que cifraban sus esperanzas en

las políticas de reparación de las víctimas del conflicto y otras que simplemente pensaban que las cosas ya no iban a cambiar. También me encontré con discursos que nombraban la región de diversas formas, políticas que la intervenían y estructuras que, como la agraria, seguían definiéndola.

La intensidad con que se vivió el conflicto armado en esta región la caracterizó como una de las más violentas del país. La confrontación entre guerrilleros, paramilitares, narcotraficantes y fuerza pública por el control de su territorio marcó profundamente a sus gentes y geografías ahondando las problemáticas que desde tiempo atrás se vivían en ella: abandono, pobreza, corrupción y la tierra en manos de unos pocos poderosos, fueron tanto causas como efectos de la extensión, continuidad y rigor con el que la guerra se ensañó contra esta población. No me fue fácil desentramar la red de relaciones, intereses, estructuras y demás que configuraron el contexto de guerra en los Montes de María. Aún no lo logro comprender. Pero entiendo que fue un contexto marcado por intereses, políticas, economías y actores en confrontación el que generó el desplazamiento forzado en la región y en el que hoy se propone el retorno como medida de reparación.

Considero que para comprender los procesos de retorno en la región de Montes de María no basta con analizar cada proceso en su particularidad, sino que es necesario acudir a una mirada más general, es decir, a un contexto regional que permita entender cuáles son las variables que cruzan estos procesos y determinan sus posibilidades. Para el caso de las poblaciones de Macayepo, San José del Peñón y El Salado entiendo que este contexto tiene por antecedente la forma en que se presentó el conflicto armado en la región, los intereses que sobre la tierra se movilizaron desde allí y la manera en que el desplazamiento forzado resultó en una estrategia útil para administrar tierras y territorios (GMH, 2008, Osorio, 2009). En la actualidad, este contexto se establece a partir de la aparente pacificación del territorio, una serie de políticas de consolidación y paz que se implementan en él y la emergencia de nuevos o antiguos conflictos en torno a la tenencia, uso y disfrute de la tierra.

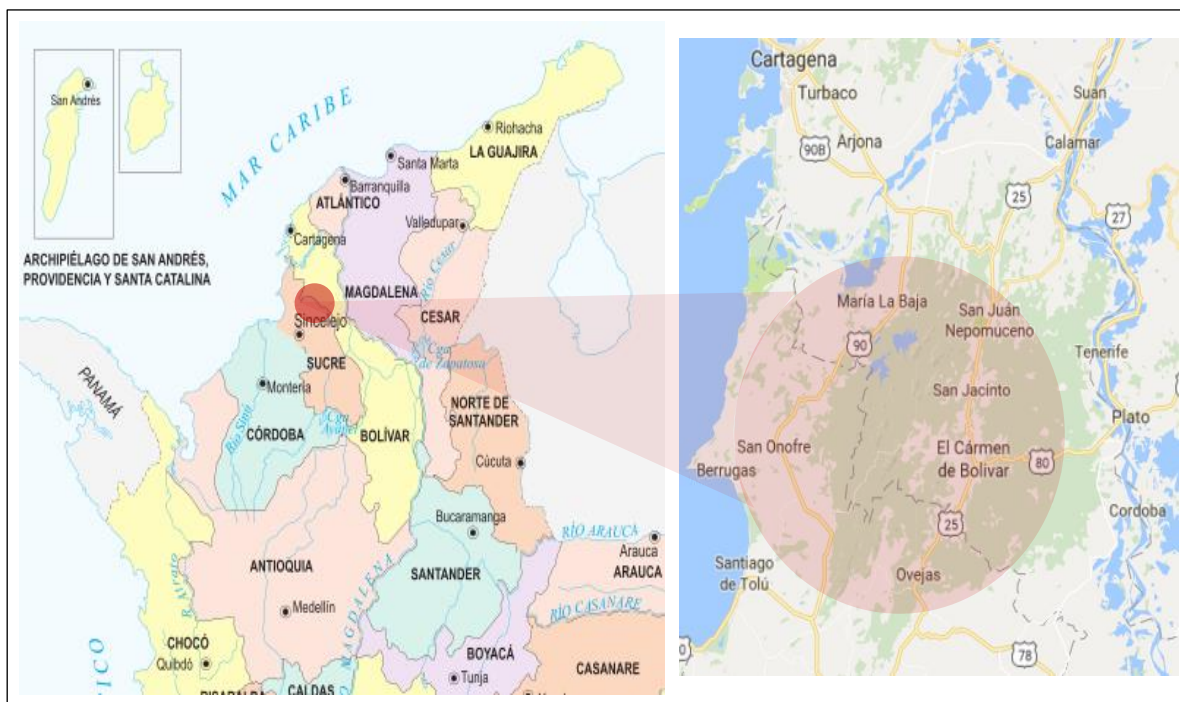
El presente capítulo tiene por objetivo exponer y reflexionar sobre el contexto de regreso en el que actualmente se desarrollan los retornos de Macayepo, San José del Peñón y El Salado.

Para esto, inicio con una breve cronología de la forma en que se desplegó el conflicto armado en la región, sus actores y saldos. Paso a narrar la forma en que se produjeron los desplazamientos forzados de los tres corregimientos con los que trabajé y me acerco a un balance sobre el desplazamiento forzado en la región. Continuo con el recuento de hechos que marcaron la aparente pacificación de la región para pasar a describir la forma en que se dieron los retornos de Macayepo, San José del Peñón y El Salado. Concluyo exponiendo una serie de condiciones que a mi juicio establecen las posibilidades de retornar en los Montes de María.

2.1. Los Montes de María y el conflicto armado

Ubicada entre los departamentos de Bolívar y Sucre en el noroccidente colombiano, con una extensión de 6.466 Km², agrupando a 15 municipios, los Montes de María son una región tradicionalmente agrícola y ganadera. Rica en recursos naturales, es nombrada por sus habitantes como “tierra bendita” porque todo lo que allí se cultiva crece (Aguilera, 2013; Ospina, 2013).

Su ubicación privilegiada le permite conectar la costa Caribe colombiana con la región central del país convirtiéndose en zona de importancia geoestratégica para la circulación de mercancías y personas. De hecho, la construcción de la Troncal de Occidente y la Transversal del Caribe, vías que conectaron a los Montes de María con ciudades como Bucaramanga (Santander), Valledupar (César), Medellín (Antioquia) y Bogotá (Cundinamarca), ha sido hito en el desarrollo económico de Colombia. Gracias a la construcción de estas vías la región logró conectarse a las ciudades que para la primera mitad del siglo XX eran pioneras del desarrollo (Bogotá y Medellín) y a los principales puertos colombianos: Barranquilla, Cartagena y Santa Marta (Ospina, 2013).



Mapa 1: Ubicación geográfica de la región de Montes de María

Según Coronado y Dietz (2013) durante las décadas del setenta, ochenta y novena del siglo veinte esta región consolidó una producción agroalimentaria de gran importancia para el caribe colombiano. En ella sobresalió el cultivo del tabaco para la exportación y de alimentos como aguacate, yuca, ñame, maíz y ajonjolí; la actividad pesquera y la ganadería extensiva. Pese a esto, en la región se mantuvo el papel marginal que históricamente el Estado ha tenido en ella. La frágil presencia estatal, la precariedad de su institucionalidad, el abandono, la corrupción, las lógicas clientelistas y más recientemente la “captura del Estado” por parte de grupos con intereses privados han sido una constante (Hernández, Betancourt, & Ossa, 2010).

A lo anterior se suman las luchas por la tenencia y distribución de la tierra que se han presentado en la región y cuyo mayor referente es la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos –ANUC-. La asociación que fue creada en 1967 con el fin de respaldar la política de reforma agraria del presidente Carlos Lleras Restrepo (1966-1970) logró la mayor toma de tierras en el país gracias a la acción de su línea radical o línea Sincelejo en los departamentos de Sucre, Córdoba y Bolívar (GMH, 2009). A pesar de que esta asociación

llegó a ser un movimiento autónomo frente a las propuestas de los gobiernos de turno, evidenció reivindicaciones importantes en términos de lucha por la tierra y se constituyó en ejemplo para otros movimientos campesinos, sus disputas internas, la coacción de algunos de sus líderes y las políticas conservadoras que revertían los efectos de la reforma agraria la debilitaron y casi acabaron con ella (GMH, 2009, 2010).

Su fractura fue aprovechada por grupos guerrilleros como el Ejército Popular de Liberación –EPL- y el Partido Revolucionario de los Trabajadores –PRT- que comenzaban a hacer presencia en la región y encontraron un terreno fértil para lograr apoyo social. La disputa histórica que sostenía el campesinado con los terratenientes, las resistencias de los primeros y sus bases organizativas, convirtieron a los Montes de María en un buen escenario para desplegar el proyecto guerrillero mediante la incidencia en la orientación política del movimiento campesino (Observatorio de Derechos Humanos y DIH, 2003; De Los Ríos, 2012; Ospina, 2013). Así, entre las décadas del sesenta y setenta comienzan a hacer presencia en esta zona guerrillas como el EPL, PRT, Patria Libre, Corriente de Renovación Socialista y más adelante, en la década del ochenta, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia –FARC-.

Para la década del ochenta la presencia del narcocontráfico se hace evidente en la región. Su posición estratégica permitió movilizar la producción de cocaína desde el sur de Bolívar, el bajo Cauca antioqueño y la Serranía de San Lucas hasta el golfo de Morrosquillo para su comercialización (PNUD, 2010). Con el fin de garantizar este corredor, los narcotraficantes se hicieron a predios en los municipios de San Onofre, Tolú, Tolúviejo y Palmitos (Observatorio de Derechos Humanos y DIH, 2003; GMH, 2010; De Los Ríos, 2012) y se asociaron con ganaderos de la región interesados en financiar cooperativas privadas de seguridad que los defendiera de las intimidaciones de las guerrillas y sus acciones: extorsiones, secuestros y pagos de vacunas. Estos grupos se convertirán posteriormente en la base para la extensión del proyecto paramilitar en este territorio (Observatorio Derechos Humanos, 2003; Idepaz, en Ospina, 2013).

Bajo las banderas de la lucha contra el “flagelo guerrillero”, entran en la década del noventa a hacer parte del contexto montemariano grupos paramilitares que operaron con la figura de las Autodefensas Unidas de Colombia –AUC-. Reunidos en la finca Las Canarias del exgobernador de Sucre Miguel Nule Amín, varios finqueros, políticos y paramilitares acordaron combatir a la guerrilla a través de grupos paramilitares que ya operaban en el departamento de Córdoba. Este pacto realizado en 1997 condensaba la guerra sucia que venía presentándose en la región (VA, 2010). La presencia paramilitar en Montes de María puede ser rastreada desde la década del ochenta cuando hacendos comenzaron a organizar pequeños ejércitos para defenderse de las amenazas de la guerrilla. Aparece así “la mano negra” en El Carmen de Bolívar, “Los RR” en San Juan Nepomuceno o los “Encapuchados” de Colosó (VA, 2010). Este tipo de defensa privada fue legalizada por las figuras de las Convivir o cooperativas de seguridad privadas que apoyaban la labor de la Fuerza Pública.

Para el año 2000 y concentrados bajo el bloque Héroes de los Montes de María que operaba a partir de los frentes Canal del Dique, Central Bolívar y Golfo de Morrosquillo, los paramilitares iniciaron una ofensiva directa para controlar cabeceras municipales y relegar a las guerrillas a zonas montañosas (Garzón J. C., 2005; De Los Ríos, 2012) dando paso a la época de mayor violencia en la región. La guerrilla de las FARC venía ganando control importante sobre este territorio desde 1994 gracias a la desmovilización de grupos como la Corriente de Renovación Socialista, el EPL o el PRT. Había extendido en él la práctica del secuestro, la quema de infraestructura, el control de la circulación y, en general, de la cotidianidad de la población. A esto reaccionó la ofensiva paramilitar.

Los mayores desplazamientos forzados en Montes de María se produjeron entre los años 2000 y 2002, periodo en el cual la confrontación entre la guerrilla de las FARC y los paramilitares estaba en su mayor auge y el balance de fuerzas comenzaba a favorecer al segundo grupo. En este periodo se produjeron una serie de atentados, secuestros, homicidios, emboscadas y masacres que no discriminaron entre combatientes y población civil. Para el año 2002, los Montes de María eran la segunda región del país con mayor número de población en situación de desplazamiento forzado:

De acuerdo con las cifras de que dispone Acción Social, hacia finales de 2002 entre las regiones del país más afectadas por el desplazamiento se destacaba Montes de María, que expulsó el 2,7% y a la que llegó el 3,3% de los desplazados. Entre los municipios de mayor expulsión de población a nivel nacional se encontraban El Carmen de Bolívar (9,77%) y San Onofre (2,60%). De acuerdo con la Defensoría del Pueblo y Naciones Unidas, hacia finales de 2002 entre el 22 y el 33% de la población de estos municipios había tenido que desplazarse por la acción de los grupos al margen de la ley (Observatorio de Derechos Humanos y DIH, 2003, p.15).

Lo anterior se corresponde con una dinámica nacional del conflicto en la que la disputa por el control territorial entre guerrillas, paramilitares y Estado produce “niveles de violencia sin precedentes en Colombia” (Salcedo-Fidalgo, 2015, p.13). Aquí, el desplazamiento forzado alcanza sus mayores dimensiones “pasando de 467.670 personas en situación de desplazamiento forzado en 2000 a 568.967 en 2001 y 666.917 en 2002” (SJR, 2015, p.3)¹⁶.

Respecto a la geografía del desplazamiento, los departamentos más afectados fueron en su orden: Antioquia, Bolívar, Magdalena, Chocó y Nariño, territorios que según el Servicio Jesuita a Refugiados (2015) reunieron casi el 45% del total de personas desplazadas en el país. En cuanto a los Montes de María, esta región se caracterizó por presentar una dinámica tanto de expulsión como de recepción de población. Así, los municipios que más expulsaron población fueron El Carmen de Bolívar, San Onofre y Ovejas; mientras que recibieron población Sincelejo y El Carmen de Bolívar (SJR, 2015).

La violencia de las guerrillas, los paramilitares y la Fuerza Pública que se desarrolló en los Montes de María durante toda la segunda mitad del siglo XX dejó como saldo un sinnúmero de asesinatos, familias destruidas, tejidos sociales deshechos y patrimonios perdidos. En general, la violencia en esta región:

¹⁶ Aunque las fuentes que se han encargado de registrar el desplazamiento forzado en Colombia –Codhes, Red de Solidaridad Social, RUV, etc.- difieren en sus cifras, coinciden en señalar que esta situación alcanzó su mayor pico en 2002 y comenzó a descender para el año 2003.

Despojó a los campesinos de sus tierras y aplastó lo que quedaba de su liderazgo. Asfixió cualquier renovación política cuando apenas empezaba a vivir. Les abrió y limpió corredores de tráfico a los comerciantes de lo ilícito. Les consiguió a empresarios contratos jugosos con el Estado y, por vías legales e ilegales, cosecharon, y en algunos casos lo siguen haciendo hoy, rentas millonarias (VA, 2010).

2.2. La expulsión

Para Hernández (2010) existieron tres razones por las cuales diversas poblaciones de los Montes de María se desplazaron forzosamente. La primera tiene que ver con la presencia de grupos armados que se asentaban o se movilizaban cerca de la zona de residencia. Esta presencia resultaba amenazante y producía temor. Por ello, personas y familias preferían irse antes de quedar en medio de una confrontación armada. La segunda razón, tiene que ver precisamente con el desplazamiento de vecinas y vecinos que se marchaban dejando con su ausencia el mensaje de “mejor irse ahora”. Cuando veredas y municipios comenzaban a quedarse solos no existía más opción que tomar camino y seguir el ejemplo de quienes antecedieron en el desplazamiento forzoso.

La tercera razón -la más usual en los Montes de María-, hace referencia a la vivencia directa de hechos como amenazas, asesinatos, violaciones, etc. que trajeron como consecuencia inmediata el desplazamiento. Frente a la muerte de un líder, una lideresa, de un familiar, un amigo, alguien cercano o con un mensaje en el papel o en las paredes anunciando un plazo para salir del territorio, lo mejor era irse.

Las anteriores razones pueden ser fácilmente rastreables en las tres comunidades con las que trabajé para el desarrollo de esta investigación pues en ellas las expulsiones estuvieron antecedidas por acciones de violencia o amenazas provenientes de grupos paramilitares. Así, los desplazamientos forzados de El Salado, San José del Peñón y Macayepo se produjeron a propósito de la intensificación del conflicto armado interno en la región y las acciones que de forma directa ejecutó el bloque Héroes Montes de María de las Autodefensas Unidas de Colombia sobre la población civil. Estos desplazamientos hicieron parte de las estrategias

que desarrollaron las AUC en el territorio para controlarlo, imponerse y desarticular tanto estructuras guerrilleras como bases de apoyo (FIP, 11) ¹⁷.

2.2.1. Los hechos

Los desplazamientos forzados de El Salado, San José del Peñón y Macayepo se produjeron entre los años 2000 y 2002, época en la cual el bloque paramilitar Héroes de los Montes de María arremetió contra varias de las poblaciones de esta región. Fue tanto el control que alcanzó a tener este grupo armado sobre la población civil que las personas retornadas con las que hablé durante mis recorridos por la región señalaban a sus victimarios sin hacer una diferenciación precisa de quiénes eran o a qué bando pertenecían, suponiendo que sus referencias a “ellos”, “los grupos”, o “los que usted sabe”, me hacían entender que estaban hablando de miembros o frentes de dicho bloque. La violencia que me fue narrada por estas personas correspondió a la violencia desplegada por los grupos paramilitares en el territorio, una crueldad que parece haber marcado mucho más que la violencia ejercida por grupos guerrilleros o por las fuerzas legítimas del Estado. Lo anterior no significa que las otras violencias vividas en los Montes de María no se hayan inscrito en las memorias de la población, significa que la violencia paramilitar fue tan fuerte que opacó marcas anteriores¹⁸.

2.2.1.1. El Salado

El corregimiento Villa del Rosario hace parte de la jurisdicción de El Carmen de Bolívar en el departamento de Bolívar. Hoy es conocido como El Salado, un corregimiento tradicionalmente tabacalero que ha sufrido dos desplazamientos forzados: el primero en el año 1997 y el segundo en el año 2000. Fue este último desplazamiento el que lo llevó a la

¹⁷ Otros de los desplazamientos forzados ocurridos en la región de Montes de María entre el año 2000 y el 2002 fueron los de: Palo Alto donde se desplazaron treinta familias cuando un grupo de paramilitares comandados por Rodrigo Mercado (Alias Cadena) asesinó a cuatro campesinos. Mampujan y Las Brisas cuando aproximadamente sesenta paramilitares amenazaron a la población de Mampujan y luego se trasladaron a Las Brisas donde asesinaron a 14 campesinos. Después de estos hechos, se desplazaron aproximadamente 300 familias. Chengue, en donde después de la masacre del 17 de enero de 2001 ejecutada por paramilitares que dejó 28 personas muertas se desplazaron alrededor de cien familias (Verdad-Abierta, 2015).

¹⁸ Para una caracterización detallada de los repertorios de violencia utilizados por paramilitares ver el informe del Grupo de Memoria Histórica: Basta Ya. Colombia, memorias de guerra y dignidad (2013)

primea plana de los diarios nacionales: ¡masacre en El Salado! Seguramente yo leí una nota al respecto o vi una noticia en televisión. No lo sé. Pero lo recordé cuando me invitaron a conocer este lugar. Hasta ese momento no había dimensionado la crueldad. Lo hice cuando escuché relatos y palabras que describían la que fue llamada: “la matanza más grande cometida por los paramilitares en toda su historia” (Garzón, 2009, p.1).

En efecto, fue este segundo desplazamiento forzado y los hechos que lo antecedieron lo que marcó definitivamente la historia del pueblo: una masacre cometida por el bloque norte de los paramilitares al mando de Salvatore Mancuso y Rodrigo Tovar (Alias Jorge 40) quienes no se conformaron con movilizar aproximadamente a 450 hombres para que atacaran a esta población sino que desplegaron en ella toda su furia y crueldad extrema: “en la masacre de El Salado comprenden desde los actos de tortura y sevicia, hasta el uso de armas blancas y contundentes (palos, garrotes) en la ejecución de las acciones de violencia” (GMH, 2009, p.81).

Además de violaciones sexuales, asesinatos con palos y cuchillos, torturas y toda una serie de prácticas de crueldad (GMH, 2009), los paramilitares se hicieron acompañar de música y trago para celebrar sus asesinatos. Por esto, la masacre de El Salado fue conocida como “fiesta de sangre” o “la danza de la muerte” (CIJP, 2006; GMH, 2009). En efecto, las personas de esta población a las que entrevisté narraron la incursión de hombres armados en la noche, otras dijeron que los guerreros llegaron en la mañana; unas que por el camino del norte y otras que por el del sur. Coincidieron en señalar que los paramilitares mataron, comieron, bebieron y celebraron con música y licor. En las entrevistas realizadas por mí también encontré relatos en los que se narraba que parte de los guerreros dejaron el corregimiento en helicópteros del ejército, que una mujer escondida en el monte apretó tanto a su bebé contra su pecho para protegerlo que, finalmente, lo asfixió, o una niña que vivió la masacre y hoy de joven detesta el color rojo. Se recordaron los cuerpos sin vida, los que huyeron, los que no volvieron... la imposibilidad de contar y enterrar tanto muerto.

A los paramilitares no les bastó con masacrar a la población de El Salado como acción ejemplarizante de lo que le sucede a los supuestos colaboradores de la guerrilla. Durante el

16 al 21 de febrero de 2000 este grupo extendió su halo de muerte a veredas vecinas como Loma de las Vacas y el Balguero (El Carmen de Bolívar), Canutal, Canutalito, Pativaca, El Cielito y Bajo grande (Ovejas) y La Sierra (Córdoba) (GMH, 2009). La masacre de El Salado no fue solo la masacre de El Salado, sino que cobijó una parte amplia del municipio de El Carmen de Bolívar. Todavía hoy no existe un saldo exacto de víctimas, pero se habla de alrededor de 100 asesinatos y 600 familias obligadas a desplazarse (CIJP, 2006; GMH, 2009; Garzón, 2009).

2.2.1.2 San José del Peñón

San José del Peñón es un corregimiento ubicado en el sureste del municipio de San Juan Nepomuceno, Bolívar. Cuenta con cerca de doscientos habitantes, setenta casas, tres tiendas, un puesto de salud, una biblioteca comunitaria y una iglesia. Un poblado pequeño que se convirtió en paso obligado de tropas tanto de fuerzas guerrilleras como de fuerzas paramilitares para descansar y abastecerse. Y esta fue su condena.

Los habitantes de San José del Peñón fueron expulsados en julio del año 2002 cuando grupos paramilitares les avisaron que iban a tomar represalias en contra de los auxiliares de la guerrilla que vivían allí. Informaron en una reunión en la plaza del pueblo que los que no tuvieran deudas pendientes con ellos se podían quedar; los otros, los guerrilleros, serían ejecutados. La población asustada y bajo el estigma de ser “auxiliares” decidió abandonar este territorio antes que permanecer en él y probar su suerte. Aunque en este corregimiento no se presentaron masacres si algunos asesinatos que hacían presagiar lo que pasaría si las personas se quedaban.

Ya había sucedido la masacre en El Salado y ésta era referente de lo que les podía pasar. Algunas personas expresaron que, aunque no vivieron hechos tan violentos como los del corregimiento vecino, si le tenían mucho miedo a lo que “esos hombres” pudieran hacerles, más sabiendo que grupos guerrilleros habían transitado por su poblado. Entonces, cuando vieron a la primera familia tomar sus cosas y salir del corregimiento no lo pensaron dos veces y todos se trasladaron hacia San Juan Nepomuceno. Allí los desplazados de Porqueras, como

se le conocía a San José del Peñón, iniciaron un nuevo barrio denominado Porqueritas en el que aún permanecen familias que decidieron no retornar.

Ahora bien, con este evento no sólo se desplazó la población de San José del Peñón sino también la del corregimiento vecino de San Pedro Consolado que recibió las mismas amenazas por parte de grupos paramilitares. En total se desplazaron 111 familias correspondientes a por lo menos 500 personas (Hernández L. , 2010) quienes en su mayoría permanecieron en el casco urbano de San Juan Nepomuceno o se trasladaron hacia Cartagena o Sincelejo.

2.2.1.3. Macayepo

El Corregimiento de Macayepo hace parte de El Carmen de Bolívar, se ubica entre los departamentos de Bolívar y Sucre y agrupa a diecinueve veredas. Como en otras partes de esta región, la violencia paramilitar comenzó a sentirse fuertemente hacia el año 2000 con la llegada del bloque Héroes de Montes de María. Asesinatos selectivos, amenazas les hacían saber a la población civil quiénes controlaban la zona. Esto llevó a que los pobladores de Macayepo se desplazaran poco a poco. Comenzaron a salir los jóvenes, las mujeres, los niños y niñas, en general, la población que podía ser más vulnerable, comentó una de las personas de este corregimiento entrevistada por mí. Algunas familias, muy pocas, salieron completas.

Así transcurrió buena parte del año 2000. Los ataques de los paramilitares no mermaron y el desplazamiento a cuenta gotas siguió dejando al poblado cada vez con menos habitantes. Los y las que se quedaron guardaban la esperanza de que la situación mejorara, sin embargo, la violencia se intensificó. Las autodefensas se habían colocado la tarea de acabar con los grupos guerrilleros y arrasar sus bases sociales. Para el infortunio de Macayepo, su historia siempre había estado marcada por el estigma de ser guerrilleros o colaboradores de éstos. Su destino estaba sellado.

Entonces, según testimonios recogidos por mí, se produjo un robo de ganado y con ello la ira de algunos ganaderos que acusaron a la guerrilla y sus colaboradores por este hecho.

Cansados del hostigamiento de grupos como las FARC o el ELN, los ganaderos de la región se asociaron con paramilitares a quienes les delegaron la seguridad de la zona. Para las personas que entrevisté en Macayepo resulta claro que los paramilitares trabajaban para hacendados de la región que, a su vez, eran representantes políticos. Fueron ellos quienes mandaron masacrar a Macayepo -me comentó una persona- como represalia por el robo del ganado.

Así, la noche del 12 de octubre llegaron los guerreros a poner “orden” en el territorio. Se llevaron a doce campesinos acusándolos de ser guerrilleros y los asesinaron golpeándolos con palos y piedras. Según la reconstrucción de la masacre que realiza Hernández un grupo de ochenta paramilitares al mando de Rodrigo Mercado Peluffo (Alias Cadena) ingresaron a Macayepo con machetes y garrotes y asesinaron a quince campesinos (2010). Las cifras, como en el caso de El Salado y San José del Peñón son apenas aproximaciones pues no se tiene un saldo real de cuantas personas murieron y cuantas fueron desplazadas ese día. Lo que se sabe es que los paramilitares ingresaron a Macayepo y sus veredas vecinas para masacrar y expulsar a su gente.

La masacre, según Hernández (2010) se extendió del 12 hasta el 17 de octubre lo que significa casi cinco días de muerte. El diario El Heraldó asegura que la masacre se presentó el 23 de octubre y las personas con las que hablé me dieron diferentes fechas restándole importancia al día y colocando el acento en las consecuencias: su desplazamiento forzado que representa, a su vez, el desplazamiento forzado de casi 800 familias (Menco, 2009; Hernández, 2010; Heraldó, 2011). Ahora bien, la masacre de Macayepo reviste una particularidad exaltada mediáticamente pero poco nombrada por los pobladores del corregimiento con quienes hablé: su liderazgo estuvo a cargo de Rodrigo Mercado Peluffo (Alias Cadena) quien nació y creció en este corregimiento y de adulto regresó a él para masacrarlo. Alias Cadena es uno de los comandantes más temidos de las estructuras paramilitares que actuaron en Montes de María pues bajo su liderazgo se realizaron varias de las masacres más crueles ocurridas en esta región. Hasta hoy no es claro si Cadena murió, desapareció o se encuentra escondido. Lo que sí es claro es que los pobladores de Macayepo le temen y prefieren no hablar de él.

2.3. El desplazamiento forzado en los Montes de María

El desplazamiento forzado en los Montes de María no fue un hecho aislado, un efecto colateral del conflicto armado o solamente un cálculo militar. Respondió a lógicas implementadas por la disputa y el control del territorio y por sus complejas dinámicas de apropiación y uso de la tierra (Autoría-Colectiva, 2002; Bello, 2005, Osorio, 2009; Verdad-Abierta, 2015)¹⁹. Tal y como lo señala Aguilera (2013), uno de los grandes temas que ha caracterizado el conflicto en Montes de María es la concentración de la tierra por parte de clases políticas dirigentes que a su vez son terratenientes que ostentan poder económico. Familias como los García, los Guerra, los De la Ossa, los Badel o los Martelo han mantenido tradicionalmente el control económico y político en esta región (VA, 2010).

Los conflictos por la tierra en Montes de María aparecen tempranamente en el siglo XVI con la consolidación de la invasión española y la subsecuente huída de esclavos para conformar palenques. Posteriormente, en el siglo XVIII con las caballerías otorgadas a quienes participaron de la conquista, la fundación de poblados, la conformación de resguardos y el interés que fue adquiriendo la tierra como bien de cambio (Fals-Borda, 1986; Hernández, 2010). Durante el siglo XIX la hacienda ganadera comienza a expandirse absorbiendo “tierras comunales y otras formas de producción campesina parcelaria, heredadas del proceso colonizador” (Hernandez, 2010, p.57). El tabaco se disputa una posición importante en el mercado nacional al igual que el aguacate y los productos maderables que pueden ser extraídos de la zona. Las relaciones que se proponen desde este tipo de producción son de

¹⁹ Para Salcedo-Fidalgo (2015) el desplazamiento forzado en el conflicto armado funcionó como una tecnología de sometimiento y expulsión eficaz (pág. 47). Sin embargo, para este autor, dicho fenómeno no puede leerse solamente como estrategia de expulsión injustificada de población sino como un conflicto de gran magnitud por la posesión de tierras y sus recursos. Por su parte, Uribe y Cadavid (2016) ubican los orígenes del conflicto armado a principios del siglo veinte cuando comienzan a evidenciarse diversas confrontaciones de carácter agrario y emerge la disputa entre dos proyectos de sociedad. Por un lado, aquel centrado en la tierra y su valor y, por otro lado, el proyecto de industrialización avalado por una clase media rural. En medio de estos dos proyectos las tensiones entre grandes hacendados, pequeños productores y las diversas políticas implementadas para el desarrollo del campo y la reforma agraria. Así, se generan una serie de situaciones que han alimentado el conflicto armado en Colombia y su permanencia por más de cincuenta años. Entre ellas: “El modelo de concentración de la propiedad rural, retroalimentado históricamente por las élites en el poder, en confrontación con las luchas agrarias por la tierra y la resistencia campesina. Los acuerdos normativos mediante los cuales diferentes gobiernos han buscado legitimar el derecho a la propiedad e impulsar diversos programas de desarrollo rural. La brecha entre la agricultura empresarial agroexportadora y las multinacionales y la familiar/campesina” (p.50), entre otras.

carácter señorial, es decir, unas relaciones en las que los campesinos terminan dependiendo del hacendado, el comerciante o el empresario (Hernández, 2010).

Durante las primeras décadas del siglo XX se fortalece el sistema de haciendas dando paso a la proletarización del campesinado y a nuevos conflictos en torno al uso y tenencia de la tierra: “el hacendado podía ser comprador, vendedor y/o prestamista del campesino, o su principal fuente de trabajo, y de ese modo, como amo y señor de un corregimiento o municipio, manejaba los hilos de la actividad estatal a su antojo, combinando el poder político, económico y social en la región” (GMH, 2009, p.81). Con la incursión definitiva del conflicto armado hacia la década del ochenta, la tierra adquiere valor estratégico para la entramada relación de empresarios, políticos y guerreros que se venía conformando en la región y quienes encontraron en ella formas de control poblacional y promesas de ganancias y rentas (Bello, 2005).

Para el caso de los Montes de María, las articulaciones entre grupos al margen de la ley, hacendados, ganaderos, narcotraficantes y líderes políticos fueron estrechas. La coopción del Estado en este territorio se gestó desde los acuerdos para favorecer fracciones políticas en elecciones hasta el control de nóminas, alcaldías y gobernaciones (Hernandez, 2010). Lo anterior fue posible gracias a un marco nacional de desigual presencia del Estado en sus territorios, modelos agrarios de hacienda y peonaje, un sistema político, social y económico excluyente y unos grupos al margen de la ley (guerrillas, narcotraficantes y paramilitares) que lograron consolidar su poder a tal punto de disputarle la soberanía al Estado (Salcedo-Fidalgo, 2015).

Familias hacendadas de la región que tradicionalmente ostentaban el poder político hicieron arreglos con grupos paramilitares con el fin de garantizar su seguridad personal y la de sus patrimonios frente a la amenaza guerrillera. Estos arreglos incluyeron, además, acabar con las tendencias comunistas que se asimilaron a los liderazgos y las organizaciones campesinas y mantener el control electoral en la zona. Salvador Arana (ex gobernador de Sucre), condenano a cuarenta años de cárcel por homicidio y por sostener vínculos con grupos paramilitares, Miguel Nule Amín (ex gobernador de Sucre), condenado a 28 años de cárcel

por la masacre de Macayepo, Libardo Simancas (ex gobernador de Bolívar), condenado a tres años de cárcel por parapolítica y Jorge Fernando Barrios (Ex alcalde San Juan Nepomuceno), investigado por vínculos con paramilitares, son apenas algunos ejemplos de las alianzas entre clases políticas y paramilitares en la región.

Estos actores adelantaron toda una labor de apropiación de tierras en Montes de María mediante el despojo, la presión o la amenaza. Aquí, el desplazamiento forzado resultó en estrategia útil para sacar a los campesinos de los terrenos que habitaban, sembrar el terror y abaratar o incrementar los precios de la tierra. Al igual que en otras regiones del país su interés estuvo centrado en terrenos ricos en recursos naturales o en donde se pudieran desarrollar proyectos con plusvalías importantes (CNMH, 2012). El mapa del desplazamiento forzado en Colombia coincide con las zonas de cultivos ilícitos, ganadería extensiva, cultivos de palma de aceite, extracción de oro y de implementación de proyectos como el canal interoceánico Atrato-Truandó (Urabá), la central hidroeléctrica de Ituango (Córdoba) o la carretera Marginal de la Selva que conecta al país con Ecuador, Perú y Venezuela (Salcedo-Fidalgo, 2015).

Los Montes de María no estuvieron exentos de la ambición por llevar a ellos proyectos de agrocombustibles, maderables o la cria de especies foráneas como búfalos que comenzaron a implementarse cuando el conflicto armado mermó su intensidad y emergieron tierras productivas aparentemente abandonadas. De esta forma, la región sufrió una nueva redistribución en la tenencia de la tierra que afectó a pequeños propietarios, a campesinos sujetos de la reforma agraria y a campesinos no propietarios (Bello, 2005; GMH, 2009).

Mientras tanto, las personas de Macayepo, San José del Peñón y El Salado, se trasladaban hacia ciudades como Cartagena, Barranquilla o Sincelejo a “pasar trabajo”, como me lo dijo un hombre retornado de El Salado. Víctimas del desplazamiento forzado debían cargar con el estigma de “si les sucedió fue por algo” (Álvarez, Restrepo, & Castro, 2004), intentar insertarse en circuitos de trabajo informal (Salcedo-Fidalgo, 2015) y esperar pacientemente ayudas de emergencia proveídas por una política de atención a víctimas asistencialista que llegaba tarde o no llegaba.

Las personas con las que trabajé durante esta investigación me explicaron que en su situación de desplazamiento forzado no lograron construir un escenario de apoyo que les permitiera quedarse en la ciudad. No contaban con redes familiares, empleos estables y el apoyo estatal era insuficiente para solventar las necesidades económicas. Ante las carencias del día a día y la imposibilidad de insertarse de una mejor forma en las dinámicas económicas de la ciudad, esta población esperaba la oportunidad de volver imaginando que en el lugar de previa residencia sus condiciones de vida mejorarían. Al cabo de un par de años de desplazamiento forzado, esta oportunidad por fin llegó.

2.4. El contexto del retorno

Nombrada como una región en post-conflicto los Montes de María respiran hoy un aire esperanzador: la paz está cerca. Tan cerca que esta región ha sido una de las priorizadas por los gobiernos de Álvaro Uribe Vélez y Juan Manuel Santos para implementar toda una serie de políticas a favor de las víctimas, su reconocimiento y reparación: iniciativas en torno a la reconstrucción de memoria histórica, proyectos para constituirla como zona de reserva campesina, restitución de tierras, presencia de institucionalidad con sus diferentes programas, ejército y policías adelantando labor social. Sí, la paz parece estar cerca.

La “pacificación” de los Montes de María se remonta hacia el año 2002 cuando bajo la doctrina de la seguridad democrática el presidente Álvaro Uribe estableció que esta región entrarían a ser una de las dos zonas de rehabilitación y consolidación que propuso bajo el amparo de la conmoción interior²⁰. Teniendo como base el discurso del narcoterrorismo, el presidente Uribe declaró el estado de excepción argumentando su avance en el país. Acudió a una estrategia militar que permitió, en los Montes de María, el incremento del pie de fuerza con policías y soldados campesinos, el restablecimiento de la Fuerza Pública en los municipios de Colosó y Chalán y la entrada en operación de cinco escuadrones contraguerrilla (Garzón J. C., 2005).

²⁰ Estas zonas se ubicaron en los departamentos de Bolívar, Sucre (en todos los municipios que conforman los Montes de María) y Arauca. Tienen por objetivo contrarrestar el accionar de grupos al margen de la ley.

Esta región fue zona de rehabilitación y consolidación desde septiembre de 2002 hasta abril de 2003 fecha en que la Corte Constitucional declaró inconstitucional el decreto mediante el cual se creaban estas zonas. Del plan de rehabilitación y consolidación se pasó a uno denominado de consolidación territorial que junto a la intervención militar integraba acciones económicas y sociales para rescatar la confianza de la ciudadanía.

En 2003 el gobierno inició negociaciones con las AUC para su desmovilización las cuales finalizaron en 2005 con la expedición de la Ley de Justicia y Paz²¹. En julio de ese año, 594 integrantes del Bloque Héroes de los Montes de María al mando de alias Cadena depusieron las armas. Dos años después, el 24 de octubre de 2007, se da la muerte en combate de Martín Caballero, comandante del Frente 35 de las FARC quien había azotado a la región con su violencia por más de dieciséis años. Su muerte redundó rápidamente en la desarticulación del frente que comandaba y con esto el arrinconamiento de la guerrilla a manos de la Fuerza Pública.

Todo lo anterior produjo la notoria disminución de acciones bélicas y de hechos como el desplazamiento forzado:

Las cifras de la Agenda Presidencia para la Acción Social y la Cooperación Internacional, dan cuenta de una disminución del desplazamiento en la región, registrándose en el 2008 una cifra de 4.975 personas desplazadas, que descienden a 1.146 en el 2009 y finalmente a 240 en el 2010 (De Los Ríos, 2012, pág. 28).

En 2008, la región fue declarada por el presidente Álvaro Uribe como en post-conflicto convirtiéndose en laboratorio para adelantar procesos de reparación, reconciliación y búsqueda de la paz. La Ley de Justicia y Paz (975 de 2005) y posteriormente la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras (Ley 1448 de 2011) ubicaron al retorno como proyecto

²¹ Ley 975 de 2005: “Por la cual se dictan disposiciones para la reincorporación de miembros de grupos armados organizados al margen de la ley, que contribuyan de manera efectiva a la consecución de la paz nacional y se dictan otras disposiciones para acuerdos humanitarios (...) Artículo 1°. Objeto de la presente ley. La presente ley tiene por objeto facilitar los procesos de paz y la reincorporación individual o colectiva a la vida civil de miembros de grupos armados al margen de la ley, garantizando los derechos de las víctimas a la verdad, la justicia y la reparación” (Fiscalía General de la Nación, 2010).

piloto, meta del plan de gobierno, escenario y estrategia para adelantar la reparación de la población víctima del conflicto. La violencia disminuyó, el retorno comenzó a ser parte del discurso de los gobernantes y con ello aparecieron las opciones para regresar.

2.4.1. El regreso

Los retornos en la región de Montes de María han sido procesos disímiles, variados, masivos, individuales, familiares. Se retorna esporádicamente para cuidar los cultivos o la tierra abandonada. Se retorna para recoger la cosecha y marcharse nuevamente. Se retorna para quedarse. Algunos de estos retornos han contado con acompañamiento de instituciones del Estado y se encuentran medianamente documentados. Otros, se han desarrollado silenciosamente, sin el acompañamiento institucional y poco se sabe de ellos. Entonces, no existe certeza de cuántas personas, familias, veredas y corregimientos han retornado, en qué momento lo han hecho y bajo qué circunstancias materiales y de seguridad.

2.4.1.1. El Salado

Cansada estaba la gente en la ciudad. Se pasaba trabajo, no había estabilidad, se pagaba arriendo. El deseo de regresar era cada vez más fuerte. Entonces Lucho, un saladero aguerrido, comenzó a juntar conocidos y a plantearles la idea del regreso. No fue fácil, las personas tenían miedo y las instituciones no apoyaban. La zona aún estaba en conflicto y las posibilidades de un nuevo desplazamiento eran altas. No importa, se dijeron e insistieron en regresar. De esta forma, parte de la población retornada de El Salado que tuvo la oportunidad de entrevistar narró de donde surgió la iniciativa del retorno y las incertidumbres que tuvieron frente al regreso.

Así, el 2 de noviembre de 2001 un grupo de aproximadamente 200 personas partieron de El Carmen de Bolívar hacia El Salado. Consiguieron jeeps, herramientas y valentía para enfrentar a los grupos paramilitares o guerrilleros que aún seguían en la zona. Pero no fueron estos grupos los que amedrentaron a los y las excursionarias. Fue la naturaleza sumada al abandono lo que propuso un escenario de desolación y desconocimiento al que varios sucumbieron. Uno de los líderes de este retorno, al preguntarle por ese primer encuentro con

el poblado abandonado me comentó: “las calles eran un monte, una sola montaña”. El pueblo se escondía bajo las matas de monte, las pocas casas que se lograban ver conservaban en sus paredes la huella de lo sucedido, no había electricidad, ni agua, ni puesto de salud, ni escuela, ni nada que permitiera inferir que en aquel lugar alguna vez floreció la economía del tabaco.

Ante tal panorama, los ánimos se vinieron abajo, el miedo comenzó a rondar, cayó la noche y de la comisión de 200 personas solo unas cuantas se quedaron –según los relatos recogidos por mí, aproximadamente diez personas-. Las otras decidieron no retornar.

Las personas que permanecieron iniciaron el arduo trabajo de adecuación de sus casas y del poblado en general. Estuvieron varios días limpiando, restableciendo la electricidad, evaluando la posibilidad de volver a cultivar. Pese al esfuerzo y las ganas de quedarse, el retorno se les presentaba como un proyecto de largo aliento que requería del trabajo de muchas más personas. Por ello, regresaron a la ciudad, buscaron apoyo de diversas entidades y promocionaron el retorno entre amigos y familiares. Se planteó, entonces, un segundo retorno para febrero de 2002, esta vez acompañado por algunos medios de comunicación, la Alcaldía Municipal de El Carmen de Bolívar, la Personería y entidades como Acnur y la Defensoría del Pueblo (Defensoría del Pueblo, 2003).

Aunque el gobierno conocía del retorno a El Salado, no hubo acompañamiento institucional en sus primeros años: “fue un drama de nunca acabar. El olvido de siempre pareció multiplicarse, al punto que terminaron malviviendo en un pueblo casi fantasma, sin acueducto, con colegio pero sin maestros, y con pocos sembrados que permitían subsistir, pero no crear un proyecto realmente productivo” (El Universal, 2013). Entonces, diferentes medios locales denunciaron la falta de apoyo a este retorno, las precarias condiciones en que vivía la población y el incumplimiento de acuerdos por parte del gobierno local y nacional.

Poco a poco este proceso comenzó a ganar visibilidad y a llamar la atención de entidades como la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación –CNRR- que lo eligió como caso piloto de reparación de víctimas del conflicto armado en Colombia desarrollando diversas acciones de acompañamiento y un informe elaborado por el Grupo de Memoria

Histórica sobre los acontecimientos de la masacre y el desplazamiento forzado de esta población. Lo anterior abrió la puerta para que llegaran a este territorio una serie de ong's e instituciones del Estado dispuestas a apoyar a El Salado. Intervenciones de todo tipo y realizadas de forma desarticulada, no afectaron mayormente a este retorno. Las personas con las que hablé me comentaron que, de tanto proyecto productivo, brigadas de salud, talleres de apoyo sico-social y demás solo les había quedado una agenda copada, unas mejoras en la infraestructura, una organización social fragmentada y algunos aprendizajes valiosos. De resto nada que les ayudara a su estabilidad económica y social. Al respecto una mujer retornada de este corregimiento me comentó: “hemos logrado salir adelante por nosotros solos”.

Esta situación comenzó a transformarse hacia el año 2010 con la llegada de la Fundación Semana quien comenzó a liderar una alianza público-privada que buscaba aportar en la estabilización socioeconómica de esta población. La Fundación Semana se encargó de canalizar recursos económicos recogidos en una campaña mediática en pro de este corregimiento, articular las diversas intervenciones realizadas con esta población y construir la casa de la cultura, entre otras acciones. Frente a la presencia de esta fundación, los y las habitantes de El Salado tienen opiniones divididas. Para unos ha sido positiva en la medida en que ha contribuido a generar cambios importantes en El Salado, particularmente, en su infraestructura y en términos de acceso a opciones económicas. Otra parte de la población, considera que la Fundación Semana ha monopolizado a El Salado dejando sin mayor rango de acción a las organizaciones locales que buscan intervenir en este territorio. Las anteriores fueron percepciones expresadas por habitantes de este corregimiento cuando les pregunté por el papel de esta fundación.

En general, casi después de quince años de retorno, de ser el receptor de una gran oferta institucional, caso piloto de reparación, objeto de estudio para varios académicos y académicas, inspiración para documentales y notas periodísticas, de recibir la casa número cien mil del programa de casas gratuitas del presidente Santos, de contar con diversas organizaciones sociales, con una gran casa de la cultura, con el apoyo de Carlos y Claudia Helena y con una carretera que aún se daña cuando llueve, El Salado dista mucho de ser el

corregimiento productivo y dinámico que alguna vez fue. Después de todo este tiempo, algunos pobladores siguen insistiendo que aún no se encuentran retornados.

2.4.1.2. San José del Peñón

¿Quién podría ponerle freno a esta mujer? Fue lo que pensé cuando la conocí. A pesar de su edad -79 años- Sequielita mantenía su independencia: vivía sola en su casa, cosechaba, recogía, desmontaba, daba órdenes a sus hijos y consentía a las nietas. Hablaba en tono fuerte, jamás rectificaba y, por supuesto, jamás daba un paso atrás. Por eso, cuando tomó sus cosas aquella madrugada y se devolvió sola, su familia no tuvo más remedio que seguirla. Conocían su voluntad de hierro, el aburrimiento que le causaba estar lejos de su hogar y la decisión de que si la volvían a sacar de su casa sería estando muerta. Entonces, Sequielita retornó y marcó el camino para que otras ochenta y cinco familias de San José del Peñón regresaran en el año 2003.

Silenciosamente llegó ésta mujer a su corregimiento y sin quererlo se convirtió en la lideresa de un retorno que se realizó sin ningún tipo de planificación, consultas, rutas legales o acompañamiento por parte del Estado. Simplemente un día, ella cansada de la situación de desplazamiento forzado y de las duras condiciones que ésta le imponía decidió tomar sus cosas y devolverse. Sus hijos angustiados por lo que le pudiera pasar decidieron acompañarla y a ellos se les unieron varias familias más. Inició el retorno a San José del Peñón, un retorno silencioso, sin garantías y sin que aún hoy buena parte de las entidades encargadas de apoyar este tipo de procesos conozcan de él.

Al regresar se encontraron con un pueblo “sucio”, como lo describió una mujer entrevistada por mí. Las matas de monte se habían crecido y comenzaban a tapar las casas y los caminos. A pesar de que San José del Peñón no duró mucho tiempo abandonado –menos de un año- y que algunas personas regresaban a él esporádicamente para recoger la cosecha, la desolación comenzaba a notarse. Las casas estaban deterioradas, los animales como gallinas y cerdos se habían perdido, quedaban pocos cultivos y no se contaba con agua potable, luz eléctrica o caminos en buen estado. Las primeras veinte personas en retornar sólo tenían un par de velas,

bolsas de arroz para preparar en fogones improvisados y los ánimos que se daban los unos a otros en las noches. Estas familias adelantaron la labor del retorno en solitario. Algunas personas trabajaban durante el día y se regresaban a San Juan Nepomuceno en la noche, otras permanecían toda la semana en San José del Peñón y aprovechaban el fin de semana para abastecerse en la ciudad.

Al igual que en El Salado, los primeros días de retorno en San José del Peñón no fueron fáciles. El pueblo se veía abandonado, el retorno se mostraba como un gran proyecto a emprender, las personas retornadas se preguntaban si tendrían las fuerzas para quedarse en medio de tanto abandono dado que no existía un acompañamiento institucional. Fueron las mujeres que animadas por el ejemplo de Sequielita insistieron en quedarse. Ellas limpiaron las calles, las casas, arreglaron camas, improvisaron habitaciones, buscaron alimentos y excusas para permanecer: “nosotras limpiábamos todo este trupil, nos subíamos a quemar la basura, a buscar alimento”, narró una de las primeras mujeres que retornaron a Porqueras. Comenzaron, entonces, a invitar a familiares y amigos a visitar el corregimiento para que se cercioraran de las condiciones del retorno y se animaran a regresar. Así, las familias comenzaron a trasladarse poco a poco a San José del Peñón poblandolo de nuevo.

En la actualidad el corregimiento cuenta con una pequeña escuela, dos maestros, una iglesia recién pintada a la que el cura acude cada veinte días y un parque infantil. Un balance nada positivo si se tiene en cuenta que han pasado trece años de retorno y todavía existen una serie de derechos que no se encuentran garantizados y las posibilidades de estabilización económica de la comunidad son pocas. De hecho, varias de las primeras familias que retornaron se volvieron a ir: “Porqueras ya no es el mismo, no hay como vivir”, me explicó una mujer retornada cuando me comentó el por qué estas familias se habían desplazado de nuevo. En efecto, este retorno no ha contado con mayor apoyo por parte del Estado para mejorar su infraestructura, servicios, economía, seguridad, etc. En términos productivos, por ejemplo, a Porqueras sólo ha llegado una empresa maderera interesada en comprar terrenos para la siembra de árboles y algunas ong´s internacionales quienes realizan apoyo sicosocial.

Las opciones para comercializar las cosechas o para activar la economía del pueblo son todavía reducidas: no hay tierra para sembrar, ni recursos, ni apoyos, ni infraestructura dispuesta para la comercialización. Los jóvenes se encuentran en San Juan Nepomuceno estudiando y no desean regresar porque en el retorno no tienen posibilidades de trabajo. Algunos hombres de San José del Peñón han preferido dedicarse al mototaxismo pues esta actividad les representa mejores ingresos que el cultivar. Pese a todas estas condiciones, la población que permanece en San José del Peñón se empeña en seguir adelante con su retorno. Por ello, han adecuado las casas, limpiado las calles, comprado gallinas y cerdos para criarlos. También han retomado sus tradicionales fiestas del dulce y la chicha.

Cuando la población de Porqueras ya se encontraba de vuelta en el corregimiento y se había logrado cierta estabilización, las mujeres se empeñaron por revivir la fiesta del dulce y la chicha celebrada en la Semana Santa. “Era hora ya de celebrar”, me comentaron. Entonces, se juntaron para preparar la fiesta, invitar a los familiares, cocinar los dulces y planear las actividades. Revivieron el festival del dulce y la chicha durante el cual escenificaron lo que era el pueblo antes del desplazamiento: sus costumbres, sus habitantes, su música, sus juegos, las personas que regresaron y las que no quieren volver. Así, el Festival viene celebrándose desde el año 2006 convocando todas las semanas santas tanto a población de San José del Peñón como de los Montes de María y del país en general. Varias familias retornan para el festival y vuelven a desplazarse cuando éste termina.

2.4.1.3. Macayepo

A simple vista el retorno de Macayepo puede ser considerado un retorno diferente a los de El Salado y San José del Peñón pues éste se gestionó siguiendo un protocolo de retorno con el que se buscaba garantizar los principios de voluntariedad, seguridad y dignidad. Así, se realizaron acercamientos entre el gobierno municipal y las personas que se encontraban en situación de desplazamiento forzado en la ciudad de Sincelejo para que estas últimas expresaran su voluntad de regreso. Posteriormente, se llevaron a cabo estudios de seguridad en los que se concluyó que era necesario la presencia permanente de la Infantería de Marina en este corregimiento. De esta forma, se construyó una base militar que garantizaría la

tranquilidad de la población. Finalmente, se entregaron cerdos y gallinas para apoyar la subsistencia de la población y cumplir con el principio de dignidad estipulado por la ONU para estos procesos. (Defensoría del Pueblo, 2003; Herald, 2011). Macayepo se convirtió entonces en ejemplo de lo que se podía hacer cuando un retorno era concertado. Por ello, me interesó conocerlo.

Le comenté mi interés a un amigo residente de El Carmen de Bolívar y conocedor de la región quien me advirtió que la carretera estaba en muy mal estado y que para llegar debía confiar solamente en un conductor que conociera muy bien la parte alta de la montaña, un conductor experto. ¿Y con qué iba a pagar yo a un conductor experto? Me dio risa la advertencia y a la vez tristeza. ¡Si es que la investigación se financia con mis ahorros! le contesté a mi interlocutor y los dos, que conocíamos mis estados financieros, nos reímos. No tuve otra opción que tomar el transporte público y confiar en que podría llegar hasta Macayepo.

En el trayecto me sorprendió encontrar una carretera en buen estado, es decir, transitable. Una persona que viajaba junto a mí me dijo que eran las labores adelantadas por el ejército que ahora apoyaba a la población y se dedicaba a construir las carreteras. También me sorprendió el verde de la alta montaña, los arroyos de agua cristalina y llegar a un poblado en el que la gente hacía una larga fila para ser atendidos por una misión médica que visitaba el corregimiento. Este es Macayepo, me dije un tanto decepcionada, pues me encontraba con un paisaje ya conocido por mí. Algunas casas habitadas, otras cerradas, otras bastante deterioradas. Sus calles polvorientas me recordaban varios lugares de los Montes de María y la presencia de dos o tres soldados en cada esquina me hacía saber que aquello de la seguridad es la ficción de las armas. ¿Y este retorno es diferente? Me pregunté.

Lo que más recuerdo de Macayepo es su iglesia: un edificio central demolido por la violencia. Unos escombros a los que me acerqué sigilosamente para descubrir en su interior la imagen de una virgen María arrinconada en una esquina y deteriorada por el tiempo y el abandono. Al frente, un parque infantil recién construido en el que niños y niñas jugaban. Los pobladores con los que pude hablar me contaron de un retorno diferente al registrado por medios de comunicación y otros documentos consultados por mí: su proceso distaba de lo

que yo me imaginaba y los principios de voluntariedad, seguridad y dignidad aún no estaban garantizados. Un campesino adulto me dijo que Macayepo no se había desplazado totalmente y que sus habitantes regresaban constantemente para ver cómo estaba la situación, trabajar la tierra y recoger la cosecha: “con desplazamiento nosotros volvíamos tempranito y nos íbamos antes de cuatro, no abandonamos”.

En efecto, el retorno a Macayepo comenzó a realizarse de la misma forma en que sus habitantes se habían desplazado, a cuenta gotas. Los argumentos para volver fueron los mismos por los expresados en los otros retornos que indagué: el cansancio en la ciudad, la imposibilidad de encontrar empleo, el miedo a perder las pocas posesiones que habían dejado en el poblado. “No podíamos perder la tierra, la casa, la nevera”, me comentó un hombre retornado. Entonces, así no se pudieran quedar algunas personas regresaban momentáneamente para cerciorarse de que sus bienes no fueran hurtados o adueñados por otras personas.

La violencia en la región impedía la realización de un retorno duradero. De hecho, varias de las personas que se aventuraron a volver fueron asesinadas (Hernández L., 2010). Entonces, la población de Macayepo que quería retornar se dio cuenta que su regreso no podía ser un esfuerzo aislado, sino que debería contar con el apoyo del gobierno municipal y, especialmente, con las medidas de seguridad necesarias que garantizaran cierta tranquilidad en la zona. Por ello, la primera exigencia de la población para regresar fue la instalación de una base militar en su territorio. De hecho, no fue sino hasta que la Infantería de Marina se instaló de tiempo completo en Macayepo que sus habitantes se plantearon seriamente la posibilidad de retornar.

Vinieron después las reuniones, los acuerdos, las actas firmadas y un “poco de trámites” como me comentó una mujer: demostrar la calidad de víctima mediante registros, diligenciar encuestas socio-económicas para proponer programas de ayuda durante el retorno, gestionar el transporte para llevar el trasteo, determinar con la familia quién retornaba y quién se quedaba, etc. Finalmente, en 2004 regresaron 20 familias. Este número fue aumentando de a

poco pues las personas retornadas empezaron a traer al resto de sus familias, invitando a sus vecinos, etc. Así, el corregimiento fue poblándose de nuevo.

Pese a estas iniciativas comunitarias para quedarse en este territorio, a contar con el acompañamiento del gobierno local, a tener mejores condiciones de seguridad y a ser parte de un protocolo de retorno, las condiciones de vida en Macayepo aún son precarias. Aunque se cuenta con una serie de proyectos productivos, iniciativas de incidencia política, puesto de salud y escuela, las personas de este corregimiento esperan mayor apoyo por parte del gobierno y que lleguen apoyos económicos para promover la producción campesina en este territorio. Hoy, al igual que en El Salado, la Fundación Semana se encuentra haciendo presencia en Macayepo para que, a través de diversos planes y alianzas público-privadas, se logre la estabilización socioeconómica definitiva de esta población.

2.4.2. Retornos en los Montes de María

Los retornos de El Salado, San José del Peñón y Macayepo se han realizado por iniciativa de sus poblaciones y presionados por condiciones económicas que se presentan adversas en la ciudad. El temor a perder patrimonios como la tierra, las cosechas, las casas y algunos enseres hace parte de la decisión de volver. Estos retornos se han realizado con ningún o poco apoyo institucional lo que lleva a que las poblaciones regresen con garantías mínimas para subsistir, establecerse definitivamente y mantenerse en sus tierras. Así, y según el informe de la Defensoría del Pueblo publicado en 2012:

Aunque no se pueden desconocer los esfuerzos del Gobierno Nacional y las administraciones locales, en la implementación de medidas que permitan la restitución de derechos, se observa que no hay un restablecimiento de la situación anterior al desplazamiento forzado. Aún persisten las huellas y las consecuencias del desplazamiento en estos siete lugares. La permanencia de las comunidades, más que resultado de un esfuerzo estatal, obedece al deseo de las familias de reiniciar sus proyectos de vida (p. 140).

Las conclusiones del informe de la Defensoría del Pueblo para los retornos en Montes de María siguen teniendo vigencia hoy en día. A pesar del tiempo transcurrido, las

intervenciones de instituciones del Estado, ong's, universidades y demás apoyos que han llegado a estas comunidades el retorno desde su garantía de derechos sigue siendo un proyecto en construcción: la estabilización económica y social marcha a paso lento y el contexto del retorno poco tiene que ver con aquel imaginado desde el discurso del post-conflicto y la pacificación de los Montes de María.

Las familias y comunidades que retornan a los Montes de María lo hacen a lugares que poco les ofrecen garantías para lograr su estabilidad: las carreteras siguen sin pavimentar, pocas casas están en pie, no hay acueductos o alcantarillados, no existen mayores oportunidades para ingresar a circuitos económicos, la presencia de instituciones del Estado es precaria, no hay puestos de salud, escuelas, estaciones de policía...la tierra es escasa y está en manos de grandes hacendados o multinacionales. A la poca capacidad del Estado para responder a las necesidades y exigencias de las poblaciones retornadas, se le suma la dificultad de articulación institucional, la falta de voluntad política para garantizar los derechos de esta poblaciones, los intereses privados sobre las tierras y los territorios que obstaculizan la puesta en marcha de un verdadero proceso de retorno, las brechas cada vez más sentidas entre grandes proyectos agroindustriales (agrocombustibles, maderables y extractivismo) y economía campesina; en general, una serie de condiciones económicas, políticas y sociales que, heredadas del contexto de la expulsión, siguen vigentes en el contexto del retorno.

2.5. Posibilidades de retornar en los Montes de María

Como ya lo he señalado, el retorno en los Montes de María ha sido posible en el contexto de una política estatal dirigida a pacificar la región. Esto supone el fin del conflicto armado, las posibilidades de reconstrucción social y la oportunidad de establecer proyectos de desarrollo. Aquí, el discurso gubernamental, de la cooperación internacional y la ayuda humanitaria se maneja en términos de víctimas, estabilización y garantías de no repetición. El retorno se nombra como la estrategia para reparar a las poblaciones víctimas de desplazamiento forzado:

El derecho al retorno o la reubicación es una de las medidas de reparación específicas para las víctimas del conflicto armado que, como nosotros, han sufrido un desplazamiento forzado. Esta medida nos permite avanzar en la restitución de los diferentes derechos que fueron afectados por el desplazamiento forzado. El retorno o la reubicación constituyen una puerta de entrada al proceso de reparación integral, operando como medida de reparación individual o colectiva (UARIV U. p., 2014, p.12).

Discursos que contrastan con la realidad que vive hoy esta región. Y es que el contexto del retorno es mucho más complejo de lo presentado. Su pacificación comienza a leerse entre comillas cuando diversos de los elementos que definieron la forma en que adquirió el conflicto armado siguen vigentes: la aparición de denominadas bandas emergentes que por medios violentos buscan obtener el control y la posesión de tierras, la puja por implementar economías de carácter agroindustrial, el campo político disputado por élites tradicionales asociadas al narcotráfico y paramilitarismo, son elementos que persisten y que tienen por resultado la realización de retornos sin las garantías de no repetición necesarias para que la población pueda permanecer.

Los elementos anteriores han producido en Montes de María una estructura social, política y económica excluyente de difícil modificación (PNUD, Análisis de conflictividad, 2010; FIP, 2011). De estos factores, el acceso a la tenencia de la tierra y el desarrollo de una economía propia son los que de mayor forma reclaman las peronas retornadas con quienes trabajé. Sus demandas toman sentido en el marco de una región en la que la lucha por la tierra ha sido la bandera de organizaciones campesinas tan representativas como la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos y donde el despojo y la apropiación ilegal de ésta se encuentran a la orden del día.

En términos de la relación desplazamiento forzado, despojo o apropiación forzada e ilegal de la tierra, los Montes de María son una región emblemática²². La concentración de la tierra, la

²² Sigo aquí la definición dada por el Grupo de Memoria Histórica del despojo como: “una acción, como un *proceso*, en el cual intervienen varios actores, a través de varios repertorios simultáneos o sucesivos en el tiempo. Quien ordena y ejecuta el despojo ha tenido a su alcance un repertorio diverso de posibilidades para la materialización de ese proceso, empleando cada recurso disponible en virtud de las condiciones particulares

informalidad en su tenencia y los intereses frente a la misma han producido que en esta región tal relación se presente de forma sistemática (Osorio, 2001; GMH, 2010; CNMH, 2012). Así, los campesinos que fueron castigados más cruentamente por el actuar de paramilitares fueron aquellos que habían obtenido tierras a través de las luchas adelantadas por la ANUC en la región, por ejemplo, familias ubicadas en el municipio de Ovejas (Sucre). También aquellos que poseían, arrendaban o trabajaban en terrenos de interés para grupos narcotraficantes en San Onofre y María La Baja (Podec, 2011, pág. 28). Finalmente, los ubicados en territorios estratégicos para el desarrollo de proyectos como la palma aceitera o maderables como la teca (De Los Ríos, 2012).

El despojo que se presenta en la región puede considerarse de por lo menos tres formas: como un despojo estratégico o aquel que busca el control de zonas de abastecimiento y movilidad de las tropas, como un despojo clientelista sustentado en alianzas entre paramilitares y élites políticas para mantener el control electoral o realizar alianzas productivas y, como un despojo oportunista que le permite a varios actores del conflicto participar del negocio de tierras (CNMH, 2016). Así, por ejemplo, algunas de las personas que entrevisté comentaron que con el desplazamiento forzado también había llegado a la región la venta masiva de tierras. Obligados por las condiciones que imponía el desplazamiento, por las amenazas provenientes de grupos armados o por el miedo a perder la tierra en manos de acreedores los campesinos habían vendido y los “cachacos” habían comprado. Según la descripción que me dieron personas de la región, los “cachacos” provenían del departamento de Antioquia, estaban relacionados con grupos paramilitares y aprovecharon la crisis sucitada por el desplazamiento forzado para hacerse de forma masiva a tierras campesinas.

Para Herrera, Vargas y Beltrán (2016) el mercado de tierra en esta región se activó gracias a la implementación de proyectos agroindustriales y al mapa de tierras abandonadas dejado por el desplazamiento forzado y el despojo. Esto coincide con los hallazgos realizados por Pérez

que se le presenten en cada zona, y variando la intensidad o el uso simultáneo de uno o varios métodos según la resistencia de los pobladores, la cual suele incrementar la intensidad del ejercicio de la violencia. Entonces se transita de una simple oferta de compra venta a la venta forzada o al desalojo, el abandono y el posterior despojo de una propiedad, pasando por el asesinato, la tortura, la desaparición forzada y el desplazamiento forzado de población. Se trata de lo que se puede llamar la *cadena del despojo*” (GMH, 2010, p.46).

(2002), González, Bolívar y Vázquez (2003) y Codhes (2004, todos los anteriores citados en Salcedo-Fidalgo, 2015) respecto a las relaciones directas entre desplazamiento forzado y la ocupación de tierras útiles para la expansión del capital a través de monocultivos, explotación minera o ganadería extensiva. La región Caribe, a pesar de que la mayoría de sus campesinos no eran propietarios, es la que presenta los índices más altos de abandono y despojo en el país. Los municipios donde dicha concentración es mayor son los de Tierralta (Córdoba), San Onofre y Ovejas (Sucre), El Carmen de Bolívar, San Pablo y María La Baja (Bolívar) (Podec, 2011).

Ahora bien, la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras (ley 1448 de 2011) reconoce que parte del conflicto armado interno en Colombia se deriva de los problemas generados por una estructura inequitativa en la propiedad, uso y disfrute de la tierra. Por ello, uno de sus énfasis se orienta a restituir la propiedad a las personas que fueron despojadas de ella mediante desplazamiento forzado, amenazas y fraude. Se crea así La Unidad Administrativa Especial de Gestión de Restitución de Tierras Despojadas –UAEGTD- con el objetivo de adelantar la tarea de restitución en el país. Una de sus primeras acciones: priorizar la región de Montes de María. Hoy, después de casi seis años de funcionamiento, los resultados de la Unidad no son prometedores: “de las 100.158 solicitudes presentadas en la Unidad de Tierras únicamente han sido restituidos 4.814 casos (el 5%) y se han rechazado 24.603. El 57% de los victimarios -quienes usurparon las tierras- eran paramilitares, según reconocen las 2.317 sentencias dictadas hasta ahora” (Chato, 2017).

A la lenta acción de la restitución de tierras se suman las amenazas armadas a la misma. Así, en los Montes de María entre los años 2006 y 2010 se registraron un número de 17.768 desplazamientos forzados en los municipios de El Carmen de Bolívar, San Onofre, Ovejas, María la Baja, Colosó y San Jacinto. Estos desplazamientos están relacionados con grupos armados que responden a intereses económicos asociados a la minería, la siembra de palma de aceite y la compra irregular de tierras (CODHES, citado en: De Los Ríos, 2012). Adicionalmente, comienzan a presentarse amenazas y asesinatos de personas reclamantes de tierra.

Durante el año 2013, época en la que adelantaba una de mis jornadas de trabajo de campo en la región, me encontré con un aire de temor que no conocía. Las personas con las que usualmente departía hablaban de la aparición de grupos armados en el territorio y de la implementación –de nuevo- de la ley del terror. Los contactos que intentaba realizar para visitar retornos y hacer entrevistas me eran esquivos y cuando preguntaba por la restitución de tierras preferían no hablar. Me encontré con una barrera de silencio que poco pude sortear. De hecho, las visitas a campo que realicé en este año me dejaron un tanto frustrada. No pude llegar a ningún retorno con los que venía trabajando ni conocer uno nuevo: las Palmas (San Jacinto) pues su líder me advirtió que era mejor no llegar “por allá”. Para este año los diarios registraban el aumento de la delincuencia común en las cabeceras municipales de los Montes de María, los rumores sobre la existencia de un ejército anti-restitución se hacían más fuertes y personas de la región me explicaban que la violencia jamás se había retirado de esta zona.

Posterior a la desmovilización paramilitar de 2005 varias de sus estructuras se reagruparon para conservar el control político y económico de la región a través de negocios como el del chance (lotería), la construcción, el narcotráfico y su influencia en la administración local (Podec, 2011). Los actores armados ilegales siguieron actuando en la región, esta vez sin agruparse bajo un comando central y con el denominativo de bandas criminales –BACRIM-. Para la Defensoría de Pueblo, estas estructuras armadas hacen presencia en treinta y dos departamentos del país y durante el 2016 desarrollaron acciones en Cauca, Santander, Putumayo, Antioquia, Arauca, Atlántico, Chocó, Córdoba, Cundinamarca, Meta, Norte de Santander, Sucre, Sur de Bolívar y Buenaventura (CR, 2016).

Desde el año 2012 el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado –Movice- viene denunciando las constantes amenazas a líderes, comunidades, activistas y abogados/as que asesoran procesos de restitución de tierras. La Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación -CNRR- denunció en 2007 el rearme de grupos armados ilegales en los departamentos de Sucre, Bolívar, Cesar, Magdalena y Meta producto de la desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia AUC²³. Más recientemente, la Comisión

²³ La Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación -CNRR- presentó un informe en el año 2007 en el que denunciaba el rearme de grupos armados ilegales en los departamentos de Sucre, Bolívar, Cesar, Magdalena

Colombiana de Juristas en 2016, advirtió sobre la presencia de estas bandas en Montes de María y sus campañas anti-restitución que incluyen amenazas, desplazamiento forzado y asesinato a líderes. Para Masse (2013) el departamento de Bolívar es el más afectado por la violencia contra reclamantes de tierras. En Colombia, entre el año 2008 y febrero de 2017 han sido asesinados 72 de estos líderes (Chato, 2017)

A este contexto de violencia se suma la implementación de un modelo de desarrollo rural que sustentado en la idea de generar alianzas entre grandes empresas y pequeños productores limita cada vez más las opciones de una economía campesina basada en la agricultura tradicional. Este último tema resulta fundamental para la población retornada pues por lo general en las poblaciones que visité las personas la nombraban de forma constante y como una preocupación. ¿Y cómo no se va a preocupar esta población si su territorio, su paisaje, su geografía y sus prácticas tradicionales vienen siendo rápidamente transformadas? Yo misma me preocupé, me extrañé y quedé aterrada cuando dejé de visitar la región por casi un año y medio y al volver me encontré con un paisaje diferente que comenzaba a borrar aquello que yo había conocido. La vieja ceiba que me anunciaba la llegada a María La Baja ya no se encontraba, ni los cultivos, ni las tierras cultivables...todo estaba lleno de palma, palma y más palma. A propósito, un hombre cultivador de María La Baja me comentó:

Ahora mismo no tenemos donde cultivar. Aquí llegó la teca y la palma y mire, mire, de aquí pa' allá es teca, estamos cercados de teca y palma (...) los cachacos pagan bien la hectárea, pero me voy pa' la ciudad, se me acaba la plata y ¿cómo retorno? (...) (Testimonio hombre retornado).

La llegada de la producción de agrocombustibles a la región de Montes de María se explica a partir de una nueva veta de la economía global que busca reemplazar sus sistemas energéticos por energías renovables obtenidas de agrocombustibles derivados de productos

y Meta producto de la desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia AUC. Informes similares fueron realizados por la MAPP/OEA, el International Crisis Group y la fundación Nuevo Arcoíris en los que se señaló la reestructuración de desmovilizados de las AUC en grupos denominados Bandas Criminales BACRIM: “Los Paisas”, “Los Urabeños”, las “Águilas Negras” y el “Ejército Revolucionario Popular Anticomunista de Colombia” –ERPAC- (De Los Ríos, 2012).

como caña de azúcar, soja y palma aceitera. Para el país la posibilidad de mostrarse como potencial productor se dio durante el gobierno de Álvaro Uribe en el que se promocionó la implementación de monocultivos adoptando políticas para tal fin (Coronado & Dietz, 2013)²⁴. En Montes de María fue Carlos Murgas, ministro de agricultura del presidente Andrés Pastrana y uno de los principales impulsores de la siembra de palma aceitera el que llevó este cultivo a la región y en su calidad de empresario comenzó a promocionarlo.

A pesar de que los empresario muestren el cultivo de palma de aceite como una inversión rentable que redundará en el desarrollo de la región, la oferta de empleos ha disminuido en al necesitar poca mano de obra para su producción, ha limitado la producción alimentaria basada en la economía campesina y, con la concentración de tierra que requiere, ha revertido los pocos avances que en términos de democratización de la tenencia de tierra había tenido la reforma agraria (Herrera, Vargas, & Beltrán, 2016).

La reconcentración de la tenencia de la tierra a propósito de la implementación de monocultivos se ha beneficiado del desplazamiento forzado. Así lo indica el cambio de proporción en el número de hectáreas dedicadas a cultivos transitorios y cultivos permanentes que sufre modificaciones drásticas justo en el periodo 2002-2006 en el que se ha dado una expulsión importante de población en esta región, las tierras se encuentran vacías o se venden a bajos precios y se ha instaurado toda la doctrina de la seguridad democrática y la consolidación territorial. De un 19,5% de hectáreas dedicadas a cultivos permanentes y un 80,5% de hectáreas dedicadas a cultivos transitorios en 2002 se pasa a una proporción de 24,1% dedicado a cultivos permanentes y 75,9% a transitorios en 2006. En particular, los cultivos de yuca, ñame, maíz y aguacate comienzan a ser reemplazados por cultivos de palma aceitera (Coronado & Dietz, 2013).

²⁴ Para Aguilera (2013): “Colombia es el primer productor de aceite de palma en América Latina y el cuarto en el mundo, aunque con solo el 2% de la producción mundial (Fedepalma, 2013). En 2012, Colombia produjo 973,8 toneladas (ton) de aceite de palma crudo, importó 125,4 ton, de las cuales el 40% fue de aceite de palma bruto y el 60% en los demás aceites de palma y sus fracciones, incluso refinados pero sin modificar químicamente. Las exportaciones ascendieron a 221,1 ton, de las cuales el 82% fue en aceite de palma y sus fracciones en bruto. Lo anterior nos indica que el país tuvo un consumo aparente de aceite de palma en bruto de 842,3 ton e importó 74,4 ton en los demás aceites de palmas y sus fracciones incluso refinados sin modificar” (p.44).

En este mercado de tierras y despojo han tomado parte tanto las élites tradicionales de terratenientes como nuevas empresas privadas y multinacionales que han adquirido tierras. Es el caso, por ejemplo, de la cementera Argos que en el año 2000 adquirió cerca de 6.600 hectáreas de tierras pertenecientes a campesinos en situación de desplazamiento forzado de forma irregular. Aunque esta empresa argumenta que desconocía los motivos por los que los campesinos de la región estaban vendiendo sus tierras, un Tribunal de Restitución de Tierras estableció que esta compra no se hizo de buena fe y que la empresa utilizó recursos jurídicos para acumular tierras pertenecientes a campesinos desplazados (Molinares, 2016).

En tanto lugar, la región de los Montes de María se constituye a partir de unas dinámicas locales que se articulan con relaciones sociales más amplias (Massey, 1994). Políticas energéticas, neoliberalismo y economía global son realidades que coexisten, confrontan y entran en tensión con prácticas y aspiraciones de la población que habita esta región. Así, un último aspecto que determina el contexto del retorno es la disputa que se desarrolla en este territorio por salvaguardar la economía campesina frente a los avances de la economía capitalista.

La inserción al mercado global de la región no es un tema reciente. Ya para el siglo XIX los Montes de María exportaban tabaco hacia diversos países de Europa (Aguilera, 2013). Durante el siglo XX comenzó a exportar ñame, aguacate, ají y cacao convirtiéndose en una de las regiones que hacía aportes importantes en el reglón de exportaciones del país. Sin embargo, hacia mediados de la primera década del dosmil este auge de exportaciones decaía debido a la menor área sembrada por estos productos, la fuerte introducción de la ganadería extensiva y la sustitución de cultivos temporales por cultivos permanentes (Bolívar & Cottiz, 2012).

En la actualidad, la región hace parte de las apuestas del país por ingresar a la producción de energías alternativas basadas en biocombustibles. De allí la rápida expansión del cultivo de palma aceitera: según el estudio desarrollado por De Los Ríos (2012) para el año 2002 el número de hectáreas sembradas en palma de aceite en el departamento de Bolívar era de 740; para el 2008 ya habían aumentado a 13.291, representando ello un incremento del 1.700%

tan solo en 6 años. Lo anterior se corresponde con una tendencia nacional en la que los cultivos predominantemente capitalistas pasan del 4,3% en 1985 a 25,4% en 2012 mientras que en el mismo periodo de tiempo los cultivos campesinos disminuyen del 59,3% al 36,1% (CNMH, 2016, p.419).

Frente a la solicitud que hicieran los campesinos de la región de controlar el despojo, el trámite ilegal de tierras y proteger su economía, el Ministerio de Agricultura propuso en 2011 la creación de dos reservas campesinas en esta región. La primera y más grande cobijaría a los municipios de los Palmitos, Chalán, María La Baja, Toluviejo, Morroa, Ovejas, Colosó, San Onofre, San Jacinto, San Juan y El Carmen de Bolívar. La segunda, de menores proporciones, estaría ubicada entre los municipios de El Guamo, San Juan, Zambrano y Córdoba. El plan de sostenibilidad fue desarrollado a través de un convenio entre el Incoder y la Fundación Red de Desarrollo y Paz de los Montes de María. Pese al interés el gobierno por constituir tales zonas y a su favorable recepción por parte de varias de las organizaciones campesinas de la región, hoy, después de siete años del anuncio, este proyecto sigue en “veremos”.

Lo anterior pone de manifiesto lo que ya ha sido advertido por la población campesina de Montes de María: mientras avancen proyectos de desarrollo como la palma y las plantaciones forestales desconociendo la opinión y propuestas elaboradas desde las personas que habitan este territorio, y a pesar del proceso de restitución de tierras, pocas serán las opciones para que las poblaciones en situación de desplazamiento forzado puedan volver a sus tierras y gozar de ellas²⁵. En este contexto, las posibilidades de un retorno digno y permanente son escasas. Entonces, vale la pena preguntarse: ¿Cómo en dicho contexto las poblaciones de El Salado, Macayepo y San José del Peñón sustentan su opción por permanecer?, es decir, ¿De qué forma significan su regreso? y ¿Qué apuestas movilizan a través de éste?

²⁵ De hecho, la restitución de tierras, en la práctica, no ha tenido como efecto el retorno de población. Según datos del *informe Tierras y conflictos rurales. Historia, políticas agrarias y protagonistas* del Centro Nacional de Memoria Histórica (2016), en el periodo 2013-2014 tan solo el 6% de la población que cuenta con sentencia de restitución ha retornado a su predio. En contraste el 35% de población retornada durante este periodo lo había hecho sin una sentencia de restitución (p.410).

NARRATIVAS DEL RETORNO

Capítulo Tercero

El regreso muy lindo, muy bello.
Apenas llegué a mi casa me dio una nostalgia,
un sentimiento, pero me recuperé.
Ahora me siento bien feliz en el pueblo
(Testimonio mujer retornada)

Durante el tiempo que compartí con diversas personas en Macayepo, San José del Peñón y El Salado me di cuenta que narrar la historia de la violencia sufrida por estas poblaciones era una práctica constante en su cotidianidad. Su narrar no era el relato terco del testigo que insiste en contar sin que a nadie le interese (Levi, 2005), sino una forma de expresar las experiencias vividas, organizarlas, darles sentido. Aunque no siempre fue fácil iniciar la conversación, adentrarme en detalles o hablar del regreso, el deseo por contarme o hacerme saber se hizo explícito. La construcción narrativa del retorno emergió como parte constitutiva de este proceso, como la condición necesaria para significarlo y hacerlo posible.

Hallé que el retorno como narrativa, es decir, como un relato que se construye a partir de una voz identificable y que ubica un tema central en una temporalidad y espacialidad específicas (Jimeno, Pabón, Varela, & Díaz, 2016), es lo que permite a la población retornada construir los cimientos de su regreso. Aludiendo a la vida “chévere” del ayer, las carencias del presente y las perspectivas de futuro, las personas retornadas construyen marcos de interpretación que orientan la reconstrucción de su cotidianidad. De esta forma, las narrativas del retorno apuntan a recrear historias que sirven como referentes colectivos y explican las rupturas que han vivido estas comunidades, las razones del retorno y el por qué a partir de éste no se presentan continuidades sino nuevas rupturas. Con un relato que se asemeja al comúnmente extendido sobre el retorno o mito de retorno (Espinales, s.a.), las poblaciones con las que

trabajé dan cuenta de sus procesos desde tres momentos en particular: el desplazamiento forzado (la separación), la vida en la ciudad (las pruebas) y el retorno (el regreso al hogar).

Al igual que en el viaje de Ulises, el regreso se muestra como promesa de bienestar, de estabilidad, de volver a los buenos o bellos tiempos (Espinales, s.a.; Pujadas, 2004). Dicha promesa es el resultado del viaje del guerrero que en su travesía enfrenta una serie de obstáculos que no le permiten volver pronto ni volver siendo la misma persona. Sin embargo, vencer estos obstáculos es lo que lo habilita para regresar y reclamar una posición social. Esta idea se presenta en las narrativas del retorno desde la necesidad que expresan las personas retornadas de lograr visibilidad en planos políticos no como víctimas o personas en situación de desplazamiento forzado sino como retornados.

En estas narrativas encontré una clasificación moral de las personas retornadas frente a las personas que aún se encontraban en situación de desplazamiento forzado. Mientras las primeras eran leídas como dotadas de voluntad, valentía y capacidad de transformación al emprender la épica tarea del retorno, las segundas se nombraban desde una aparente comodidad que las amoldaba a la vida del desplazamiento forzado. Al igual que Ulises, eran las luchas adelantadas durante el exilio y en el camino de regreso lo que autorizaba a estas personas a reclamar mejores condiciones de vida. Su rol de gestores y protagonistas del retorno los hacía dignos merecedores de los apoyos, auxilios y atención del gobierno: “valemós más porque somos retornados” (Testimonio mujer retornada).

Gracias a la elaboración narrativa del retorno, la identidad de víctima o de desplazado/a se sustituye por otra que representa heroicidad y con esto una mejor inserción en la oferta de programas y recursos que surgen del retorno como política pública. Ahora bien, nombrarse como retornada o retornado no es solo una estrategia política de visibilización sino una forma de estructurar la experiencia del regreso: “nosotros somos retornados y eso es diferente”, me explicó una mujer de San José del Peñón cuando le pregunté por las relaciones que su organización había establecido con la alcaldía de San Juan Nepomuceno. Su respuesta aludía a las condiciones de vida durante el retorno, pero también a la distancia que comenzaban a construir con la experiencia del desplazamiento forzado y lo que ésta significó en términos

de subjetividad. Con esta respuesta, la mujer reclamó un estatus diferente sobre otras poblaciones migrantes (Coutin, 2016). Así, para las personas que entrevisté, ser retornado es diferente y eso debe marcar diferencias.

Un último momento a través del cual se configuran las narrativas del retorno es el de la nostalgia o de la imposibilidad de regresar: “nosotros no estamos retornados”. Este momento alude a la ruptura que se presenta durante el retorno al reconocer que la vida a la que se espera volver ha quedado atrás y que es imposible recobrarla; nunca se regresa al mismo lugar (Espinales, s.a.; Pujadas, 2004; Lastra, 2013). Para el caso de las poblaciones retornadas con las que trabajé el lugar de regreso hace referencia a un pasado que se recuerda como bueno y próspero y que contrasta con una situación de retorno que poco dista del desplazamiento forzado. El retorno se presenta así como una extensión del exilio y como una nueva ruptura. Es aquí donde emergen los recuerdos como materia prima de las narrativas que permiten recrear continuidades espaciales y temporales. Como señala Pujadas: “Los recuerdos y la imaginación es lo que nos permite llenar de algún modo los vacíos, recreándolos” (2004, pág. 10).

De acuerdo a mi experiencia de investigación, puedo decir que la construcción de narrativas del retorno es a su vez una construcción de memorias en torno al desplazamiento forzado, la decisión de retorno y los primeros momentos de este proceso. En el contexto del retorno, las prácticas del narrar se confunden con las prácticas del recordar. Así, y siguiendo a De Certeau (1999), entiendo que las artes del decir y las artes del hacer son prácticas que se producen en algunas ocasiones de forma verbal, a partir de recuerdos, y en otras a través de la acción. Por ello, metodológicamente ubiqué las prácticas del recordar en las narrativas del retorno pues éstas se me presentaban unas veces como recuerdos y otras como decires. Entonces, las narrativas del retorno me fueron útiles no sólo para acercarme a la significación de la experiencia de este proceso sino para rastrear a través de ellas prácticas del recuerdo y contextos que las hacen posibles (Jimeno, 2016).

Mi interés en examinar las narrativas del retorno surge porque a lo largo de mi investigación encontré en ellas elementos valiosos que describen el retorno como un proceso que implica

la reconstrucción personal y colectivo. Considero que de esta forma las narrativas del retorno retan las lecturas que hegemonícamente se hacen de dicho proceso. Mientras que académicos, constructores de políticas y agencias internacionales leen el retorno desde la dualidad inicio-fin, las personas retornadas construyen visiones que dan cuenta de los trayectos recorridos, las formas en que han debido resignificar nociones de comunidad, vecindad, seguridad, cotidianidad, familiaridad y cómo han logrado reconstruir proyectos de vida en medio de un contexto en el que la sombra de la violencia producida por el conflicto armado y los intereses sobre la tierra y el territorio se mantienen (Osorio, 2001, 2007).

Las narrativas del retorno también resultan interesantes porque a través de ellas opera el proceso de subjetivación que lleva a las personas a nombrarse como retornadas y, desde esta mención, buscar la transformación de su entorno (Jimeno, Pabón, Varela, & Díaz, 2016). Es el relato del retorno como un camino colmado de obstáculos que ha sido transitado valientemente por las personas retornadas lo que configura un campo de acción desde el cual y sobre el cual reclamar cambios. Finalmente, es una opción política que movilizo desde la escritura en la que intento construir diálogos con las poblaciones con las que trabajé, no traducirlos o sustituir sus voces (Aparicio R. , 2010; Castillejo, 2000, 2009; Garzón, 2015). Considero que una parte importante de la construcción de las memorias en torno al conflicto armado son los testimonios de las personas que lo han experimentado pues dichos testimonios nos sensibilizan frente a la violencia y nos permiten construir lazos solidarios con las víctimas. A pesar de que es un recurso bastante utilizado en este tipo de investigaciones, creo que nunca está de más contar con esta vocería.

Dedico este tercer capítulo a las palabras que compartí con la población retornada cuando pregunté por su proceso. Mi objetivo es el de reconstruir la historia que me fue narrada y reflexionar sobre la forma en que recuerdos y decires (De Certeau, 1999) se entretejen para producir versiones de memorias, explicaciones del retorno y sujetos retornados. Para esto, inicio el capítulo identificando hitos y relatos a partir de los cuales se construyen las narrativas del retorno. Posteriormente, indago por la construcción de dichas narrativas, el papel que las prácticas de recuerdo desarrollan allí y la forma en que expresan una intención de transformación social.

3.1. Decires del retorno

Para el análisis de las narrativas del retorno me concentro tanto en el contenido de los relatos como en las representaciones que sobre el retorno se construyen al narrarlo. Lo anterior implica -como ya lo señalaba Bhabha (2010) en el estudio de las narrativas de nación- desbordar el análisis del lenguaje y la retórica para explorar las formas en que la narrativa modifica el objeto conceptual, para este caso, el objeto retorno. Lo anterior implica entender la narrativa más allá de la linealidad de la historia y contemplar elementos como: qué se cuenta, en qué se hace énfasis, cómo se construye la trama narrativa, para quién se cuenta y cómo se significa la experiencia narrada. Por ello, en primer apartado me concentro en exponer los aspectos que resultaron más significativos cuando se narró el proceso de retorno. Identifico los hitos a través de los cuales se construye la trama narrativa y evidencio los recuerdos que emergen cuando se habla del retorno.

3.1.1. Ubicarme en contexto

El primer aspecto que llamó mi atención al realizar entrevistas o sostener charlas con población retornada e indagar sobre este proceso es que la narración iniciaba usualmente con el relato de los hechos de violencia que habían forzado la huida. A pesar de que mis preguntas se orientaban siempre al retorno y que en mis intenciones no estaba indagar por masacres, asesinatos y demás repertorios de violencia que propiciaron desplazamientos forzados en la región de los Montes de María, mis interlocutores e interlocutoras insistían en narrar dichas vivencias.

Al centrarme en el retorno no buscaba evadir el tema de la violencia o deshacerme de la responsabilidad que implica abrir la caja de Pandora de los relatos de miedo y muerte. Mi intención era la de propiciar relatos que se alejaran de los ya consignados en diversas investigaciones sobre violencia y desplazamiento forzado en Colombia. Quería obtener la narración de una cara distinta del exilio: el regreso. Sin embargo, por los relatos recogidos durante esta investigación parece que violencia, huida y retorno son aspectos inseparables en su narrativa. En efecto, para las personas retornadas entrevistadas por mí la decisión de volver

tiene todo un contexto y unos hechos que le dan sentido. Por ello, resulta necesario para las personas que entrevisté remitirse al hito que marcó la historia de movilidad: la violencia. Entonces, las personas retornadas a quienes entrevisté iniciaron sus narrativas describiéndome los momentos de terror, los actores, los miedos, las muertes, los detalles. Yo los escuché con atención y dejé la pregunta por el retorno para después.

Destaco el esfuerzo que realizaban las personas con las que trabajé por explicarme las dimensiones de la violencia vivida. Entrar en detalles, explicar una y otra vez, preguntarme si había entendido, fueron aspectos que se replicaron en las entrevistas que hice tanto en Macayepo como en San José del Peñón y El Salado. ¿Por qué este afán por hacerme entender? Comprendí que lo anterior se debía a mi calidad de interlocutora, mujer y foránea. Cuando llegué a los Montes de María a indagar por sus procesos de retorno, hablando de forma lenta y clara, con un acento diferente al “hablar golpeado” que es manejado en la región y presentándome como investigadora, inmediatamente se me representó como una persona que no conocía la experiencia de la violencia porque siendo del centro del país seguramente nunca la había vivido. Esta es la imagen más probable que de mí se hicieron las personas con las que hablé, quienes me llamaba “cachaca” o en otras ocasiones “paisa” a lo que yo debía responder con severidad: “no señor, ni cachaca ni paisa, yo soy de Bogotá, soy rola”²⁶. De allí la necesidad de colocar a la mujer de la capital en contexto, de hacerle saber de qué trata la violencia, cómo se vive, qué heridas deja.

Lo anterior se replicó en todos los casos de retorno con los que trabajé: tanto hombres como mujeres iniciaban su relato detallando los hechos de violencia que produjeron el desplazamiento forzado. En El Salado, por ejemplo, a pesar de que en ningún momento pregunté por la masacre ocurrida en el año 2000, varias de las personas insistieron en narrarme este hecho de violencia. En el primer taller que realicé en este corregimiento en el año 2008, una mujer tomó la palabra para explicarme por qué esta población se había desplazado:

²⁶ Como lo comenté en el capítulo anterior en la región de Montes de María el término cachaco se ha venido asociando a personas relacionadas con grupos paramilitares para la compra ilegal de tierra. Por esto, cuando se me llamaba cachaca yo me sentía ofendida (así se estuvieran refiriendo a mí como una persona del centro del país) y establecía la diferencia identitaria: no soy cachaca, soy rola (Bogotana).

Cómo no irse si a toda una familia los masacraron mochándoles la cabeza (Testimonio mujer retornada).

Posteriormente, un hombre que no pidió la palabra, sino que se la tomó con su voz fuerte, completó el relato de la mujer:

Eso llegaron un poco de hombres con machete en mano diciendo que no iban a dejar a ninguno de pie. Había personas que se desmayaron del puro susto (Testimonio hombre retornado).

Finalmente, dijo:

No nos dejaron recoger los cuerpos, entonces los goleros²⁷ se los comieron (Testimonio hombre retornado).

En la conversación que siguió a estas intervenciones tanto el hombre como la mujer detallaron lo sucedido en la masacre: cómo sus familiares fueron masacrados y la forma en que él huyó por el monte para salvarse. Ella recordó que le tocó quedarse varios días escondida en su casa con su hija menor resguardándose del ataque y que cuando sintió que los paramilitares habían abandonado el pueblo salió en busca de auxilio por el camino que conduce hacia El Carmen de Bolívar.

El relato de la pareja resultó ser ejemplo de los otros relatos que recogí en esta población cuando realicé talleres y entrevistas colectivas: la mayoría de testimonios de las personas de El Salado hacían especial énfasis en recordar lo ocurrido durante la masacre que precedió el desplazamiento forzado de dicha población. Este tipo de testimonios también los encontré en Macayepo que previo a su desplazamiento forzado sufrió, al igual que El Salado, una masacre. Aquí, las personas entrevistadas recordaron el asesinato de varios campesinos, las amenazas y el clima de zozobra que se respiraba previo a la masacre, lo que anunciaba que algo estaba por suceder.

²⁷ Los goleros también llamados gallinazos o chulos son aves de rapiña que se alimentan de carroña, basura y cuerpos de otros animales en descomposición.

Por su parte, en San José del Peñón, las personas con las que hablé iniciaron su relato contando la tranquilidad en la que vivía el poblado, el cómo grupos guerrilleros y paramilitares transitaban y a veces permanecían en este lugar “sin meterse” con los y las pobladoras del mismo y la extrañeza que les causó el que los tildaran de auxiliares y les dieran un ultimátum para desplazarse: “Aquí no, nunca se había visto eso, que una muerte o eso, no, nada... a unos jóvenes los mataron, pero eso no fue aquí”, contestó un hombre retornado de este corregimiento a mi pregunta sobre el tipo de violencia que se había vivido allí. Es importante recordar que en San José del Peñón no se presentaron hechos de violencia como masacres, sino que el desplazamiento forzado fue suscitado por las amenazas provenientes de grupos paramilitares de ajusticiar a auxiliares de la guerrilla.

Entonces, las narrativas del retorno marcan con especial énfasis el hito que a la luz de esta construcción señala el comienzo de historia de movilidad forzada de estas poblaciones. En la voz de una mujer retornada de El Salado:

A los hombres los sacaron para hacer una fila y ahí mismo los iban matando. Yo vi como mataron a mi esposo y al hijo mayor. Los otros [refiriéndose a sus otros hijos varones] se salvaron porque logré echarlos pa' l monte (Testimonio mujer retornada).

Ahora bien, la narración de la violencia que precedió el desplazamiento forzado no se narra simplemente como un elemento que ilustra el contexto de enunciación. Su función es la de testimoniar lo que en términos subjetivos significó esta vivencia tratando de sobrevivir a ella (Levi, 1987, 2005). Aquí, el recuerdo funciona como una tecnología que permite restablecer el orden social a través de una narrativa que apunta a satisfacer deseos de justicia (Garzón, 2015, Jimeno, 2016). Así lo constaté en las diferentes entrevistas realizadas con personas retornadas quienes solían cerrar esta primera parte de su relato con una frase que aludía a una reflexión sobre la misma.

Un hombre de Macayepo me narró la masacre en los siguientes términos: “Oímos unos tiros fuertes, fuertes, y era que estaban baleando a los vecinos, eso fue una tirotera pa' un lado y pa' otro lado”, finalizó diciendo: “Eso fue muy duro, usted no se imagina, muy duro” (Testimonio hombre retornado). La mujer de El Salado que me narró como vio asesinar a su

esposo y al hijo mayor, después de una larga pausa en silencio, me dijo: “Eso no se puede olvidar, por más que quiera, eso no lo puedo olvidar” (Testimonio mujer retornada). Más que desear un olvido liberador (Jelin, 2001) o un olvido feliz (Ricoeur, 2004) esta mujer reclama un proyecto de justicia en el que el olvido sea una opción para ella. En tanto denuncia, las narrativas del retorno adquieren dimensiones éticas y morales (Garzón, 2015; Jimeno, 2016).

Describir los hechos de violencia que propiciaron la huida tiene la intención de explicar cómo la vida cambió a partir de un suceso casi inexplicable, invivable y en ocasiones inenarrable. Este es un procedimiento que permite a narradores y narradoras describir el horror que vivieron, ubicar un referente espacio-temporal para contar la historia del retorno y nombrarse como víctimas. De esta forma, se genera un hito desde el cual se significa la experiencia a partir de la ruptura del proyecto de vida: un cambio abrupto, inesperado y no deseado. Este hito es el que permite construir una narrativa comparada determinando un antes y un después.

3.1.2. Inicio y fin: el ayer y el ahora

La ruptura entre el antes y el después marca una narrativa estructurada en describir la vida del antes como próspera y tranquila y la vida del ahora como inestable, insegura y colmada de carencias. Así, se realiza un contraste temporal con el fin de argumentar que la población retornada no era una población desposeída, sino que, por el contrario, contaban con toda una serie de patrimonios sociales, simbólicos y económicos.

De acuerdo con Salcedo-Fidalgo (2006, 2008, 2015), la población en situación de desplazamiento forzado tiende a representar su pasado desde una esencialización del mismo nombrando el lugar de expulsión como bello, sano, pacífico, entre otros. Esto, para el autor, es la forma mediante la cual las personas en situación de desplazamiento forzado reclaman respetabilidad. Lo anterior puede ser replicable para la población retornada con la que trabajé pues dicha población también acude a una representación del pasado en términos de una vida buena o una vida sin carencias. Esto es usual en la construcción narrativa que realizan poblaciones en situación de desplazamiento forzado o exiliadas quienes acuden a una

representación del pasado como “los bellos tiempos” con el fin de atenuar sentimientos de extrañeza suscitados por su condición (Pujadas, 2004).

Así, por ejemplo, cuando solicité a la población entrevistada que profundizara en la descripción de cómo había sido su vida antes de las masacres, ellos y ellas optaron por narrarme sus vidas en términos de ambientes sanos, seguridad y estabilidad económica. Una de las primeras mujeres que retornó a San José del Peñón y quien hace parte de la organización que lidera la iniciativa por consolidar de nuevo en este corregimiento las festividades del dulce y la chicha respondió a mi pregunta:

“Tranquilidad (silencio)... tranquilidad, la violencia por aquí no se conocía (Testimonio mujer retornada)”.

De hecho, esta mujer me comentó que uno de los motivos para retornar había sido precisamente la tranquilidad del pueblo. Un lugar en el que se vivía bien y sin preocupaciones, imagen compartida por otras personas retornadas a San José del Peñón quienes me hablaron de un pasado solidario y “sano”; como lo comentó un agricultor de este corregimiento:

“Esto era sano, intercambiábamos con los vecinos que la yuca, el ñame, nos prestábamos la tierra, todo sano (Testimonio hombre retornado)”.

El pasado “sano” alude a una representación de la vida tradicional campesina en la no se incluye la presencia de armas en manos de las guerrillas o paramilitares, el narcotráfico y la corrupción. Tampoco la introducción de la agroindustria moderna y la ganadería.

Por su parte, en Macayepo la narración del pasado se centró en aspectos de la economía y del sistema de producción familiar. Los hombres y mujeres entrevistados por mí coincidieron en señalar que dicha economía les permitía vivir sin mayores necesidades. Algunas de las respuestas que obtuve en un taller grupal con esta población ilustran lo anterior:

Antes lográbamos el sustento de la familia, sembrando, laborando. Ahora no (...) Yo tenía mi cultivo de ñame, yuca, aguacate. La mujer las gallinitas. Era, digamos, una economía estable porque uno también tenía sus animalitos. Con decirle que aquí el que menos ganado tenía era por ahí una vaca, había el que tenía como diez (Testimonio hombre retornado).

Toda la familia se dedicaba al campo y parecía que las cosas eran más rentables, porque todo el mundo aportaba pa' l sustento (Testimonio hombre retornado).

Aquí teníamos de todo, no teníamos que salir a buscar nada, aquí se conseguía todo (Testimonio mujer retornada).

Aquí es importante señalar que tanto para las personas retornadas de San José del Peñón como para las personas de Macayepo la violencia aparece en sus narrativas no como una constante histórica estructurante de las relaciones sociales sino como un momento, un hecho o una excepción que marca definitivamente la historia de estas poblaciones. Encontré en este punto una situación contrastante con el corregimiento de El Salado. Aunque, al igual que en Macayepo, la población retornada narró su pasado desde la idea de una economía campesina próspera, su contexto social no se leyó como exento de violencia derivada del conflicto armado.

Por el contrario, se recordó que los conflictos por la tierra en esta región siempre habían existido al igual que las acciones perpetradas por grupos armados al margen de la ley. Uno de los líderes de este retorno me comentó: “Eso siempre ha existido, los grupos, que se llaman distinto dependiendo la época, pero la violencia siempre ha estado”. Al pedirle que me explicara mejor esta respuesta, analizó: “Antes se vivía y había respeto, pero no había progreso. Después vino el progreso porque la gente ya tenía medios para vivir, había una ganadería fructífera y llegó la corrupción” (Testimonio hombre retornado). Al tener una base organizativa comunitaria importante y una historia de retorno de más de trece años, la población de El Salado ha venido adelantando diversos procesos reflexivos en torno a la construcción de sus memorias. Esto se ha reforzado con las diferentes iniciativas de memorias llegadas a esta población, entre ellas, un informe del Grupo de Memoria Histórica realizado en 2008. Lo anterior ha permitido que las personas de El Salado rompan la lectura

lineal de su pasado como próspero y sin violencia para transitar hacia lecturas más profundas de dicho pasado.

De acuerdo a las narrativas recogidas en Macayepo, San José del Peñón y El Salado, encuentro que son dos puntos de vista los que se privilegian respecto a la narración del ayer. Por un lado, las mujeres narran el pasado en términos de tranquilidad, esto es, un pasado sin conflicto armado, ni violencia, ni miedo. Se refieren a la vida del ayer -como lo señaló una mujer retornada de San José del Peñón- como una vida chévere: “Un lugar muy tranquilo, alegre, se vivía chévere (Testimonio mujer retornada)”. Por su parte, los hombres se concentran en aspectos económicos, especialmente, en la estabilidad que les brindaba el cultivar la tierra. Al pedirles tanto a hombres como mujeres que ampliaran esta narración la diferencia de énfasis se mantuvo.

En todos los corregimientos con los que trabajé las mujeres narraron el ayer en términos de vida cotidiana, el cómo seguían ciertas rutinas en las que se incluía el preparar a los hijos e hijas para irse a la escuela, arreglar la casa, alimentar a los “animalitos” (referido a gallinas, pavos y en algunas ocasiones cerdos para engorde), cocinar los alimentos, etc. Una mujer adulta mayor de Macayepo me comentó cuando le pregunté por su rutina diaria:

- Me la pasaba recogiendo guayaba, limón y leña pa’ el fogón
- ¿Y criaba cerdos?
- No, solo gallinas y uno que otro pavo (...) criar puerco es mucho trabajo (risas).
- ¿qué más hacía durante su día?
- Cocinar y en la noche me ponía a remendar, los niños jugando (silencio) (Charla con mujer retornada).

Por su parte, los hombres de estos corregimientos ampliaron su relato profundizando en su labor como campesinos recordando qué cultivaban, cómo se organizaban y qué rol cumplía cada miembro de la familia en las labores de producción. En la voz de un hombre agricultor de El Salado:

Yo sembraba yuca, ñame, maíz, trabajando los días cambiados. Me llevaba a la señora que trabajaba como macho y al hijo mayor pa' que ayudara y viera la lucha de uno pa' sobrevivir como campesino (Testimonio hombre retornado).

En cuanto al conflicto armado, los hombres recuerdan la forma en que la violencia desestructuró las redes de vecindad, solidaridad y organización política que se sostenían en el territorio. Al respecto, un agricultor de Macayepo respondió a mi pregunta sobre los efectos del conflicto armado en su comunidad:

Antes de que llegaran los grupos armados aquí ejército y eso no había, nosotros nos cuidábamos los unos a los otros. ¿Me entiende? Uno conocía al compadre, el vecino y salíamos en grupo a sembrar para uno y para el otro, la mano cambi'a (Testimonio hombre retornado).

El testimonio de este hombre hace alusión a formas de solidaridad primarias a partir de las cuales se estructuraban las relaciones sociales en el pasado. Aunque su testimonio habla de la seguridad de la población y la presencia de grupos armados remite al tejido comunitario que sustenta la tradición campesina en Montes de María. Prácticas como la mano cambiada²⁸ o el préstamo de tierra para cultivar fueron elementos que aparecieron de forma recurrente en los testimonios de hombres retornados con los que trabajé. La mayoría de ellos agricultores mayores recordaron cómo estas prácticas caracterizaron la economía campesina de los Montes de María y comenzaron a desaparecer con la desestructuración del tejido social que impuso la violencia. Los hombres retornados más adultos a quienes entrevisté explicaron que el conflicto armado había sembrado la desconfianza entre campesinos y que las prácticas de economía solidaria ya no eran posibles. Por su parte, los hombres más jóvenes se mostraron menos pesimistas considerando que los procesos organizativos que se están gestando en la región tendrán entre sus resultados revivir dichas prácticas tradicionales.

²⁸ La mano cambiada es una práctica propia de la economía campesina en la que se reúnen varios campesinos para trabajar en el cultivo de un compañero por una o varias jornadas para, posteriormente, recibir en su propio cultivo la colaboración de este grupo de campesinos. Son prácticas de trabajo solidarias que no pasan por la transacción económica sino por relaciones familiares, de compadrazgo, vecindad o amistad.

Ahora bien, frente a la forma de narrar este pasado encontré que los hombres lo recordaban con entusiasmo explicándome con detalle mientras que las mujeres, por el contrario, se mostraron calladas y nostálgicas. En todos los casos, ellas hablaron menos. En las entrevistas colectivas, los hombres fueron quienes respondían con mayor profundidad a mis preguntas. Esto se replicó en las entrevistas que efectué a mujeres de forma individual. En ellas se notaba la nostalgia al contar pues, a diferencia de los hombres, realizaban largas pausas de silencio en su narración. Estas pausas proponen la transición hacia la narración del hoy. Una narración en la que es necesario contrastar la vida buena del antes con la vida colmada de carencias del ahora.

El presente aparece como un periodo en el que se ha perdido lo más valioso para estas familias campesinas: la tierra, los cultivos y las posibilidades de estabilidad económica. Los cambios se identifican a partir de las transformaciones que ha tenido el territorio en términos de paisaje, vocación económica y organización social²⁹. Una charla que sostuve con un campesino retornado del corregimiento de Villa Colombia, en Ovejas (Sucre), ejemplifica lo anterior:

- Las cosas eran mejores porque antes nos ayudábamos mutuamente, ahora no, no tenemos tierra pa' prestar y si tenemos un pedacito, no prestamos.
- ¿Por qué no?
- La desconfianza, seño, ya no hay confianza
- Usted dice que ya no es posible fortalecer la economía campesina. ¿Por qué?
- Nuestra economía está muy débil ahora. No hay tierra y lo que hay es pura palma y teca. En esta zona no hay campesino sino puro empresario y el gobierno quiere que uno se asocie pa' volverse empresario. Yo soy es campesino (Entrevista con hombre retornado).

Con el retorno, las poblaciones en Montes de María se encontraron con un territorio diferente al dejado con el desplazamiento forzado. A los cambios en el paisaje y la economía se le suma la baja producción de cultivos tradicionales como el ñame y el aguacate. Estas

²⁹ Nombrar y rememorar la organización política y la forma en que a través de dicha organización se pueden lograr reivindicaciones importantes respecto a la tierra y la economía campesina, es una constante en la narración que realizaron las personas entrevistadas puesto que la mayoría de ellos son líderes y lideresas que desde antes del desplazamiento forzado lideraban organizaciones o hacían parte de ellas.

transformaciones son señaladas por dos campesinos retornados a diferentes lugares. El primero, de las Palmas (San Jacinto), respondió a mi pregunta sobre las posibilidades de volver a las actividades productivas que desarrollaban en el pasado diciendo: “No seño, tierra ya no tenemos, ahora esto es pura palma” (Testimonio hombre retornado). El Segundo, de Macayepo, respondió: “El aguacate se está muriendo, se produce poco ñame, todo ha venido disminuyendo (...) los campesinos tenemos que comprar lo que nosotros cultivábamos” (Testimonio hombre retornado).

El presente se lee como un punto de llegada que no necesariamente es el punto de partida. Si con el desplazamiento forzado se dejó atrás una vida buena, con el retorno no se pudo regresar a dicha vida. De hecho, las condiciones del retorno –al igual que en el desplazamiento forzado- producen una representación idealizada del pasado donde los paisajes se presentan “pobres pero amables” (Osorio F. E., 2009, pág. s.p.). Es a partir de esta representación del ayer que se construye la representación de un presente que lejos está de paisajes amables y vidas chéveres.

3.1.3. La decisión del retorno

Cuando pregunté a las personas retornadas sobre su experiencia de retorno me encontré que estos hombres y mujeres estaban interesados en priorizar la narración de la violencia y el exilio sobre la del retorno. En múltiples ocasiones, me sentí recogiendo información sobre desplazamiento forzado y no sobre retorno. Las personas entrevistadas insistían en narrarse desde la ruptura, del cómo la vida cambió radicalmente y fue marcada por la violencia. Contrastar constantemente el ayer con el hoy. Mucho tiempo me costó entender que en ocasiones el retorno se asemeja al desplazamiento forzado: aunque retornados, las posibilidades de regresar a la vida buena que reposa en las memorias de esta población aún son lejanas.

Pese a esto, yo seguía con la insistencia de encontrar narraciones que me hablaran del retorno en sí mismo. Entonces, introduje la pregunta: ¿y el retorno? El efecto en mis interlocutores e interlocutoras fue una pausa en su narración y la ubicación de un nuevo hito en la historia de

movilidad forzada: la vida en la ciudad. Cuando preguntaba por el proceso del retorno, las personas a las que entrevisté inmediatamente hacían alusión a los motivos para regresar: la vida en la ciudad era una vida que nos les pertenecía. Al explorar con mayor profundidad este tema me encontré con una serie de argumentos que propiciaron el retorno. A la extrañeza de un nuevo lugar al que se tenían que adaptar, se sumaba la sensación de extrañeza producida por la huida, el acomodarse laboralmente a oficios que distaban del trabajo campesino y la imposibilidad de mantener económicamente a su familia. Una palabra que se repitió en varias entrevistas describe el drama vivido: mendicidad.

En efecto, los hombres me comentaban que en la ciudad no podían conseguir trabajo o el trabajo que conseguían no les daba para sostener a su familia, por ello, resultaban mendigando. Esta fue la expresión que utilizó un hombre retornado de El Salado para describir la situación económica que vivió en Cartagena:

Rodando por ahí en la ciudad, unos mendigando, todos estábamos de mendigos pa' decir la verdad (...) en la ciudad el que sea del campo, eso no (...) el trabajo que no era constante, un día trabajamos, dos días aquí, otro día trabajamos allá (silencio) pasábamos hambre (Testimonio hombre retornado).

Según las narrativas de retorno, una de las motivaciones principales que llevó a que las personas retornaran tanto a El Salado como a Macayepo fue la mala situación económica que vivieron en ciudades como Cartagena y Barranquilla. Los testimonios recogidos en estos retornos, principalmente de hombres adultos, aludieron a dicha situación. Un agricultor de Macayepo me dijo: “La ciudad es dura, yo viví allá y no tenía ni con qué” (Testimonio hombre retornado). Expresiones de este tipo fueron reiterativas al preguntar: ¿por qué regresar? Dichas expresiones dan cuenta de una precaria inserción económica a las dinámicas urbanas pues en estas ciudades los hombres se dedicaban a actividades como las ventas ambulantes o las labores de construcción, trabajos que según ellos no se correspondían con la vida del campo que llevaban antes del desplazamiento forzado y que no les daba para subsistir dignamente en la ciudad.

Ahora bien, si para los hombres el desplazamiento forzado fue una experiencia difícil, para las mujeres fue un escenario de exploración -también difícil y doloroso- que les permitió salir del hogar, buscar empleo y aprender a desenvolverse ante el Estado (Meertens, 2004; Jaramillo, 2006; Caicedo, Manrique, & Millán, 2006). A ellas les tocó buscar colegio para los niños y niñas, gestionar ayudas institucionales y trabajar como costureras o empleadas domésticas³⁰. Así lo narró una mujer retornada de Macayepo:

Primero trabajé con una señora que me recomendó una prima que ya estaba en Barranquilla. Después con otra señora que le iba unos días a la semana. Como le pedía mucho permiso para ir a lo de Acción Social me dijo que no más y me tocó rebuscar (Testimonio mujer retornada).

El narrar desde la extrañeza de la ciudad se convierte en estrategia para introducir la serie de argumentos por los cuales las personas deciden retornar: la falta de trabajo, la insuficiente ayuda estatal, la estigmatización, la carga económica que significa el pago de un arriendo y los “males” a los que se enfrentan niños, niñas y jóvenes en el contexto urbano. Este último punto es el que más llamó mi atención al encontrarme que la ciudad es leída como la contracara del campo donde este último representa –a pesar de la violencia- un ambiente “sano” mientras que en la urbe los hijos e hijas están expuestos a peligros³¹ y cabe la posibilidad de que “se salgan de las manos”, como me comentó una mujer retornada de Macayepo.

En este sentido, tanto hombres como mujeres de los tres corregimientos con los que trabajé coincidieron en señalar que la ciudad no era el mejor lugar para que sus hijos e hijas crecieran. De este aspecto resulta interesante evidenciar posiciones contradictorias expresadas en las entrevistas. Por un lado, la ciudad se nombra como un contexto negativo en el que niños, niñas y jóvenes pueden perder el camino. Pese a esto, un número importante de población

³⁰ En este punto encuentro correspondencias con los hallazgos de Salcedo Fidalgo (2006) quien señala que la población en situación de desplazamiento que lleva cierto tiempo viviendo en la ciudad logra tomar distancia de su drama para identificar el cómo en la ciudad han encontrado la posibilidad de conocer más gente, abrir espacios sociales y participar de escenarios políticos, en general, reconocen que han podido reconstruir sus trayectorias vitales.

³¹ Entre los peligros de la ciudad, según las entrevistas realizadas, se encuentran: la droga, la prostitución y la vida de consumo; una vida fácil que propone todo lo contrario a lo que es la vida en el campo.

retornada regresa sin sus hijos e hijas que son dejados en la ciudad al cuidado de algún familiar puesto que allá aumentan sus posibilidades de estudio, laborales y de acceso al sistema de salud. De hecho, algunas mujeres me expresaron que habían dudado en retornar al pensar que sus hijos e hijas iban a perder la oportunidad de “salir adelante” regresando al campo. La ciudad se muestra entonces de una forma ambivalente. En términos de conflicto armado representa un lugar más seguro que el campo, pero en términos de ambiente para el crecimiento de los hijos e hijas representa un lugar peligroso.

Otro aspecto interesante frente a la decisión de retorno es la certeza con que se toma o con la que se nombra en las narrativas. Así, por ejemplo, los hombres entrevistados siempre expresaron la convicción de querer retornar. Por ello, cuando hablaban de la decisión de retorno lo hacían contando los acercamientos que tuvieron al proceso. En los tres casos estudiados por mí, un primer paso antes del retorno definitivo fueron los retornos esporádicos que se presentaban con el fin de cerciorarse del estado de la tierra y los cultivos. En Macayepo, un hombre me describió este tipo de retornos:

- Nos organizábamos, íbamos en grupo, de dos o tres para ver el monte, como estaba eso por allá
- ¿Y no les daba miedo ir?
- ¡Claro! Si nos podían coger, hasta matar. Por eso íbamos a plena luz del día y nos regresábamos antes del anochecer. Eso era rapidito y no todos los días. (Entrevista con hombre retornado).

El segundo paso, fue el de organizarse y buscar apoyo para el retorno. Como lo señalé en el capítulo anterior, de los retornos que estudié solamente el retorno a El Salado y Macayepo tuvieron acompañamiento institucional. El de San José del Peñón se dio de forma esporádica y sin la presencia de la institucionalidad dispuesta para apoyar estos procesos. La interlocución con el gobierno requirió de organización social. Fue esto lo que permitió lograr el apoyo de ciertas entidades. Así lo narró uno de los líderes del retorno a El Salado:

¡Uy! eso teníamos gente en Barranquilla, Cartagena, Sincelejo, El Carmen de Bolívar y a toditos mandamos razón con conocidos para tratar de organizar el retorno. Nos reunimos en la

casa del líder de la comunidad y ahí pensamos que era mejor organizarnos, entonces, creamos nuestra organización (Testimonio hombre retornado).

Es importante señalar que las personas entrevistadas cuentan con una experiencia organizativa importante o referencias frente a ésta ya que, en sus memorias, la Asociación de Usuarios Campesinos aparece como el hito que fundamenta una identidad campesina orgullosa de las luchas adelantadas y del trabajo arduo y honesto.

Ahora bien, contar con la atención estatal no fue garantía de acompañamiento efectivo a estos retornos. De acuerdo con un líder de Macayepo, a pesar de recibir el apoyo de alcaldía y gobernación para el retorno y que de acuerdo a las exigencias de la población se haya ubicado una base militar en el territorio para garantizar la seguridad, las medidas tomadas se leyeron como escasos:

Buscamos apoyo, pero el apoyo fue a medias (silencio) no tuvimos un retorno con acompañamiento, de autoridades y eso, no, no hay (Testimonio hombre retornado).

Esto último es una constante en la región de Montes de María. Los retornos se han dado sin ningún o con poco apoyo institucional. El papel que ha desempeñado el gobierno local y las instituciones del gobierno que están en la obligación de apoyar estos procesos es leído por las personas retornadas como limitado e insuficiente. De allí, que los reclamos que hace parte de esta población tienen que ver precisamente con más apoyo por parte de esta institucionalidad.

Finalmente, de acuerdo a lo narrado por hombres retornados de El Salado y Macayepo, el último paso fue llevar a cabo el retorno en medio de la guerra. Este elemento resultó de interés en las narrativas frente a la decisión de retorno puesto que, tanto en los talleres de reactivación de memoria como en las entrevistas individuales realizadas en estos retornos, los hombres insistieron en señalar que habían retornado a pesar de las condiciones de seguridad:

En el 2004, a pesar del conflicto agudizado en la zona, nos vimos en la obligación de retornar (Testimonio hombre retornado)

A nosotros nos dijeron que eso por allá todavía estaba feo, que los grupos estaban ahí, pero nos tocó devolvernos, retornarnos en medio de la guerra (Testimonio hombre retornado).

Frente a la decisión de retorno, las mujeres -un poco tímidas ante la presencia de sus esposos o compañeros- me decían que retornaron porque toda la familia se devolvió o porque en el campo estaban mejor. Esta es la respuesta que usualmente recogí de las mujeres retornadas en las actividades grupales que desarrollé tanto en Macayepo como en El Salado. Aquí, lo que llamó mi atención fue que en ambientes donde no se encontraba la presencia masculina las mujeres opinaron otra cosa frente a la decisión de retorno. En El Salado, por ejemplo, después de realizar un taller y cuando me encontraba departiendo un tinto con dos mujeres en la cocina, junto al fogón de leña, retomé el tema del retorno y volví a indagar por esta decisión. Me sorprendió que las mujeres me contestaron que preferían haberse quedado en la ciudad. “Allá”, dijeron ellas, aunque pasaban trabajo tenían más oportunidades y menos miedo de que lo que sucedió volviera a repetirse. Una de ellas me dijo que había retornado porque el esposo se había devuelto y era él quien tomaba las decisiones. La otra mujer me comentó que regresó porque estaba desesperada con el tema de pagar arriendo. Con cara de tristeza y resignación me dijo: “si hubiera tenido con que pagar el arriendo yo no hubiera regresado por acá” (Testimonio de mujer retornada).

El caso contrario lo encontré en San José del Peñón, donde fueron las mujeres quienes asumieron el liderazgo del retorno. Allí los hombres comentaban que se habían devuelto para no dejar perder sus tierras y casas y para volver a la actividad de la agricultura. Reconocieron que el retorno se dio porque las mujeres se habían devuelto y ellos llegaron con ellas puesto que también querían retornar. Solamente uno de los hombres con los que charlé me dijo que él se hubiera quedado en la ciudad pues allí había logrado instalar un negocio que le daba para que la familia viviera “bien”. Pero que la esposa, casi de forma caprichosa, se había retornado y que a él le había tocado volver. Al indagar por los argumentos de la esposa para retornar, ella me explicó que era la única enfermera dispuesta a devolverse y que el pueblo la necesitaba para atender a los enfermos. Lo que para el marido era un “capricho”, para la mujer era una responsabilidad con su comunidad.

De acuerdo a estas narrativas encuentro que la decisión de retorno depende en gran medida de cómo las personas expulsadas se piensan el bienestar familiar y las posibilidades para “sacar adelante” a la familia. Aquí también influye la forma en que estas poblaciones han podido o no insertarse en la dinámica económica urbana, las intenciones de no perder patrimonios como tierras y casas y las transformaciones en términos de roles sociales que determina, para el caso de los hombres, el paso de agricultor a mendigo. Entonces, y según las narrativas del retorno, la decisión de volver se toma debido a la presión que ejerce la dinámica urbana en esta población, la imposibilidad de insertarse exitosamente en dicha dinámica y las expectativas por acceder a mejores condiciones de vida.

3.1.4. El primer día: la lucha con la naturaleza

Existen dos momentos que se inscriben con fuerza en las memorias de las personas retornadas que entrevisté. El primer momento son los hechos de violencia que causaron el desplazamiento forzado y, el segundo, el primer día de retorno. El recuerdo de estos momentos aún hoy, después de varios años de desplazamiento y retorno, producen sentimientos de angustia, dolor y sorpresa. Y es que narrar la violencia como sus efectos es una experiencia de difícil enunciación, más aún, cuando se trata de revivir imágenes como las del primer día de retorno.

Cuando le pregunté a una mujer retornada de El Salado sobre este día ella lo recordó como un momento de expectativa y alegría: “¡Nos vamos, ya nos vamos! Nos levantamos temprano y enseguida nos fuimos pa’l pueblo, muy contentos, íbamos pa’ la casa” (Testimonio mujer retornada). Esta mujer que vivía con su madre en una pequeña casa arrendada en Sincelejo se entusiasmó con la idea de regresar pues no quería morir lejos de su casa. El esposo de la mujer se había ausentado días atrás del retorno pues hacía parte de la comisión organizadora del mismo. Cuando regresó con la noticia de que todo estaba listo para retornar tanto la mujer como su madre sintieron alegría y se pusieron a organizar sus pocas pertenencias para “coger” camino. Al siguiente día, la expectativa no las dejó dormir más allá de las cuatro de la mañana; el trasteo tenía que estar listo antes de las seis, hora en que las familias retornantes

debían estar en El Carmen de Bolívar para iniciar con la caravana que los llevaría de regreso a casa.

El testimonio de esta mujer contrasta con el de un hombre que también retornó a El Salado. Este hombre en lugar de enunciar el primer día de retorno desde la alegría del regresar, lo narró desde el miedo que le causaba la travesía:

-Nooo... mucho temor, mucho temor de coger ese camino

-¿Por qué?

-Ah, porque uno no sabía dónde estaba esa gente, metida por ahí en el camino [haciendo referencia a grupos al margen de la ley] (Testimonio hombre retornado)

Para este hombre, uno de los líderes del retorno en El Salado, era claro que el regreso se estaba haciendo en medio del conflicto armado y sin mayores garantías de seguridad. Por ello, la preocupación de encontrarse en medio del fuego cruzado, de ser presas de grupos al margen de la Ley o de que el retorno se convirtiera en una nueva masacre. La incertidumbre del camino de regreso es uno de los aspectos que más narra la población retornada frente a la pregunta por el primer día de retorno. Una mujer de San José del Peñón expresó este elemento de la siguiente forma: “Vamos a ver que el carro se varó en el camino. Como que el carro no quería que nosotros nos viniéramos” (Testimonio mujer retornada). Aunque el regreso a este municipio se realizó cuando los grupos al margen de la Ley ya no se encontraban en él, el miedo a transitar por parajes marcados por la violencia se hace palpable en este tipo de narrativas. Así, por ejemplo, el relato de la primera mujer que regresó a San José del Peñón habla del recorrido de un camino oscuro y “sucio” (lleno de obstáculos) que nadie más se atrevía a transitar.

Ahora bien, de la narrativa del primer día del retorno desde aspectos como la alegría del volver o el miedo a la travesía se pasa a narrar el sentimiento inexplicable que produce el encuentro con un pueblo que ya no existe, una casa imposible de encontrar, una geografía enmontada de la cual emergen rostros, voces, murmullos... es la muerte que aún ronda por las calles vacías. Este es tal vez el momento más difícil de narrar del retorno. Así lo vivenció en una entrevista grupal en El Salado donde personas retornadas comentaron:

El día ese que entramos aquí, ahí es donde se veía a un hombre llorar (silencio) aquí no había nada, no se veía las casas, no conocía yo mi casa por donde entrar, tuvimos que montarnos en el tanque del acueducto para ubicarnos, esto era una selva (Testimonio de hombre retornado).

Tú sabes que llegar tu a tu pueblo donde naciste donde te criaste y no saber pa´ donde coger (silencio)... eso no tiene comparación, eso le da a uno un impacto así, ¡dios mío! (Testimonio mujer retornada)

Aparece aquí el desconcierto. El paisaje de espacios íntimos y familiares que reposa en la memoria y que se esperaba encontrar ya no existe o dista mucho de lo dejado atrás. No hay pueblos, corregimientos o veredas, solo un tipo de estructuras corroídas y semi-destruidas que aparentan ser casas. De resto puro monte, solo monte. Y es que con la violencia, las casas fueron derrumbadas y quemadas, los parques convertidos en patíbulos y las calles silenciadas por el vacío. Las geografías antes prósperas y animadas son ahora muestra de abandono y violencia. Por ello, los recuerdos del primer día de retorno se asocian a la tristeza y el desasosiego que produce encontrar un pueblo en ruinas. En efecto, el lugar de expulsión ya no es un lugar conocido; todo lo contrario: es un lugar extraño y peligroso en el que las matas de monte esconden casas, calles, minas antipersonales, municiones sin explotar y tal vez, al enemigo. Es necesario acercarse con precaución, re-conocer el terreno y como dice la canción: “fíjate bien por dónde caminas”.

Así, la imagen de casas destruidas, calles solitarias y el monte consumiéndolo al pueblo solo puede producir la angustia propia de “encontrar desconocido lo conocido: el hogar” (Garzón, 2009, p.168). Como lo comenté en un capítulo anterior, el retorno no se realiza al lugar inmanente que imagina la política pública: un lugar que no ha sufrido mayores transformaciones a causa del tiempo y el abandono. Las narrativas del retorno reafirman lo anterior. Según los testimonios recogidos por mí, el lugar al que se retorna es uno extraño, imposible de reconocer. No sólo está marcado por la naturaleza que lo ha invadido, sino que ya no representa la seguridad que emana del saberse en su lugar. En voz de un hombre retornado de El Salado: “El primer día yo me quedé sentado en la casa, yo no me atrevía a

salir a ningún lado. Después fui perdiendo el miedo y comencé a salir, traje a la señora y a los hijos. Ahora estoy más tranquilo” (Testimonio de hombre retornado).

La imagen más poderosa que condensa esta extrañeza frente a lo familiar es la de la casa enmontada: una casa cuya estructura parece haber sido “tragada” por la naturaleza. Tanto en San José del Peñón como en El Salado y Macayepo los relatos del primer día cruzan todos por esta imagen:

Esta casa era puro monte, toco desmontarla, barrer y limpiar, esto era puro monte, eso era raspando y mochando (Testimonio mujer retornada)

Mi casa la encontré toda curtida (sucía) y ponerme a tirar machete. A mí me toco hacer todos los oficios. Los palos esos, estaban altos y yo misma los corte. Yo sola limpié casi todo el corregimiento. Me toco raspar y raspar (Testimonio de mujer retornada).

Las casas estaban todas enmontadas. El agua nos tocó buscarla en tanques. Ir a las casas a buscar si los tanques tenían agua o no (Testimonio de mujer retornada).

Son las mujeres las que mayormente hacen referencia a la casa enmontada pues es a ellas a quienes preferiblemente les corresponde la labor de su limpieza o desmonte. Un trabajo arduo que implica enfrentarse a los miedos que producen los recuerdos de la violencia materializados en esta casa, las municiones sin explotar que pueden encontrarse en ella y los retos civilizatorios que propone. De hecho, la casa enmontada es un elemento de la narrativa que no sólo da cuenta de lo extraño del lugar del retorno, sino que además introduce otro de los elementos característicos de las narrativas del primer día del retorno: la lucha contra la naturaleza.

En efecto, el primer día se recuerda como un día en el que se midió realmente el deseo de retorno pues muchos y muchas de los que regresaron, ese mismo día, volvieron a partir. Sucumbieron ante la “batalla” que propuso el monte. Según el testimonio de un hombre retornado de El Salado frente a ese primer día:

- Hubo gente que se regresó
- ¿Y eso?
- No aguantaron, no, se regresaron (Entrevista hombre retornado)

El retorno se significa aquí como una tarea civilizatoria en la que es necesario volver a abrirle paso a lo habitable que había sido invadido por el monte. Así se evidencia en los relatos recogidos por mí donde hombres y mujeres hacen constante alusión al crecimiento de las matas de monte, al cómo éstas terminan cubriendo casas y construcciones y las tareas adelantadas para “limpiar” los lugares del retorno. La naturaleza aparece aquí, junto al miedo y la violencia, como el gran obstáculo que debe ser vencido para retornar. Al respecto, una mujer de Macayepo me explicó como mataba las culebras que iban apareciendo en su casa:

Culebra casi no salió, pero a la que iba viendo la iba matando. Yo no dejaba ir culebra, enseguida la iba matando, dándole duro en la cabeza con una piedra o un palo. Se le debe dar en la cabeza porque o sino no se muere, porque tiene el veneno en la cabeza y ellas pican es por ahí, tiene uno que darle porque aquí si ha picado culebra en los montes (Testimonio mujer retornada).

El relato que más llamó mi atención y que ejemplifica plenamente esta lucha con la naturaleza que invade el espacio de la cultura es el que me dio una mujer retornada de San José del Peñón. Al preguntarle por el miedo y la soledad de los primeros días de retorno ella me contestó que nunca sintió miedo y que por el contrario se le medía a todo lo que viniera. Entonces, narró su encuentro con un toro que andaba suelto en el poblado y como ella lo había enfrentado matándolo:

Yo todos los días iba a donde la vecina a raspar las rosas. Esta tarde, cuando ya venía para acá, cerca al arroyo, se me botó un toro que mijá, ese si era un toro bravo. Y cuando el toro me resopló, yo cogí el socolo y se lo zampé de una vez y quedó muerto ahí. Y le dije: párate que te voy a esperar de una vez. Después el dueño me dijo que le pagara el toro y yo le dije qué te voy a pagar si el toro casi me mata. Es que yo tenía fuerza (Testimonio de mujer retornada).

Entonces, las narrativas del primer día de retorno colocan un énfasis especial en cómo se le ganó terreno al monte, a las serpientes y los mosquitos. La población retornada se muestra aquí como una población decidida que supera una serie de obstáculos con el fin no sólo de volver sino de quedarse. La suya es una narrativa heroica refundante que los posiciona como quienes han liderado la gesta por domesticar la naturaleza y hacer habitable el lugar. Esto les permite reclamar el lugar como propio y obtenido a través de una lucha; por ello, mucho más merecido. Como lo comentó una mujer retornada de San José del Peñón en una entrevista que le realicé:

Nosotros valemos más porque somos retornados (...) yo quiero que el pueblo cambie, tan siquiera que nos arreglen las casas que se nos están cayendo y no tenemos recursos para que nos ayuden. A mí nunca me han dado una vivienda y yo quisiera que el gobierno me ayudara a mí tan siquiera con una casa porque yo estoy viviendo en casa ajena de la suegra mía. Usted qué dice, ¿sí o no es así?

- Sí...

- Tengo la razón, ¿verdad? Que a mí me diera una casita el gobierno porque uno retornado tiene uno más, más facilidad para que le den a uno (Entrevista mujer retornada)

Ahora bien, al orgullo propio de quien logró readecuar un espacio que quedó en manos de la naturaleza se le suma la tristeza de recordarse solos en el proceso, sin ayuda del gobierno, de la alcaldía o de alguna institución. Este fue otro de los elementos comunes que encontré en las narrativas de las tres poblaciones retornadas estudiadas por mí. En Macayepo una mujer se lamentó de la poca ayuda recibida durante el retorno diciéndome: “¡Pasamos mucho trabajo!” (Testimonio mujer retornada). Por su parte, otra mujer, esta vez de El Salado, cerró su narración del primer día del retorno señalando: “Usted no se imagina, esto fue grande, esto fue duro” (Testimonio mujer retornada). La imagen de un pueblo enmontado se completa con la desolación que deja el abandono en el que se encuentra dicho lugar y la soledad en la que se desenvuelve la lucha por aquel vivir como vivíamos antes. De allí, el surgimiento de una serie de reclamos hacia el Estado y la institucionalidad que lo representa: “Estamos de a pie con el gobierno por ese lado, mal, mal” (Testimonio de hombre retornado).

3.1.5. Organización, liderazgos y amenazas al retorno

La ardua tarea del retorno es gestionada en el día a día gracias al trabajo de las personas retornadas y mediante la organización para adelantar diversas labores. Así, las personas se organizan para limpiar las casas y hacerlas habitables, para buscar comida y agua potable, para hacer rondas por los alrededores del pueblo con el fin de advertir la presencia de los “grupos”; y en general, para tratar de volver a sus vidas cotidianas. Dentro de estas tareas, la más importante es la de desmonte pues ella garantiza en cierta medida un techo para cubrirse, unas instalaciones para guardar y procesar la comida y unas vías de acceso que permitan la comunicación entre los poblados retornados y los cascos urbanos. Estas tareas fueron realizadas en todos los retornos con los que trabajé. En San José del Peñón, Macayepo y El Salado no encontré variaciones narrativas importantes que dieran cuenta de procesos distantes; las historias en torno al desmonte de casas y calles, la búsqueda de comida y la organización entre vecinos para adelantar estas tareas fueron en todos los casos muy similares. En Macayepo, por ejemplo, uno de los primeros hombres que retornaron a este corregimiento comentó: “Lo primero fue limpiar el camino” (Testimonio hombre retornado). Por su parte, en El Salado, uno de los líderes del retorno recordó:

Nosotros vamos pá lante, rompiendo y rompiendo, tirando machete desde que llegamos, matando mosquito, matando culebras (...) Nosotros duramos aquí 15 días más o menos que ni siquiera sabía uno quien era, desayunábamos el desayunito arroz, almorzábamos arroz con lentejas y cenábamos arroz con lentejas (Testimonio Hombre retornado).

En el desarrollo de estas tareas comienza a reestructurarse la división del trabajo por géneros: mientras los hombres adelantaban la adecuación de instalaciones y caminos, las mujeres ayudaban con la cocina. Según el relato de una mujer retornada de El Salado:

Las mujeres éramos las que cocinábamos mientras los hombres desmontaban, yo y otras que ayudaron mientras estaban ahí (...) después se repartió la gente, ya cada uno iba cogiendo su casita, yo me quedé con Mariela aquí, íbamos a los pozos, recogíamos el agua, cocinábamos (Testimonio mujer retornada).

Como se evidencia en el anterior testimonio, las mujeres no sólo asumieron las tareas domésticas relacionadas con el hogar, sino que también ayudaron a recomponer las estructuras del pueblo y a buscar la forma de proveer a la población agua, techo y alimentación. Fue el trabajo mancomunado de hombres y mujeres el que permitió que las primeras personas que retornaron a Macayepo y El Salado se dieran ánimos para permanecer. En el caso de San José del Peñón, fueron las mujeres quienes se acompañaban y apoyaban para seguir adelante con su retorno. Para los tres casos, el regreso fue narrado como una nueva lucha que necesitó del apoyo solidario entre las personas retornadas para poder permanecer. Según una mujer de Macayepo: “La gente comenzó a retornar con miedo, pero retornó, decían, si hemos aguantado las verdes y las maduras pues vamos aguantar” (Testimonio mujer retornada). Fue precisamente el emprendimiento, ánimo y perseverancia de las primeras personas que retornaron a estos corregimientos lo que contagió a otras personas a retornar: “Cuando nos vieron limpiando todo, otras familias se animaron y así fue llegando el personal” (Testimonio hombre retornado), continuó narrando la mujer de Macayepo.

Pese al entusiasmo inicial, con el pasar de los días las personas retornadas se dan cuenta que la vida en el corregimiento no es la de antes. Su cotidianidad, además de las tareas de desmonte, les implica hacer frente al temor constante de que la violencia pueda volver a aparecer y con esto afrontar sombras y fantasmas del pasado que se constituyen en nuevos habitantes del retorno. De acuerdo al testimonio de una mujer retornada de El Salado:

Tenía miedo que iba a volver a pasar (silencio)... y le tenía miedo a la oscuridad y como en ese tiempo no había, duramos un poco de meses sin luz (...) hicieron un comité y a mí me metieron, entonces hacían las reuniones de noche para que yo perdiera el miedo (...) entonces cuando llegábamos a la plaza salían corriendo y me dejaban sola, porque yo tenía que perder el miedo a la noche (Testimonio mujer retornada).

El sentir miedo, escuchar ruidos extraños y tener visiones de cuerpos que yacen muertos en algún lugar del poblado son experiencias que fueron narradas por personas retornadas tanto de El Salado como de Macayepo. Estas experiencias se asocian con los primeros días de retorno y, en particular, lo que sucedía en las noches. Algunas de las personas de estos

corregimientos entrevistadas por mí me contaron que habían sentido lamentos, visto fantasmas y manchas de sangre en los lugares donde ocurrieron las muertes. Narraciones que dan cuenta del desequilibrio entre la vida y la muerte que propuso la violencia mediante la imposibilidad de adelantar los ritos funerarios necesarios para que los muertos “descansaran en paz”. Así, el lugar del retorno es un lugar en el que convergen tanto vivos como muertos y donde se hace necesario restablecer el orden de los lugares para unos y para otros (Millán, 2009).

Frente a esto es importante recordar que El Salado y Macayepo sufrieron masacres previas al desplazamiento forzado que inscribieron la violencia en sus lugares. En San José del Peñón, no registré ninguna narrativa que hablara de encuentros con fantasmas, presencias o aspectos por el estilo. Allí se nombró el miedo, pero referido a la seguridad personal y la posibilidad de que grupos paramilitares volvieran a este corregimiento a desplazarlo de nuevo. No se nombraron sucesos extraordinarios que dieran cuenta de un orden entre vida y muerte roto por la violencia. Entonces, la vivencia del retorno depende en gran medida de los sucesos que hayan provocado el desplazamiento forzado y como dichos sucesos se inscriben en los lugares del retorno.

Ahora bien, el apoyo mutuo entre personas retornadas, primer momento de la organización social en el retorno, no se desarrolla solamente para acompañarse en los momentos más difíciles del volver o para adelantar labores de adecuación. Las personas que retornan ya no son moradores y moradoras de un lugar; son víctimas, retornantes, resistentes y otra serie de categorías más con las que se les nombra. Esto les propone tender un puente de interlocución que previo a los sucesos violentos parecía no ser necesario pero que ahora aparece como obligación: entenderse con la gobernación, la alcaldía, la cooperación internacional, las ong's, etc. Entonces, la organización surge como necesidad.

Las personas se organizan políticamente para entablar diálogos y hacer exigencias a la institucionalidad, productivamente para comenzar a cultivar y garantizar una mínima economía de subsistencia e informalmente para comenzar a reconstruir lazos sociales rotos por la violencia. De esta forma, la organización se convierte en uno de los motores más

importantes de los procesos de retorno. Ciertamente, en cada uno de los retornos que visité en la región de Montes de María me pude encontrar con más de una organización conformada: de campesinos, de personas retornadas, de mujeres, de jóvenes, para organizar las fiestas del pueblo o simplemente para sentarse a charlar, recordar y tratar de superar el dolor del pasado.

Es importante recordar que la región de los Montes de María se caracteriza por su fuerte tradición organizativa en la cual la experiencia más representativa es la de la Asociación de Usuarios Campesinos –ANUC-. De hecho, varias de las personas que lideraron procesos de retorno son antiguos líderes de la Anuc o hijos e hijas de dichos líderes. Además de esta tradición organizativa, la población retornante cuenta con la experiencia vivida en la ciudad en la que tuvieron que organizarse para acceder a redes de apoyo, ayudas de emergencia, acercarse a la institucionalidad y comenzar a reclamar ciertos derechos al Estado.

En el caso de las mujeres, por ejemplo, la experiencia organizativa se deriva de su participación en talleres y actividades de diverso carácter cuando se encontraban en la ciudad. Allí aprendieron que tenían derechos, que podían reclamarlos y participar de la vida pública. Por ello, durante el retorno, ellas decidieron no dejar atrás esta experiencia, conformar organizaciones y participar en reuniones y demás espacios donde se tomaran decisiones frente al proceso de retorno: “nosotras también nos organizamos” (Testimonio de mujer retornada), me comentó una lideresa de El Salado.

Entonces, la organización surge como una plataforma importante para el retorno. Así lo comenta un líder retornado del departamento de Sucre con el que tuve la oportunidad de charlar y preguntarle por el papel de la organización en el retorno:

Cuando nos reunimos ahí, decidimos que mejor organizarnos y creamos junta directiva y ahí quedamos constituidos como organización (...) a pesar de tantas dificultades que hemos tenido, pero hemos conseguido muchos logros y muchas personas se sienten contentas, hay mucho liderazgo (Testimonio hombre retornado)

Este líder me explicó que, aunque su vereda retornó sin que la población se hubiera organizado previamente, durante el retorno se dieron cuenta de que la mejor forma para adelantar este proceso era organizándose como una asociación de campesinos retornados. Según este líder, era la única forma de poder acceder a las políticas de apoyo desarrolladas por el gobierno para este tipo de procesos y que sus reclamos fueran “escuchados”. A través de la organización, concluyó el líder, era más fácil dialogar con el gobierno y presentarle sus demandas. Otro de los aspectos que resultan valiosos a la hora de narrar estos procesos organizativos es la forma en que emergen liderazgos que previos al desplazamiento forzado o durante el mismo no habían encontrado un escenario idóneo para expresarse: mujeres y hombres tímidos que sentían que no tenían nada que decir o que aportar comienzan a realizar ejercicios de participación que les permiten empoderarse y perfilarse como líderes y lideresas. Una mujer de San José del Peñón, me contó sobre su proceso en la organización de mujeres a la que pertenece:

- Yo me siento contenta en la organización, yo ya puedo hablar y gano mucho de estar aquí
- ¿Cómo surge la idea de organizarse?
- Eso fue después de recibir un taller. Decidimos organizarnos por nuestro bienestar (Entrevista mujer retornada).

Cuando le pregunté a esta mujer sobre lo que había ganado en la organización, me dijo sonriendo que la timidez se le había quitado y que ahora conocía sobre el tema de los derechos. La organización de mujeres de San José del Peñón tiene por objetivo acompañar a mujeres víctimas en sus procesos de duelo y superación del trauma, empoderar a las mujeres en términos de derechos humanos y apoyarlas en iniciativas de desarrollo económico. Las integrantes de esta organización se nombran como lideresas y, por lo que me dijo esta mujer, se han concientizado del importante papel que cumplen en la sociedad. Por ello, se niegan a limitarse a los trabajos de amas de casa. Aunque siguen desarrollando las labores de cuidado del hogar, también trabajan, gestionan recursos y se lanzan a arenas de participación política.

Pese al papel primordial que tienen el liderazgo y la organización social en el retorno, su ejercicio resulta peligroso en un contexto donde el conflicto armado se encuentra vigente. Así me lo hicieron saber algunos líderes retornados que comentaron:

En 2006 comenzó la persecución a nuestra organización: amenazaron a compañeros, matan al secretario y a otros compañeros y otros tienen que salir de la zona (Testimonio de hombre retornado)

- Aquí hubo una presión dura pa' que saliéramos de nuevo
- ¿Quién los presionaba?
- El ejército bombardeaba por un lado y otro. Y los grupos, esos también llegaron aquí y nos mataron a una líder. La gente comenzó a desplazarse de nuevo (Entrevista hombre retornado).

Líderes y lideresas han sido amenazados y amenazadas, han tenido que disminuir su perfil o volverse a exiliar. Como ya lo comenté en un capítulo pasado, la situación de estas personas se ha tornado muy difícil pues su ejercicio de reclamación de derechos cruza con intereses de acaparadores de tierras y despojadores. Esto ha producido el asesinato de varios reclamantes de tierra. El camino de la organización no ha sido sencillo. Surgen amenazas al proceso, rupturas al interior de las organizaciones, desacuerdos y luchas por obtener la poca financiación de proyectos que llegan a las poblaciones retornadas. En algunas ocasiones este tipo de ayudas se lee como negativa, pues en palabras de un hombre retornado de Ovejas (Sucre): “llegan pa' romper la organización” (Testimonio hombre retornado). Pese a esto, la experiencia organizativa sigue consolidándose en el retorno y con ello la idea de que la unión hace la fuerza, como lo expresa uno de los líderes retornados a El Salado:

Ya no hay debilidad, tenemos organización, antes no teníamos eso, más confianza, actualmente hay cinco organizaciones aquí, cinco, ahora compartimos esto pa' esto, esto pa' lo otro, donde hay cinco hay más visión, se puede decir que hay más (Testimonio hombre retornado).

La organización social en el marco del retorno garantiza niveles de cohesión mediante el fortalecimiento de lazos de vecindad promoviendo, a su vez, interlocuciones más efectivas frente al Estado (Garzón, 2009).

3.1.6. Aquí no estamos retornados

Cuando la narración del retorno termina, cesan los recuerdos dando paso a demandas, incertidumbres y preguntas. Es el presente que emerge enunciado desde las carencias y las metas por alcanzar. En El Salado, Macayepo y San José del Peñón el presente se muestra como un momento de reconstrucción difícil pues las condiciones en las que viven las poblaciones retornadas aún son precarias en términos materiales y de cohesión social. Según algunas de las voces de la población retornada con la que trabajé, a estos poblados les hace falta fuerza, organización y viviendas en buen estado:

El pueblo bien, pero aún falta mucho, nos falta apoyo, fuerza (Testimonio hombre retornado).

El pueblo ahora cambió mucho aunque nosotros aquí hacemos todo. Nosotros decimos, nosotros no necesitamos nada del gobierno porque si no nos dan, tenemos que hacer, porque tenemos que hacer las cosas (Testimonio mujer retornada).

Ojalá el pueblo cambie porque las casas se están cayendo y no tenemos recursos para arreglarlas (Testimonio mujer retornada).

En mayor o menor medida, los testimonios de habitantes de El Salado, Macayepo y San José del Peñón coincidieron en narrar el presente como la transición entre el desplazamiento forzado y la vida que desean vivir: un ahora que dista mucho de la vida “anterior” enunciada desde las narrativas del retorno y que se presenta en términos de lo que hace falta, lo que se necesita, lo que todavía no está bien. Según lo comentó uno de los líderes del retorno a El Salado en una entrevista que efectué en el año 2008³²:

No vayas a creer que aquí estamos bien. Bien no. Primeramente no tenemos educación que nos fundamente, no tenemos una vía que es lo más importante, no tenemos un centro de salud dotado con los médicos porque nos pusieron aquí como de careta 15 días o 20 días y ya se

³² Aunque han pasado varios años desde mi última visita a El Salado considero que parte de los testimonios recogidos por mí aún son válidos para esta población y otras de los Montes de María. Por ello los consigno en este apartado que habla del presente pues me parecen representativos de la realidad que viven hoy diversos procesos de retorno en la región.

los llevaron, nada más los médicos porque medicina no conseguimos, la ambulancia perdida (...) (Testimonio de hombre).

En general, desde el presente se reclama la deuda pendiente que se tiene con la población retornada y que se materializa en una serie de necesidades que deben ser atendidas de manera prioritaria por parte del gobierno. Así, lo demuestran varios de los testimonios en los que tanto hombres como mujeres entrevistadas reclaman mejores condiciones económicas, de vivienda y de prestación de servicios básicos. Al respecto, una mujer de San José del Peñón durante mi visita en el año 2015 me comentaba que su mayor necesidad era la de tener una casa propia pues ésta le garantizaría su estabilidad económica en el retorno:

Yo quisiera que el gobierno nos diera una casita, una casita para mí para que no me vuelvan a echar a la calle (Testimonio mujer retornada).

Otra de las demandas sentidas de la población retornada tiene que ver con derechos como la educación y la salud. Frente a estos temas, encontré reclamos reiterativos para los tres retornos como los que trabajé. En El Salado, por ejemplo, una lideresa me comentó en una entrevista realizada durante el año 2009:

Fíjate, a pesar de que nosotros retornamos, aquí no vienen los médicos, vienen cuando se les da la gana. Aquí hay un puesto de salud pero casi no vienen los médicos (Testimonio mujer retornada).

Al reclamo de esta mujer, se le suma el de otra lideresa en San José del Peñón sobre la falta de docentes en este corregimiento:

No nos quieren mandar profesor. No hay como tener los niños en el colegio, porque uno es pobre, el día de trabajo solo alcanza para comer, tener a un niño en un colegio fuera, en otro pueblo, es muy caro, hay que pagar moto de ida y vuelta y merienda. No tenemos fuerza para mandarlos a estudiar (Testimonio mujer retornada).

Una constante en las narrativas de las personas retornadas de los Montes de María es la necesidad de acceder a tierra propia. Según un líder de las Palmas, en la entrevista que le realicé durante el año 2012:

- Lo que estamos necesitando ahora mismo es tierra para cultivar
- ¿Qué pasó con la tierra que tenían antes del desplazamiento forzado?
- Eso está cultivado con palma y Teca, esos megaproyectos que nos están desterrando de la región (Entrevista hombre retornado).

Como señala este relato, la tierra resulta un reclamo fundamental de la población retornada porque en ella se inscribe parte de la supervivencia de estas poblaciones: el trabajo agrícola. Ahora bien, reclamar una tierra propia - para los campesinos con los que hablé- significa también reclamar autonomía en el manejo de su economía y no verse obligados a plegarse a las lógicas y demandas de la economía capitalista. Entonces, la principal necesidad que ubica la población retornada es el acceso a tierra propia, infraestructura para el comercio y las garantías para llevar una vida digna. En este marco también se reclama mayor atención por parte del gobierno, pues en los retornos con los que trabajé es posible ubicar una cierta sensación de abandono, como lo expresó una lideresa del retorno en San José del Peñón:

En el pueblo hace falta de todo. El gobierno no nos escucha. Solo vienen aquí para las elecciones, ahora, seguro la próxima semana vienen candidatos a la alcaldía, hacen sus promesas y no regresan. Nos prometieron un parque y un vestuario para los niños que bailan y nada, no han cumplido. El gobierno nos abandonó (Testimonio hombre retornado).

De hecho, sentirse sin mayor apoyo por parte del gobierno, en un contexto lleno de carencias y donde el presente no propone una situación de mejoría respecto al desplazamiento forzado produce la realización de balances negativos por parte de las poblaciones retornadas frente a sus procesos. En este sentido, desplazamiento y retorno parecen dos situaciones que no distan mucho en la realización de su experiencia. Como me lo hizo saber una mujer retornada de El Salado, cuando le pregunté si su vida había cambiado de forma significativa con el regreso:

Nosotros todavía no estamos retornados. Retornados es cuando uno tiene su parcelita que uno diga ya ahora sí estoy retornado pero mientras tanto andemos de aquí para allá, de allá para acá, que hoy me mandan a desocupar de aquí no se pa' dónde, todavía digo, yo me siento que ando desplazada (...) retornada cuando tenga mi casa, eso es lo que uno quiere (Testimonio de mujer).

Entonces, una realidad arrolladora se instala en el presente: sin tierras para cultivar, sin mayor atención por parte del gobierno, con organizaciones que resultan amenazadas por los violentos y el cansancio del volver a empezar, el retorno se muestra como un proceso inconcluso en el que sus habitantes todavía no encuentran escenarios propicios para lograr la vida que se desean obtener con el regreso.

3.2. La doble ruptura y la reconstrucción

Encuentro que las narrativas del retorno se estructuran a partir de cuatro hitos de enunciación: la vida previa al desplazamiento forzado, el desplazamiento forzado, el retorno y el ahora. De esta forma, la experiencia del retorno se reelabora a través de cierta linealidad que explica y detalla dicha experiencia. La historia del regreso se significa como una que inicia mucho antes de la expulsión forzada. Su inicio, si se quiere, puede ubicarse en un pasado que es leído como “sano”, “chévere” o “tranquilo”. En contraste, se enuncia la violencia de la expulsión y las cargas del desplazamiento forzado. El regreso se significa como extensión de la lucha histórica de estas poblaciones y el ahora como el escenario donde tales luchas cobran sentido³³.

Siguiendo a Polleta (En: Jimeno, 2016), puedo decir que las personas entrevistadas elaboraron sus narrativas a partir de los sucesos que para ellos y ellas revestían importancia

³³ Lo anterior no corresponde a una estructura narrativa exclusiva de la población con la que trabajé. En el caso de la sistematización que realiza Villa (2013) sobre iniciativas de memoria desarrolladas con la población retornada de San Carlos, Antioquia, esta autora describe una narrativa del retorno elaborada a partir de cuatro hitos que resultan casi idénticos a los encontrados por mí en Montes de María: La vida antes del desplazamiento forzado, la experiencia del desplazamiento forzado, la vida como desplazado y la decisión de retornar y la vida a partir del retorno. En su investigación sobre población retornante en Turbo (Antioquia), Salcedo, Medina, & Silva (2013) describen que estas poblaciones narran su experiencia de retorno desde la explicación de la violencia que los expulsó de su territorio y los periplos de la vida en la ciudad que los hizo tomar la decisión de volver.

en términos de memorias, es decir, los acontecimientos que vale la pena conservar como parte de la historia del regreso. La trama narrativa que se configura a partir de los recuerdos de la población retornada es una que resalta la violencia de la expulsión, los obstáculos encontrados y las dificultades del permanecer enfatizando en los efectos subjetivos, emocionales y sociales que produce el encontrar desconocido lo familiar. De allí que el retorno se enuncie no como el regreso a una situación de bienestar sino a una continuidad de las condiciones que se vivieron durante el desplazamiento forzado.

Las poblaciones retornadas con las que trabajé significan su retorno desde tres aristas. La primera hace referencia a la emoción del volver. Esta arista está relacionada con el imaginario del retorno como recomposición del orden desestructurado por el conflicto armado y las posibilidades de reconstrucción de la subjetividad, la comunidad y de su reconocimiento como campesinos laboriosos y no como víctimas o “sospechosos”: “el regreso muy lindo, muy bello”.

Las emociones son parte constitutiva de las narrativas que elaboran diferentes poblaciones. Para autoras como Jimeno (2004) y Bolívar (2006) las emociones pueden considerarse como prácticas discursivas que responden a unas intenciones comunicativas que se orientan a producir efectos en diversos auditorios. Para Jimeno (2004) tales efectos son logrados a partir del realce de aspectos culturales particularmente significativos en el contexto de enunciación mientras que para Bolívar (2006) dichos efectos se logran a partir de la producción de discursos emocionales. Así, la emoción del volver resulta en un recurso narrativo que permite distinguir entre dos niveles de diferenciación social. Por un lado, el propuesto desde el abandono del desplazamiento forzado y, por otro lado, el lugar obtenido gracias al retorno. De esta forma, lo bello y lo hermoso refieren a la transformación que en términos de posiciones sociales el retorno promete: de una posición perdida con el desplazamiento forzado a una que se espera lograr con el retorno.

La segunda arista, es la que representa la ruptura. Materializada en la narración de los primeros días de retorno y en la representación de la naturaleza como abandono, amenaza, miedo y lucha, esta arista hace referencia al choque que se produce cuando se constata que

la promesa de bienestar que subyace en el retorno resulta irrealizable: “Apenas llegué a mi casa me dio una nostalgia, un sentimiento”. La emoción del volver es matizada por la nostalgia o la pena de saberse ausente. En términos de retorno, la nostalgia equivale al sentirse perpetuamente extranjero o la imposibilidad de ocupar de nuevo la posición social abandonada con el desplazamiento forzado. El retorno se muestra aquí no como un proceso automático de restablecimiento sino como uno lento de readaptación y relocalización. No como un finalizar, sino como un iniciar de nuevo. Entonces, la nostalgia en las narrativas del retorno significa tanto imposibilidad como ruptura (Arfuch, 2005; Lastra, 2013; Pujadas, 2004).

La tercera arista significa al retorno como proyecto en construcción y resistencia. Frente al panorama encontrado con el regreso existen dos posibilidades: desplazarse nuevamente o permanecer pese a las circunstancias. Las personas que se deciden por la segunda opción deben adelantar una serie de tareas de adecuación que les permita hacer habitable el lugar del regreso: desmontar la casa enmontada. Entonces, la narración del retorno gira de la extrañeza hacia el rehacerse que significa optar por permanecer: “pero me recuperé. Ahora me siento bien feliz en el pueblo” (Testimonio mujer retornada). Retornar implica realizar modificaciones subjetivas importantes. De la estigmatización negativa que muchas veces genera la situación de desplazamiento forzado se pasa a la valoración como agentes de cambio social o población resistente (Autoría-Colectiva, 2002; Álvarez, Restrepo, & Castro, 2004; Zapater, 2003).

Deste esta tercera arista de significación, el retorno se enuncia como un rehacerse que involucra diferentes dimensiones: subjetiva, familiar y vecinal; volver a construir referentes en torno a lo colectivo, lo cercano, lo peligroso, lo deseado, para conjuntamente adelantar la tarea del retorno. En esa medida volver no es sólo regresar, es apostar por una forma de vida desestructurada por la violencia del conflicto y marcada por éste. Como forma de resistencia, el retorno se orienta a recobrar esa vida, defenderla y hacerla posible pese a unos contextos que obstaculizan la vivencia plena de la vida “chévere” rememorada en las narrativas del retorno.

Las anteriores aristas dan cuenta del retorno como una segunda ruptura. Si con el desplazamiento forzado se quebraron biografías, proyectos de vida y tejidos sociales, con el retorno, no se volvieron a ellas. Para autoras como Pujadas (2004) o Lastra (2013) el retorno puede significar en buena medida la prolongación de la situación del exilio. Al retornar cuando han pasado muchos años de la huida o la salida política las personas se encuentran con contextos familiares, vecinales y políticos muy diferentes a los que reposan en sus memorias. Antes que un proceso de reinserción, para Lastra (2013), el retorno es un reaparecer en espacios propios, pero no familiares. En este sentido, la sensación de “estar de paso” (Lastra, 2013) se conserva durante el regreso puesto que tal y como lo afirma Kundera: “el que regresa de una larga estancia queda desconcertado” (Citado en: Espinales, s.a., pág. 4).

Para los casos que estudié, no es encontrar lugares diferentes lo que genera el desconcierto. Por el contrario, es encontrarse con lugares que, aunque modificados por el paso del tiempo y el abandono, siguen representando para las poblaciones retornadas las mismas condiciones de vida que se tenían previas al desplazamiento forzado e incluso con el desplazamiento (Caicedo, Manrique, & Millán, 2006). Son las carencias en infraestructura, las pocas posibilidades de una economía propia rentable y una respuesta estatal lenta que parece quedarse en “promesas” electorales los aspectos que llevan a la extrañeza y a que las personas retornadas se enuncien, a pesar del regreso, como en situación de desplazamiento forzado.

Aunque las poblaciones de Macayepo, San José del Peñón y El Salado cuentan con más de diez años de retorno, sus condiciones materiales y económicas no han mejorado de forma importante. El acento que la población coloca en “lo que hace falta”, “lo que no está bien”, “la poca fuerza que tenemos” y otras expresiones de este estilo, evidencian que el retorno es un proceso que se vivencia como embrionario o incompleto. Si bien solamente una mujer me habló en términos de sentirse como desplazada, otras personas entrevistadas hicieron referencia, cuando hablaban del presente, a que su situación en el retorno no era la mejor y que por ello esperaban para el futuro que el gobierno cumpliera sus promesas o que “llegara” algo “bueno” para su comunidad: “retornada cuando tenga mi casa”, comentó una mujer en San José del Peñón.

Entonces, como ya lo han señalado Lastra (2013), Pujadas, (2004) o Espinales (s.a.) las narrativas del retorno se caracterizan por dar cuenta de una doble ruptura: el desplazamiento forzado y el regreso. Ahora bien, lo que encuentro para el caso particular de los retornos en Montes de María es que la doble ruptura es leída desde la continuidad. Esto marca diferencias con otras narrativas que elaboran poblaciones migrantes sobre su retorno: ya no es solamente el recuento del viaje, sino la denuncia de “un pasado que atormenta al presente” (Coutin, 2016, pág. 12). La continuidad como elemento estructurante de las narrativas del retorno reta concepciones comunes que se tienen sobre este proceso, su significado como estrategia de reparación e, incluso, confronta la idea de una justicia transicional al leer la “transición” como “la continuidad de hegemonías políticas y económicas con raíces históricas” (Castillejo, 2016, p.113).

Enunciar las narrativas del retorno desde la doble ruptura –retornar sin sentirse retornado- es una estrategia que define escenarios de carencias, pero también de transformaciones. Más allá de solicitar apoyo del gobierno, ayuda económica o atención de diversos sectores sociales, estas narrativas ubican al narrador o narradora en un plano de enunciación desde el que se reclaman una serie de derechos relacionados con el regreso (Pérez, 2005; Zapater, 2003; Caicedo, Manrique, & Millán, 2006). Las narrativas del retorno evidencian los vínculos que la población retornada tenía con la tierra y el territorio del que fue expulsada. Dan cuenta de los referentes de hogar que se manejaban y de sus actividades organizativas (Jaramillo, 2006). Son estos recuerdos los que perfilan las narrativas del retorno como narrativas transformadoras pues dichos recuerdos dejan de ser hitos de memoria (Jelin, 2001; Riaño, 2006) para transformarse en orientaciones a partir de las cuales se reconstruye la cotidianidad, los proyectos colectivos y las subjetividades retornadas.

La enunciación de estas narrativas da paso a la dignificación de los y las retornantes al mostrarlas como personas comunes que han vivido una serie de injusticias (Coutin, 2016; Jimeno, Pabón, Varela, & Díaz, 2016). Mediante el relato de pasado que construyen las personas retornadas reclaman ser integradas en una narrativa que de cuenta de la violencia estructural de las que han sido -y siguen siendo- víctimas. De esta forma demandan un mejor

lugar de atención en los entramados globales derivados del postconflicto: agencias de cooperación internacional, proyectos de desarrollo, instancias burocráticas estatales, ong's, y organizaciones sociales (Pedraza & Álvarez, 2016). Lo anterior no significa que las personas retornadas se lean como víctimas pasivas sino que utilicen esta denominación como capital social (Guglielmucci, 2016). De allí la configuración de una subjetividad retornante que gira en torno a un componente heroico y desde la cual se marcan diferencias con las poblaciones que aún continúan en situación de desplazamiento forzado.

Así, la subjetividad retornante toma distancia de la imagen de víctima solicitante de ayuda para instalar una referida a esta población como protagonista y hacedora de su vida: sujetos retornados que se niegan a vivir en condiciones de pobreza, marginalidad y abandono estatal. Para esto, tanto el relato del camino de regreso como el de la lucha contra la naturaleza resultan en metáforas que dan cuenta del proceso personal gestado con el retorno y el cual deviene en el componente moral que cruza estas narrativas. Por otro lado, recorrer el camino de regreso y luchar contra la naturaleza para hacerla habitable constituyen acciones equiparables a un rito de paso que determina la transición de víctima a líder o lideresa (Ortiz, 1998) que no están a la espera de una mano (Escobar, 1998) sino que gestionan el permanecer a partir de sus propios recursos personales y colectivos. De esta forma, la capacidad de agencia de la población retornada establece un carácter aleccionador en las narrativas del retorno: el regreso significa luchar para permanecer.

CARTOGRAFÍAS DEL RETORNO

Capítulo Cuarto

Escucho una canción:

Regresar a mi pueblo, por el camino viejo, recoger mis pasos y empezar de nuevo (...) regresar a la casa,
como regresa el viento, empezar de nuevo, empezar de nuevo (Vives, La foto de los dos).

Leo a De Certeau:

Todo relato es un relato de viaje, una práctica del espacio (1999, pág. 128).

Entonces camino, con la letra de la canción en mi cabeza; recorro las calles solitarias, hago esfuerzos por imaginar el lugar, sus significados, vivencias y recuerdos: “Regresar a la casa por el camino viejo, recoger mis pasos y empezar de nuevo”.



Mi intención en este capítulo es exponer las relaciones que encontré entre el habitar y las prácticas del recuerdo en el retorno. Para ello, acudo a mi experiencia etnográfica, es decir, a las formas en que viví, recorrí y recordé los procesos de retorno que conocí en el trayecto de esta investigación. Como herramienta expositiva me aventuro por la ficción. Así, imagino un día de trabajo de campo en un poblado retornado hablando con personas, sufriendo el calor, tomándome un tinto; en general, conociendo los lugares del retorno. Utilizo esta ficción con el fin de articular en un texto sensible palabras, imágenes y vivencias del retorno que desbordan el lenguaje académico y reclaman otras formas expositivas (Blanco, 2011; Gómez-Esteban, 2011). Por ello, también hago uso de la imagen pues como lo afirma Das (2008): “el testimonio de los sobrevivientes se conceptualiza mejor en el contraste entre decir y mostrar” (p.160) y porque según Bachelard: las imágenes “son más imperiosas que las ideas” (2000, p.84).

Ahora bien, es importante aclarar que mi ejercicio no trata de un escribir por escribir o ficcionar por ficcionar³⁴. Mi propósito es contar historias, visitar lugares, explicitar mi lugar de enunciación y describir aspectos subjetivos que dan cuenta de un cierto orden social (Haraway, 1991; Blanco, 2011). De esta forma, acercarme a la respuesta de la pregunta: ¿Cómo habitar -de nuevo- lugares marcados por el miedo, el horror y la violencia?

4.1. El viaje de ida

Me dirigía a este poblado en compañía de un amigo: Leo. A Leo lo conocí recién llegada a los Montes de María. Hicimos rápidamente amistad, nos unió el gusto por el tinto y mis intenciones de enseñarle a tomar té. Leo es inquieto, trabajador, creativo, buena compañía, conoce bien la región y se ofreció a acompañarme para hacer tomas y fotografías del pueblo retornado. Nuestra intención: documentar en audio y video el retorno de población. Entonces, esa mañana tomamos nuestras maletas y equipos: computadores, cámaras, algo de ropa y

³⁴ Al respecto Gómez-Esteban (2011), señala que: “es necesario insistir en que no se trata de reemplazar o abolir el lenguaje referencial de la ciencia y la teoría por las metáforas y los tropos del lenguaje literario ni mucho menos de introducir “elementos añadidos”, fantasiosos o ficcionales en el análisis e interpretación de los resultados de una investigación social (...) es, si se quiere, una forma alternativa de escritura” (p.98). Siguiendo a Geertz (1989), que la antropología esté más cercana a los discursos literarios que a los discursos científicos no nos convierte en novelistas.

emprendimos nuestro viaje. Pasamos aproximadamente una hora en un bus y llegamos a nuestra primera estación.

Era la casa de María, una amiga de Leo a quien visitábamos con el fin de que nos hiciera unos contactos para llegar al pueblo retornado. María hizo más que eso. Nos cocinó un mote de queso delicioso que nos dio tiempo para charlar, compartir experiencias y expectativas frente al viaje. Su casa, un lugar amplio, se prestaba para la charla, especialmente el comedor que, ubicado en una terraza al aire libre nos dejaba sentir el fresco de los Montes de María. Hablamos, hablamos y seguimos hablando. El tiempo se fue, como dicen, volando y nos dieron las dos de la tarde. Era hora de recoger nuestras cosas y seguir el trayecto de ida.

(De nuevo, el jeep viejo que me transporta)

Con Leo viajamos aproximadamente veinte minutos y llegamos a nuestro destino. Un poblado pequeño, de calles polvorientas, niños y niñas jugando y casas destruidas, a medio construir o en pie. Allí nos esperaban personas de la región –los contactos que nos hizo María- que nos recibieron y nos instalaron en una casa de fachada azul. Era la casa de una mujer mayor, una abuela, quien de inmediato nos hizo sentar al lado del fogón y nos ofreció tinto. Su esposo, quién también estaba en la casa, se mostró amable pero menos interesado en nuestra presencia. Cuando el recibimiento se convirtió en charla, inicié con mi labor. Desde que llegué a este municipio una voz en mi interior me repetía incesantemente: “pregunta, vamos, pregunta”. Y sí, ya era hora de preguntar.

4.2. Quisoco interior de la casa de fachada azul

Se desarrolla la escena.

(En un quiosco tomando tinto después del almuerzo. Le explico a la mujer la intención de hacerle unas preguntas, si está de acuerdo y si me quiere contar. Ella, un poco nerviosa accede. Mi amigo Leo me ayuda con la grabación. Yo trato de concentrarme en las preguntas, es difícil, con el calor que hace me dan ganas de dormir; solo duermo la siesta cuando hace mucho calor, y ¡que calor hace!, no puedo estar somnolienta en una entrevista... trato de concentrarme).

Cuénteme sobre su regreso

- Yo cuando me vine, me vine fue alegre. Cuando yo me acostaba le decía: mi dios dame vida y salud y me regresas pa' mi casa porque yo mi casa no la voy a dejar caer. Y así que me vine.

¿Cómo hizo para regresar? ¿Contrató una moto o cómo hizo?

- Yo me vine fue a pie. A pie solita, salí a las cuatro de la madrugada.

¿Y se vino sola, sola?

- Si, sola, sola, caminando ¡y ese camino sucio! El camino le daba el monte a uno como por aquí (se señala la cintura)

¿Recuerda cuanto tiempo caminó?

- Uy, como más de dos horas.

(No pasó mucho tiempo para que el tinto hiciera efecto en mí. Bueno, no sé si fue el tinto o la narración, pero el sueño se me fue y pude concentrarme totalmente en lo que la mujer me contaba. ¡Que emoción poder hablar con esta mujer. Una de las primeras en llegar, una lideresa del retorno!)

- Vino el gobernador como con cinco carros llenos de personal. Pero él vino en helicóptero, el gobernador. Y cuando se bajo preguntó: ¿Cuál fue la primera mujer en regresar? Y yo levanté la mano y dije: Yo. Y entonces, me abrazó. No me quería soltar (risas). Después paseó por todas partes, pa' ya y pa' ca. Después el gobernador no volvió ni mandó nada. Por ahí mandaron unos mercados, como tres, pero no sé quién nos mandaba eso. No nos dieron más nada porque dicen que no somos desplazados y ajá uno pobre. Eso es para que nos estuvieran dando cualquiera cosa, para ayudar con la comida, pero nadie.

(Mientras escucho, pienso, pienso y pienso....se me va a reventar la cabeza de tanto pensar: a la violencia ejercida por grupos paramilitares y guerrilleros se le suma la violencia ejercida por un Estado que históricamente ha estado ausente y que ahora se presenta con una serie de “promesas” de reparación que todavía no cumple a cabalidad).

- Vamos allá a la alcaldía a decirle al alcalde qué necesidad tenemos aquí, pero él no nos oye, no nos oye. ¿Y a qué vamos a ir otra vez? ¿A gastar la plata de los pasajes? No señor, ya uno no puede estar. Son días que uno se gasta, el ir y venir, el alcalde no nos lo va a pagar. Dicen que uno le tiene rabia al alcalde, pero no, uno tiene que decir la verdad, eso es que uno no va a humillar el alcalde sino que él tiene que hacer por nosotros, porque nosotros valemos más porque somos retornados.

(Estaba tan interesada en las palabras de la mujer que no sentí la otra presencia. Una voz fuerte me sacó del transe para ubicarme ante la imagen de un hombre triste. Muy triste. Bueno, eso me pareció a mí. El esposo de la mujer había estado allí por un buen rato escuchando nuestra conversación. Seguramente intentó hablar una y otra vez pero las palabras se le refundían. Finalmente, sacó fuerza y dijo:).

- Yo cuando regresé, ¡Uyyyy! Yo me metí en el baño, ese de allá y lloré viendo como estaba destruyéndose, el patio sin un animalito ni nada, las calles sucias, una tristeza... la tristeza que me dio de llegar al pueblo y verlo tan destruido, la tristeza que se veía en el mismo pueblo. La gente casi no salía.

(Como señala Flor Edilma Osorio: la guerra genera procesos contundentes, destructivos, arrasadores, dolorosos, profundos, abruptos e intempestivos en la vida de los sujetos individuales y colectivos, en sus memorias e historias (2009, p.6). Como respondiendo a su marido entra la voz de la mujer)

- Yo quedé limpia fue con el desplazamiento, nos fue mal. Yo lloraba. Yo decía dios mío ponme en mi casita, yo no quiero estar aquí en este pueblo, yo me estoy acabando en vida.

(Recuerdo entonces aquello que he leído en tantos textos académicos. El retorno debe seguir principios de voluntariedad, seguridad y dignidad. Para el caso de esta mujer, ¿dónde quedan estos principios? Ahondando un poco más en el tema. ¿Qué dice la Ley de Víctimas y Restitución de tierras al respecto? No lo recuerdo bien. Nota: Al llegar

a Bogotá debo buscar el articulado de esta ley y transcribirlo para hacer un contrapunteo con este testimonio).

Artículo 73. Principios de la restitución. *Estabilización*. Las víctimas del desplazamiento forzado y del abandono forzado, tienen derecho a un retorno o reubicación voluntaria en condiciones de sostenibilidad, seguridad y dignidad (Ley 1448 de 2011, en red, pág. 37).

(La mujer sigue...)

- Esa vida fue mala, no me gustó. Y me dije, nom`be, esa vida no es para mí, entonces me regresé con tres de mis hijos.

Artículo 73. Principios de la restitución. *Participación*. La planificación y gestión del retorno o reubicación y de la reintegración a la comunidad contará con la plena participación de las víctimas (Ley 1448 de 2011, en red, pág. 37).

¿Y cómo encontró el pueblo?

- El pueblo estaba maluco, maluco y triste. Yo decía qué carambas, yo voy a limpiar y me iba para las calles a limpiar. Yo no estaba triste, estaba era feliz porque regresé. Es que yo tengo sesenta y tres años de estar aquí. Yo soy feliz, uno aquí no pasa necesidad porque uno trabaja, por eso crio gallinas y puercos.

(Miro al esposo, quiero saber su versión. Me da una percepción distinta frente al desplazamiento forzado y contradice a la esposa. Me dice que a ellos no les fue mal. Que vivieron en la casa de un familiar sin pagar arriendo. Que subsistían gracias a una tiendecita que colocaron y que además se ayudaban económicamente con la venta de suero que ellos mismos producían).

¿Por qué retornó? Pregunto sorprendida.

(El esposo se ríe y me contesta)

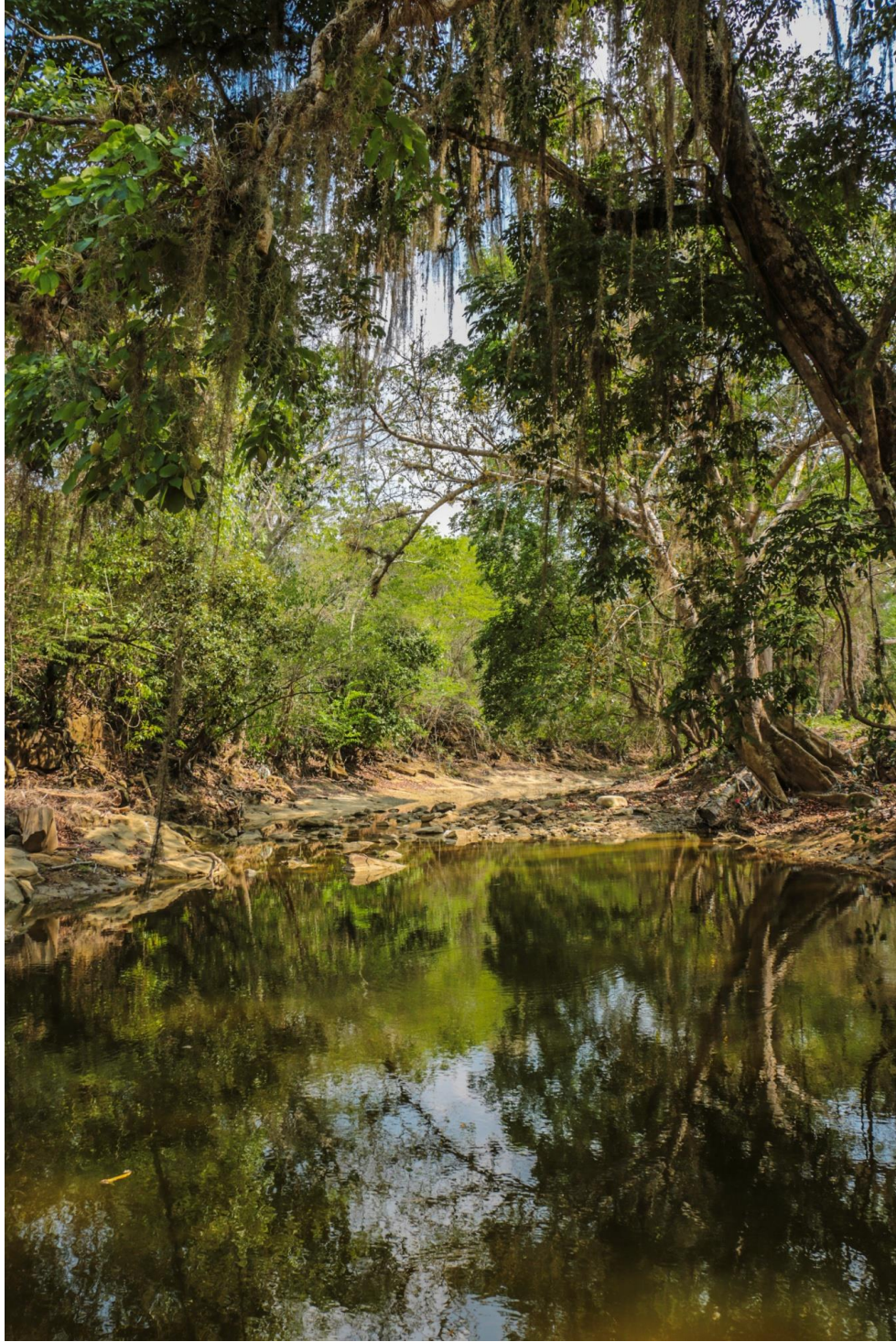
- Porque la señora mía venía semanalmente a la casa. Todos los viernes por la tarde. Hasta que se quedó. Después yo me regresé. Ya después se compuso la cosa, ya no había esa tristeza, ya había cambiado el pueblo.

El retorno, aunque duro en sus condiciones parece ser una opción reparadora para cierta población en situación de desplazamiento forzado. Las palabras de la mujer y la alegría con que cuenta su regreso contrastan con la mirada triste del esposo que lleno de nostalgia se preocupa por explicarse y explicarme las razones para regresar. No es fácil volver, por ello, escucho una y otra vez las grabaciones que mi amigo Leo me ayudó a registrar. Busco las palabras, frases y expresiones que me permitan entender por qué regresar. Y las voces aparecen, como tratando de responder:

- Yo nací aquí, criada aquí, tengo enterrado el ombligo en la ceiba del cañito.
- El pueblo de uno es el pueblo donde le va bien a uno, donde no le falta la comida.
- Uno es de donde le va bien, donde se levanta, donde nace.
- La vida aquí era de rey, nos echábamos el sueño completo
- El pueblo era chévere, chévere. Es que el pueblo es pueblo, ¿verdad?



Mi amigo Leo Me ayuda con la grabación



!Ese Camino Sucio!



No nos dieron más nada porque dicen que no somos desplazados y ajá uno pobre..



Yo me metí en el baño, ese de allá y lloré



El pueblo estaba maluco, maluco y triste (...) Yo no estaba triste, estaba era feliz porque regresé.



Es que el pueblo es pueblo, ¿verdad?

4.3. Los lugares del retorno

Parafraseando a De Certeau (1999): esta historia comienza a ras de suelo.

4.3.1. Un recorrido

Como visitante, me interesaba conocer el pueblo. Mi anfitriona, una campesina que dejaba ver en su rostro envejecido –a pesar de su juventud- las marcas de una vida difícil y luchada, se entusiasmó con la idea:

- ¿A dónde quiere ir? Me preguntó.
- A dónde usted disponga, le dije.

Iniciamos el recorrido en su casa. Me mostró su habitación: un lugar pequeño, oscuro, separado de las otras habitaciones mediante una sábana que colgaba de la pared a manera de puerta. Sólo cabía su cama y un pequeño ventilador. No comenté nada sobre esta alcoba. Me pareció tan oscura que pensé en el miedo que me produciría dormir en la misma. No soy de oscuridades, más bien de claridades, pensé. Posteriormente, me enseñó la habitación de sus hijos, un tanto más amplia, con dos camas, un ventilador y unos afiches de grupos musicales colgados en la pared. ¿Tus hijos son adolescentes, cierto? La interrogué. Se rió y señalando los afiches me dijo que eso era de la niña, la mayor, que efectivamente ya estaba por los quince años. Salimos al comedor donde se encontraba una mesa hecha con un pedazo de tronco grande y un par de sillas rimax. Inmediatamente fije mi atención en un cuadro que estaba en la pared. Parecía hecho a mano, una flor grande adornada con escarcha. Le pregunté por el cuadro y me contó que era de ella, que ella lo había dibujado en un taller de apoyo psico-social. Significaba una flor renaciendo como lo estaba haciendo ella.

Después me llevó al patio de su casa, se detuvo en la entrada de dicho patio, calló por un momento y posteriormente comentó:

- Mire, allí quedó tiradita, todavía se nota.

¿Quién? ¿Qué se nota? Dije yo.

-Mi hermana. Allí quedó tendida cuando la masacre. Ella no alcanzó a escapar y la mataron. Su cuerpo todavía se nota

Las dos quedamos en silencio. Yo no veía las marcas de ningún cuerpo, solo veía una entrada polvorienta, un patio común, una cerca torcida. Sin saberlo, ella me regaló un testimonio y una vivencia que seguramente me acompañarán a lo largo de toda mi vida y que inspiraron gran parte de mi trabajo investigativo: los recuerdos siempre presentes en el retorno.



Yo no veía las marcas de ningún cuerpo, solo veía una entrada polvorienta

Seguimos con el recorrido. De casa en casa, de calle en calle. Ella explicándome cómo habían cambiado las casas, las calles, los vecinos. La vida ya no era la misma. ¿Y cómo podía serlo? Del pueblo que en otras épocas había sido una despensa agrícola y un destacado productor de tabaco había quedado muy poco.

- Yo trabajaba aquí, dijo mi anfitriona. Doblaba el tabaco en esta bodega. ¿Quiere entrar?

- Claro, nunca he visto una fábrica de tabaco.

El edificio era grande, de una sola planta, con algunas ventanas y ninguna puerta que sirviera. Entrar fue fácil, caminar sobre los escombros, difícil.

- Poco tabaco se produce ahora. Me dijo.
- Claro, con lo del desplazamiento y demás, comenté yo.
- La mujer me corrigió: no. Es por las tierras, no hay donde sembrar.

De nuevo el silencio entre las dos. Mentalmente me reproché. Durante el recorrido por la bodega había estado más pendiente de no tropezar o lastimarme con algún vidrio roto que de escuchar el relato de la mujer. Su vida, su trabajo, sus expectativas habían quedado atrás. Su vida, su trabajo, sus expectativas ahora hacían parte de aquellos escombros que yo intentaba evadir. Su vida, su trabajo, sus expectativas dejaron de ser suyas. La vida ya no era la misma. ¿Y cómo podía serlo?



Caminar sobre los escombros, difícil.

Cuando salimos de la fábrica y caminamos un par de metros, ella se detuvo, levantó su brazo, me señaló la montaña y la carretera de entrada.

- Cuando íbamos llegando aquí, por la carretera esa, estaba un montera, estaba una pila de trupil, cuando yo iba entrando yo lloré de ver ese mugre que estaba todo por aquí, yo nunca había visto el pueblo así.

Pasamos junto a la carretera y nos detuvimos un poco. Yo necesitaba descansar, caminar bajo el sol y el calor me tenían agotada. Mi anfitriona se dio cuenta y se rió:

- Cachaca, expresó.
- Cachaca no, rola, la corregí.

Esperamos unos minutos observando un pueblo solitario.

- ¿Ya ha llegado más gente, cierto?
- Si, más familias, no todas, algunas no quieren regresar.
- Pero aún se ve muy solitario, expresé.

Ella se quedó pensando y respondió:

- Yo me iba por las noches a quemar basura, por allá arriba, esto estaba solitario. No había mucha gente cuando nos vinimos, esto se veía solito. Después comenzó a llegar la gente, la familia. Pero hay unos que dicen que pa' ca no cogen, que ya están adaptados allá. Ojalá no pase nada porque nosotros ya estamos amañados aquí.

Seguimos caminando. Finalmente llegamos a la plaza, frente a la iglesia. Allí nos encontramos con un juego para niños con columpios, rodadero, puentes y estaciones de colores alegres que se notaba recién instalado. Niños y niñas corrían a su alrededor, subían, bajaban, gritaban, se reían....parecían divertirse. Me quedé pensativa: mi generación no gozó de este tipo de estructuras para la diversión infantil, ¡que envidia! Ella, por su parte, pensativa, siempre pensativa, recordó:

- Nos reunieron a todos aquí en la plaza. Pero no se metieron con uno. Solo nos dijeron que el que se sintiera culpable que se fuera. Al día siguiente todo el mundo estaba alistando los mulengues para irse. Montando todo en burro para irse. Yo cuando vi salir toda la gente dije: yo también me voy. Nos fuimos toditos juntos.



Estaba un monterá, estaba una pila de trupil



Finalmente llegamos a la plaza, frente a la iglesia.



Allí un juego para niños que se notaba recién instalado.

¿Y después de un tiempo retornaste? Le pregunté (Que pregunta tan tonta, ¿no?)

- Sí.

Un sí a secas, sin nada más que añadir, solamente sí respondió ella. Esperaba que me comentara de su retorno, de las razones para volver, del cómo volver y hacer realizable este proyecto. Esperaba que respondiera a todas mis preguntas a través de sus palabras. Ella solo respondió: sí.

Ya habíamos recorrido gran parte del pueblo. Era hora de volver a la casa de mi anfitriona. Caminamos en silencio por las calles polvorientas. Yo todavía no reconocía las casas y las calles. Ella las conocía al detalle. Llegamos a su casa. Ella entró y sin mediar palabra se dirigió rápidamente al fogón, era hora de hacer la cena. Yo cansada, me fui a tomar un baño (el segundo baño del día). Después de echarme un par de baldados de agua encima regresé a la habitación que me habían prestado. Tirada en la cama, mirando al techo solo podía pensar en lo recorrido, lo narrado y lo silenciado. Me sentía sorprendida y algo perturbada al constatar la forma en que los recuerdos de la violencia habitaban en el lugar y modificaban las relaciones de éstos con las personas (Riaño, 2006). Pensaba, pensaba y pensaba para llegar siempre a la misma conclusión: el retorno no es sólo la acción del volver, es la acción de recordar.

4.3.2. La casa enmontada

Si nos preguntaran cuál es el beneficio de la casa diríamos: la casa alberga el ensueño, la casa protege al soñador, la casa nos permite soñar en paz (Bachelard, 2000, p.37).

La casa “enmontada” es la forma en que los pobladores de la región de los Montes de María denominan la casa que se encuentra abandonada en el campo, destruida y llena de maleza. Esta casa es la materialización de la violencia, del horror y de todo aquello que significa abandonar forzosamente el lugar de residencia. Cuando se retorna, se retorna al lugar de expulsión que está constituido por un territorio, un paisaje y una casa... una casa enmontada.

María Angélica (recordando):

Recuerdo que Gabriel me iba indicando: esta era la escuela, esta era el centro médico, esta la calle principal. De repente se detuvo frente a una mata de monte, tomo aire y me dijo: esta era mi casa, aquí vivía yo.



Esta era mi casa, aquí vivía yo.

María Angélica (escribiendo):

Con el retorno, la prueba más difícil puede ser la de entrar de nuevo a la casa, testimonio material de la destrucción personal y familiar. Es generalmente en este lugar, donde aparecen los fantasmas, se escuchan sus pasos y sus lamentaciones.



Casa enmontada 1

María Angélica (leyendo):

“Algo extraño e inquietante tiene la idea de la casa que sobrevive a nuestra presencia, que ahora contiene otras vidas, otras voces, otros pasos para los mismos recorridos (...) ¿qué ocurre en un tiempo en que la casa se ha transformado para muchos en un cobijo pasajero, ambulante, desarraigado de un lugar?” (Arfuch, 2005, pág. 252)



Casa enmontada 2

María Angélica (escribiendo):

De la casa se recuerda cómo era, su disposición espacial, quién la habitaba, dónde se encontraba cada persona en el momento de la incursión armada, dónde quedaron los cuerpos. También se hace referencia a las pérdidas materiales como los muebles, la ropa, las camas y los electrodomésticos. Otro elemento de valor que se menciona son las gallinas y los cerdos perdidos durante la huida.



Casa enmontada 3

María Angélica (concluyendo):

Bachelard, equivocaste tu perspectiva de la casa. Olvidaste pensar la casa-trinchera, la casa refugio del guerrero, de la víctima, de la muerte. La casa, cuando llega la guerra, adquiere otro significado. Se le rompe, se le violenta, se le profana. ¿Soñar en paz? ¿Cuándo la población retornada podrá soñar en paz? ¿Cuándo podrán habitar la casa de nuevo?



Habitar de nuevo

4.3.3. Cuerpos, sabores y objetos del retorno

Me interesa el trabajo de Nadia Seremataakis (1994), particularmente, su propuesta respecto a una memoria sensorial. Para esta autora los sentidos son medios de registro de la experiencia histórica al igual que ciertos objetos. Por ello, dicha experiencia puede ser leída a través de las emociones, las sensaciones y la cultura material. En este sentido, el cuerpo, los objetos y los lugares pueden ser entendidos como espacios historiográficos que conservan o transforman la conciencia histórica. Así, la historia y su representación resultan inscritas en dimensiones materiales y sensibles.

Entonces, la memoria puede ser entendida como un horizonte de la experiencia sensorial, como auto-reflexión a propósito de la experiencia histórica y su transformación o como una cultura que circula y vive a través de prácticas materiales resulta inscrita o encapsulada en los objetos que conforman la dimensión material de la vida social. Por ello, para Seremataakis, vale la pena observar la vida cotidiana, el cuerpo, los espacios y los objetos con el fin de descifrar cómo se construye una conciencia histórica desde una dimensión sensible.

Ahora bien, para este apartado interesan aquellos objetos que hablan, llaman, recuerdan, comunican, evitan el olvido (Seremataakis, 1994). Objetos que, como señala Feldman (1994), han sido depositarios de narrativas o actos de violencia y que gracias a su existencia y conservación se han convertido en guardianes de ciertas memorias. Así, los objetos resultan en testimonios materiales tanto del exilio como del regreso.

(A propósito de las pérdidas)

Eso es muy duro, se pierde la mayoría de las cosas o las vende mal vendidas o venía gente a cogerse las cosas de uno. Tenía la señora una maquinita vieja de esas de pie y se la llevaron (Relato hombre retornado).



Tenía la señora una máquina de pie y se la llevaron.

(Nota diario de campo: esta abuela me recuerda a la mía, terca, testaruda, sabia con sus manos. Me sentí en confianza y me atreví a preguntarle por los postres:¿cómo es que se prepara los postres? Ella, amablemente se decidió a regalarme sus recetas).

Preparación dulce de papaya:

Se toma una papaya que ya esté bonita y se le pela. Toca sacarle solo la cascarita, la pulpa no porque esa es la que se cocina.

Cuando la papaya ya está pela se le corta en pedacitos.

Se pone una olla a hervir y se le echa la papaya para que cocine y suelte el aroma

Toca dejarla al fuego hasta que se cocine.

Cuando ya está cogiendo forma, se le echa la panela, coco y clavitos

Se comienza a revolver hasta que dé el punto.

Ella misma va dando el punto, es cuando se pone negrita.

De ahí se saca y se deja enfriar

Ya está.

Dulce de Güandul:

Al güandul toca cocinarlo primero porque ese es duro, cocinarlo para que ablande.

Cuando ya está blandito se le saca de la olla, se deja enfriar y ahí si se muele.

Despues lo molido se cuela para sacarle el bagazo.

A lo que queda se le echa azúcar y leche. No mucho porque o sino no espesa.

Eso se pone al fogón a que cocine y de el punto.

Cuando está espeso ahí ya se retira del fogón y ya está.

¿Y el de piña? (pregunto yo)

(como regañándome) Ya le expliqué, se hace igual que los otros. Se cocina hasta que dé el punto.

(El punto... el punto de un postre, ¿cómo sé que dio el punto? ¿Cuál es el punto de un postre? No pregunto más, de pronto la abuela me regaña).



Dulces de la abuela

El contexto:

Presentación del grupo de baile de niños y niñas del municipio.

El recuerdo:

(La mujer ve a sus nietas bailar, piensa, se ríe, me cuenta....)

Yo bailaba gaita con el difunto, con Freddy Dionisio. Me traían una caja de espermas y se las quemaba en dos noches. Pero yo era mala, yo la cogía para quemarle los güevos (risas)...!uy! Yo les hacía más maldad (risas).

Las memorias, como lo señala Passerini (2006), pueden ser transmitidas a través de gestos, imágenes u objetos: “la transmisión de cómo cocinar (mediante la imitación, no a través de recetas), la memoria del cuerpo –los traumas y los placeres-, la memoria de la risa, la memoria expresada en los nombres que se ponen a los recién nacidos” (p. 37). Así, la población retornada recurre a unas prácticas del recuerdo que transmiten aquello que mantiene vivo el deseo de “volver a ser como antes”. De esta forma el narrar, mirar, oler y bailar se convierten en acciones –prácticas- del recordar.



Las memorias del cuerpo.

Todo en el retorno permite la evocación de recuerdos. Desde las acciones hasta los objetos. Habitaciones, corredores, ropa, música, comida, gallinas y demás. Todo se encuentra revestido de memorias: “a los retornados algunos les dieron un carrito para traer las cosas de allá, pa’ regresarse. Yo me traje todo de allá: un enfriador, una cama grande, la nevera, los chismes. El abanico ese (con la mirada señala el aparato), también me lo traje de allá” (Testimonio hombre retornado).



Me traje los chismes.



El abanico, ese, también lo traje de allá

Estos testimonios me recuerdan a Osorio (2009) cuando habla de los cambios sustanciales en la significación de los lugares a partir de experiencias de muerte y horror (2009). A Riaño (2006) cuando dice que el nombrar el lugar conecta a las personas con su pasado. A Arfuch (2005), cuando dice que la temporalidad es espacialidad o la “marca más consciente de la cronología, el anclaje más nítido de la afectividad” (p. 248).



La temporalidad como espacialidad

4.4. El lugar biográfico

En el retorno las huellas de la violencia se presentan inscritas tanto en el espacio físico como en la historia personal. Entonces, el retorno implica no sólo la (re)significación de lugares sino también de biografías. De esta forma, el espacio físico se transforma en espacio biográfico (Arfuch, 2005), para mí: lugar biográfico.

4.4.1. Dulce, cocina y embarazos

Después de regalarme sus recetas, la abuela insistía en que yo comiera la gran variedad de postres que había preparado. ¡No puedo con tanto! Le dije sonriendo. Ella de forma firme me dijo: eso no le va a disgustar el estómago, tome, cómaselo. Entonces le expliqué que yo estaba recién parida y que con el embarazo el gusto por el dulce se me había ido. La hija de la abuela, una mujer joven, quien estaba en la cocina terminando otros postres me escuchó y me contó sobre su embarazo.

(En la cocina, junto al fogón de leña tres mujeres: la abuela sentada en una silla de madera, la hija de la abuela batiendo el melao hasta que diera el punto y María Angélica tratando de terminar el tercer postre que se comía “obligada” por la abuela durante la tarde).

- Mujer joven: Cuando eso sucedió yo estaba embarazada, pero no sabía. Me vine a dar cuenta porque en el camino me dio la pálida, si sabes, lo que aquí decimos lo del piñi; me dio el piñi y tocó que me llevaran en un burro. Yo pensé que la niña iba a salir mal, más loca, como dicen por aquí: más desatornillada.

(Las mujeres jóvenes se ríen, la abuela se encuentra pensativa...continúa el relato)

- Mujer joven: Pero no, afortunadamente no. Es que con ese caso hay niños aquí, que uno no dice que son malos ni nada de eso, sino que ellos sufrieron la violencia aquí y son unos poquitos que son desordenados. No es que uno diga que son malos, no es que sea malo el pelao, sino que es, es (...) por los sustos que a uno le sucedieron aquí.
- María Angélica: ¿Y te sucedieron sustos a ti?

- Mujer joven: Yo tuve sustos porque ellos (grupo paramilitar) fueron allá donde yo vivía y se pararon a decirme: niña una reunioncita, no te vamos a hacer nada. Yo me asusté. Yo les dije: yo no puedo ir porque yo estoy quizá embarazada y no sé qué es lo que tengo, porque yo tenía una maluquera. Yo supe lo del embarazo cuando ya llegué a donde nos desplazaron (...) fue verdad que yo estaba embarazada. Tenía dos meses. Yo pensé que la niña mía me iba a nacer loca, pero gracias a dios no nació mal.
- María Angélica: es cuando se ven los efectos de la violencia
- Mujer joven: Si. Si. Mira, cuando nos desplazaron resultaron muchos niños perdidos en las drogas y yo le dije al hijo mío: no hagas eso porque eso es malo. Mujeres que buscaron novios, que salieron embarazadas de 14 años y yo le advierto a la hija mía: mire niña usted no haga eso nunca.



Cuando eso sucedió yo estaba embarazada, pero no sabía



Pelaos

4.4.2. De la noche y sus recuerdos

Retornar no es sólo volver, es reconstruir la vida y la historia personal.

(En la calle, sentadas en el bordillo, tomándonos una cerveza. Son las seis de la tarde, la oscuridad comienza a cubrir el poblado).

- Cuando regresé me daba miedo la oscuridad, dijo ella. Tenía miedo de que iba a volver a pasar. Cuando llegaba la noche, ¡uy!, la pasaba mal.
- ¿Y sigues teniendo miedo? Pregunté.
- Ya no, me contestó. Ya salgo en la noche y todo. Uno se va acostumbrando a estar aquí, aunque al principio, ¡uy! No.

Caminando lento llega el amigo al que estábamos esperando. Pide una cerveza y se sienta a nuestro lado. Le comento que hablamos de la noche y el miedo: ¿tuviste miedo de volver?

- ¿Qué si miedo? Una terronera (risas). Es que... (pensando). Silencio.

Mueve su cabeza, mira el horizonte, toma aire y me dice:

- Yo veía los manchones de sangre, me imaginaba a los muertos, pero ya no veo eso. (suspirando dice) Pa'lante, pa'lante es pa'lla.

4.4.3. Retornar

Mi esposo vino adelante con los chismes en unos burros y yo me vine más atrás en el carro porque venía con una niña pequeña de apenas un año. Llegamos y aquí no había nada, nada, solo las casas desocupadas, nosotros trajimos todo, hasta las hamacas. Las casas estaban todas enmontadas. El agua nos tocó buscarla en tanques. Ir a las casas a buscar si los tanques tenían agua o no. En la casa esa grande, allá conseguimos agua, era para tomar y bueno, como también llovía utilizábamos esa agua. Una noche me acuerdo que se creció el arroyo y se nos

metió en el patio. Y yo pensaba: para dónde vamos a coger ahora. Todavía no habíamos traído camas ni nada de eso. No dormí esa noche, me decía: ¡eso fue lo que vine a buscar por acá! (Testimonio de mujer retornada).

4.4.4. Cotidianidad

Encontré que la construcción del yo no estaba ubicada en la sombra de algún pasado fantasmal, sino en el contexto de hacer habitable la cotidianidad (Das, 2008a, pág. 160)

4.4.5. La vida continúa

Mirándome directamente a los ojos me dijo: uno no olvida seño, pero uno tiene momentos que ya olvida (silencio)... la vida continúa (Testimonio de hombre retornado).

4.4.6. La despedida

Obligada terminé el tercer dulce de la tarde. Con gusto de saciar la sed terminé la cerveza. Con mil sentimientos encontrados terminé las conversaciones y entrevistas. Se acercaba la noche. Leo, es hora de regresar. Me despedí de la gente del poblado. Tomé mis cosas, maletas, equipos y junto a Leo me embarqué nuevamente en el jeep viejo. Pronto estaremos en casa, me dijo Leo sonriente. En otras épocas ni él ni yo hubiéramos tenido premura de volver. Ahora era distinto, alguien nos esperaba en casa. Apresurados tomamos el camino de partida.

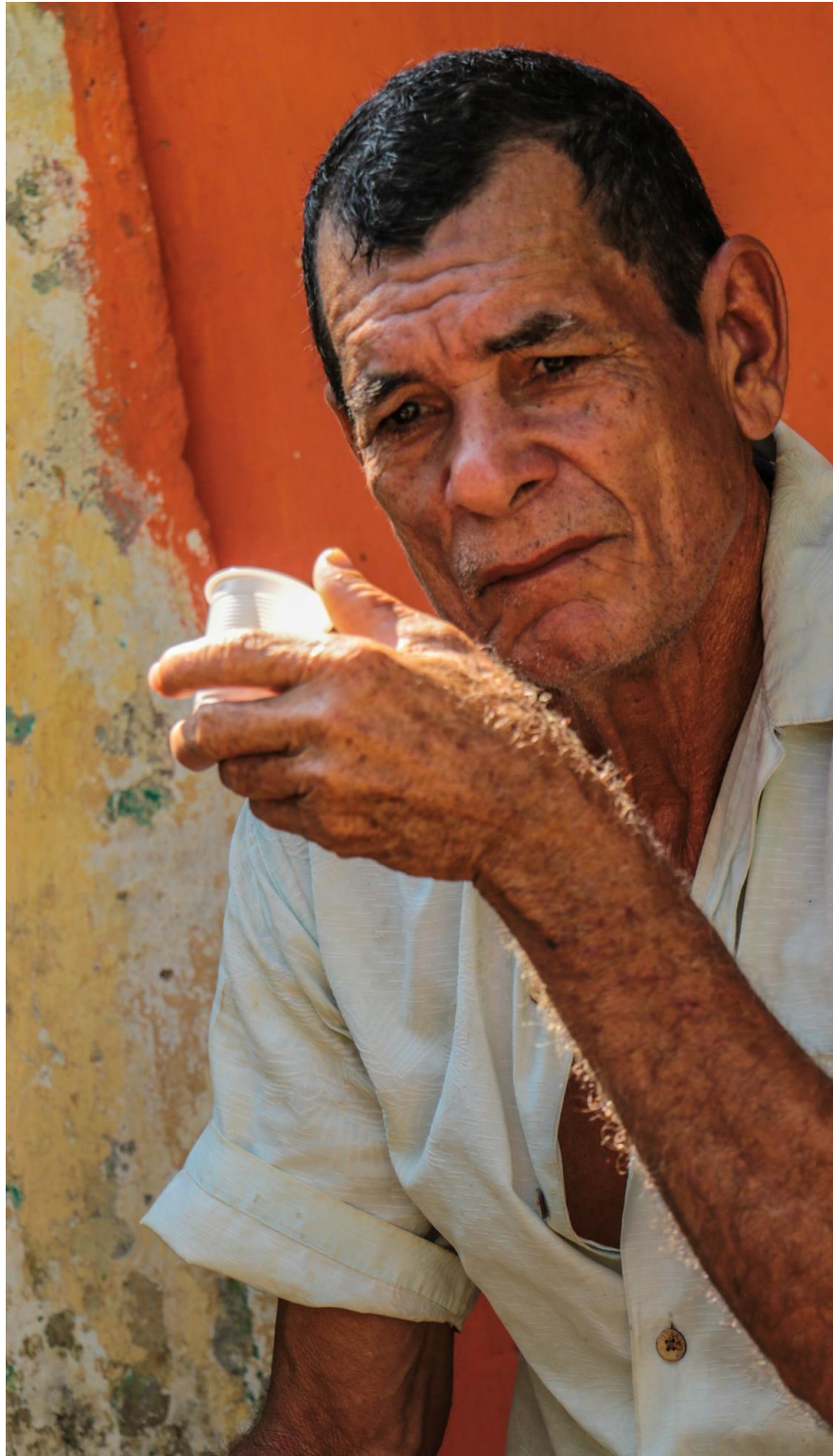
Mientras me alejaba y el poblado comenzaba a perderse en el espesor de la montaña yo pensaba:

El proceso de (re)significar los lugares en el marco del retorno no es un proceso fácil, armónico o lineal. Con la guerra, las huellas de la violencia se inscribieron tan fuertemente en geografías, paisajes, estructuras y vidas que reescribirlas resulta casi imposible. Por ello, las calles, portales de casas, iglesias, parques y plazas siguen recordando la escenificación y vivencia del conflicto interno: reuniones forzadas, filas de hombres y mujeres esperando ser

asesinados, cadáveres sin entierros y manchas de sangre son algunos de los recuerdos asociados a estos lugares. A lo anterior se suma la presencia de ruinas, escombros, de las calles “sucias”. La presencia de todo aquello que recuerda el paso del tiempo y el abandono.

Entonces, en los pueblos retornados todavía predominan las “imágenes de horror y destrucción” (Riaño, 2006, p.51) legados por el conflicto armado. Imágenes que también hacen parte de los lugares biográficos que desestructurados por la violencia, re-estructurados por la experiencia del exilio y confrontados con el volver deben rehacerse para poder habitar y habitarse en ellos. De esta forma, en el retorno convergen múltiples procesos de (re)significación de lugares que hacen posible el volver, quedarse y planear futuros mejores: “Que me ayuden tan siquiera a componer la casa” (Testimonio mujer retornada).

Con la despedida ellos y ellas tomaron su camino y yo tomé el mío. También iba de regreso. En mi cabeza quedaron resonando los rostros, las historias y las palabras que durante la despedida me dijo el hombre de mirada triste: “uno no olvida seño, pero uno tiene momentos que ya olvida (silencio)... la vida continúa”.



Pero uno tiene momentos que ya olvida (silencio)... la vida continúa



Hacer habitable la cotidianidad

4.5. Entonces camino...

Las historias se han usado para despojar y calumniar, pero las historias también pueden dar poder y humanizar. Las historias pueden quebrar la dignidad de un pueblo, pero también pueden reparar esa dignidad rota (Chimamanda Adichi, 2009).

Creo que el narrar permite dignificar y el dignificar empoderar y el empoderar reclamar y el reclamar hacerse dueño de su destino. Por ello narro, escribo, transcribo o trato de hacerlo. Desde diversas voces, diversas formas, diversas conversaciones. El narrar del día a día, el narrar de la investigadora, el narrar desde mis pensamientos como mujer y desde esos pensamientos conjugados con pensamientos de otros y otras. Narrar con imágenes, narrar con sabores, narrar con recuerdos, narrar desde la polifonía. Mostrar, demostrar, sensibilizar, denunciar, conocer, reflexionar. Con palabras: dar poder y humanizar.



La vida no es la que uno vivió sino la que uno recuerda

Entonces camino, con la letra de la canción en mi cabeza; recorro las calles solitarias, hago esfuerzos por imaginar el lugar, sus significados, vivencias y recuerdos: “Regresar a la casa por el camino viejo, recoger mis pasos y empezar de nuevo”.



Entonces camino

LAS TÁCTICAS DEL HABITAR

Capítulo Quinto

Son los éxitos del débil sobre el más fuerte, son jugarretas,
astucias de "cazadores", maniobras, simulaciones....

De Certeau, 1999

Formas, maneras, agencias, acciones, repertorios, procesos y muchas más palabras podrían definir las tácticas del habitar. Para el caso del retorno considero que dichas tácticas corresponden a las prácticas cotidianas que lo hacen posible, es decir, que permiten la vivencia y construcción de este proceso en su día a día. La anterior definición retoma el concepto de De Certeau (1999) quien entiende la táctica como un procedimiento minúsculo de resistencia, la contrapartida o el transitar atajos. En palabras de Castro-Gómez (2005), las tácticas son acciones de resistencia adelantadas por poblaciones subalternas que tienen la característica de jugar “con las mismas reglas establecidas por el poder hegemónico” (pág. 90). Para mí, las tácticas son las formas mediante las cuales los actores sociales toman parte de una realidad para controvertirla, amoldarla y hacerla útil. Las tácticas permiten (re)significar lugares, experiencias y biografías. Por ello no son sólo tácticas, son tácticas del habitar.

Ahora bien, me interesa el concepto de De Certeau (1999) pues encuentro en este, tres elementos que me parecen útiles para construir un análisis novedoso en términos de retorno de población. El primer elemento es la mirada desde lo micro o el detalle de la acción social que me permite ubicar el retorno en una perspectiva de vida cotidiana para desde allí interrogar lo que la gente hace en el marco del día a día (Mato, 2003) o, parafraseando a Heller (1977), lo que es la vida en el retorno. Esta mirada resulta pertinente por tres razones:

primero, porque son pocas las líneas que el campo de las migraciones forzadas (Riaño & Villa, 2008) y su área de retorno (Alfaro & Izaguirre, s.a; De Sans, 1982) le han dedicado a la cotidianidad de estos procesos; segundo, porque la mirada a la cotidianidad me permite voltear el eje de indagación usualmente utilizado para abordar el retorno y tercero, porque es precisamente esta mirada la que me permite controvertir la enunciación de los retornos como procesos lineales (desplazamiento forzado-retorno-consolidación socio-económica) mostrándolos desde su complejidad.

El segundo elemento que me brinda el concepto de De Certeau es la posibilidad de reconocer que en la cotidianidad operan relaciones de poder y resistencia (Ortega, 2008). En este sentido, ubicar los procesos de retorno como procesos disímiles, conflictivos, permeados por relaciones de poder en el que operan tanto cuadrículas de vigilancia como ingeniosidades que las retan (De Certeau, 1999). Este elemento me parece importante, particularmente, porque lleva a entender a las personas retornadas no como humanidades despojadas de recursos (Malkki, 1995) sino como actores sociales que toman parte activa de una trama de contextos, discursos y políticas generando nuevos contextos (Das, 1997, 2008). De esta forma desbordo las lecturas que desde las carencias se hacen de estas poblaciones reconociéndolas a partir de su capacidad de reconstrucción (Malkki, 1995; Castillejo, 2009; Jimeno, 2010; Jimeno, 2015; Salcedo-Fidalgo, 2015).

Finalmente, el tercer elemento, es la idea de la táctica como cálculo o intención. Este elemento me resulta interesante porque permite dotar de carácter político a las tácticas. Así, y en palabras de De Certeau: “las ingeniosidades del débil para sacar ventaja del fuerte, desembocan entonces en una politización de las prácticas cotidianas” (1999, p.40). En el marco del retorno, encuentro que las tácticas del habitar permiten a las personas retornadas ubicarse en un plano de acción desde el cual pueden visibilizar sus demandas, reclamar sobre éstas y optar por un cambio en sus condiciones de vida. De esta forma, las poblaciones retornadas comienzan a transformar los órdenes impuestos por el abandono estatal y el conflicto armado a través de acciones cotidianas que poco a poco vienen (re)significando los lugares del retorno.

Considero, entonces, que las miradas de la cotidianidad, las prácticas y la intencionalidad de las personas retornadas son fundamentales para entender los procesos de reconstrucción personal, social y organizativo que se dan en el marco del retorno. Por ello, postulo las tácticas del habitar como clave interpretativa que permite dar cuenta del cómo se (re)significan lugares en los procesos de retorno y a través de dicha (re)significación la forma en que se adelantan los procesos de reconstrucción que el regreso y el permanecer implican.

El objetivo del presente capítulo es exponer y analizar las tácticas del habitar encontradas en los procesos de retorno con los que trabajé. Para esto, ubico las formas mediante las cuales las tácticas operan, los lugares que (re)significan y los alcances que tienen. Ahora bien, como las tácticas del habitar se desarrollan en la cotidianidad, inicio este capítulo presentando el día a día de los retornos de San José del Peñón, Macayepo y El Salado a partir de la vivencia de tres mujeres. De allí paso a presentar las tácticas del habitar que se despliegan en medio del proceso de retorno. Finalizo con unas breves conclusiones respecto a la forma en que estas tácticas (re)significan lugares marcados por el miedo y la muerte.

5.1. La cotidianidad del retorno

Amanece. Son las cuatro de la mañana y el sol no aparece aún. Tres mujeres ya están levantadas y dispuestas a iniciar sus actividades diarias. Aunque diferentes, las mujeres tienen mucho en común: son amas de casa, madres o abuelas cariñosas y se niegan rotundamente a abandonar de nuevo su hogar. A las tres todavía las abruma el recuerdo del desplazamiento forzado y la violencia. Las tres son mujeres retornadas.

En Macayepo, Aura³⁵, una mujer delgada, de tez blanca, cabello castaño y grandes ojos cafés se encuentra prendiendo el fogón de leña. Se dispone a hacer tinto. Acomoda trozos de madera que aún guardan el calor de la noche anterior y los atiza con un soplado. De inmediato una pequeña llama aparece. El fogón se encuentra encendido. Aura se da vuelta para tomar

³⁵ Los nombres que utilizo en esta sección son imaginados por mí, aunque las situaciones y los testimonios son reales.

una olla mediana, la llena de agua y la coloca sobre el fogón. Toma su papeleta de *Sello Rojo* y agrega el contenido al agua que ya se encuentra caliente. Las mañanas de Aura transcurren siempre de la misma forma. Lo primero que hace al levantarse es preparar café. Así se lo exige su marido, quien está acostumbrado a tomar su bebida caliente antes del desayuno: “ni con el desplazamiento perdió la costumbre”, me comentó Aura en una de nuestras charlas cuando yo comenzaba a conocer este retorno y ella fue la primera mujer que contacté para que me diera una entrevista.

En San José del Peñón, Maya tiene lista la docena de bollos³⁶ que suele vender a sus vecinas. Aunque no gusta de la cocina, es la forma que ha encontrado para aportar a los gastos del hogar. Su esposo desde hace rato no encuentra un trabajo fijo, la sequía arruinó sus cosechas y su hija e hijo deben asistir a la escuela. Este no ha sido un buen tiempo para la familia. Pero Maya no pierde su entusiasmo, sueña con tener una tienda, un negocio parecido al que tuvo durante el desplazamiento forzado y que le ayudó en gran medida a lidiar con esa situación. Por ello, ahorra todo lo que puede de la venta de los bollos: “para hacerme una tiendecita”, piensa mientras termina de alistar su venta.

Maya se apura, debe hacer el desayuno y preparar a sus hijos para ir a la escuela. La moto llega temprano a recogerlos: ¡un gasto adicional!, suspira. En San José del Peñón todavía no existe una planta docente completa, por esto, los jóvenes que cursan el bachillerato deben trasladarse hasta las instituciones educativas que se encuentran en el municipio de San Juan: “La alcaldía dijo que nos iba a poner transporte para los pelaos, pero ya ve, aquí no ha llegado ningún transporte. Cada trayecto cuesta diez mil pesos, entonces, son veinte mil diarios. Mi esposo negoció con el de la moto a ver si nos hacía el viaje de los pelaos en menos”, me explicó Maya cuando le pregunté por esta situación.

En El Salado, Rosa cocina en el fogón de leña el desayuno. De la yuca que está preparando debe quedar para el almuerzo. Hoy se va al monte con su marido y debe llevar comida suficiente para enfrentar la ardua tarea que le espera. Nunca ha sido una mujer perezosa, por el contrario, siempre se ha destacado por su entusiasmo y fortaleza. Pero el tiempo ha

³⁶ Pasteles hechos de maíz.

pasado, sus huesos han comenzado a deteriorarse y los dolores comienzan a inundar su cuerpo: “los años, seño, los años”, me explicó la ocasión en que le pregunté por los dolores que la aquejaban. Rosa tiene sesenta años, el cabello corto, canoso; el cuerpo delgado. Desde su juventud trabajó: “antes limpiaba como cualquier varón”, recuerda, “yo solita desmonté todo esto”, me dijo señalando una calle del poblado con sus casas, cuando pregunté por su retorno. Pero los dolores han invadido su cuerpo restándole vitalidad.

La enfermedad no es lo que preocupa hoy a Rosa, es el aguacero de anoche y el estado de sus cultivos: ¿habrán resistido la caída de tanta agua? A pesar de que en épocas de sequía la lluvia suele ser una bendición, el torrencial aguacero pudo afectar las matas de yuca que comienzan a brotar en la tierra. Al igual que Maya, estos tiempos no han sido fáciles para Rosa y su esposo. La sequía se ha ensañado con este territorio echando a perder varios de sus cultivos. Callada, frente al fogón, Rosa recuerda los tiempos en los que el tabaco se daba por doquier, los tiempos de la abundancia, cuando El Salado ocupaba un lugar importante en la geografía económica de la región. ¡Tiempos que no volverán!, se lamenta.

Maya también se encuentra preocupada. Le preocupa la seguridad de su hijo e hija. El aguacero que cayó la noche anterior en El Salado extendió su fuerza hasta San José del Peñón. Y cuando allí llueve el arroyo se crece y resulta imposible cruzarlo. Algunos motociclistas arriesgados pasan sobre estas aguas exponiendo su vida. Ojalá que el conductor que lleva a sus hijos hasta la escuela sea precavido y se devuelva, piensa Maya. “El arroyo cruza siete veces la carretera si va en moto, pero si va a pie toca cruzarlo nueve veces. Si el arroyo se crece no hay forma de cruzarlo, nos quedamos incomunicados”, fue la advertencia que me hizo la primera vez que la visité. En esa ocasión también llovía y Maya quería que yo estuviera enterada que me podía quedar varada en San José del Peñón: “Ahora que tenemos celular, pero antes cómo hacíamos”, fue lo que concluyó.

La lluvia no es preocupación para Aura. En Macayepo anoche no llovió. Su preocupación es la contraria: la sequía. Desde que retornó, su familia no ha logrado tener una buena cosecha y este año el clima ha sido inclemente, tal vez el verano más fuerte de los últimos tiempos. Ya son varias las cosechas que su marido ha perdido: “al aguacate le cayó una

plaga, el maíz no parió, vamos a ver el ñame”, me dijo. Aura se preocupa: su familia vive del campo, pero el campo ya no es el mismo, no después de lo que sucedió. Esto es lo suelen comentar las personas retornadas de Macayepo con quienes Aura comparte en la iglesia evangélica a la que pertenece: después de la violencia la tierra ya no produce como antes. Aura toma la escoba e inicia su rutina diaria: barrer, lavar ropa, limpiar la casa. El marido ya se ha ido para el monte. Los hijos de Aura son mayores. Dos se encuentran en Sincelejo y el tercero vive en Macayepo, tiene una esposa y dos hijas. Viven muy cerca de ella, bueno, ahora todos viven cerca: “Macayepo ya no es el pueblo grande que solía ser”, me dijo Aura alguna vez. “No todos los vecinos y vecinas retornaron o desean volver, ya hicieron su vida en Sincelejo”. Tal vez sea esto lo que Aura más extraña del antiguo Macayepo: la vivacidad del pueblo, los vecinos, la vida antes del desplazamiento forzado. Aura se encuentra sola en la casa: “antes me daba miedo quedarme sola, como que sentía que esa gente iba a aparecer, pero ya no me da temor, eso lo he superado”, me contó Aura en una entrevista cuando me comentó que la mayor parte de su día la pasaba sola en su casa.

Algo similar le pasa a Maya con el sonido de las motos: antes la asustaban pues le recordaba la llegada de sus victimarios al pueblo. El sonido de las motos era una alerta que anunciaba la cercana presencia de la muerte. Hoy es diferente. Hoy, al escuchar una moto acercarse a su casa, Maya siente alivio, es el transporte de sus hijos que viene a dejarlos pues el arroyo no se pudo cruzar. La alegría de Maya al ver a la hija y al hijo entrar por la puerta de la casa se combina rápidamente con una nueva preocupación: “otro día sin ir a clase”. Maya suspira, toma aire y sigue barriendo el pequeño corredor que conecta las dos habitaciones de su casa agrietada.

Rosa también ha logrado superar el miedo que le daba caminar por ciertas calles de El Salado, particularmente, aquellas por las que ingresaron los victimarios y por las que quedaron algunos cuerpos tirados. Tardó un buen tiempo en caminar con cierta tranquilidad. Las imágenes de lo sucedido la agobiaban, imaginaba cosas, veía a las personas asesinadas asomarse por las ventanas o sentadas en las terrazas de sus casas tomando el fresco, no podía dormir. Fue una sicóloga que llegó a este corregimiento a realizar apoyo sicosocial a las víctimas retornadas la que la ayudó a ir superando el miedo. Rosa recuerda que con la

“doctora” tenía largas charlas en la que le contaba sus pesadillas y temores y esto era lo que la ayudaba a tranquilizarse. También le ayudó a tranquilizarse ingresar a una organización de mujeres y participar de sus actividades: “eso me distraía la mente”, me dijo Rosa. Finalmente, el tiempo de retorno transcurrido y la aparente tranquilidad de la zona fueron apaciguando las angustias de Rosa; y su espíritu. La mujer dicharachera que cantaba y bailaba con la música que le pusieran se fue opacando con el dolor. Rosa se volvió una mujer silenciosa.

Después de cruzar el poblado y subir a una de sus lomas, Rosa junto a su marido llegan al cultivo. Rosa se alivia al ver las pequeñas matas de yuca aún en pie. Deja caer al piso un maletín pequeño en el que carga agua, fiambre y sus herramientas de trabajo. Se dispone a iniciar la jornada de desmonte. Se dirige a la parte más alta del cultivo y allí con machete en mano comienza a limpiar las matas. Su ritmo es lento y hoy el sol parece calentar más que nunca. Su esposo, un hombre alto y robusto avanza sin dificultad. También él está limpiando, espera adecuar una zanja para sembrar algo de maíz y ensayar con el frijol a ver si “pare”. El hombre extraña la compañía de su hijo, un varón al que desde temprana edad llevó al monte para que aprendiera las labores del campo. Su sueño era heredarle la tradición campesina, pero este decidió radicarse en la ciudad para no volver nunca más al poblado.

El padre no lo culpa. Sabe que su vida quedó definitivamente marcada por la masacre: “quedó como traumatizado con lo de la masacre, entonces no le gusta hablar de eso, no habla de eso”. Tampoco gusta del pueblo. En la ciudad ha tenido oportunidades de estudio y de “salir adelante”. Está casado con una muchacha de Cartagena y acaban de tener una niña. La primera nieta de Rosa y su esposo. Los dos extrañan a la pequeña pues tienen poca oportunidad de verla. El hijo no los visita y a ellos les queda muy difícil viajar hasta Cartagena. Mientras desarrollan su trabajo en silencio, Rosa y su esposo recuerdan la infancia de su hijo corriendo y jugando entre matorrales, piensan en su nieta y añoran ver las primeras “gracias” que comienza a hacer la pequeña.

En Macayepo, Aura ya ha terminado de barrer las habitaciones y limpiar el polvo. Deja la escoba a la entrada de la cocina, toma un plato con algo de maíz, sobras del desayuno y

comienza a llamar a sus tres gallinas para alimentarlas. Antes tenía cinco gallinas, pero dos se agriparon y murieron. Las gallinas las obtuvo gracias a un proyecto que llegó al corregimiento con el fin de entregar ayudas en especie para apoyar la seguridad alimentaria de las familias retornadas. Mientras alimenta a las gallinas, Aura piensa que tres animalitos no son suficientes para alimentar a su familia, menos si no dan crías o si les cae la peste: “Supuestamente el gobierno nos va a ayudar, ¿cuándo? No se sabe, pero esperamos que nos ayude pa’ ver si cambiamos más la forma de vivir. Porque nosotros por aquí por el momento no hemos recibido ninguna clase de ayuda. Hay muchos que han recibido, pero nosotros no”, me explicó Aura cuando le pregunté por las ayudas que había recibido con el retorno.

Aura suele quedarse pensativa, con el maíz en la mano y las gallinas cacareando en sus pies. Mentalmente, hace una lista de las cosas que tiene pendiente: hacer el almuerzo, recoger la ropa de las cuerdas, ir a casa de su hijo para arreglar unos pantalones de las nietas que se han “estirado” y toca “bajarle al dobladillo”. Aura aprendió a coser de su madre y esta habilidad le ayudó durante el desplazamiento forzado cuando se dedicó a hacer arreglos de ropa. Hoy cose poco, algunos ajustes de la ropa de las nietas, del hijo o del esposo. Se dedica más a las tareas del hogar, le gusta tener su casa limpia, así la casa que habita no sea de ella sino de sus suegros. Aura inmóvil se pierde en sus pensamientos hasta que las campanas de la iglesia que anuncian la misa de las doce la despiertan de golpe: ¿Campanas de la iglesia? Se ríe Aura. Hace rato las campanas no suenan. La iglesia sigue en ruinas y por el momento no hay nadie que la quiera reparar. Las campanas ya no anuncian la misa. Son los recuerdos de Aura los que la sacan del trance.

Maya ha comenzado a hacer el almuerzo: arroz, yuca y un poco de carne es lo previsto para hoy. “Por los pelaos no hay problema”, me dijo un día Maya charlando sobre sus recetas de cocina, “al pae’ es al que hay que guardarle bastante, ¡ese hombre come!”. Sus hijos se encuentran jugando en la calle con otros niños y niñas que tampoco pudieron ir a la escuela hoy; no hay luz como es costumbre en este poblado y Maya se asoma a la puerta de su casa a tomar un poco de aire. Con los ojos puestos sobre una pequeña calle, recuerda: “toda esta costa, era pura casa, hasta allá y doblaba allá. Allí había una casa y más allá, donde quedaba el templo de los evangélicos. Y atrás de esta quedaba otra casa. Y aquí teníamos un

parquecito...nada de eso existe ahora”. Regresa al interior de la casa, a la cocina, se sienta en una silla rimax y comienza a pelar la yuca para el almuerzo.

Por su parte, Rosa y su esposo están sentados en medio del cultivo comiendo. El trabajo ha sido dispendioso hoy. La lluvia ha puesto el terreno resbaloso lo que no ha facilitado el desmonte. Comen en silencio, solo pronuncian las palabras necesarias, nada más allá de esto. Rosa parece distraída con el paisaje. El terreno se encuentra en lo alto de la montaña desde donde puede observar todo el poblado: la gran casa de la cultura que sobresale con su espléndida construcción, los techos de las casas nuevas que construyó el gobierno también se dejan ver, “fueron pocas para tanto damnificado”, piensa Rosa, la calle que da a su casa y la iglesia. A pesar de todo, Rosa y su esposo no se arrepienten del retorno. Tal y como lo expresó él en una de nuestras entrevistas: “Aquí es donde nosotros tenemos la vida, porque esta es la tierra donde uno vive, donde uno nació. Aquí usted vive feliz, vive tranquilo”.

Aura almuerza sola. Su esposo está en el monte trabajando y llega hasta la noche. Fue contratado en una finca cerca a Sincelejo. “Él es machetero, trabaja por días”. Es una suerte que haya encontrado este trabajo: “tenía semanas de no trabajar, aunque él se rebusca”. Cuando termina de almorzar, Aura se levanta y se dispone a lavar los chismes³⁷. También Maya se encuentra lavando chismes. Ella y sus hijos han terminado de almorzar. Maya se apura. Debe ir a la casa de su madre a llevarle el almuerzo y a ayudar con el aseo.

La mamá de Maya es una señora de edad, le cuesta caminar y, al igual que Rosa, le aquejan dolores en el cuerpo. Ya no cocina, poco se mueve, pero sigue siendo una mujer independiente: “le gusta vivir sola en su casa, por eso, yo paso las tardes con ella”, me comentó Maya cuando le pregunté de la posibilidad de llevarla a vivir con ella. Maya termina de organizar la cocina, se guarda un billete de dos mil en el bolsillo y sale presurosa hacia la casa de su madre. Por el contrario, Aura no reviste afán. Se embelesa lavando los chismes, disfruta cada chorro de agua que cae sobre sus manos, ubica todo cada plato en su puesto. Se dirige hacia su habitación, quiere dormir un poco.

³⁷ Como chismes son nombrados diversas herramientas de la cocina: platos, tenedores, ollas, tapas, etc.

Rosa y su esposo también caminan lento, no hay nada que apresure sus pasos, nadie los espera en casa. Bajan la montaña, cruzan las calles del pueblo, saludan a algunos vecinos. Al llegar a casa, el esposo de Rosa se dirige hacia la hamaca que tiene guindada en el quiosco del patio. Hace calor, se encuentra cansado, desea reposar. Rosa también está en el patio, pero no descansa, se pone a limpiar las maticas que allí tiene sembradas: hortalizas y plantas medicinales que le ayudan con los dolores del cuerpo. Su huerta casera es producto de un proyecto que trajo una Ong internacional a El Salado y en el que ella participó. Rosa recuerda a una joven española encargada de enseñarles la mejor forma de sembrar las hortalizas. La joven que se la pasaba fumando –lo cual molestaba mucho a Rosa- no estuvo mucho tiempo en el trabajo: renunció, la trasladaron, se enfermó, nunca se supo; simplemente un día llegó una mujer argentina un poco mayor a reemplazarla.

Maya ya está en la casa de su madre. En un pequeño comedor de madera se encuentran las dos mujeres sentadas. La mayor está comiendo mientras la menor, Maya, le comenta los percances del día. La madre de Maya está distraída. Su mirada se detiene en el pequeño televisor que los hijos le regalaron hace poco. La luz ha llegado al poblado y a la madre de Maya le gusta ver el noticiero para lamentarse de la situación del pueblo y de cómo los políticos les han prometido arreglar las casas que se encuentran agrietadas y no han cumplido. Cuando termina la emisión del medio día, la madre se levanta presurosa y apaga el aparato. No le gusta ver las novelas que siguen a continuación, la señal no entra bien y encuentra inoficioso pasar el resto de la tarde sentada frente al televisor.

El cielo comienza a toldarse de gris en El Salado. Rosa termina de limpiar sus matas, recoge la ropa que tenía secando y se dirige hacia su cuarto a sentarse en la cama para doblar la ropa. Prende el abanico y con mucho cuidado va extendiendo las camisas de su marido sobre el colchón, pasando la mano por encima de ellas para desarrugarlas y finalmente, con una traza casi exacta, doblarlas en cuadros. Aura, quien después de dormir un rato se fue a la casa de su hijo, conversa con la nuera mientras cruza aguja e hilo por el dobladillo de un pantalón. Aura recuerda una canción entonándola para explicarle a su nuera la forma en que ella ayudaba a su marido a recoger la cosecha de aguacate: “Yo cantaba mientras trabajaba.

A mí lo que me gustaba era cantar”, me comentó Aura en una entrevista en la que le pregunté por su vida en la juventud. ¿Y ahora no canta? La interrogué: “no, ya no”, fue su respuesta.

Cae la noche. Las tres mujeres terminan su día de la misma forma en que lo iniciaron: frente al fogón. Preparar la cena es una de las actividades que realizarán antes de irse a dormir. Maya preparará los uniformes de sus hijos a ver si mañana pueden “llegar” a la escuela. Rosa se sentará junto a su esposo en la terraza a tomar el fresco, charlar y recordar cuando allí se reunían con vecinos que murieron o no regresaron. Aura esperará a que su marido llegue de trabajar para cenar junto a él.

Las tres mujeres se encuentran silenciosas; sus miradas se pierden en las llamas del fogón. Las tres desean un mejor futuro, que sus vidas cambien. Saben que mañana su rutina seguirá igual: trabajo, carencias, recuerdos, anhelos y el “echar pa’lante” que las caracteriza. Aura, Rosa y Maya terminan el día con la certeza de la imposibilidad de conciliar un sueño tranquilo, pues a pesar de que la situación ha mejorado, el miedo se conserva en lo profundo de su ser, recordándoles siempre lo que las llevó al desplazamiento forzado y lo que las lleva a leerse hoy como mujeres retornadas.

5.2. Las tácticas del habitar

La cotidianidad del retorno transcurre entre recuerdos, añoranzas y acciones que despliegan las poblaciones retornadas con el fin de reconstruir proyectos de vida marcados por la experiencia del desplazamiento forzado y la violencia del conflicto armado. En este contexto, las prácticas del recuerdo en tanto acciones transformadoras se convierten en tácticas que permiten habitar el retorno adecuando sus lugares (biográfico, geográfico y organizativo) para hacerlos vivibles. Si bien estas tácticas no modifican completamente los lugares del retorno, sí actúan en ellos asignándoles significados diferentes a los legados por la guerra, a los contruidos desde miradas expertas o a los designados desde la historia única (Adichi, 2009) para desde allí proponer lugares de representación (Lefebvre, 1991), romper estereotipos asociados a la victimización y construir y reconstruirse en medio del retorno.

De las diversas tácticas del habitar que utiliza la población retornada, yo pude identificar cuatro. La primera, denominada recordar, es el ejercicio al que recurre la población retornada para visitar su pasado y extraer de él aspectos útiles mediante los cuales desarrollarán las otras tácticas del habitar. Así, la táctica del recordar es la plataforma que permite obtener la materia prima para la operación de las tácticas: los recuerdos. La segunda táctica, hacerse más grande que el otro, se sustenta en la práctica del narrar y en la construcción de narrativas del retorno. Esta táctica se encarga de organizar, significar y explicar las experiencias vividas al mismo tiempo que elabora y enuncia las razones para volver y quedarse.

La tercera táctica -organizar(se)- surge de la necesidad, la experiencia y la tradición. Esta táctica hace referencia a la triple tarea que implica el retorno en términos organizativos: adecuar el paisaje para hacerlo habitable, organizar a la comunidad para asumir ciertas labores e interlocutar con entidades del Estado para que se garanticen los derechos humanos y se cumplan las promesas realizadas a las poblaciones retornadas. La cuarta táctica -habitar mediante el recuerdo- es la táctica más difícil de explicar, pero tal vez la más evidente. Se orienta por el recuerdo, opera en las representaciones del lugar y se materializa en tránsitos, objetos, cuerpos y lugares de representación (Lefebvre, 1991). Su función es la de restaurar el sentido del lugar (Agnew, 2011) y con ello, la cotidianidad del regreso.

5.2.1. Primera táctica: recordar

Defino la táctica del recordar como la acción de tomar distancia del pasado para extraer de él aspectos útiles que permiten vivir el presente. Esta distancia va más allá del tiempo transcurrido (Seprúm, 1995), de la capacidad de regresar a la situación límite (Jelin, 2002) o del domesticar la vivencia para narrarla (Blair, 2002; Das en Ortega, 2008). Tiene que ver con el cara a cara que se realiza con el pasado violento para, a través de los recuerdos, generar cierta continuidad entre proyectos de vida rotos por la violencia del conflicto armado y reconstituídos por el regreso. Para esto, la táctica del recordar funge como un espejo que refleja en la misma imagen la vida del “antes” y los deseos por lograr una vida mejor en el

futuro. Un espejo con la capacidad de hacer convergir pasado y futuro para transformarlos en cotidianidad.

Aparecen aquí los efectos reparadores del recuerdo o el recuerdo en tanto táctica. Como bien lo plantea Lastra (2013) los recuerdos funcionan como guías que orientan la acción durante el retorno: ¿Qué hacer? ¿Cómo hacerlo? ¿En qué momento hacerlo? Son interrogantes que se solucionan a partir del recordar. Su función también tiene que ver con restablecer lazos de pertenencia con personas, objetos y lugares (Lastra, 2013). De esta forma, la táctica del recordar le permite a la población reconstruir los vacíos encontrados en el retorno para llenarlos de contenido (Pujadas, 2004). Ahora bien, recurrir a los recuerdos como fuente que alimenta la cotidianidad no significa quedarse viviendo en el pasado. Su propuesta no es la inmutabilidad sino los cambios requeridos para hacer posible el permanecer.

Es la convergencia entre pasado y futuro convertida en cotidianidad la que permite a la población retornada reelaborar su espacio biográfico para nombrarse desde las luchas adelantadas con y para el regreso. Esto permite a su vez la configuración de una subjetividad retornante heroica que habilita a estas poblaciones a exigir una vida diferente a la experimentada durante el conflicto armado y el desplazamiento forzado. De esta forma, la táctica del recordar opera tanto en el lugar subjetivo como en el organizativo pues sienta las bases para imaginar un proyecto colectivo de retorno, ponerlo en práctica y construir identidades retornantes.

Es importante recordar que parte de la población retornante de las comunidades con las que trabajé está constituida por hijos, hijas, nietos y nietas; generaciones que nacieron y crecieron durante el desplazamiento forzado o durante el retorno y que no cuentan con referentes del lugar de expulsión o de previa residencia (Lora, 2006). Para ellos y ellas el retorno no significa ningún regreso. Por esto, es necesario recrear una identidad retornante que le permita a las nuevas generaciones integrarse a las luchas que padres y madres han emprendido a lo largo de sus vidas. De esta forma, la táctica del recordar al recrear un pasado compartido refuerza la idea de comunidad, continuidad del proyecto colectivo e integración en torno a éste (Coutin, 2016).

La táctica del recordar también opera en la construcción de una relación comunicativa con el otro/a. En las diversas entrevistas y charlas que sostuve con población retornada puede evidenciar el esfuerzo que realizaba esta población por establecer una relación comunicativa que me permitiera entender de qué trataba el proceso de retorno y explicarme por qué se reclamaba lo que se reclamaba. Se genera de esta forma lo que Passerini (2006) denominó un contexto de intercambio o en palabras de De Certeau (1999) el contrato enunciativo con el otro; esto es, las relaciones de intersubjetividad que las prácticas del recuerdo implican.

En este sentido, el recordar en el retorno, se orienta hacia la persona que escucha para involucrarla como parte activa en la construcción de demandas que se realiza en este proceso (Jimeno, Pabón, Varela, & Díaz, 2016; Visacovsky, 2016). En mi caso, por ejemplo, se me hicieron solicitudes de diversas índoles (incluir a las personas en listados de casas gratuitas, realizar gestiones para que llegaran más recursos a los municipios, entre otros) convirtiéndome no solo en interlocutora sino en depositaria de las expectativas de la población y posible facilitadora para acceder a las mismas.

El problema de la escucha “resalta la dimensión moral que la problemática de las víctimas comporta” (Blair, 2008, p.91) pues escuchar el testimonio es acto de respeto y condición para su producción, recepción, comprensión y sentido (Levi, Trilogía de Auschwitz, 2005). Aquí aparece la tercera función del recordar en el retorno: activar su intención política. Llevar la narrativa a una dimensión moral desde la construcción de empatía con el escucha es trasladar los recuerdos desde el ámbito personal al ámbito de lo público con el fin de incidir en la realidad. De esta forma, la táctica del recordar busca construir lazos a través de la identificación y la solidaridad con el fin de transformar contextos, fortalecer el tejido social y estructurar el lugar biográfico a partir de la historia de movilidad que han tenido estas poblaciones.

Para esto, la táctica del recordar ubica en un lugar central las memorias habituales de la población retornada, es decir, aquellas que hacen parte de una vida normal y tienen poco de memorables (Jelin, 2001). A pesar de que los recuerdos que emergen en el marco del retorno se enuncian desde los repertorios de la violencia que afectaron a las comunidades, las

memorias habituales también tienen un lugar en estas prácticas del recordar y junto a éstas, el reclamo de por qué investigadores e investigadoras no indagamos por estos aspectos de la vida cotidiana. Así me lo hicieron saber algunas mujeres del barrio Porqueritas que participaban en un taller de reconstrucción de memorias durante el año 2008. De acuerdo a lo consignado en mi diario de campo:

-Seño, me dijo la mujer, pero siempre hablando de la violencia y los muertos. Yo hoy no quiero hablar de eso.

-¿De qué quiere hablar entonces? Respondí yo.

-Del río. De cómo íbamos a pasear al río. De cómo allí conocí a mi primer amor.

-Bueno, entonces hablemos de eso.

El taller se convirtió en un conversatorio donde las mujeres mayores, las abuelas que participaban del proyecto, nos contaban a las menores sobre sus amores, del cómo se escapaban de sus casas para ver a sus galanes, cómo se iban a fiestas y paseos al río. Llevábamos más de tres jornadas reconstruyendo la incursión de los violentos y el desplazamiento forzado de San José del Peñón (Bolívar), hablando de amenazas, muerte, miedo y desolación. Este conversatorio se nos convirtió en un espacio de risa, preguntas, aprendizajes entre mujeres. Recuerdo la carita de la niña, no su nombre, pero sí su cara, sonriente al escuchar cómo la abuela había tenido una juventud llena de aventuras. No podemos agotarnos en la violencia, no podemos leernos exclusivamente a través de ella, no podemos perder de vista que estas personas a la que llamamos víctimas han vivido toda una vida con los matices que significa vivir la vida. No podemos ahogarnos en las memorias de la represión (Extracto diario de campo).

Los recuerdos que hacen parte de las memorias habituales que emergen al narrar el regreso no son elementos menores de la construcción narrativa de un pasado desgarrador. Por el contrario, son los recuerdos de la familia, los paseos al río, los juegos de fútbol, los primeros amores, entre otros, los que evidencian cómo la violencia irrumpió para desarticular proyectos de vida ya establecidos y legítimos. Son estos recuerdos lo que les permite a las personas retornadas mostrarse como personas normales que han sufrido injusticias y buscan a través de la relación comunicativa establecida a partir de las prácticas de recuerdo involucrar al otro y la otra en un proyecto de justicia social (Coutin, 2016). Considero, entonces, que la reconstrucción de las memorias del conflicto o las memorias de la represión

(Jelin, 2001) deben pasar necesariamente por aquellas memorias “menores”, “cotidianas” o “culturales” que también dan cuenta de la guerra y sus significados.

Finalmente, la táctica del recordar, funciona a manera de advertencia frente a la continuidad del conflicto armado en los Montes de María. En una entrevista realizada en Ovejas (Sucre), le pregunté a un hombre cómo había podido permanecer en un primer momento de su retorno en un lugar que no le garantizaba medios de subsistencia mínimos como agua y comida; el hombre me dijo que la carencia de estos elementos no había sido el mayor obstáculo para permanecer sino la presión ejercida por grupos paramilitares para que su población volviera a desplazarse. Reflexionando respecto a esta situación, el hombre me comentó:

Bien no hemos vivido, no creo. Eso siempre ha existido, los grupos, que se llaman distinto dependiendo la época, pero la violencia siempre ha estado (Testimonio hombre retornado).

Recordar un pasado reciente es también reencaminar el presente a partir de lo que se vivió en el pasado: aquello vivido puede volver a suceder. De esta forma y en un contexto en el que todavía no existen las garantías suficientes para que las poblaciones retornadas puedan consolidar sus procesos y en los que, incluso, algunos retornos siguen siendo invisibles, los recuerdos no solo remiten al pasado, sino que advierten sobre el presente. En este sentido, las prácticas del recuerdo llaman la atención sobre las condiciones políticas, económicas y sociales que retienen al pasado, es decir, que posibilitan que dicho pasado pueda volver a ocurrir convirtiéndolo en un pasado que no pasa, un pretérito presente (Huyssen, 2002), o un pasado que es tanto “deseado como temido” (Coutin, 2016, p.13). Así, encuentro que el retorno produce una práctica del recuerdo que no intenta constituirse en memoria ejemplar (Todorov, 2008) o memoria narrativa (Jelin, 2001) pues su intención se limita a advertir sobre los riesgos del hoy.

5.2.2. Segunda táctica: ser más grande que el otro

La segunda táctica del habitar que encuentro en los procesos de retorno estudiados por mí es la narración que hacen las personas retornadas de su proceso o la construcción de lo que

he denominado las narrativas del retorno. Entiendo que esta construcción resulta táctica en la medida en que dichas narrativas controvierten las lecturas que desde voces expertas como las académicas, las que diseñan políticas públicas y las que aplican tales políticas hacen del proceso de retorno. La construcción narrativa del retorno es táctica, también, porque en ella se pone en juego lo que Adichi (2009) denominó el *Nkali* o el poder de ser más grande que el otro para imponer la propia voz. Así, lo que encuentro cuando las personas narran el retorno desde sus propios términos es una intención de empoderar sus voces, hacerlas grandes y ubicarlas en un plano de interlocución válido.

Como lo expuse en los primeros capítulos de este texto el retorno ha sido nombrado desde diferentes voces que hacen lecturas parcializadas, clausuradas y hegemónicas sobre estos procesos. De dichas lecturas se desprenden una serie de supuestos -lo que en el primer capítulo expuse como supuestos sobre el lugar de origen, el retorno y las personas retornadas- que circulan y son aceptados en campos de producción intelectual, de construcción de políticas públicas, protocolos y planes de acompañamiento a población retornante determinando su deber ser. Así, terminan configurándose una serie de tecnologías que apuntan a normalizar a las víctimas del conflicto desde una lectura que invisibiliza, resta importancia u omite lo que tienen por decir las voces de las personas retornadas respecto a su victimización, desplazamiento forzado, retorno y perspectivas de futuro.

Las relaciones comunicativas en tanto relaciones de fuerza configuran campos de producción simbólica (Bourdieu, 1999). En este sentido no todas las voces cuentan con el aval para hablarle a los partícipes del campo, el poder para hacerlo o las condiciones para que su palabra sea legitimada (Foucault M. , 1987; Deleuze, 2007). De allí que al interior del campo se presenten luchas por imponer valores y reconocimientos (Bourdieu, 1999). Es aquí donde opera la táctica de hacerse más grande que el otro: en el campo de enunciación de lo que el retorno es. Para ello, recurre a una construcción narrativa en la que prima una historia contada desde las luchas adelantadas por la población víctima del desplazamiento forzado para sobrellevar la violencia y los efectos del conflicto armado, de las gestas adelantadas por los movimientos campesinos de los Montes de María y de la vida “chévere” que se niega a quedarse en el pasado.

Así, por ejemplo, una mujer retornada a San José del Peñón se refirió a su desplazamiento forzado como una experiencia “muy amarga” porque en dicha situación era mirada “por encima del hombro”. Otra mujer comentó que decidió retornar porque su casa no la iba a dejar “caer” y que cuando llegó a San José del Peñón “limpió” todo ella sola: la casa y la calle. Una tercera mujer de esta comunidad respondió a mi pregunta sobre volverse a desplazar, que a ella no le gustaba otro pueblo para vivir y que su pueblo no “lo cambiaba por nada”. Frente a las expectativas que se tienen con el regreso, un joven señaló: “que se llenara de más habitantes, de hogares, de tiendas, de supermercados, que sea un pueblo renovado, manteniendo la cultura, las tradiciones, no hay que hacer casas muy bonitas sino mantener nuestra casita como la tenemos” (Testimonio hombre retornado).

Entonces, la táctica de hacerse más grande que el otro opera desde un proceso de rotación (Das, 2008) en el que se ensamblan de diferentes formas imágenes del pasado con el fin de orientarlas hacia aspectos que resultan útiles en la situación presente. Así, la imposición de unos referentes de retorno produce a su vez resistencia: la lucha por el reconocimiento de una voz o, en términos de Bourdieu, su autorización (1999). El nombrar el retorno a partir de unos hitos, unos personajes, unas vivencias y unas carencias es un ejercicio de resistencia en tanto inviste poder: “hacer el mundo nombrándolo” (Bourdieu, 1999, p.65): “gracias a dios que no pase nada porque nosotros estamos amañados aquí, ¡sabroso! Este es el pueblo de uno” (Testimonio mujer retornada). De esta forma, la población retornada reta las lecturas que sobre ella se han hecho confrontándolas y reescribiéndolas.

La táctica de hacerse más grande que el otro permite a la población retornada leerse no como humanidades desnudas (Malkki, 1995) sino como actores sociales que hacen parte de una red de violencias históricas, de desconocimiento de derechos humanos y vulneración de los mismos con el fin de reclamar desde una condición de ciudadanía rescatando así el papel político del testimonio (Jimeno, en Ortega, 2008). Muestra de esto es el testimonio de dos mujeres retornadas frente a las gestiones que adelantan para adecuar sus poblados. La primera dice: “Nosotros aquí hacemos todo, nosotros no necesitamos nada del gobierno, si no nos dan, tenemos que hacer, porque tenemos que hacer las cosas”. La segunda cuenta el proceso de recuperación de un parque: “ahora en estos días lo limpiamos porque pensamos

recuperarlo, estamos trabajando con la Junta de Acción Comunal porque pensamos recuperarlo”.

Como lo señala Ortega (2008), es posible hacer una apropiación de la descripción de la experiencia de sufrimiento para usos políticos. En el caso de la táctica de hacerse más grande que el otro estos usos políticos tienen que ver con:

1. Romper con la lectura armoniosa del ayer o el embellecer el pasado (Bahloul, 1992) para transitar a lecturas que conciben el conflicto, las carencias y los derechos no garantizados en el pasado y en el presente. Así, el narrar se convierte en denuncia sobre la exclusión social, la marginación y el silencio oficial (Blair, 2008, p. 87):

Las cosas eran mejores porque antes nos ayudábamos mutuamente, ahora no, no tenemos tierra pa' prestar y si tenemos un pedacito, no prestamos.

- ¿Por qué no?
- La desconfianza, seño, ya no hay confianza
- Usted dice que ya no es posible fortalecer la economía campesina. ¿Por qué?
- Nuestra economía está muy débil ahora. No hay tierra y lo que hay es pura palma y teca. En esta zona no hay campesino sino puro empresario y el gobierno quiere que uno se asocie pa' volverse empresario. Yo soy es campesino (Entrevista con hombre retornado).

2. Adelantar la lucha contra el olvido político (Jelin, 2001), aquel producido por la imposición de memorias oficialistas, por contextos que no son susceptibles a la recepción de ciertas memorias o al ocultamiento, invisibilidad o imposibilidad narrativa que tienen ciertas voces (Castillejo, 2009): “Buscamos apoyo, pero el apoyo fue a medias (silencio) no tuvimos un retorno con acompañamiento, de autoridades y eso, no, no hay” (Testimonio hombre retornado).

3. Narrar el retorno permite ubicar en la narrativa al sujeto que narra como protagonista, sobreviviente y voz paradigmática del deber de memoria. Así, se constituye la voz del testigo que corresponde a una orientación ética “en tanto pretende moldear hábitos, costumbres, sentimientos y prácticas constitutivas del orden social” (Garzón, 2015, p.132). Devenir en

testigo permite reconstruir la subjetividad, ubicarse como agente transformador y lograr niveles de incidencia en la comunidad o liderazgos:

Nosotros vamos pá lante, rompiendo y rompiendo, tirando machete desde que llegamos, matando mosquito, matando culebras (...) Nosotros duramos aquí 15 días más o menos que ni siquiera sabía uno quien era, desayunábamos el desayunito arroz, almorzábamos arroz con lentejas y cenábamos arroz con lentejas (Testimonio Hombre retornado).

De esta forma, la táctica de hacerse más grande que el otro más allá de recrear realidades (Denzen, 2003) o definir “los contornos de la propia acción” (Ricoeur, 2008, pág. 115) apunta a asignarle autoridad (Bourdieu, 1999) a las voces de las personas retornadas para a través de sus narrativas demostrar que las luchas adelantadas por esta población valen la pena y son legítimas. Como bien lo expresó una mujer en San José del Peñón: “valemós más porque somos retornados y tenemos más fuerza” (testimonio mujer retornada).

Ahora bien, estas narrativas son posibles en un contexto de enunciación contemporáneo marcado por el giro subjetivo, el deber de memoria y por movimientos sociales que retoman el pasado como plataforma política para enunciar sus reclamos (Garzón M. A., La subjetividad rememorante, 2015). En Colombia, es el discurso del postconflicto, la visibilidad e incidencia que han logrado las víctimas y la institucionalidad creada para atenderlas (Centro de Memoria Histórica, Unidad de Víctimas, entre otras), lo que ha posibilitado que las memorias de estas poblaciones sean tenidas en cuenta para ser escuchadas como memorias ejemplares (Todorov, 2008) y orientaciones para adelantar procesos de reparación simbólica y de dignificación de las víctimas. A pesar de esto, no todas las memorias han sido escuchadas o han ingresado al registro histórico del conflicto armado en Colombia. El campo de las memorias es uno de luchas que incluye, excluye, muestra u oculta (Jelin, 2001). De allí que las narrativas del retorno se muestren como tácticas, pues son la forma en que las poblaciones retornadas ingresan a este campo de lucha y reclaman una posición en él.

5.2.3. Tercera táctica: organizar(se)

El retorno implica por lo menos tres momentos de gestión: la organización del retorno durante la situación de desplazamiento forzado, los primeros momentos del regreso y, finalmente, cuando las poblaciones ya se encuentran establecidas con el fin de permanecer en el territorio. Estos momentos involucran el análisis de situaciones, toma de decisiones y adelantar acciones para lograr ciertos objetivos. Lo anterior tiene como resultado la tercera táctica del habitar hallada en esta investigación: organizar(se).

De acuerdo a mi experiencia en los Montes de María puedo decir que la organización social es elemento fundamental para adelantar procesos de retorno y tratar de consolidarlos. En cada uno de los retornos que visité durante mi trabajo de campo puede evidenciar diversos tipos de organización: de jóvenes, mujeres, campesinos, retornados, etc. que, a través de sus trabajos en términos de economía campesina, derecho de las víctimas, reconstrucción de memorias y manejo del tiempo libre, intentan generar condiciones dignas para quedarse. Ahora bien, la organización se consolida en el retorno a partir de tres momentos:

En el primer momento las personas retornantes se organizan con el fin de adecuar las condiciones físicas y materiales del territorio al que regresan. Aquí, las tareas que priman son las de desmontar las casas, hacerlas vivibles, conseguir agua y comida. Para esto, las comunidades se dividen en equipos que adelantan tales labores. El segundo momento se deriva de la necesidad de protección de las comunidades retornantes. Al retornar en medio del conflicto y sin ninguna garantía de seguridad más allá de la presencia de bases de la Infantería de Marina –lo cual también resultaba amenazante-, las poblaciones de El Saldo, Macayepo y San José del Peñón debieron protegerse a sí mismas.

Las personas de estos retornos se organizaron para hacer turnos de vigilancia, recorrer los alrededores del poblado y advertir la presencia de extraños. La gente se juntaba durante la noche para dormir en las casas que contaban con electricidad, suficientes velas o algo de claridad. Durante el día, la vigilancia continuaba, pero se traslada hacia las zonas que

comenzaban a ser adecuadas para el cultivo. Con el paso de las semanas y gracias a la constatación de que no había grupos al margen de la ley rondando o haciendo presencia en el territorio, las labores de vigilancia por parte de la población comenzaron a minimizarse e incluso desaparecieron dando paso a otro nivel de organización: aquel que busca la garantía de derechos a través de la interlocución con las alcaldías, la institucionalidad encargada del tema de víctimas o las diferentes ong's que hacen presencia en la región. Aparece el tercer momento de la organización.

En los retornos, se convocaron reuniones para establecer necesidades, medidas a tomar y personas que puedan representar a la comunidad. Algunos líderes y lideresas regresaron al casco urbano para visibilizar el retorno, pidieron ayuda estatal o gestionaron alguna solicitud de recursos. Se conformaron organizaciones con carácter legal que reclaman derechos a la tierra, la vivienda, la salud, la educación, la reparación, entre otros. Se aprende lo que palabras como estatutos, representante legal o nit significan y se incorporan al vocabulario términos como derechos, ruta jurídica, sentencias de la corte y muchas más que evidencian la formación política que adquieren estas poblaciones durante sus trasgresos (Salcedo-Fidalgo, 2015). La organización comienza siendo una estrategia de supervivencia para convertirse en lugar del retorno y táctica del habitar.

En la comunidad de Villa Colombia (Ovejas, Sucre) las familias retornadas se organizaron en mingas para reconstruir sus casas o hacerles mejoras. Asocare, una organización de campesinos desplazados retornados reivindica el derecho a la tierra y desarrolla proyectos de autonomía alimentaria como la siembra de maíz, yuca, ñame y tabaco. Actualmente, cuentan con un apiario para la producción de miel. En El Salado, las mujeres se organizaron en Mujeres Unidas del Salado, algunos hombres en la Asociación de Desplazados de El Salado, Bolívar –Asodesbol- y otros en la Asociación de Campesinos. Las anteriores organizaciones buscan el desarrollo productivo del corregimiento y la incidencia en las políticas públicas que se implementan en la región. Los jóvenes, por su parte, comenzaron a integrar el colectivo de comunicaciones Cocosalado desde donde promueven los derechos humanos a través de la radio comunitaria, la fotografía y la realización audiovisual.

En San José del Peñón no existe una organización de este tipo, sin embargo, varias de las mujeres que retornaron a este corregimiento participan de Narrar para Vivir, una organización de mujeres ubicada en San Juan Nepomuceno que realiza labores de apoyo sico-social, económico, productivo y jurídico a mujeres que han sufrido diversas victimizaciones a causa del conflicto armado. Por su parte, en Macayepo se encuentra la asociación de productores agrícolas de Macayepo (ASOPRAM) que se conformó a propósito del retorno, la red de organizaciones cristianas ASVIDAS y la Asociación de Jóvenes Emprendedores de Macayepo.

Ahora bien, con el retorno también se propicia la reunificación familiar. Esposas, hijos e hijas comienzan a regresar, al igual que tías, primos, vecinas, etc. Junto a estos habitantes llegan a los poblados personas ajenas que bajo la denominación de retornadas intentan integrarse a los beneficios de la oferta institucional. No fueron muchos los casos que me comentaron al respecto, sin embargo, las personas que dieron cuenta de esta situación me hicieron la advertencia de tener cuidado al diferenciar los verdaderos retornantes de “avivatos” que solo querían sacar provecho de la situación. Más allá de diferenciar quiénes son retornantes y quienes no, lo que queda claro es que con el retorno llegan nuevos y antiguos pobladores con la intención de quedarse y reconstruir la vida comunitaria. Para esto, cuando la comunidad se encuentra más establecida comienzan a desarrollarse una serie de actividades colectivas que fortalecen la identidad y el sentido del lugar (Agnew, 2011).

Lo anterior propicia otro tipo de organización: aquella que se encarga de la tradición, el festejo y el encuentro comunitario. Los procesos de retorno no se agotan en las tareas del sobrevivir. Aquí también hay espacio para el festejo, la celebración y el ocio. Para esto, se retoman momentos colectivos que resultan significativos en la construcción de lazos identitarios y en la generación de cohesión e integración social: fiestas religiosas, celebraciones populares, festivales musicales, torneos de fútbol, encuentros culturales y otra serie de actividades más conforman el repertorio de iniciativas que se desarrollan en el retorno y que dan cuenta de lo que me dijo una mujer retornada a San José del Peñón respecto a la activación de las fiestas del dulce y la chicha: “era momento ya de celebrar” (testimonio mujer retornada).

Un ejemplo de este tipo de organización es el que realizaron y siguen realizando las mujeres de El Salado para retomar las fiestas patronales. Fueron ellas quienes decidieron festejar, hacer colectas para pagar un grupo musical, gestionar el sonido para alegrar la cancha principal, adecuar el altar de la virgen del Carmen y organizar la procesión. Para la población de Montes de María celebrar la fiesta de la virgen del Carmen (16 de Julio) es un ritual de mucha importancia. Por ello, es una de las primeras celebraciones en ser retomadas durante el retorno. Otras celebraciones como la del festival del dulce y la chicha celebrada en San José del Peñón, son muestra del cómo estos espacios de encuentro tienen importancia para configurar el retorno y del cómo la gente se organiza, también, para celebrar.

Desde la organización para el trabajo hasta la organización para conmemorar fechas importantes la población retornada está construyendo de nuevo la confianza y la idea de comunidad, en general, reconstruyendo su tejido social: “Acá, los espacios familiares y el sentido de vecindad se constituyeron en partes fundamentales del devenir de la misma comunidad” (Ospina, 2013, p. 87). La táctica del organizar(se) resulta de esta forma en práctica fundamental para consolidar el habitar del retorno y generar las condiciones para que las personas no deban desplazarse de nuevo.

El surgimiento del lugar organizativo como táctica del habitar puede explicarse a partir de la tradición organizativa que caracteriza a los Montes de María. Esta tradición refiere a una serie de luchas que se adelantaron (y se siguen adelantando) mediante la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos ANUC de la cual varias de las personas retornadas con las que hablé tienen referencia pues abuelos, abuelas, padres y madres fueron partícipes de esta organización o porque ellas y ellos son afiliados a la misma. Otras personas que no tienen contacto tan directo con la ANUC conocen su historia y el trabajo desarrollado por esta organización pues los efectos de sus luchas repercutieron en gran parte de la región y hoy por hoy sus reivindicaciones siguen teniendo vigencia en este territorio.

Así, los recuerdos de las luchas campesinas se actualizan para inspirar la emergencia de esta tercera táctica. Un ejemplo de lo anterior, lo encuentro en el retorno de Villa Colombia (Ovejas, Sucre) liderado por un antiguo miembro de la ANUC. Este líder ha transmitido a

sus hijos y nietos el aprecio por la tierra, el vínculo con el territorio y el espíritu de lucha campesina. Su influencia se nota en el discurso de los jóvenes de esta vereda quienes se expresan en términos del derecho a la tierra y la necesidad de reivindicar al campesinado, y de su hijo, quien me expresó en una ocasión su convicción de permanecer en Villa Colombia así esto le costara la vida.

Ahora bien, este tipo de experiencias organizativas no es armónica, plenamente colectiva o está exenta de intereses. La limitada oferta institucional que llega a los retornos produce la competencia entre personas retornadas por acceder a beneficios, créditos y proyectos. Esto origina en algunas ocasiones el quiebre de las lógicas organizativas comunitarias y la imposición de lógicas individualistas donde se lucha por convertirse ya no en agentes sino en beneficiarios. Las organizaciones pelean entre sí, se presentan casos de auto-victimización para demostrar que una persona es más víctima que otra y se reproducen lógicas de corrupción. Lo anterior termina siendo reforzado por la llegada de la cooperación internacional y de diferentes ong's que hacen su presencia en estos territorios con ayudas igual de limitadas a las del gobierno.

Las organizaciones también se ven afectadas por las amenazas y la persecución a líderes y lideresas. Las experiencias organizativas que comienzan a surgir en torno a reivindicaciones del campesinado como la restitución de tierras y de las víctimas como el derecho a la verdad y la justicia resultan amenazadas por grupos paramilitares, bandas emergentes o armados que operan al margen de la ley y de los que no se sabe bien a qué intereses responden. En el transcurso de mi investigación conocí de forma directa a varios líderes y lideresas que debieron salir del territorio a causa de las amenazas de grupos armados denominados Águilas Negras. Leí panfletos en los que se advertía que “se dejara quieto” lo de la restitución de tierras y pude sentir el temor que suscitaba hablar de ciertos temas en la región. La violencia, una vez más, intenta descomponer el tejido social dejando a las poblaciones retornadas sin medios para poder “habitar juntos el mundo” (Ortega, 2008, p.26).

El sentido de comunidad y de organización permite a las comunidades retornadas “leer, interpretar e interactuar sobre la realidad de manera colectiva” (Ospina, 2013, p.87). El organizar(se) resulta en la táctica mediante la cual se plantea la reconstrucción del tejido

social, se diagnostican las necesidades de las comunidades, se gestionan reclamos en términos de derechos humanos y con ello se traslada la concepción del retorno como proceso de asentamiento de población hacia un proceso político o lo que Ortega (2008) llama la instancia irreductible de la agencia humana, es decir, las respuestas a situaciones de violencia que aunque inscritas en estructuras socio-económicas determinadas accionan en medio de éstas midiendo el “tono y tenor de la respuesta, su modalidad, el sentido mismo de la acción social y el conjunto de futuras respuestas” (p.21).

5.2.4. Cuarta táctica: habitar mediante el recuerdo

Los lugares del retorno son lugares que se han tornado extraños a causa de la experiencia de la pérdida y la guerra (Das, 2008). Dicha extrañeza resulta bien representada por las palabras de una mujer retornada del El Salado quién me compartió un recuerdo de su primer día de retorno:

Tú sabes que llegar tu a tu pueblo donde naciste, donde te criaste y no saber pa’ donde coger (silencio)... eso no tiene comparación, eso le da a uno un impacto así, ¡dios mío! (Testimonio mujer retornada).

El conflicto armado, el desplazamiento forzado y el paso del tiempo modificaron materialidades, geografías y percepciones de lo seguro, lo tranquilo y lo colectivo (Osorio, 2009). El retorno responde a dichas modificaciones inscribiendo en sus lugares recuerdos asociados a la vida “chévere” del pasado y a la gesta del regreso. Los lugares terminan configurados por capas de recuerdo que se yuxtaponen (Riaño, 2006) y se confunden. Así, por ejemplo, el fandango con el que se celebran las fiestas de la Virgen del Carmen en El Salado se baila en la cancha de fútbol que fue escenario de la masacre de 1997 y que queda a pocos metros del monumento que recuerda a las víctimas de dicho evento.

En San José del Peñón los niños y niñas juegan alegremente en un parquecito que fue instalado en el lugar en el que los paramilitares reunieron a las personas del poblado para informarles que deberían irse o serían asesinadas. En Macayepo, las grietas de sus casas

recuerdan el abandono al que fue sometido el pueblo. El rostro de una niña que recuerda el trayecto de la huida, la incertidumbre del desplazamiento y el agradecimiento porque no salió “destornillada”³⁸ y la entrada polvorienta a un patio en la que yace la figura de una mujer muerta. Sí, los lugares del retorno albergan distintos recuerdos. En la voz de una lideresa de El Salado:

Tenía miedo que iba a volver a pasar (silencio)... y le tenía miedo a la oscuridad y como en ese tiempo no había, duramos un poco de meses sin luz (...) hicieron un comité y a mí me metieron, entonces hacían las reuniones de noche para que yo perdiera el miedo (...) entonces cuando llegábamos a la plaza salían corriendo y me dejaban sola, porque yo tenía que perder el miedo a la noche (Testimonio mujer retornada).

Aparece, entonces, la necesidad imperante de (re)significar los lugares del retorno, es decir, asignarles significados diferentes a los dejados por la guerra. Para esto, las personas retornadas despliegan lo que he llamado la táctica del habitar por medio del recuerdo. Esta táctica retoma al recuerdo como fuente creadora de utopías con el fin de reconfigurar subjetividades, espacios y proyectos movilizandolos desde allí la disputa por asignarle significados al lugar (Riaño, 2006). Hablo de disputa, porque como lo he venido exponiendo, el habitar el retorno es una lucha entre los significados inscritos por la violencia, los que devienen del recuerdo y los que se esperan escribir con el regreso. De allí que me refiera no solo a significar sino re-significar, volver a significar o, en mis términos, (re)significar.

La táctica del habitar por medio del recuerdo opera en las prácticas del espacio o las relaciones que el individuo construye con el lugar físico, sensible o percibido (Lefebvre, 1991). Cuando la población retornada comienza el proceso de desmonte, de adecuación, de siembra, de rondas de seguridad e incluso, de celebración, está desarrollando prácticas espaciales que les permite producir o construir el espacio del retorno. También cuando representa estos lugares como oscuros, peligrosos, sucios, enmontados o llenos de grietas, la población retornada está incidiendo en las prácticas espaciales pues estos significados son

³⁸ Alocada, que le falta un tornillo.

los que orientan las acciones de transitar o no ciertos espacios, de apropiarlos, mejorarlos o dejarlos en ruinas para conservarlos como huellas de lo sucedido.

Recuerdo aquí mi primera visita a El Salado donde de forma intencionada le solicité a una persona retornada que me mostrara el poblado. No le señalé a dónde quería ir esperando a la selección que hiciera; me llevó por la calle principal, me mostró algunas casas explicándome cuáles eran de personas fallecidas durante la masacre y cuáles no y finalmente me llevó a la iglesia y la cancha principal. En ningún momento refirió que la masacre había sucedido en este lugar, solamente me dijo que la iglesia permanecía cerrada por falta de sacerdote; tampoco me llevó al monumento de las víctimas, pero sí me mostro la salida hacia la vereda de la Sierra y me dijo que por allá no pasaba porque en esa calle se sentía “frío de muerto”.

Las prácticas del espacio en el retorno resultan configuradas no solamente por las necesidades cotidianas de trasladarse de un lugar a otro, habitar una casa y relacionarse con ciertos espacios sino también por los recordatorios de la violencia y la expulsión de los cuales ciertos lugares son su materialización. Es el caso de la iglesia de Macayepo, erigida en el lugar central del pueblo y que se encuentra todavía en ruinas; o el letrero dibujado en una piedra ubicada en la entrada de San José del Peñón que da la bienvenida a este corregimiento. Tanto la iglesia como el letrero de bienvenida recuerdan la atrocidad, la expulsión y el retorno. De la misma manera, organizar los “chismes” en la cocina de la misma forma en que se organizaban “antes”, traerse un abanico de vuelta y recordar el baño en el que un hombre se sentó a llorar son prácticas del espacio que van moldeando o dibujando la vivencia narrativa y espacial del retorno.

El segundo elemento en el que opera la táctica del habitar por medio del recuerdo es en los espacios de representación (Lefebvre, 1991). Estos espacios tienen que ver con las tensiones que se gestan entre las representaciones del espacio que crean ciertas instituciones mediante su conocimiento técnico y las representaciones que del mismo construyen las personas que los vivencian. Así, a las lecturas del espacio realizadas a través de mapas, estadísticas, investigaciones, notas de prensa, declaraciones oficiales, entre otras, se le oponen las

lecturas que desde las narrativas del lugar se construyen a partir de la experiencia (Erickson, 2007). De esta manera, surge la contraposición entre las representaciones del espacio o lecturas expertas del mismo versus los espacios de representación o las “formas de conocimientos locales y menos formales, que son dinámicas, simbólicas, saturadas de significados” (Lefebvre, citado en Oslender, 2000, pág. 130).

Para el caso de los procesos de retorno en Montes de María se pueden hallar por lo menos dos representaciones del espacio. La primera tiene que ver con la forma en que la región es nombrada desde los programas estatales y la política pública: “zona roja”, “zona de rehabilitación” o “territorio pacificado. Lo anterior ha propuesto una serie de intervenciones por parte de los gobiernos de turno con el fin de “superar” los problemas de esta región o con el propósito de consolidar procesos que en ella se están dando. Como lo comenté en el capítulo segundo, a los Montes de María han llegado una serie de políticas que se corresponden con planes de desarrollo como, por ejemplo, la militarización del territorio (Seguridad democrática del Gobierno Uribe) o la restitución de tierras (Ley de víctimas del gobierno Santos). Todos estos elementos convergen en una representación del espacio que lee a los Montes de María como un territorio anómico que debe ser intervenido.

La segunda representación del espacio que encuentro para este caso es la asociada con los procesos de retorno. Como lo he venido exponiendo, son varias las lecturas que sobre este proceso se hace: desde miradas académicas, miradas políticas o miradas de entidades de apoyo y acompañamiento, el retorno es leído como un proceso de movilidad voluntario. Esta lectura, omite los diversos aspectos que hacen parte del retorno y que lo configuran como un proceso de habitar y construir lugares. Para el caso de Montes de María, esta representación del espacio va acompañada de balances que nombran a los retornos como experiencias exitosas en términos de reparación a víctimas. Se pone así en juego una representación de víctima y de lo que necesita para ser reparada que va acompañada de una serie de acciones que buscan, de nuevo, normalizar a esta población (apoyos para el emprendimiento económico, apoyo sico-social, talleres de liderazgo, etc.).

A las anteriores representaciones del espacio, se le oponen, dos espacios de representación elaborados y movilizados por las personas retornantes. Por una parte, los Montes de María son leídos a partir de las nociones de tierra y territorio que encierran una lectura económica y simbólica de esta región. La primera entiende la región desde su potencial para desarrollar la economía campesina y la segunda, la lee desde su larga historia de pobreza y abandono o como el fruto de las luchas por la tierra que se dieron en el pasado y se siguen dando hoy en día. En el intersticio de estas dos representaciones se encuentra la idea de los Montes de María como hogar, lugar de arraigo o de pertenencia al que se espera volver aún estando retornado.

Frente al tema del retorno, los espacios de representación son aquellos elaborados por las narrativas del retorno desde donde se ofrecen lecturas alternativas de este proceso. En el siguiente cuadro, presento algunas representaciones del espacio elaboradas por la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, encargada de adelantar acciones de atención, asistencia y reparación a las víctimas del conflicto, la Fundación Semana, que acompaña los procesos de retorno de El Salado y Macayepo y algunos medios de comunicación que han registrado el desarrollo de estos procesos en la región, para contrastarlas con testimonios de personas retornantes a manera de espacios de representación:

REPRESENTACIONES DEL ESPACIO	ESPACIOS DE REPRESENTACIÓN
Unidad de víctimas: Hoy estamos logrando la voluntad de muchos hombres y mujeres, niños, jóvenes, personas mayores de volver a su tierra, de retornar a las Palmas (San Jacinto, Bolívar). Ha sido un trabajo muy arduo por parte de ellos, de la institucionalidad, hemos trabajado con la Unidad para las Víctimas y otras entidades: con la gobernación, la alcaldía, de manera decidida y comprometida para lograr que este día se dé (...) (UARIV U. , s.a.).	En el pueblo hace falta de todo. El gobierno no nos escucha. Solo vienen aquí para las elecciones, ahora, seguro la próxima semana vienen candidatos a la alcaldía, hacen sus promesas y no regresan. Nos prometieron un parque y un vestuario para los niños que bailan y nada, no han cumplido. El gobierno nos abandonó (Testimonio hombre retornado).
Fundación Semana: En la Fundación Semana elegimos trabajar como un laboratorio de cómo con voluntad política, sector privado y organizaciones sociales se puede transformar una comunidad símbolo	No vayas a creer que aquí estamos bien. Bien no. Primeramente no tenemos educación que nos fundamente, no tenemos una vía que es lo más importante, no tenemos un centro de

<p>de la violencia en un lugar ícono de la reconciliación. Para nuestra fortuna, y dada la dimensión del reto, rápidamente se convirtió en una gran alianza por la reconstrucción en la cual interviene la comunidad y más de 60 entidades cuya única motivación es hacer del país un lugar mejor que el que encontraron (Fundación Semana, s.a.)</p>	<p>salud dotado con los médicos porque nos pusieron aquí como de careta 15 días o 20 días y ya se los llevaron, nada más los médicos porque medicina no conseguimos, la ambulancia perdida (...) (Testimonio de hombre).</p> <p>No señ, tierra ya no tenemos, ahora esto es pura palma (Testimonio hombre retornado).</p> <p>Nuestra economía está muy débil ahora. No hay tierra y lo que hay es pura palma y teca. En esta zona no hay campesino sino puro empresario y el gobierno quiere que uno se asocie pa' volverse empresario. Yo soy es campesino (Entrevista con hombre retornado).</p>
<p>Diario El Universal: Hasta este lugar, llegó el presidente Juan Manuel Santos a entregar las últimas 100 viviendas del programa de las 100 mil viviendas gratis. Acompañado del vicepresidente Germán Vargas Lleras, el ministro de Vivienda, Luis Felipe Henao, y el expresidente de Chile, Sebastián Piñera, develó la placa de la urbanización Villa Beatriz Linares: “Nos decían demagogos, mentirosos, populistas, tramposos, cuando lanzamos el programa de las 100 mil viviendas (...) ¡Qué bueno poder estar aquí hoy cumpliendo esa promesa que hicimos con esas 100 mil viviendas gratis!”, dijo durante el acto de entrega. “Lo que realmente le cambia la vida a una familia es tener una vivienda propia”, agregó (Meza, 2015)</p>	<ul style="list-style-type: none"> - Lo que estamos necesitando ahora mismo es tierra para cultivar - ¿Qué pasó con la tierra que tenían antes del desplazamiento forzado? - Eso está cultivado con palma y Teca, esos megaproyectos que nos están desterrando de la región (Entrevista hombre retornado).

Entonces, mientras la institucionalidad, las fundaciones e incluso los medios de comunicación insisten en presentar el retorno de población en los Montes de María como un proceso de reparación a las víctimas que marcha por buen camino, las personas que han retornado controvierten estas representaciones desde el señalamiento de las carencias que se tienen, lo que extrañan del pasado y como esperan que sus vidas cambien. Así, las personas retornadas construyen unos espacios de representación en los que prima la lectura del retorno

como un proceso complejo que incluye dimensiones materiales, simbólicas, personales y sociales en las que no basta con tener una vivienda propia, una gran casa de la cultura o una serie de expertos y expertas dictando talleres –lo cual es importante en el proceso- sino que van más allá reclamando un territorio en el que puedan rehacer sus vidas de acuerdo no a los parámetros impuestos desde la política pública o las demandas de la economía global sino desde lo que ellas y ellos consideran una vida digna.

El último elemento del lugar en el que opera la táctica del habitar mediante el recuerdo es en el sentido de lugar (Riaño, 2006; Erickson, 2007; Casey, 2009; Agnew, 2011), es decir, la orientación subjetiva de vivir en un lugar particular, la identidad construida en referencia al lugar, el arraigo hacia él, el significado del lugar o lo que usualmente es llamado el sentido de pertenencia³⁹. El sentido del lugar es lo que prima en la respuesta de aquella mujer de San José del Peñón que frente a mi pregunta del por qué regresar se quedó un tanto pensativa y respondió: “es que pueblo es pueblo, ¿verdad?” (Testimonio mujer retornada).

Ahora bien, como lo señala Nogué (2014), la pérdida traumática del sentido del lugar conlleva una serie de conflictos personales y sociales que se derivan de la ruptura abrupta con los referentes colectivos que localizan y dan sentido a la experiencia. Es la mirada triste de Gabriel cuando se detiene frente a una mata de monte y comenta: “esta era mi casa, aquí vivía yo” (Testimonio hombre retornado). Abandonar la casa y los patrimonios que ésta representa es un proceso de rupturas personales, familiares y sociales que se esperan recomponer con el retorno. Sin embargo, el regresar no significa precisamente volver a los mismos escenarios abandonados con el desplazamiento forzado. El retorno en sí mismo es otra ruptura. Por ello, el sentido del lugar resulta tan importante en el marco de este proceso puesto que dicho sentido es el que reestructura la vida, sus parámetros y orientaciones durante el regreso.

³⁹ El sentido de lugar no es un vínculo natural, inherente e inmodificable persona-lugar, comunidad-territorio; por el contrario, el sentido de lugar se modifica de acuerdo a las interacciones establecidas con la localidad y estructuras más amplias como la económicas y políticas. Así, el sentido del lugar se construye, como lo ha señalado Oslender (2006), Agnew (2001) y Massey (1994), vinculando espacios, lugares, localidades y globalidades.

Entiendo que entre la restauración del sentido de lugar y la práctica del recordar existe una relación mutuamente determinante. Los recuerdos permiten la (re)significación de sentidos de lugar y los sentidos del lugar son al mismo tiempo activadores de recuerdos. Ejemplo de lo anterior es la casa enmontada. Siguiendo los planteamientos de Bahloul (1992) considero la casa como aquel puente simbólico que conecta el presente con un contexto ya desaparecido —el pasado—. En esta medida, la casa enmontada representa el hoy del retorno, cuenta la historia del exilio y materializa los efectos de la violencia. En la casa enmontada los espacios físicos se vuelven recuerdos y los recuerdos lugares narrativos, políticos, biográficos y sentidos de lugar. La casa enmontada se convierte así en “torrente del recuerdo” (Arfuch, pág. 252):

Yo cuando regresé, ¡Uyyyy! Yo me metí en el baño, ese de allá y lloré viendo como estaba destruyéndose, el patio sin un animalito ni nada, las calles sucias, una tristeza... la tristeza que me dio de llegar al pueblo y verlo tan destruido, la tristeza que se veía en el mismo pueblo. La gente casi no salía (Testimonio hombre retornado).

Salimos al comedor donde se encontraba una mesa hecha con un pedazo de tronco grande y un par de sillas rimax. Inmediatamente fijé mi atención en un cuadro que estaba en la pared. Parecía hecho a mano, una flor grande adornada con escarcha. Le pregunté por el cuadro y me contó que era de ella, que ella lo había dibujado en un taller de apoyo psico-social. Significaba una flor renaciendo como lo estaba haciendo ella después de la violencia (Entrada diario de campo).

Ahora bien, la casa enmontada no solo significa abandono y destrucción sino reconstrucción durante el regreso. Ella es testigo material de la forma en que la población ha venido retomando su vida y su cotidianidad. El desmonte de la casa es metáfora del cómo la población retornante a partir del tapar boquetes, goteras y reparar paredes se reconstruye, asume miedos, pérdidas y establece cimientos para adelantar el proyecto de permanecer después de volver. La casa también representa las luchas y aspiraciones de la población retornada: “Seño, yo lo que quiero es una casa propia” (Testimonio hombre retornado), como me dijo un campesino adulto en un taller. En este sentido, la casa enmontada es muestra de la persistencia de las poblaciones retornantes por quedarse.

El desmonte de la casa es para mí un acto de resistencia frente al poder destructor ejercido por los violentos y de dominio sobre el tiempo. A la desestructuración impuesta por el conflicto armado se responde mediante la adecuación física y simbólica de la casa: ella se vuelve habitable en tanto morada, pero también en tanto hogar (Bachelard, 2000). La casa convertida en abandono o trinchera, se convierte gracias al retorno, en el refugio personal, familiar y colectivo que alguna vez fue. Así, por ejemplo, algunas de las organizaciones sociales de El Salado surgieron en los patios de las casas de las primeras personas que llegaron a este corregimiento. Similar situación se vivió con la organización de mujeres del barrio Porqueritas (San Juan Nepomuceno) quienes se reunían en la casa de alguna vecina para gestionar ayudas y proyectos. En San José del Peñón, los patios sirvieron para inspirar tertulias en las que se recordaba el festival del dulce y la chicha en las que se tomó decisión de volverlo a celebrar. En Villa Colombia, los quioscos albergaban los primeros días de retorno –y albergan todavía- conversaciones entre jóvenes y líderes mayores frente a la tenencia de la tierra y la lucha por ésta.

La antigua prohibición que hicieran los grupos paramilitares de no permitir reuniones en las casas, charlas en sus patios o encuentros en sus puertas parece haber quedado atrás. El significado de la casa como ruptura, abandono o expulsión se reescribe desde el deseo de estar juntos (Riaño, 2006), desde la solidaridad que se gesta en el retorno y desde la representación de la casa como símbolo de cohesión social (Bahoul, 1992). Aquí, el sentido de lugar transita del mundo horrorizado (Millán, 2009) a uno que gracias a los recuerdos deja construir aquella relación con la tierra que argumentan las poblaciones retornadas para volver y quedarse. En palabras de un hombre retornado de El Salado: “¿Por qué regresar?: Porque esta es nuestra tierra, aquí nacimos y queremos morir” (Testimonio hombre retornado).

5.3. Hacer habitable la cotidianidad

Las tácticas del habitar son las prácticas que permiten adelantar el trabajo de reconstrucción personal y colectivo que exige el retorno. Más allá de ser vehículos de la memoria (Jelin, 2001) o puentes que conectan lo que se era con lo que se quiere ser (Riaño, 2006; Bahloul,

1992), las tácticas del habitar son operaciones que retan el orden cotidiano impuesto desde las lógicas de silenciamiento, ocultamiento, ruptura, miedo y muerte manejadas por diversos actores partícipes del conflicto armado. Son operaciones adelantadas por la población retornada para apropiarse de unos espacios que intentan ser organizados por especialistas de la producción del retorno (Ong's, agentes institucionales, políticas públicas, entre otros) y, en este caso, por el avance de la naturaleza sobre el espacio habitado, que aparece como la materialización del abandono y la soledad.

Las tácticas del habitar resultan en insumos, cimientos, escenarios y razones que llenan de contenido, orientan y permiten el desarrollo del proceso de retorno. Gracias a la modificación y concreción de marcos de acción que, aunque familiares, han sido modificados drásticamente por el abandono y la violencia (Lastra, 2013); las tácticas del habitar determinan el proceso de retorno como permanecer y no simplemente como volver. De allí que se orienten a fortalecer subjetividades, recrear identidades y redes sociales. A conectar la experiencia individual y colectiva con el propósito de ubicar en el plano de lo político demandas y luchas que adelanta la población retornada incidiendo de esta forma en el campo de producción del retorno.

En las tácticas del habitar la temporalidad se confunde con la espacialidad, el espacio con las biografías (Arfuch, 2005) y éstas con luchas políticas. A través de ellas se resiste al conflicto armado, al abandono estatal y a las tergiversaciones que frecuentemente se dan con las voces expertas. Sus astucias (De Certeau, 1999) se ubican en los intersticios de la vida del “antes” añorada, la remembranza de una historia del exilio y la cotidianidad del regreso. En el marco de una violencia que se niega a pasar, las tácticas del habitar son prácticas del recuerdo utilizadas por la población retornada para rehacerse y hacer habitable la cotidianidad (Das, en Ortega, 2008; Osorio, 2011).

PRÁCTICAS DE RECUERDO Y (RE)SIGNIFICACIÓN DE LUGARES

Conclusiones

En la región de Montes de María, el retorno de población puede explicarse a partir de la historia de movilidad forzada de poblaciones víctimas de desplazamiento forzado, como una forma de movilidad laboral, como política de Estado que mediante el retorno busca restituir las condiciones de una vida previa y una apuesta por recobrar y preservar un estilo de vida campesino. De acuerdo a los hallazgos de esta investigación, puedo decir que el retorno de las poblaciones de El Salado, Macayepo y San José del Peñón se produjo a propósito de los diversos trasegares (Salcedo-Fidalgo, 2015) que han marcado sus trayectorias de vida. Así, el retorno se presenta como uno de los tantos capítulos que conforman los múltiples itinerarios de las personas que sufrieron la expulsión. A diferencia de lo que supone la política pública, este capítulo no constituye el final del desplazamiento forzado sino un nuevo re-iniciar.

Según lo documentado en este trabajo, los retornos de El Salado, Macayepo y San José del Peñón se produjeron durante el conflicto armado y en el contexto de unas estructuras de uso y tenencia de la tierra que no favorecían al pequeño propietario y a la economía campesina. A esto se sumó la permanencia en el poder de élites hacendadas y ganaderas que en asocio con grupos paramilitares asfixiaron cualquier iniciativa de oposición o resistencia ciudadana y, finalmente, una tradición cultural de poder que seguía pensando al campesinado como población necesitada de desarrollo. Estas situaciones constituyeron amenazas a los procesos de retorno y las reivindicaciones que desde allí se movilizaron produciendo nuevas expulsiones que, según los datos obtenidos, pueden ser clasificados en dos categorías: la primera, corresponde a nuevos desplazamientos que se dieron en medio de los retornos y

que se produjeron en los tres casos estudiados. Estos desplazamientos posteriores y sucesivos se dieron por motivos de inseguridad que marcaron los regresos, debido a las amenazas de las que fueron víctimas personas de la comunidad o al hecho de que no pudieron adaptarse a las condiciones que los regresos imponían.

La segunda categoría es la expulsión simbólica que se produce durante el retorno por la imposibilidad de acceder a ingresos económicos que permitan a la población vivir dignamente. Como lo expuse en el capítulo dedicado a las narrativas del retorno, a pesar de los años transcurridos del regreso, las poblaciones de El Salado, Macayepo y San José del Peñón no contaban con una infraestructura adecuada para la vida en comunidad (casas en buen estado, carreteras, acueductos, escuelas, etc.), las tierras cultivables estaban en manos de empresas promotoras de monocultivos y la respuesta estatal a las demandas realizadas por estas poblaciones seguía reducida a “promesas electorales”. De esta forma, se generaba lo que he llamado la doble ruptura en medio de la continuidad: procesos de retorno bajo circunstancias parecidas a las que las víctimas habían vivido durante su desplazamiento.

En el material analizado en esta tesis encontré que los motivos para retornar se relacionan con la búsqueda de mejores medios de subsistencia o de oportunidades laborales. La anterior fue la respuesta usual que me dieron hombres adultos retornados quienes expresaron que la vida campesina les generaba mejores condiciones económicas que las experimentadas en la ciudad. En este sentido, el retorno a Montes de María puede ser considerado como una movilidad asociada al mercado laboral mediante la cual se buscaban maneras de reactivar formas de economía campesina rememoradas como solidarias y rentables.

Los datos recogidos también indican que el retorno se relaciona con las políticas alrededor del tema de víctimas y todo el aparato estatal y burocrático que lo enuncia como solución al desarraigo de las personas desplazadas. A manera de plataforma, el retorno se convirtió en estrategia acogida por algunos grupos para posicionarse diferenciadamente ante tal aparato estatal. Para muchas de las personas que conocí el retorno posibilitaba lograr una posición ventajosa respecto a otras víctimas en el entramado global de atención humanitaria y reparación (Pedraza & Álvarez, 2016) pues, como lo señaló la mujer de San José del Peñón,

los retornados “valían más y tenían más fuerza”. Las palabras de esta mujer aluden a una subjetividad retornante que reclama distancia frente a la población que aún se encuentra en situación de desplazamiento forzado, construye jerarquías frente a ésta y elabora narrativas del retorno como la superación de una serie de obstáculos que los habilita para reclamar prioridad en la atención humanitaria y los procesos de reparación.

Del mismo modo, una proporción importante de las personas que emprendieron los procesos de retorno estuvieron motivados por el deseo de regresar y por un decidido sentimiento de añoranza de la vida campesina. Muchos de estos hombres y mujeres se resistían a seguir viviendo como desplazados y decidieron volver a retomar su vida. De este modo, la estrecha relación entre movilidad forzada, oferta de trabajo, discursos de un posible postconflicto y deseos por volver contribuyeron al regreso de estas comunidades.

Ahora bien, en un contexto regional en el que las estructuras sociales, económicas y políticas produjeron desplazamientos forzados como tecnologías para expulsar poblaciones y repoblar territorios, es necesario examinar el retorno desde concepciones que permitan articular elementos como la continuidad de diversos conflictos por la tierra y el territorio (Osorio, 2009), discursos de transición hacia la paz, economías neoliberales y el entramado de ongs, entidades gubernamentales, fundaciones, cooperación internacional y demás que tienen acción en este contexto (Pedraza & Álvarez, 2016).

Como lo he venido demostrando, los retornos que se dieron en medio de las transformaciones del conflicto armado resultan de un proceso complejo que combina rupturas y continuidades presentándose como la extensión del desplazamiento forzado (De Sans, 1982) o como una situación que poco dista de éste. Bajo estas condiciones, lo que se puede decir del retorno desde la idea de volver diferente a un lugar diferente —mito del retorno— (Pujadas, 2004; Lastra, 2013) o desde la lectura unipolar que lo considera como final de la movilidad forzada, restablecimiento de población o repliegue al lugar de origen, es limitado (De Sans, 1982).

Los procesos de retorno que mi investigación analizó distan de tales concepciones por los contextos en los que se enmarcaron, los discursos que los avalaron y las prácticas que los hicieron posibles. En términos de contextos, como lo comenté en el capítulo segundo, el retorno poco se diferencia de la expulsión. Tanto en el contexto de expulsión como en el de retorno prevalecen estructuras económicas, políticas y sociales que gestaron la intensidad y continuidad del conflicto armado en los Montes de María y que poco se han modificado con su supuesta pacificación. En este escenario se implementan una serie de discursos, políticas y proyectos encaminados hacia la paz que contrastan con el control armado de grupos que bajo diversas denominaciones siguen amenazando, asesinando y desplazando a la población civil en esta región. Aquí, las prácticas que configuran los procesos de retorno se orientan a la reconstrucción personal y colectiva, la resistencia a la violencia del conflicto armado y la rememoración de una vida “chévere” o una vida buena.

Encuentro que los retornos de El Salado, Macayepo y San José del Peñón son procesos complejos de habitar un lugar en el que se vivió gran parte de la vida pero que ya no es el mismo. De esta forma, defino el retorno como el proceso mediante el cual poblaciones víctimas del desplazamiento forzado regresan al lugar de la expulsión para habitarlo mediante la (re)significación de sus lugares y la elaboración de duelos y dolores. Así, destaco el aspecto diferencial y a la vez el principal aporte de la presente investigación: concebir el retorno como proceso, como problema asociado al habitar y como construcción que se adelanta mediante prácticas del recuerdo. En este sentido, propongo orientar la indagación de los procesos de retorno que se están dando en el país no sólo a través de las preguntas relacionadas al por qué volver y la garantía de derechos que se dan en estos procesos sino también interrogar la forma en que las poblaciones adelantan su apuesta por permanecer (así hayan sido expulsados), es decir, quedarse a pesar de amenazas y precarias condiciones de vida.

Poner en juego esta perspectiva fue lo que me permitió evidenciar la forma en que los recuerdos se constituyen como motores que impulsan el proceso de retorno y lo hacen viable. Es la idea de lograr una vida “chévere” como la rememorada por las poblaciones con las que trabajé la que moviliza una serie de prácticas del recuerdo que llenan de sentido el proceso

de permanecer convirtiéndose tanto en orientaciones de la acción (Lastra, 2013) como en denuncia sobre las carencias del presente. A través de las prácticas del recuerdo, las personas retornadas dimensionan lo que significa regresar en medio de la guerra, construyen demandas en torno al presente, buscan visibilizarse como personas diferentes a las que se encuentran en situación de desplazamiento forzado y por medio de la relación comunicativa que establecen con el escucha, parafraseando a Castillejo (2016), traen al mundo de lo “familiar” lo que el retorno es.

Cuando estas prácticas operan en los lugares del retorno y desafían los significados de miedo, muerte, abandono y desolación legados por el conflicto armado, devienen en tácticas del habitar. Inspirada en De Certeau (1999) definí dichas tácticas como prácticas o procedimientos que la población retornada desarrolla en su día a día con el fin de permanecer. En esta investigación encontré cuatro tácticas del habitar. La primera, recordar, es la táctica que desarrollan las personas retornadas para tomar distancia con un pasado reciente y extraer de él aspectos que permitan reconstruir espacios biográficos y organizativos. De acuerdo a mi experiencia de investigación, señalo que es la rememoración de las luchas adelantadas para volver y con el volver lo que recrea una identidad retornante que permite cohesión alrededor del proyecto de permanecer y activa la dimensión política del narrar. Así, el recordar en tanto táctica no se limita a visitar el pasado o resignificarlo, sino que funciona a manera de demanda y denuncia.

La segunda táctica, hacerse más grande que el otro, busca controvertir una serie de discursos elaborados desde ámbitos académicos, de política pública o de organismos de acompañamiento a estos procesos. En el transcurso de la investigación encontré que las personas retornadas construían una serie de narrativas que definían el retorno como la superación de una serie de obstáculos y a las personas retornadas como aquellas que habían adelantado la gesta del regreso. Esto permitió el empoderamiento de sus voces ubicándose como interlocutores válidos ante el entramado de tecnologías y burocracias derivados del discurso de atención a víctimas. La tercera táctica que denominé “organizar(se)”, consiste en restablecer lazos solidarios y políticos mediante los cuales la población retornada adelanta su proyecto de permanecer.

Así me lo hicieron saber varias de las personas con las que trabajé. Ellas me explicaron que la “fuerza” del retorno estaba cifrada en la organización, es decir, en las acciones que colectivamente se adelantan para adecuar lugares del retorno y hacerlos vivibles. De esta forma, la táctica de organizar(se) anima la participación de la comunidad en tres dimensiones: el trabajo, la política y la celebración. Es a través de esta táctica la población retornada adquiere los medios, siguiendo a Ortega (2008), para habitar juntos –de nuevo- el mundo. La última táctica, habitar mediante el recuerdo, permite a la población retornada modificar biografías, paisajes y organizaciones. Esta táctica opera en las prácticas del espacio, las representaciones y sentidos del lugar.

Considero que mediante la rememoración de un pasado imaginado como próspero y exento de violencia, las personas retornadas disputan los significados de guerra inscritos en sus lugares y reconstruyen sus cotidianidades. Según las observaciones realizadas en el transcurso de la investigación, es la táctica del habitar mediante el recuerdo la que le permite a la población retornada transitar de un mundo horrorizado (Millán, 2009) a uno familiar pero distinto.

En suma, puedo decir que las tácticas del habitar rehacen biografías, modifican paisajes y promueven la organización social. Restauran sentidos de lugar (Riaño, 2006; Erickson, 2007; Agnew, 2011), confrontan las geografías del terror (Oslender, 2004, 2006) son el resultado de la voluntad acérrima de la población retornada por permanecer y responder al interrogante: ¿Cómo habitar de nuevo lugares marcados por el miedo y la muerte?

Cae la noche. Ya me he despedido. Estoy esperando a que el conductor del jeep viejo se decida a arrancar. Permanezco mirando al poblado. Ya no tengo miedo de llegar, tengo nostalgia por irme. Mentalmente recorro lugares, rostros y palabras de la población con la que he compartido. Ahora sé que el recuerdo no es caprichoso. Conozco la apuesta por permanecer y entiendo parte de esta apuesta. El jeep viejo inicia su recorrido, la imagen del poblado comienza a desvanecerse entre lo serpenteante del camino. Yo también voy de regreso.

BIBLIOGRAFÍA

- Acción-Social. (2006). *PROTOCOLO PARA EL ACOMPAÑAMIENTO A LOS PROCESOS DE RETORNO O REUBICACIÓN DE POBLACIÓN DESPLAZADA*. Recuperado el 24 de 07 de 2016, de Acción Social: <http://ccai-colombia.org/files/primarydocs/060509reto.pdf>
- Achinger, C. (2004). Kosovo, remembrance and german national identity. En R. Lentin, *Representing the Shoah. For the 21 century*. Londres: Berghahn Books.
- Acnur. (2013). *Agencia de la Onu para los refugiados*. Recuperado el 25 de 11 de 2014, de <http://www.unhcr.org>
- ACNUR, A. d. (2010). *Tendencias globales 2009. Refugiados, solicitantes de asilo, retornados, desplazados internos y personas apátridas*. Ginebra: Acnur.
- ACNUR, A. d. (2013). *Tendencias de Asilo 2012*. Ginebra: Acnur.
- Adelman, H. (1998). Implementation of Peace Agreements in Civil Wars: The Problem of Refugee Repatriation. *Centre for Refugee Studies, York University*.
- Adichi, C. (2009). *El peligro de una sola historia*. Obtenido de El peligro de una sola historia: http://www.ted.com/talks/lang/es/chimamanda_adichie_the_danger_of_a_single_story.html
- Agerbak, L. (1996). Romper el ciclo de violencia: promover el desarrollo en situaciones de conflicto. En S. Commis, *Desarrollo en estados de guerra* (págs. 28-35). Reino Unido: Oxfam.
- Agnew, J. (2011). Space and Place. En J. Agnew, & D. Livingstone, *Handbook of Geographical Knowledge* (págs. 316-331). London: Sage Publications Ltda.
- Aguilera, M. (2013). Montes de María: una subregión de economía campesina y empresarial. *Documentos de trabajo sobre economía regional*, 1-93.
- Alfaro, Y., & Izaguirre, L. (s.a). *Migración y perspectivas de retorno. Estado de la Situación*. Recuperado el 26 de 08 de 2014, de Migración y perspectivas de retorno. Estado de la Situación: <http://www.cesu.umss.edu.bo/webmigra/images/migracion/pdf/cuaderno2.pdf>
- Álvarez, G., Restrepo, L., & Castro, D. (2004). *EL repoblamiento de la Montaña Tulueña: un modelo para volver al campo después de la guerra*. Tulúa: Editorial Hernando V.
- Álvarez, M. (1999). *Raíces sin tierra. Atención e impacto del desplazamiento forzosos*. Bogotá: Procuraduría General de la Nación.

- Amnistía Internacional. (1996). *RWANDA and BURUNDI The return home: rumours and realities*.
Obtenido de Centro de Estudios sobre Refugiados: <http://www.amnesty.org>.
- Aparigatero, L. (2011). *la política pública de desplazamiento forzado en Colombia: de la entropía a la termodinámica del no equilibrio*. Bogotá: Universidad Javeriana. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales.
- Aparicio, J. R. (2005). Intervenciones etnográficas a propósito del sujeto desplazado: estrategias para (des) movilizar una política de la representación. *Revista Colombiana de Antropología*, 135-169.
- Aparicio, J. R. (2009). "La mejor esquina de suramérica": aproximaciones etnográficas a la protección de la vida en Urabá. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 87-115.
- Aparicio, R. (2010). Gobernando la persona internamente desplazada: problemas y fricciones de un nuevo problema mundial. *Tabula Rasa*, 13-44.
- Arfuch, L. (2005). Cronotopías de la intimidad. En L. (. Arfuch, *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. . Buenos Aires: Paidós.
- Arfuch, L. (2007). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Arias, J. (08 de 08 de 2011). *Asociación cabildos indígenas del Cauca*. Recuperado el 20 de 07 de 2016, de SANTOS: UN AÑO PROFUNDIZANDO EL NEOLIBERALISMO: <http://nasaacin.org/informativo-nasaacin/contexto-colombiano/2469-santos-un-ano-profundizando-el-neoliberalismo>
- Arias, S. (2008). *Desarme, desmovilización y reintegración de grupos armados*. Bogotá: Angtrophos.
- Auerbach, J. (2010). *Flowing into the state: Returning refugee youth and citizenship in Angola*. *Refugee Studies Centre*. Recuperado el 28 de 04 de 2011, de www.rsc.ox.ac.uk/publications/working-papers/RSCworkingpaper68.pdf
- Autoría-Colectiva. (2002). *Somos tierra de esta tierra: memorias de una resistencia civil. Recopilación y sistematización de las memorias del proceso de retorno*. Cacarica, departamento de Chocó, Colombia.: Editorial CAVIDA.
- Ayelen, F. (7 de 06 de 2011). *El valor biográfico en las ciencias sociales: entre la ontología narrativa y la deconstrucción*. Recuperado el 15 de 03 de 2016, de II Jornadas internacionales de hermenéutica. En: proyecto hermenéutica: <http://www.proyectohermeneutica.org/archivo/iijornadas/34.II%20Jornadas.pdf>
- Azuero, A. (2009). Las sobrevivientes cuentan: La experiencia de las mujeres en las masacres de Chengue y el Tigre. *Documento Codhes No. 15*, 9-15.
- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bahloul, J. (1992). *The Architecture of Memory*. . Cambridge: Cambridge University Press.
- Baillet, C. (2000). Asunto pendiente: la cuestión de las tierras de los desplazados internos en Guatemala. *Revista Migraciones Forzadas No. 7*, 12-17.
- Barraza, C., & Caicedo, L. P. (2007). *Mujeres entre mafiosos y señores de la guerra: Impacto del proceso de desarme, desmovilización y reintegración en la vida y la seguridad de las mujeres en comunidades en pugna: Caso Villavicencio*. Bogotá: Antropos.

- Bello, M. (2005). Restablecimiento. Entre retornos forzados y reinserciones precarias. En M. N. Bello, & M. (. Villa, *Desplazamiento en Colombia. Regiones, ciudades y políticas públicas*. Bogotá: Redif, Acnur, Universidad Nacional, Corporación Región.
- Bello, M. (2006). *Investigación y desplazamiento forzado. Reflexiones éticas y metodológicas*. Bogotá: Red Nacional sobre Desplazamiento Forzado en Colombia - Redif - Colciencias.
- Bello, M. N. (2004). *Desplazamiento forzado: dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Belpoliti, M. (Junio de 2005). Regreso a Auschwitz, entrevista a Primo Levi. *Letras libres*(48), 50-56.
- Berrio, A., Grisales, M., & Osorio, R. (2011). *Violencia y subjetividad. Narrativas de la vida cotidiana*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Bhabha, H. (2010). *Nación y narración*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bjorn, P. (2000). *Tierra cultivable y desplazamiento interno en Colombia*. Recuperado el 11 de 06 de 2011, de Migraciones forzadas N.7 Refugee Studie Centre, Consejo Noruego para los refugiados y Global IDP Survey: <http://www.migracionesforzadas.org/pdf/RMF7/RMF7.pdf>
- Blair, E. (2004). Barbarie y crueldad o la profundización del dolor a través del cuerpo. *Colombia a comienzos del nuevo milenio. VIII Coloquio Nacional de Sociología*. (págs. 49-85). Cali: Universidad del Valle.
- Blair, E. (Enero-junio de 2008). Los testimonios o las narrativas de la(s) memoria(s). *Estudios Políticos*, 32, 83-113.
- Blanco, M. (2011). Investigación narrativa: una forma de generación de conocimiento. *NUeva Época • Año 24 • NÚM. 67*, 136-156.
- Blitz, B. (1999). *Balkan Returns: An Overview of Refugee Returns and Minority Repatriation*. Recuperado el 25 de 03 de 2010, de <http://www.usip.org/publications/balkan-returns-overview-refugee-returns-and-minority-repatriation>
- Bolívar, A., & Domingo, J. (2006). La investigación biográfica y narrativa en Iberoamérica: Campos de desarrollo y estado actual. *Revista Forum Qualitative Social Research*, 7(4).
- Bolívar, I. (1999). Sociedad y Estado: la configuración del monopolio de la violencia. *Controversia no. 175. CINEP*, 12-39.
- Bolívar, I. (2006). *Discursos emocionales y experiencias de la política. Las Farc y las AUC en los procesos de negociación del conflicto (1998-2005)*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Bolívar, I. (2006). *Identidades Culturales y la formación del Estado en Colombia. Colonización, naturaleza y cultura*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Bolívar, L., & Cottiz, A. (2012). *Lineamientos para una política de desarrollo exportador en los Montes de María*. Cartagena: Universidad Tecnológica de Bolívar.
- Bourdieu, P. (1999). *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal.
- Bradley, M. (2005). *The Conditions of Just Return: State Responsibility and Restitution for Refugees*. *Refugee Studies Centre*. Recuperado el 09 de 09 de 2013, de http://repository.forcedmigration.org/show_metadata
- Cadirola, G., & Mc Donnell, C. (s.a.). Gubernamentalidad en Foucault. Crítica al modelo soberanía-gobierno. *Herramientas de debate y crítica marxista*, 12-16.

- Caicedo, L. P., Manrique, D., & Millán, D. y. (2006). *Desplazamiento y retorno. Balance de una política. Retornos sin principios, desplazamientos sin final. Evaluación de la política de retorno del gobierno Álvaro Uribe*. Bogotá: Publicaciones ILSA.
- Caicedo, L. P., Manrique, D., & Millán, D. y. (2006a). *Desplazamiento y retorno. Balance de una política. Retornos sin principios, desplazamientos sin final. Evaluación de la política de retorno del gobierno Álvaro Uribe*. Bogotá: Publicaciones ILSA.
- Caicedo, L. P., Manrique, D., & Millán, D. y. (2006b). *El limbo de en la tierra. Reubicación de la población desplazada del Alto Naya en Timbío, Cauca. En: Desplazamiento y retorno. Balance de una política. Evaluación de la política de retorno del gobierno Álvaro Uribe*. Bogotá: Publicaciones ILSA.
- Caicedo, L. P., Manrique, D., Delma, M., & Pulido, B. (2006). *Desplazamiento y retorno. Balance de una política. Retornos sin principios, desplazamientos sin final. Evaluación de la política de retorno del gobierno Álvaro Uribe*. Bogotá: Publicaciones ILSA.
- Caicedo, L. P., Manrique, D., Millán, D., & Pulido, B. (2006a). *Espirales del desplazamiento. El retorno a Bojayá, Chocó. En: Desplazamiento y retorno: Balance de una política. Evaluación de la política de retorno del gobierno Álvaro Uribe*. Bogotá: Publicaciones ILSA.
- Camargo, J. (14 de 01 de 2014). *Las dos orillas*. Recuperado el 20 de 07 de 2016, de Quien quiera mas neoliberalismo que vote por Santos: <http://www.las2orillas.co/quien-quiera-mas-neoliberalismo-vote-por-santos/>
- Cancimance, A. (2015). Los silencios como práctica de resistencia cotidiana: narrativas de los pobladores de El Tigre, Putumayo, que sobrevivieron al control armado del Bloque Sur de las AUC. *Boletín de Antropología*. Vol. 30, N.o 49,, 137-159.
- Cantor, D. (26 de 08 de 2010). *El retorno en Colombia: el más complejo del mundo*. Recuperado el 20 de 03 de 2012, de El Colombiano: http://www.elcolombiano.com/BancoConocimiento/R/retorno_en_colombia_seria_el_mas_complejo_del_mundo/retorno_en_colombia_seria_el_mas_complejo_del_mundo.asp?CodSeccion=211
- Cardona, J. (2004). Los desplazados de los medios de comunicación. En M. N. Bello, *Desplazamiento forzado: dinámicas de exclusión...* Bogotá: Universidad Nacional.
- Casasfranco, M. V. (1999). *Reasentamientos e integración en Centroamérica: la gestión de las diferencias*. Recuperado el 22 de 07 de 2016, de Centro de Recursos para el Desarrollo Sostenible de los Asentamientos Humanos en Centroamérica (CERCA) y la Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano y Universidad Nacional de Colombia: <http://www.edumargen.org/docs/curso2/apunt309.html>
- Casey, E. (2009). *Getting Back into Place: Toward a Renewed Understanding of the Place-World*. Indiana : Indiana University Press.
- Castillejo, A. (2000). *Poética de lo otro : para una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en colombia*. Bogotá: Ministerio de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Colciencias.
- Castillejo, A. (2009). *Los archivos del dolor. Ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la sudáfrica contemporánea*. Bogotá: Universidad de los Andes.

- Castillejo, A. (2016). La Domesticación del testimonio: audibilidad, performance y la descolonización de la palabra. En N. Graciela, & J. Ruiz, *Víctimas, memoria y justicia: aproximaciones latinoamericanas al caso colombiano* (págs. 111-125). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- CCJ, C. C. (07 de 04 de 2016). *Alerta por la intensificación de la campaña anti-restitución de tierras en el departamento del Magdalena*. Recuperado el 10 de 04 de 2016, de Comisión Colombiana de Juristas: http://www.coljuristas.org/documentos/documento.php?grupo=3&id_doc=548
- Celis, A. (2010). Desplazamiento y retorno en Colombia.
- Chato, P. (25 de Enero de 2017). *La lentitud y los asesinatos lastran la restitución de tierras*. Obtenido de Colombia plural: <https://colombiaplural.com/la-lentitud-los-asesinatos-lastran-la-restitucion-tierras/>
- Chavez, Y., & Falla, U. (2005). REPRESENTACIONES SOCIALES ACERCA DEL RETORNO EN POBLACIÓN EN SITUACIÓN DE DESPLAZAMIENTO ASENTADA EN EL MUNICIPIO DE SOACHA.
- CIJP, C. I. (febrero de 2006). *La danza de la muerte paramilitar en El Salado*. Recuperado el 17 de 10 de 2015, de Justicia y Paz: <http://justiciaypazcolombia.com/>
- CNMH, C. N. (2011). *La huella invisible de la guerra. Desplazamiento forzado en la comuna 13*. Bogotá: Taurus.
- CNMH, C. N. (2012). *Tierras y territorios en las versiones de los paramilitares*. Bogotá: Semana.
- CNMH, C. N. (2013). *La política de reforma agraria y tierras en Colombia*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- CNMH, C. N. (2016). *Tierras y conflictos rurales. Historia, políticas agrarias y protagonistas*. Bogotá: CNMH.
- CODHES, C. p. (01 de 2010). *Consultoria para los Derechos Humanos y el Desplazamiento*. Obtenido de Consultoria para los Derechos Humanos y el Desplazamiento: [http://www.internal-displacement.org/8025708F004CE90B/\(httpDocuments\)/79784686ACBF6EA5C12576D6004460F5/\\$file/Codhes+2009.pdf](http://www.internal-displacement.org/8025708F004CE90B/(httpDocuments)/79784686ACBF6EA5C12576D6004460F5/$file/Codhes+2009.pdf)
- Colombia, O. O. (2012). *Onic.org*. Recuperado el 29 de 01 de 2016, de Onic.org: <http://cms.onic.org.co/wp-content/uploads/downloads/2012/05/informe-violencia-sexual-mujeres-ind%C3%ADgenas-Colombia.pdf>
- Colombia, R. d. (17 de 05 de 2013). *Ley 387 de 1997*. Obtenido de Diario Oficial: http://www.secretariassenado.gov.co/senado/basedoc/ley/1997/ley_0387_1997.html
- Comisión Colombiana de Juristas, C. (2012). *Colombia: sigue esperando la hora de los Derechos Humanos. Informe sobre la situación de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario 2010-2012*. Obtenido de http://www.coljuristas.org/documentos/libros_e_informes/colombia_2010-2012.pdf
- Comisión de Seguimiento, a. I. (12 de 2010). *Codhes*. Recuperado el 22 de 03 de 2013, de Tercer Informe de Verificación sobre los Derechos de la Población en Situación de Desplazamiento: www.codhes.org
- Commins, S. (1996). *Desarrollo en estados de guerra*. Reino Unido: Oxfam.

- Coronado, S., & Dietz, K. (2013). Controlando territorios, reestructurando relaciones socio-económicas: la globalización de agrocombustibles y su efectos locales, el caso de Montes de María Colombia. *Iberoamericana*, 93-115.
- Coutin, S. (2016). *Exiled Home. Salvadoran transnational youth in the aftermath of violence*. Duke University Press.
- CR, C. R. (05 de 04 de 2016). *ORGANIZACIONES DEMOSTRARON LA VIGENCIA DEL PARAMILITARISMO ANTE LA CIDH*. Recuperado el 10 de 04 de 2016, de Contagio Radio: <http://www.contagioradio.com/ante-la-cidh-se-exige-al-gobierno-enfrentar-fenomeno-paramilitar-articulo-22255/>
- CSPPDF, C. d. (2008). *Primer Informe a la Corte Constitucional*. Recuperado el 08 de 10 de 2014, de www.viva.org.co
- CSPPDF, C. d. (2010). *Tercera Encuesta Nacional de Verificación*. Recuperado el 09 de 10 de 2014, de www.viva.org.co
- Cuchumbé, N., & Vargas, J. (2008). Reflexiones sobre el sentido y génesis del desplazamiento forzado en Colombia. *Universitas Humanística*, 173-196.
- Das, V. (2008a). Trauma y Testimonio. En F. Ortega, *Venna Das: Sujetos de dolor, agentes de dignidad* (págs. 145-169). Bogotá: Editoriales CES.
- Das, V., Kleinman, A., & Lock, M. (1997). *Social Suffering*. Berkeley: University of California press.
- Davies, A. (2005). *Restitucion de la tierra y derechos de propiedad*. Recuperado el 03 de 09 de 2014, de Revista Migraciones Forzadas No.21: <http://www.fmreview.org/es>
- Davies, A. (2005). *Restitucion de la tierra y derechos de propiedad*. Recuperado el 11 de 04 de 2011, de Revista Migraciones forzadas No. 21: http://www.fmreview.org/es/pdf/RMF21/RMF_21.pdf
- De Certeau, M. (1999). *La invención de lo cotidiano. Tomo I*. México: Universidad Iberoamericana/ITESO. .
- De La Calle, H., & al., e. (2016). *Acuerdo de Paz*. Recuperado el 22 de 11 de 2016, de Acuerdo de Paz: http://www.acuerdodepaz.gov.co/sites/all/themes/nexus/files/24_08_2016acuerdofinalfinal-1472094587.pdf
- De Los Ríos, E. (2012). *Montes de María. Entre la consolidación del territorio y el acaparamiento de tierras. Aproximación a la situación de Derechos Humanos y del Derecho Internacional Humanitario en la región (2006-2012)*. Bogotá: ILSA.
- De Sans, A. P. (1982). *Connotaciones ideológicas del concepto de retorno de migrantes*. . Recuperado el 28 de 08 de 2014, de Connotaciones ideológicas del concepto de retorno de migrantes. : papers.uab.cat/article/download/v20-pascual/1358
- De Wal, A. (1984). *Ungandan Refugees return home*.
- Defensoría del Pueblo. (2003). *Evaluación de la Política Pública en procesos de restablecimiento de la población desplazada desde un enfoque de DDHH*. Bogotá: Asdi.
- Defensoría del Pueblo, D. (2012). *Análisis en el marco de la sentencia T-025 de 2004 en respuesta al auto 219/11: análisis y valoración de la política pública de retorno y reubicaciones*. Bogotá.

- Deleuze, G. (2007). ¿Qué es un dispositivo? En G. Deleuze, *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)* (págs. 305-312). Valencia: Pre-textos. Obtenido de <http://imagenesdelsur.cicbata.org/>: http://imagenesdelsur.cicbata.org/sites/default/files/Qu%C3%A9-es-un-dispositivo_Deleuze.pdf
- Dezin, N. (2000). Foreword: narrative's moment. En M. Andrews, D. Shelley, C. Squire, & T. Amal, *Lines of Narrative* (pág. xi). New York: Routledge.
- Diccionario de etimología. (s.f.). Recuperado el 25 de 09 de 2014, de <http://etimologias.dechile.net/>
- DNP, D. N. (2014). *Plan Nancional de Desarrollo: Todos por un nuevo país (2014-2018)*. Recuperado el 22 de 11 de 2016, de Departamento Nacional de Planeación: <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/PND/PND%202014-2018%20Tomo%201%20internet.pdf>
- Durán, D. (28 de Junio de 2015). "Yo no quería que Carlos Vives viniera": víctima masacre de El Salado. *El Espectador*. Recuperado el 08 de 07 de 2016, de <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/yo-no-queria-carlos-vives-viniera-victima-de-masacre-de-articulo-569047>
- Econometría, Acción-Social, PNUD, & ACNUR. (2008). *Factores de éxito y retos en los procesos de retorno de la población desplazada*. Recuperado el 20 de 04 de 2011, de www.vertice.gov.co/LinkClick.aspx?fileticket=n3RuW8YYHw0%3D&tabid=84&mid=457
- El Tiempo, D. e. (2015). *URT hará un barrido total en los Montes de María*. Recuperado el 03 de 02 de 2016, de El Tiempo: <http://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/limpieza-de-los-montes-de-maria/15308339>
- El Universal, E. (23 de 03 de 2013). *La Tercera vida de El Salado*. Recuperado el 20 de 11 de 2015, de El Universal: <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/bolivar/la-tercera-vida-de-el-salado-113488>
- Erickson, K. (Enero-junio de 2007). Paisajes encantados: memoria, sentido de lugar e identidad en la narrativa yaqui. *Cuadernos de literatura*, 11(22), 32-45.
- Escobar, A. (1998). *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Editorial Norma.
- Espinales, T. (s.a.). *La migración de retorno en la literatura*. Recuperado el 02 de 02 de 2017, de La migración de retorno en la literatura: www.mufm.fr/sites/mufm.univ-toulouse.fr/files/Activites/.../taniaespinales.pdf
- Fals-Borda, O. (1986). *Retorno a la tierra. Historia doble de la costa. Tomo IV*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Feldman, A. (1994). From desert storm to Rodney King via ex-Yugoslavia: On cultural anaesthesia. En N. Serematakis, *The Sense Still: perception and memory as material culture in modernity* (págs. 87-109). Chicago: The University of Chicago Press.
- FIP, F. I. (2011). *Análisis regional de los Montes de María*. Bogotá: FIP.
- Fiscalía General de la Nación, F. (2010). *Fiscalía General de la Nación*. Recuperado el 19 de 01 de 2016, de Ley de Justicia y paz: <http://www.fiscalia.gov.co/jyp/wp-content/uploads/2012/05/Compilaci%C3%B3n-Normativa-2010.pdf>

- Foucault, M. (1998). *Historia de la Sexualidad. La voluntad del saber*. Mexico: Siglo XXI editores.
- Foucault, M. (1987). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Franco, S. (2003). Momento y contexto de la violencia en Colombia. *Revista Cubana de Salud Pública*, 18-36.
- Fundación Semana, F. S. (s.a.). *Fundación Semana*. Recuperado el 19 de 06 de 2016, de fundación semana, s/a en: <http://www.fundacionsemana.com/sala-de-prensa/articulo/las-lecciones-reconstruccion-el-salado/4210>
- García, J. F. (s.a.). *Pontificia Universidad Javeriana*. Recuperado el 17 de 05 de 2016, de Contexto Histórico de los daños a la ANUC: http://www.javerianacali.edu.co/sites/ujc/files/node/field-documents/field_document_file/historiadelaanuc.pdf
- Garzón, J. C. (2005). *Fundación Seguridad y Democracia*. Recuperado el 07 de 11 de 2015, de Desmovilización del Bloque Héroes de Montes de María de las AUC: <http://www.erta-tcr.org/cr6224/2008/paramilitaires/pdf/bloquemontesdemaria.pdf>
- Garzón, M. A. (2009). Recordando vidas, imaginando territorios. *Revista Virajes No. 11*.
- Garzón, M. A. (2011). Ampliando el campo. Estado de la cuestión de la literatura dedicada al tema del retorno de población en situación de desplazamiento. *Boletín de Antropología*, 11-35.
- Garzón, M. A. (2014). Las narrativas del retorno. *Encuentros. Universidad Autónoma del Caribe*. 12 (2), 67-77.
- Garzón, M. A. (2015). La subjetividad rememorante. *Revista colombiana de sociología*, 38(2), 115-137.
- Garzón, M. A. (2015). Reconstruction of Historical Memory In The Midst Of the Armed Conflict in Colombia: Questions, Reflections, Difficulties and Learnings". En F. C. Cante, H. Quehl, & (editores), *Handbook of Research on Transitional Justice and peace building in Turbulent Regions* (págs. 356-376). Estados Unidos: IGI Global.
- Geertz, C. (1989). *El antropólogo como autor*. Mexico: Paidós.
- Giammatteo, J. (2010). *To return or stay?*
- Giddens, A. (2010). *Sociología*. Madrid: Alianza Editorial.
- GMH, G. d. (2009). *La Masacre de El Salado: esa guerra no era nuestra*. Bogotá: Ediciones Semana y Taurus.
- GMH, G. d. (2010). *La Masacre de Bahía Portete: Las mujeres en la mira*. Bogotá: Semana.
- GMH, G. d. (2010). *La masacre de Bahía Portete: Mujeres Wayuu en la mira*. Bogotá: Taurus.
- GMH, G. d. (2010). *La tierra en disputa. Memorias de despojo y resistencia campesina en la Costa Caribe (1960-2010)*. Bogotá: Taurus, Ediciones Semana.
- GMH, G. d. (2010). *La tierra en disputa. Memorias del despojo y resistencias campesinas en la costa caribe 1960-2010*. Bogotá: Ediciones Semana.
- GMH, G. d. (2011). *Mujeres y guerra. Víctimas y resistentes en el Caribe Colombiano*. Bogotá: Taurus.
- GMH, G. d. (2013a). *Basta Ya. Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Gómez-Castro, S. (2005). *La hybris del punto cero*. Bogotá: Universidad Javeriana.

- Gómez-Esteban, J. H. (2011). Del hecho al dicho hay poético trecho. Prolegómenos para una investigación social literaria. *Magis, Revista Internacional de Investigación en Educación*, 4 (7), 87-103.
- Gonzalez, X., & Rocha, J. (Junio de 2012). *Tierra Digna. Centro de estudios para la justicia social*. Recuperado el 20 de 07 de 2016, de EL VERDADERO ROSTRO DE LA LOCOMOTORA MINERA. Y SUS PARTICULARIDADES EN EL DEPARTAMENTO DEL CHOCÓ: <http://www.tierradigna.org/attachments/article/7/El%20verdadero%20rostro%20de%20la%20Locomotoras%20Minera.pdf>
- Grabe, V. (2000). *Razones de vida*. Bogotá: Planeta.
- Grupo de Memoria Histórica, G. (2013). *Basta Ya. Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Guerra, M., López, D., & Medina, H. (2010). *Violencia de género en Buenaventura – Colombia: realidades y alternativas*. Bogotá: Corporación Minuto de Dios.
- Guglielmucci, A. (2016). La categoría de víctimas en la era de los derechos humanos: una aproximación etnográfica sobre sus definiciones y usos en Argentina. En N. Pardo, & J. Ruiz, *Victimas, memoria y justicia: aproximaciones latinoamericanas al caso colombiano* (págs. 185-205). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Guillerot, J. (2008). Los desafíos de la perspectiva de género en un programa de reparaciones. *Revista Género de la Universidad Federal Fluminense*, 120-136.
- Gupta, A., & Ferguson, J. (2008). Más allá de la cultura: espacio, identidad y las políticas de la diferencia. *Antípoda No. 7*, 233-256.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- Haraway, D. (1991). *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*. Londres: Free Association Books.
- Heller, A. (1977). *Sociología de la vida cotidiana*. Madrid: Península.
- Heraldo. (2011). *El verdugo de Macayepo fue uno de sus propios hijos*. Recuperado el 06 de 09 de 2015, de Diario El Heraldo: (el heraldo, 09 enero, 2011, <http://www.elheraldo.co/local/el-verdugo-de-macayepo-fue-uno-de-sus-propios-hijos> en: <http://www.elheraldo.co/local/el-verdugo-de-macayepo-fue-uno-de-sus-propios-hijos>
- Hernández, Betancourt, & Ossa. (2010). Descentralización y recuperación social del territorio. Una visión desde los planes municipales de desarrollo y el plan marco para la recuperación integral de Montes de María. *El Ágora USB*, 135-181.
- Hernández, L. (2010). *Procesos de retorno y reubicación de dos comunidades victimizadas por el desplazamiento forzado en los Montes de María. Actores Sociales y Proyectos Políticos*. Bogotá: Trabajo de grado para optar al título de Magister en Estudios Políticos. Universidad Nacional de Colombia.
- Herrera, R. (2006). *La perspectiva teórica en el estudio de las migraciones*. Mexico: Siglo XXI Editoriales.
- Herrera, Vargas, & Beltrán. (2016). Qué va del programa agrario a la reforma rural integral. En Beltrán, Sierra, Osorio, & otros, *Dime qué paz quieres y te diré qué campo cosechas. Reflexiones sobre lo rural en los diálogos de la Habana*. (págs. 112-149). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

- Hovey, G. (2000). *La rehabilitación de hogares y el retorno de minorías a la república Sprska, Bosnia y Herzegovina*. Recuperado el 11 de 04 de 2011, de Migraciones forzadas No. 7: Vuelta a casa: Cuestiones de tierra e identidad: <http://www.migracionesforzadas.org/pdf/RMF7/RMF7.pdf>
- Humanitario, P. p. (2007). *Diagnóstico departamental de Boyacá*. . Bogotá: República de Colombia.
- Ibañez, A. M. (2010). ¿Qué hacer con el retorno? En C. (. Rodríguez Garavito, *Más allá del desplazamiento. Políticas, derechos* . Bogotá: Colección estudios Cijus. Universidad de los Andes, Embajada de Suecia, Asdi, Acnur. .
- Ibarra, M. E. (2000). *Mujeres e insurrección en Colombia: Reconfiguración de la identidad femenina en la guerrilla*. Cali: Pontificia Universidad Javeriana.
- IIDH, I. I. (2011). *Contribución de las políticas de verdad, justicia y reparación a las democracias en América Latina*. San José, C.R.: IIDH.
- Internacional Crisis Group, I. (2002). *Return to Uncertainty: Kosovo's Internally Displaced and The Return Process*. Recuperado el 25 de 03 de 2011, de <http://www.crisisgroup.org/en/regions/europe/balkans/kosovo/139-return-to-uncertainty-kosovos-internally-displaced-and-the-return-process.aspx>
- ISA, I. S. (2001). *International Sociological Association*. Recuperado el 20 de 01 de 2016, de Code of Ethics: http://www.isa-sociology.org/about/isa_code_of_ethics.htm
- Jaramillo, J. (2006). Reubicación y restablecimiento en la ciudad. Estudio de caso con población en situación de desplazamiento. *Revista Humanística*. Vol.62, No.62, 143-168.
- Jelin, E. (2001). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Jelin, E., & Langland, V. (2003). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Jimeno, G. (2008). *Reparación integral para las mujeres víctimas del conflicto en Colombia: Necesidad de una política pública*. . Bogotá: Antropos.
- Jimeno, M. (2004). *Crimen Pasional. Contribución a una antropología de las emociones*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Jimeno, M. (2008). Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia. En F. Ortega, *Venna Das: sujetos de dolor agentes de dignidad*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales CES.
- Jimeno, M. (2010). Emociones y política. La 'víctima' y la construcción de comunidades emocionales. *Mana: Estudios de Antropología Social*, Vol. 16, No. 1, 99-121.
- Jimeno, M. (30 de 04 de 2015). *Si nos mataron callados ahora que nos maten hablando: El Poder del Testimonio en el Posconflicto*. Recuperado el 17 de 03 de 2016, de Hot Spots, Cultural Anthropology website: <http://www.culanth.org/fieldsights/673-si-nos-mataron-callados-ahora-que-nos-maten-hablando-el-poder-del-testimonio-en-el-posconflicto>
- Jimeno, M. (2016). El enfoque narrativo. Bogotá: Univesidad Nacional de Colombia.
- Jimeno, M., Pabón, C., Varela, D., & Díaz, I. (2016). *Etnografías contemporáneas III: las narrativas en la investigación antropológica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Joyner, A. (1996). Apoyar la educación en emergencias: un estudio de caso del sur de Sudán. En S. Commins, *Desarrollo en estados de guerra* (págs. 92-97). Reino Unido: Oxfam.
- Lastra, M. S. (2013). ¿VolVer al hogar? la experiencia del retorno de los exiliados argentinos. *Andamios*, 321-344.

- Lefebvre, H. (1984). *The production of space*. Anthropos.
- Lefebvre, H. (1991). *The production of space*. Chicago: John Wiley and Sons Ltd.
- Legiscomex. (2006). *Oportunidades comerciales para regiones de Colombia con EEUU*. Recuperado el 19 de 11 de 2016, de Oportunidades comerciales para regiones de Colombia con EEUU: http://www.legiscomex.com/BancoMedios/Documentos%20PDF/Bolivar_estrategia.pdf
- Levi, P. (1987). *Si esto es un hombre*. Barcelona: Muchnik Editores, S.A.
- Levi, P. (1989). *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Muchnik Editores, S. A. .
- Levi, P. (2005). *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona: Oceano.
- Ley 975, 2. (2005). *Ley 975 de 2005*. Recuperado el 09 de 09 de 2014, de http://www.fiscalia.gov.co:8080/Documentos/LEY_975_concordada.pdf
- Lima, L., & Reed, M. (2000). Reflexiones sobre la reubicación y el restablecimiento: una respuesta al desplazamiento forzado por la violencia en Colombia. En W. Partidgre, *Reasentamiento en Colombia*. Bogotá: Banco Mundial, Alto Comisionado de Naciones Unidas.
- Londoño, L., & Ramírez, P. (2007). *La dominación de regreso a casa: Impacto de la reinserción paramilitar en la seguridad humana de las mujeres. Caso Medellín, Bajo Cauca y Urabá*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Lora, E. (2006). *Las mujeres retornadas en el conflicto y proceso de pacificación en Guatemala (1980-2005): Luchar para retornar, retornar para luchar*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Machado, A. (2009). *Reforma rural, una deuda social y política*. Bogotá: Centro de Investigaciones para el Desarrollo CID, Universidad Nacional de Colombia.
- Malkki, L. (1992). National Geographic: The Rooting of Peoples and the Territorialization of National Identity among Scholars and Refugees. *Cultural Anthropology*. Vol. 7, No. 1, 24-44.
- Malkki, L. (1995). *Purity and Exile: violence, memory, and national cosmology among hutu refugees in Tanzania*. Chicago: University of Chicago press .
- Malkki, L. (1996). Speechless Emissaries: Refugees, Humanitarianism, and Dehistoricization. *Cultural Anthropology*, Vol. 11, No. 3 , 377-404.
- Massé, F. (2013). *Actores armados ilegales y procesos de restitución y reclamación de tierras*. Bogotá: Citpax Colombia.
- Massey, D. (1994). *Space, place and gender*. Cambridge: Polity Press.
- Mato, D. (2003). Prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder y poder. *Revista Iberoamericana*. Vol. LXIX, Núm. 203, 389-400.
- May, R. (s.a.). *Pontificia Universidad Javeriana*. Recuperado el 17 de 05 de 2016, de Reflexiones sobre la historia de la ANUC en Colombia: http://www.javerianacali.edu.co/sites/ujc/files/node/field-documents/field_document_file/historiadelaanuc.pdf
- Meertens, D. (2004). Entre la Vulnerabilidad y la Reconstrucción: Mujeres Desplazadas en la Costa Caribe colombiana. En E. Lair, *Violencias y estrategias colectivas en la región Andina: Bolivia, Colombia, Ecuador*, (págs. 599-628). Bogotá: Norma.
- Memoria Histórica, G. (2009). *La masacre de El Salado: esa guerra no era nuestra*. Bogotá: Taurus.
- Menco Rivera, D. (2009). *Plan de desarrollo estratégico para el retorno de 800 familias desplazadas a Macayepo y sus veredas, en los Montes de María*. Recuperado el 06 de 10 de 2015, de

- Observatorio de la Economía Latinoamericana, N° 115:
<http://www.eumed.net/cursecon/ecolat/co/09/dmr2.htm>
- Menco, R. (2009). *El Estado en los Montes de María*. Recuperado el 18 de 09 de 2015, de Observatorio de la Economía Latinoamericana No. 113:
<http://www.eumed.net/cursecon/ecolat/co/http://www.eumed.net/cursecon/ecolat/co/>
- Meza, M. (2015). Con entrega de casas se cumplieron 100 sueños en El Salado. *El Universal*. Recuperado el 19 de 06 de 2016, de <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/con-entrega-de-casas-se-cumplieron-100-suenos-en-el-salado-212370>
- Millán, D. (2009). *"Ya no llega el limbo porque la gente bailando está". Prácticas de memoria en Boyajá, Chocó*. Bogotá: Trabajo de grado para optar al título de Maestría en Antropología.
- MOE, M. d. (2007). *Monografía político electoral. Departamento de Boyacá 1997-2007*. Bogotá: Asdi.
- Molinares, C. (07 de 04 de 2016). *La primera derrota de Argos en los Montes de María*. Recuperado el 10 de 04 de 2016, de El Espectador:
<http://www.elespectador.com/noticias/judicial/primera-derrota-de-argos-los-montes-de-maria-articulo-625874>
- Monzón, L. M. (2010). *Reparación para las mujeres víctimas de violencia en el conflicto armado: Una aproximación a la formulación de criterios para su determinación*. Bogotá: Sisma Mujer.
- Mujer, C. V. (2013). *XII Informe sobre la situación de violencia de los derechos humanos de las mujeres de Medellín*. Medellín: Vamos Mujer.
- Muñoz, A. (2005). Primo Levi: testigo sin descanso. En P. Levi, *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona: Oceano.
- Negrete, V. (2002). *El proceso de reubicación de población desplazada por la violencia en predios rurales del municipio de Montería*. Montería: ACNUR, Corporación universitaria del Sinú, Fundación Sinú.
- Nogue, J. (2014). Sentido de lugar, paisaje y conflicto. *Geopolítica(s)*, 5(2), 155-163.
- Observatorio de Derechos Humanos y DIH, O. (2003). *Panorama actual de la región de Montes de María y su entorno*. Bogotá: Presidencia de la República.
- Ocampo, S. (2009). Agroindustria y conflicto armado. El caso de la palma de aceite. *Colombia Internacional No.70 Julio-diciembre*, 169-190.
- OIT, O. i. (2006). *Glosario sobre migración*. Ginebra, Suiza: OIT.
- Ortega, F. (2008). *Veena Das : Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Javeriana, Universidad Nacional de Colombia y Centro de Estudios Sociales CES.
- Ortegón, E. (2008). *Guía sobre diseño y gestión de la política pública*. Recuperado el 10 de 09 de 2014, de http://www.ielat.es/inicio/repositorio/guia_gestion_politicas_publicas_ortegon.pdf
- Ortiz, R. (1998). *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Oslender, U. (2004). Geografías de terror y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: conceptualizando el problema y buscando respuestas. En E. &. Restrepo, *Conflicto e*

- (in)visibilidad: *Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*. . Popayán: Universidad del Cauca.
- Oslender, U. (2006). Des-territorialización y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: la construcción de "geografías del terror". En D. Herrera, & C. Piazzini, *(Des) territorialidades y (No) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio* (págs. 155-173). Medellín: La Carreta Editores.
- Oslender, U. (s.f.). Espacializando resistencia: perspectivas de espacio y lugar en las investigaciones de movimientos sociales. En Restrepo, & Uribe, *Antropologías transeúntes*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología ICANH.
- Osorio, F. (2001). Entre la supervivencia y la resistencia. Acciones colectivas de población rural en medio del conflicto armado colombiano. *Cuadernos de desarrollo rural No. 47*.
- Osorio, F. E. (2004). Recomenzar vidas, redefinir identidades. Algunas reflexiones en torno a la recomposición identitaria en medio de la guerra y el desplazamiento forzado. En M. N. Bello, *Desplazamiento forzado: dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo* (págs. 175-187). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Osorio, F. E. (2007). "Allá se sufre mucho... pero se vive mejor". Identidades campesinas desde lo perdido: los desplazados y sus percepciones. En X. C. Colombia, *¿Quiénes son los campesinos hoy?: Diálogos en torno a la antropología y los estudios rurales en Colombi*. Bogotá.
- Osorio, F. E. (2009). Recomposición de territorios en contextos de guerra. Reflexiones desde el caso colombiano. *Seminario Territorialidades rurales en el siglo XXI. Universidad Javeriana*.
- Osorio, F. (s.f.). *Migrantes y migraciones: encuentros y desencuentros frente al desarrollo*. Recuperado el 23 de 08 de 2014, de <http://www.etnoterritorios.org/Territorios.shtml?apc=r-xx-1-&x=476>
- Ospina, B. (2013). *Entre el irse y el volver: reconfiguración en las prácticas espaciales de campesinos retornados en los Montes de María*. . La Plata: Universidad de la Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Maestría en Ciencias Sociales.
- Oviedo, C. (2013). *Narrativas frente al retorno de población en situación de desplazamiento asentada en la ciudad de Popayan y reasentada en la finca La Laguna en el municipio de Timbio-Cauca*. Recuperado el 24 de 08 de 2014, de ridum.umanizales.edu.co:8080/.../Cirza_Beatriz_Oviedo_Uribe_2013.pdf
- Parra, R. (2013). Pobreza, brechas y ruralidad en Colombia. *Coyuntura económica: investigación económica y social. Volúmen XLIII*, 15-36.
- Partidgre, W. (2000). *Reasentamiento en Colombia*. Bogotá: Banco Mundial.
- Passerini, L. (2006). *Memoria y utopía. La primacía de la intersubjetividad*. España: Editorial Universidad de Granada.
- Pedraza, O., & Álvarez, C. (2016). Maquinarias transicionales y neutralización política de las víctimas en Colombia. En N. Pardo, & J. Ruiz, *Víctimas, memoria y justicia: aproximaciones latinoamericanas al caso colombiano* (págs. 167-183). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Pérez, J. M. (2010). *Luchas campesinas y reforma agraria. Memorias del un dirigente de la ANUC en la Costa Caribe*. Bogotá: Puntoaparte Editores.

- Pérez, M. (2005). De campesinos desplazados a excluidos urbanos. En M. Bello, & M. (. Villa, *Desplazamiento en Colombia. Regiones, ciudades y políticas públicas*. Bogotá: Redif, Acnur, Universidad Nacional, Corporación Región.
- PGN, P. G. (2009). *Valoración de los programas oficiales de atención psicosocial a las víctimas del conflicto armado interno en Colombia*. Bogotá: Asdi.
- Pineda, C. (2009). *Un antiguo guarda de seguridad romaní regresa a Kosovo para reconstruir su vida y su futuro*. Recuperado el 26 de 07 de 2016, de Acnur.org: [http://www.acnur.org/noticias/noticia/un-antiguo-guarda-de-seguridad-romani-regresa-a-kosovo-para-reconstruir-su-vida-y-su-futuro/?sword_list\[\]=retorno&sword_list\[\]=kosovo&no_cache=1](http://www.acnur.org/noticias/noticia/un-antiguo-guarda-de-seguridad-romani-regresa-a-kosovo-para-reconstruir-su-vida-y-su-futuro/?sword_list[]=retorno&sword_list[]=kosovo&no_cache=1)
- PNUD, P. d. (2010). *Análisis de conflictividad*. Bogotá: Impresol. Diseño, impresión y acabado.
- PNUD, P. d. (2011). *Colección de cuadernos INDH: Desplazamiento forzado, tierras y territorios. Agendas pendientes: la estabilización socioeconómica y la reparación (2011)*. Bogotá: PNUD.
- Podec, P. d. (2011). *Análisis del Plan de Consolidación de Montes de María. Una mirada desde el desarrollo, la democracia, los derechos humanos y la cooperación internacional*. Bogotá: ccai-colombia.org/files/primarydocs/201103pode.pdf.
- Pujadas, R. (2004). Memoria y Retorno Del Exilio Republicano Catalán. *Portal Vol. 1., No. 1*, 1-15.
- RAE, R. A. (2016). *Real Academia Española*. Recuperado el 28 de 02 de 2016, de Real Academia Española: <http://www.rae.es/>
- RAE, R. A. (s.f.). *Real Academia Española*. Recuperado el 03 de 09 de 2014, de <http://www.rae.es/>
- Ramírez, A. C. (20 de 05 de 2012). *Desplazamiento interno forzado en Colombia. Producción académica y política pública*. Obtenido de http://www3.udenar.edu.co/viceacademica/CICLOS%20PROPED%20UTICOS/CONVENIO%20ALCALDIA_UDENAR/TALLER%20ASPECTOS%20CURRICULAR/DT%20PROYECTO/desplazamiento%20forzado.pdf
- Reed, M. (2004). Reflexiones sobre el cubrimiento del desplazamiento forzado. En M. N. Bello, *Desplazamiento forzado: dinámicas de exclusión...* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Refugee Studie Centre. (2000). *Revista Migraciones Forzadas. No. 7. Vuelta a casa: Cuestiones de tierra e identidad (Abril-septiembre)*. Ginebra. Recuperado el 07 de 22 de 2016, de <http://www.fmreview.org/sites/fmr/files/FMRdownloads/es/pdf/RMF07/RMF7.pdf>
- Riaño, P. (2000). Memorias metodológicas. *Revista de Estudios Sociales*, 48-60.
- Riaño, P. (2006). *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia. ICAHN. Medellín.
- Riaño, P., & Villa, M. (2008). *Ponieno tierra de por medio. Migración forzada de colombianos en Colombia, Ecuador y Panamá*. Medellín: Corporación Región.
- Richardson, L. (2003). Writting. A method to inquiry . En Dezin, & Lincoln, *Collecting and Interpreting qualitative Materials*. California: Thousand Oaks.
- Ricoeur, P. (2004). *La Memoria, la Historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rodriguez, M. (2010). *Esclavitud posmoderna: flexibilización laboral, migración y cambio cultural*. México: CIESAS.

- Rojas, J., & Sánchez, D. (2000). En la miel no todo es dulzura. El caso de los campesinos de la Hacienda Bellacruz. En CODHES, & C. UNICEF, *Un país que huye. Volumen 2. Desplazamiento y violencia en una nación fragmentada*. Bogotá: CODHES; UNICEF, Colombia.
- Ronderos, M. T. (06 de 09 de 2011). La fiebre minera se apoderó de Colombia. *Semana*. Recuperado el 07 de 20 de 2016, de <http://www.semana.com/nacion/articulo/la-fiebre-minera-apodero-colombia/246055-3>
- Roseman, S., Prado, S., & Pereiro, X. (2013). Antropología y nuevas ruralidades. *Gazeta de antropología. No. 29 Vol.2*.
- RSC, R. d. (2013). *Los otros cuentos*. Buenos Aires: Red de Solidaridad con Chiapas.
- RUV, R. Ú. (2016). *RUV, Registro Único de Víctimas*. Recuperado el 28 de 01 de 2016, de RUV, Registro Único de Víctimas;: <http://rni.unidadvictimas.gov.co/?q=node/107>
- Saiz, M. I. (2001). *Las estrategias de retorno y reubicación frente a la problemática del desplazamiento. El caso del municipio de Quibdó-Chocó*. Bogotá: Trabajo de grado para optar al título de trabajadora social. Universidad Nacional.
- Salcedo Fidalgo, A. (2006). Políticas de la movilidad y la diferencia: migraciones y desplazamientos. En G. Ardila, *Colombia: migraciones, transnacionalismo y desplazamiento* (págs. 359-370). Bogotá: Centro de Estudios Sociales CES.
- Salcedo Fidalgo, A. (2006A). *Claiming Lands from the City: Forced Displacement and Reconstruction in Contemporary Colombia*. Irvine, California: University of California.
- Salcedo, J., Medina, A., & Silva, J. (2013). *Memorias del retorno en Turbo. Contra viento y marea: volver a la vida y a la tierra sin el fin de la violencia 1980-2013*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica. Informe inédito.
- Salcedo-Fidalgo, A. (2006). Políticas de la movilidad y la diferencia: migraciones y desplazamientos. En G. A. (Ed.), *Colombia. Migraciones, transnacionalismo y desplazamiento* (págs. 360-380). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Salcedo-Fidalgo, A. (2008). Defendiendo territorios desde el exilio: desplazamiento y reconstrucción en Colombia contemporánea. (I. C. Historia, Ed.) *Revista Colombiana de Antropología*, 44(2).
- Salcedo-Fidalgo, A. (2008). Defendiendo territorios desde el exilio: desplazamiento y reconstrucción en Colombia contemporánea. (I. C. Historia, Ed.) *Revista Colombiana de Antropología*, 44(2).
- Salcedo-Fidalgo, A. (2015). *Víctimas y trasegares: forjadores de ciudad en Colombia 2002-2005*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Salgado, C. (2002). *Los campesinos imaginados*. Bogotá: Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos ILSA.
- Sánchez, C., & Oleveros, S. (2014). La reparación integral a las víctimas mujeres: una aproximación a la aplicación del enfoque diferencial de género en el contexto del conflicto armado colombiano. *Revista de Ciencias Jurídicas. Universida Javeriana*, 163-185.
- Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- Sarlo, B. (2006). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. México: Siglo XXI Editores.
- Serón, M. (2010). Cuestiones y controversias en antropología poética y antropología literaria chilenas. *Sociedad Hoy*(18), 27-39.
- Serrano, N. (2007). *Cuando el territorio no es el mismo: Estudio comparativo de los impactos psicosociales y culturales del desplazamiento forzado en asentamientos de Quibdó, Tumaco y Cartagena*. Bogotá: Corporación Puerta Abierta.
- SJR, S. J. (2015). *El desplazamiento forzado en Colombia en un contexto de pos acuerdos*. Recuperado el 04 de 09 de 2016, de Servicio Jesuita a Refugiados: http://sjr.col.com/web/wp-content/uploads/2013/06/Documento-Desplazamiento_Forzado-Postacuerdos.pdf
- SNAIPD, S. N. (2009). *POLÍTICA PÚBLICA DE RETORNO PARA LA POBLACIÓN EN SITUACIÓN DE DESPLAZAMIENTO (PPR)*. Recuperado el 24 de 07 de 2016, de Acción Social: http://www.acnur.org/t3/uploads/media/COI_2827.pdf?view=1
- SNAIPD, S. N. (2009). *Política pública para la población en situación de desplazamiento forzado. Lineamientos, metodología e instrumentalización de la política pública de retorno para la población en situación de desplazamiento forzado*. Recuperado el 03 de 09 de 2014, de Acnur Colombia: <http://www.acnur.org/biblioteca/pdf/7506.pdf?view=1>
- Sparkes, A., & Devis, J. (2008). Investigación narrativa y sus formas de análisis: una visión desde la educación física y el deporte. En W. (. Moreno, *Educación cuerpo y ciudad: El cuerpo en las interacciones e instituciones sociales*. (págs. 43-68). Medellín: Funámbulos Editores.
- Stain, B. (1997). *Refugee Repatriation, Return, and Refoulement During Conflict*.
- Stolen, A. (2001). *América Latina. Historia y Memoria*. Recuperado el 29 de 01 de 2015, de Experiencias de retornados guatemaltecos en Petén: <http://alhim.revues.org/587>
- Suárez, H. (2004). Algunas reflexiones para comprender la formación del desplazamiento forzado como un campo de saber, poder y subjetividad. En M. N. Bello, *Desplazamiento forzado. Dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo* (págs. 165-175). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- The Personal Narratives Group, (. (1989). *Interpreting Women's Lives. Feminist Theory and Personal Narratives*. Indiana: Indiana University Press.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Buenos Aires: Paidós.
- Triana, E. (08 de 2011). *Revista Deslinde No 49*. Recuperado el 20 de 07 de 2016, de El gobierno de Santos, un año de neoliberalismo e incondicionalidad con Estados Unidos.: <http://www.moir.org.co/El-gobierno-de-Santos-un-ano-de.html>
- UACT, U. A. (2016). *Unidad Administrativa para la Consolidación Territorial*. Recuperado el 19 de 01 de 2016, de Unidad Administrativa para la Consolidación Territorial: <http://www.consolidacion.gov.co/?q=content/unidad-administrativa-para-la-consolidaci%C3%B3n-territorial-uact>
- UAGRTD, U. A. (2016). *Unidad Administrativa para la Gestión de Restitución de Tierras Despojadas*. Recuperado el 03 de 02 de 2016, de Unidad Administrativa para la Gestión de Restitución de Tierras Despojadas: <https://www.restituciondetierras.gov.co/historico-de-noticias/-/noticias/558735>

- UARIV, U. p. (2014). *Mi derecho al retorno y la reparación como víctima del desplazamiento forzado*. Recuperado el 02 de 01 de 2016, de Organización Internacional para las Migraciones OIM: www.oim.org.co/component/docman/doc_download/498-mi-derecho-al-retorno-y-a-la-reubicacion-como-victima-del-conflicto-del-desplazamiento-forzado.html?Itemid=.
- UARIV, U. p. (2016). *Unidad para la atención y reparación integral a las víctimas*. Recuperado el 30 de 01 de 2016, de Unidad para la atención y reparación integral a las víctimas: <http://rni.unidadvictimas.gov.co/sites/default/files/Documentos/Boyac%C3%A1.pdf>
- UARIV, U. (s.a.). *El retorno de las Palmas (San Jacinto, Bolívar)*. Recuperado el 21 de 06 de 2016, de <https://www.youtube.com/watch?v=C0fksuNner0>
- UDA, U. d. (2010). *Justicia y reparación para las mujeres víctimas del conflicto armado en Colombia. Relatoría del seminario*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Uribe, G., & Cadavid, M. J. (2016). Qué va del programa agrario a la reforma rural integral. En Beltrán, Sierra, Osorio, & otros, *Dime qué paz quieres y te diré qué campo cosechas. Reflexiones sobre lo rural en los diálogos de la Habana*. (págs. 25-55). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- URT, U. A. (s.f.). *Unidad Administrativa Especial de Gestión de Restitución de Tierras Despojadas*. Recuperado el 24 de 07 de 2016, de Unidad Administrativa Especial de Gestión de Restitución de Tierras Despojadas: www.restituciondetierras.gov.co
- VA, V. A. (09 de 2010). *¿Cómo se fraguó la tragedia en los Montes de María?* Recuperado el 02 de 04 de 2011, de Verdad Abierta: <http://www.verdadabierta.com/la-historia/la-historia-de-las-auc/2676-icomo-se-fraguo-la-tragedia-de-los-montes-de-maria>
- VA, V. A. (2013). *Verdad Abierta.com*. Recuperado el 03 de 02 de 2016, de La paradoja de la restitución en Montes de María: <http://www.verdadabierta.com/despojo-de-tierras/4997-la-paradoja-de-la-restitucion-en-montes-de-maria>
- VA, V. A. (05 de 04 de 2016). *El Fantasma de Miki Ramirez ronda en Zambrano, Bolívar*. Recuperado el 0410 de 2016, de Verdad Abierta: [verdadabierta.com](http://www.verdadabierta.com)
- Varios-Autores. (2005). *¿En casa por fin? Desafíos del retorno y la reintegración*. Recuperado el 11 de 04 de 2011, de Revista Migraciones forzadas No. 21: http://www.migracionesforzadas.org/pdf/RMF21/RMF_21.pdf
- Verdad-Abierta. (22 de 10 de 2015). *Rutas del Conflicto*. Obtenido de Rutas del Conflicto: <http://rutasdelconflicto.com/>
- Vicenti, F., Rudqvist, Sluys, V., & Tascón. (2005). *Tercer Laboratorio de Paz en Colombia. Análisis y reflexiones sobre el proceso de preparación*. Bogotá: Comisión Europea.
- Villa, M. I. (2013). *Memorias desde el retorno. Sistematización de las prácticas de memoria impulsadas en los programas de retorno al municipio de San Carlos, Antioquia, entre 2009 y 2013*. Medellín: CNMH, Centro Nacional de Memoria Histórica; Corporación Región.
- Visacovsky, S. (2016). Lo narrativo y la investigación antropológica sobre la producción de historias. En M. Jimeno, C. Pabón, D. Varela, & I. Díaz, *Etnografías contemporáneas III: las narrativas en la investigación antropológica* (págs. 23-57). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Wills, M. E. (2005). Mujeres en armas: ¿avace ciudadano o subyugación femenina? *Análisis Político. Revista de la Universidad Nacional*, 63-80.

- Zambrano, F. (2004). Exclusión y conflicto en el Caribe Colombiano. En G. Montañez, *Dimensiones territoriales de la guerra y la paz* (págs. 465-475). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Zapater, J. (2003). Conflicto, procesos de paz y soluciones durables al desplazamiento: una perspectiva comparativa. En *Destierros y desarraigos. Memorias del II Seminario Internacional. Desplazamiento: implicaciones y retos para la gobernabilidad, la democracia y los derechos humanos*. Bogotá: Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento —Codhes— y Organización Internacional para las Migraciones.